

# **VIDA DE SANTA CATALINA DE SIENA**

ESCRITA POR SU CONFESOR

**BEATO RAIMUNDO DE CAPUA**



[www.traditio-op.org](http://www.traditio-op.org)

# Índice

## Primera Parte

Capítulo I: *De los padres de Catalina y su condición social.*

Capítulo II: *Nacimiento de Catalina. Su infancia. Circunstancias maravillosas.*

Capítulo III: *Que trata del voto de virginidad hecho por Catalina y de un acontecimiento ocurrido en sus primeros años.*

Capítulo IV: *Del relajamiento en el fervor de Catalina, que Dios permitió para aumentar su gracia y de su gran paciencia para sufrir persecuciones por el amor de Cristo.*

Capítulo V: *Que trata de las austeras penitencias de la santa y de las persecuciones de su madre.*

Capítulo VI: *Donde se trata de la prueba de las termas y de cómo consiguió tomar el hábito del glorioso Santo Domingo.*

Capítulo VII: *Origen y fundación de las «Hermanas de Penitencia» de Santo Domingo y su modo de vida.*

Capítulo VIII: *De los admirables progresos de Catalina en los caminos del Señor y de algunas gracias particulares que recibió.*

Capítulo IX: *De la admirable doctrina que le enseñó Nuestro Señor y de cómo ella la adoptó por norma de su vida.*

Capítulo X: *De las admirables victorias que obtuvo sobre las tentaciones y de su extraordinaria intimidad con Nuestro Señor.*

Capítulo XI: *De sus desposorios con Nuestro Señor y del milagroso anillo que recibió.*

## Segunda Parte

Capítulo I: *Nuestro Señor ordena a Catalina que se dedique al bien del prójimo.*

Capítulo II: *Que trata de algunas cosas maravillosas que ocurrieron al comienzo de las relaciones de Catalina con el mundo, de su trabajo por socorrer las necesidades de los pobres.*

Capítulo III: *De los hechos maravillosos realizados por Catalina mientras asistía a los enfermos.*

Capítulo IV: *Que trata de su manera de vivir y de los reproches que se le hicieron por su completa abstinencia.*

Capítulo V: *De los maravillosos éxtasis de Catalina y de las grandes revelaciones que recibió de Dios.*

Capítulo VI: *De los milagros obrados por intercesión de Catalina para promover la salvación de las almas.*

Capítulo VII: *De algunos milagros obrados por Catalina en favor de la vida y salud del prójimo.*

Capítulo VIII: *De los milagros realizados por Catalina para liberar las almas poseídas por el demonio.*

Capítulo IX: *Que trata del don de profecía de Catalina y de cómo salvó a varias personas de los peligros de alma y de cuerpo que las amenazaban.*

Capítulo X: *En el que se trata de los milagros obrados por Dios mediante Catalina sobre cosas inanimadas.*

Capítulo XI: *Que trata de las frecuentes comuniones de Catalina y de los milagros obrados por Dios mediante su intercesión, relacionados con la Sagrada Eucaristía y las reliquias de los Santos.*

### **Tercera Parte**

Capítulo I: *Que trata de los testigos que presenciaron la muerte de Catalina y refirieron al autor las circunstancias de la misma.*

Capítulo II: *Que trata de las cosas ocurridas durante el año y medio anteriores a la muerte de Catalina y del martirio que Satanás le hizo sufrir.*

Capítulo III: *De cuán ardientemente suspiraba Catalina por ser liberada del cuerpo para unirse a Cristo.*

Capítulo IV: *Que trata de la muerte de Catalina y de las recomendaciones que hizo a sus hijos e hijas espirituales en sus últimos momentos.*

Capítulo V: *Algunos de los prodigios y milagros que el Señor realizó por intercesión de Catalina.*

Capítulo VI: *De la gran paciencia que Catalina manifestó en todas sus acciones desde la infancia hasta la muerte. Este capítulo será una especie de resumen de su vida.*

# *Primera Parte*

## **Capítulo I**

*De los padres de Catalina y su condición social.*

Vivía en la ciudad de Siena, en Toscana, un hombre llamado Jácomo, descendiente de la familia de los *Benencasa*, un hombre sencillo, leal, temeroso de Dios y cuya alma no estaba contaminada por ningún vicio. Después de haber perdido a sus padres casó con una aldeana llamada Lapa, mujer que no tenía ninguno de esos defectos tan comunes en la actualidad. Era trabajadora, prudente y conocedora de las cosas del hogar; como todavía vive, aquellos que la conocen pueden dar testimonio de sus cualidades. El matrimonio vivió en paz y aunque de clase humilde, gozó de cierta posición entre sus conciudadanos, disfrutando, además, de bienes de fortuna superiores a su categoría social. Dios lo bendijo con numerosa descendencia que ambos cónyuges se encargaron de guiar por los caminos de la virtud.

Como Jácomo -tenemos muchas razones para creerlo -se encuentra gozando de la bienaventuranza, bien puedo yo aquí hacer su elogio. Lapa me ha asegurado que era de condición tan pacífica y tan moderado en sus palabras, que jamás lo vio enojado a pesar de haber sido muchas las ocasiones en que pudo haberlo estado; y cuando algún miembro de su familia daba muestras de estar dominado por la pasión de la ira y se expresaba con palabras violentas, él siempre trataba de calmar a esa persona diciéndole alegremente: «Vamos, vamos; no digas nada malo, y así podrá Dios darte su bendición».

Hábale en cierta ocasión un conciudadano suyo injuriado gravemente reclamándole una suma de dinero que él no le debía, y, empleado la influencia de sus amigos para arruinarle. A pesar de esto jamás quiso que en presencia suya se hablase mal de aquel hombre y, como Lapa manifestase en una oportunidad que eso no era una falta, él le reprochó dulcemente: «-Déjale, querida, en las manos de Dios; el Señor le hará comprender su error y acudirá en nuestra defensa». Pronto tuvieron realización estas palabras; la verdad se descubrió de una manera casi milagrosa; el culpable fue condenado y se reconoció la injusticia de sus acusaciones.

El testimonio de Lapa está por encima de toda sospecha; todos cuantos la conocen la creen incapaz de una mentira por leve que sea esta. Actualmente tiene ochenta años y es tan sencilla y de conciencia tan recta, que aunque quisiera mentir, no podría hacerlo. Los amigos de Jácomo pueden también dar testimonio de su sencillez, de su rectitud y de sus virtudes. Era tan medida en sus palabras, que en su familia, particularmente la parte femenina de ella, no podía tolerar la más ligera incorrección en el lenguaje. Una de sus hijas, de nombre Buenaventura, casó con un joven de Siena, llamado Nicolás. Este joven recibía en su casa a amigos de su edad, cuya conversación era a veces un tanto libertina. Esta fue la causa de que la esposa empezase a sentirse tan deprimida que lentamente empezó a resentirse su estado de salud. Inquirió Nicolás la causa de este profundo malestar, a lo que ella contestó: «-Jamás he oído en la casa de mi padre lenguaje parecido al que se emplea en esta; mi educación ha sido muy distinta, y te aseguro que si las cosas continúan así, pronto acabarán con mi vida».

Tal respuesta inspiró al esposo un gran respeto hacia ella y hacia su familia; prohibió a sus amigos que pronunciasen delante de la joven palabras que pudieran ofender sus oídos. Obedecieron ellos y de esta manera la corrección que reinaba en el hogar de Jácomo sirvió para suprimir la licencia de lenguaje que inficionaba la de su yerno.

La ocupación de Jácomo era preparar los tintes usados para el teñido de lanas, de donde provino su sobrenombre de Tintorero. La hija de este virtuoso artesano estaba destinada a ser esposa del Rey de los Cielos.

Lo relatado anteriormente ha llegado a mis oídos de boca de la misma Catalina, o bien de religiosos o seglares que fueron vecinos, amigos o parientes de Jácomo.

## Capítulo II

### *Nacimiento de Catalina. Su infancia. Circunstancias maravillosas.*

Lapa dio a luz de un solo parto a dos delicadas criaturas del sexo femenino (1347), y no pudiendo criar a ambas, se vio en la necesidad de confiar una de ellas a manos extrañas. Púsoles los nombres de Catalina y Juana. La segunda no tardó en volver al cielo con la gracia bautismal, y Catalina, que fue la elegida por la madre para criarla a sus pechos, vivió lo suficiente para ser una gran santa y salvar muchas almas con el ejemplo de sus virtudes. Lapa se consoló pronto de la muerte de la otra hija, consagrando a la superviviente sus más tiernos cuidados. Más de una vez reconoció la buena mujer que amaba a esta más tiernamente que a los demás hijos, sin duda, porque fue la única, entre los veinticinco que tuvo, a quien pudo dedicar sus atenciones maternas.

Catalina fue criada como algo que pertenece a Dios desde el instante de su nacimiento. Tan pronto como pudo caminar por sí misma, se la disputaron parientes, amigos y convecinos para llevarla a sus casas, pues cuantos la veían, instantáneamente sentían despertarse en ellos intenso cariño hacia la niña, y querían tenerla a su lado para disfrutar de su discreta conversación y de las gracias infantiles que la adornaban. Encontraban tanto placer en su compañía, que no la llamaban Catalina sino Eufrosina, palabra que significa alegría, satisfacción. Es muy probable que aquellas gentes ignorasen este significado y, por otra parte, ignoraban lo que yo supe más tarde, y es que Catalina había resuelto imitar a Santa Eufrosina, y puede haber ocurrido también que en su media lengua infantil hubiese proferido alguna palabra parecida a Eufrosina, y los que la oyeron, empezaron a llamarla con este nombre.

En su adolescencia se realizó cuanto prometía su infancia. Sus palabras poseían un extraño poder para inclinar las almas hacia Dios. Tan pronto como alguien conversaba con ella, sentía que el corazón se despojaba de tristezas, que olvidaba las penas y los sinsabores de la existencia y una paz inenarrable se apoderaba de su espíritu, algo así como debió ocurrirles a los apóstoles en el monte Tabor cuando uno de ellos exclamó: «Es bueno que permanezcamos aquí». (*Bonum est nos hic esse.*)

Apenas había cumplido los cinco años recitaba un «Ave María», arrodillándose en cada peldaño de la escalera de su casa, siempre que subía o bajaba por la misma. Desde entonces, según ella misma me manifestó, empezó a elevar el pensamiento de las cosas visibles a las invisibles. Dios se dignó recompensar sus piadosos sentimientos y alentarla para perseverar en ellos, enviándole una maravillosa visión.

Tenía Catalina seis años de edad cuando su madre la envió juntamente con su hermanito Esteban, a la casa de la hermana de ambos, Buenaventura, para llevar a esta un recado. Cumplida la comisión, los niños regresaban a su casa por un lugar conocido por el nombre de *Valle Piatta*, cuando Catalina, levantando los ojos al cielo, vio frente a ella, en dirección a la iglesia de los frailes predicadores, un espléndido trono ocupado por nuestro Señor Jesucristo, vestido con ropas pontificales y adornada la sagrada frente con una tiara. A su lado estaban San Pedro, San Pablo y San Juan Evangelista. La niña permaneció rígida, extasiada en la contemplación de Aquel, que así se manifestaba a ella para cautivar de una manera más completa su devoto corazón. El Salvador le dirigió una mirada llena de serena majestad, le sonrió con benigna ternura y tendiendo la mano, le echó la bendición en la forma que lo hacen los obispos.

Mientras ella estaba contemplando así a Nuestro Señor, su hermanito Esteban continuó su camino creyendo que Catalina le acompañaba. Al notar que ella se había quedado atrás, volvió la cabeza y vio que la niña permanecía ensimismada mirando al cielo. La llamó entonces y al no obtener contestación, volvió sobre sus pasos y tomándola de una mano, le dijo: «-Vamos. ¿Qué estás haciendo ahí?». Catalina pareció despertar entonces de un profundo sueño, miró a su hermano un instante y le dijo: «-Si hubieses visto lo que acabo de ver yo, no me habrías sacado de tan dulce contemplación». Sus ojos volviéronse de nuevo hacia el cielo, pero todo se había desvanecido con gran sentimiento de Catalina, que empezó a llorar, reprochándose haber bajado la mirada.

A partir de este instante Catalina ya no pareció ser una criatura; sus virtudes, su manera de ser, sus pensamientos fueron superiores a cuanto podía esperarse de su edad. El fuego del amor divino inflamaba su corazón e iluminaba su inteligencia y todas sus acciones estaban de acuerdo con las normas del Evangelio. Según ella misma me manifestó, el Espíritu Santo sin ayuda alguna humana, le reveló la vida que siguieron los *Padres del Desierto* y le propuso imitarse a algunos santos, especialmente a Santo Domingo. Y fue tan grande el deseo que experimentó de seguir su ejemplo, que no podía pensar en otra cosa que no fuese esto, y con asombro de todos, buscaba lugares retirados donde poder castigar su frágil cuerpecito con unas pequeñas disciplinas. Permanecía en constante oración y para ello abandonaba los juegos propios de su edad, sus palabras eran cada día más escasas y acortaba su ración de comida. El ejemplo de Catalina influía sobre otras niñas de su edad que se reunían para oír sus piadosos razonamientos e imitaban en cuanto les era posible, sus devotas prácticas. Se reunían en una habitación apartada de la casa, practicaban austeridades corporales con ella y rezaban el «Padre Nuestro» y el «Ave María» tantas veces como Catalina les decía. Esto era un prelude de lo que había de suceder después.

Nuestro Señor se dignaba alentar estos actos de virtud por medio de manifiestas gracias. Su madre me dijo, y ella me lo confirmó después, que muchas veces cuando se disponía a subir la escalera de su casa, se sentía trasportada por manos invisibles sin tocar el suelo con los pies y con tanta rapidez, que la buena Lapa temblaba por temor de que fuese a caer. Así llegaba a lo alto de la escalera; este prodigio ocurrió no solamente en presencia de la madre, sino a la vista de otras personas que estaban allí de visita.

El conocimiento de la vida de los *Padres del Desierto*, que de manera milagrosa le fuera revelado, la indujo a consagrarse a la vida solitaria; pero ignoraba la manera de llevar a cabo este proyecto. Y Dios que la destinaba a llevar otro género de vida, no le facilitó los medios de realizarlo, dejándola con los sueños de su imaginación. Pero consecuente en su propósito, una mañana se puso en camino en busca del desierto y, habiéndose provisto prudentemente de

un pan, dirigió sus pasos hacia la casa de su hermana Buenaventura, que vivía cerca de una de las puertas de la ciudad. Salió por fin de esta por primera vez en su vida y tan pronto como alcanzó a ver el valle y notó que las viviendas raleaban, creyó encontrarse cerca del desierto. Siguió andando hasta encontrar una especie de gruta y entró en ella convencida de que había cumplido su deseo. Se arrodilló y oró fervorosamente; pero Dios que aceptaba los piadosos deseos de su esposa, aunque tenía otros designios con respecto a ella; quiso dar muestra de lo gratas que le habían sido sus intenciones. Apenas había empezado su fervorosa oración, fue levantándose lentamente del suelo hasta tocar con la cabeza la bóveda de la gruta, y así permaneció hasta la hora de Nona.

Por fin a la hora en que el Salvador terminó sus sufrimientos en la Cruz, descendió nuevamente a tierra, y el Señor le reveló entonces que el momento de su sacrificio no era llegado aún y que debía retornar a la casa de sus padres. Al abandonar la gruta sintiose perpleja con respecto al camino que debía seguir para volver a casa, temiendo, por otra parte, que su ausencia tan larga hubiese alarmado a su familia. Entonces se encomendó a Dios y en un abrir y cerrar de ojos la santa niña fue transportada hasta las puertas de Siena, desde donde volvió rápidamente al hogar. Nunca manifestó a nadie este episodio de su vida, a no ser a sus confesores, entre los cuales el autor de este libro se considera el más indigno.

### Capítulo III

*Que trata del voto de virginidad hecho por Catalina y de un acontecimiento ocurrido en sus primeros años.*

La aparición de Nuestro Señor ejerció tan poderosa influencia sobre el corazón de Catalina, que en él quedaron destruidos los gérmenes del amor propio, el que fue sustituido por el de Jesús y el de su santa madre la Virgen María. Todo lo que no fuese esto parecíale miseria y corrupción, y su deseo supremo fue unirse más y más con su Salvador. El Espíritu Santo le otorgó la gracia de hacerla comprender el grado de pureza de cuerpo y alma necesario para agradar al Creador y ella deseó ardientemente poder consagrarle el tesoro de su virginidad. Pidió a la Reina de los Ángeles y de las Vírgenes que intercediese ante Dios para que Este le diese la luz necesaria a fin de poder comprender lo que fuese más conveniente para la salvación de su alma, expresando al mismo tiempo sus deseos de practicar en la tierra un modo de vida propio de los espíritus angélicos. Repitió fervorosamente sus oraciones en este sentido durante largo tiempo hasta que un día, inspirada sin duda por el espíritu de Dios, invocó a la Virgen María y terminó su plegaria en la siguiente forma: «Prometo a tu Hijo y te prometo a Ti no aceptar jamás otro esposo y conservarme con todas las fuerzas de mi alma pura y sin mancha».

De esta manera quedó Catalina unida a su divino esposo por el voto de virginidad y la bienaventurada Madre de Jesús llevó a cabo la ceremonia nupcial, que se realizó de una manera milagrosa, según veremos en el transcurso de nuestra narración.

Después de este voto perpetuo, Catalina avanzó rápidamente en el camino de la santidad; por imitación a Cristo crucificó su inocente cuerpo y resolvió abstenerse en cuanto le fuese posible de toda clase de alimentos nutritivos. Cuando le servían carne, se la daba secretamente a su hermano Esteban o la ponía, sin que la viesan, en un lugar retirado. Continuó

mortificando su cuerpo con las disciplinas, bien sola, bien en compañía de amiguitas de su misma edad. Sentía un celo ardiente por la salvación de las almas y una especial devoción hacia los santos, particularmente hacia Santo Domingo, cuya caridad apostólica le había hecho conocer el Señor.

La niña avanzaba en edad, pero su fe, su esperanza y su caridad eran muy superiores a lo que podría suponerse dados sus tiernos años; su manera de conducirse inspiraba el respeto y la admiración de las personas mayores. He aquí una anécdota que Lapa me ha relatado muchas veces:

«Apenas contaba Catalina diez años de edad cuando Lapa, que deseaba que se dijese una misa en honor de San Antonio, la envió al cura de la parroquia para comunicarle sus deseos y le llevase al mismo tiempo unas velas y el estipendio correspondiente. La piadosa niña cumplió el encargo de su madre y dejándose llevar por su devoción, quedó para asistir al santo sacrificio, no volviendo a casa hasta que este estuvo terminado. La madre, cuya intención era que regresase una vez que hubiese hablado con el sacerdote, juzgó que su ausencia se había prolongado demasiado, y la reprendió con alguna aspereza y hasta echó una maldición contra las personas que, a su entender, pudieron haberla entretenido en el camino. La niña escuchó la reprimenda sin replicar, pero momentos después llamó a su madre aparte y con humildad no exenta de cierta gravedad, le dijo: -Querida madre, cuando cometa una falta o ejecute mal tus órdenes, castígame si es tu voluntad y obligame a hacer mejor las cosas; pero te ruego encarecidamente que no maldigas a nadie por culpa mía, porque eso es impropio de tus años y a mí me causa mucha pena.

»La madre quedó muy sorprendida por la lección que acababa de darle la criatura y más edificada aún que sorprendida cuando supo que Catalina había tardado por asistir a la santa misa y no jugando por el camino como ella había creído».

## Capítulo IV

*Del relajamiento en el fervor de Catalina, que Dios permitió para aumentar su gracia y de su gran paciencia para sufrir persecuciones por el amor de Cristo.*

La Sabiduría increada, que gobierna todas las cosas, permite a veces la caída de sus santos, de manera que puedan estos levantarse de nuevo y servirle con mayor fervor, avanzar con renovada prudencia en el camino de la perfección y conseguir más espléndidas victorias contra el enemigo de su salvación.

Cuando Catalina, que había consagrado a Dios su virginidad, llegó a la edad de doce años, nunca salía sola de casa, de acuerdo con las normas establecidas con respecto a las mujeres solteras. Tanto sus padres como sus hermanos, que ignoraban la solemne promesa de la niña, pensaron en encontrarle un compañero digno de sus méritos, y procuraron, la madre sobre todo, que su aspecto exterior estuviese de acuerdo con tal propósito. Por consiguiente la obligó a peinarse el cabello de una manera adecuada, le compró vestidos propios de una adolescente que desea hallar al hombre con quien ha de unirse en matrimonio y la instó a que tanto el rostro como el cuello y los brazos estuviesen adornados como para agradar al supuesto pretendiente. Catalina, cuyos propósitos eran muy otros, se los ocultó a sus padres



por temor a desagradarles, sometiéndose a las exigencias maternas aunque contra su voluntad. Lapa, que no dejó de notar la repugnancia con que se prestaba Catalina a sus exigencias, sintiose disgustada y llamó en su ayuda a su hija Buenaventura, a quien pidió tratase de convencer a la jovencita de que debía vestir y adornarse de acuerdo con su edad. Conocía muy bien el cariño de Catalina hacia su hermana y por consiguiente confiaba en la influencia que esta podía ejercer sobre aquella.

No se engañó Lapa en sus presunciones, pues tanto con la palabra como con el ejemplo influyó Buenaventura de tal manera en el ánimo de su hermana, que esta empezó a dedicarse al cuidado de su «*toilette*», sin que por esto renunciara al voto formulado. Posteriormente se acusó de esta falta con tantas lágrimas y sollozos, que cualquiera hubiese creído que había cometido un gran crimen. Y ahora que esta flor preciosa ha sido trasplantada a los jardines celestiales, puedo revelar algunos secretos que redundarán en la mayor gloria de Dios y decir lo que pasó entre nosotros a este respecto.

Esto ocurría siempre que hacía confesión general, en la que ella siempre daba señales de la más fervorosa contrición. Yo sabía muy bien que todas las almas santas descubren faltas donde en realidad no las hay y que exageran mucho las imperfecciones que cometen. Pero como Catalina daba muestras de creer que había merecido la condenación eterna, yo pensé que era mi deber preguntarle si al obrar en aquella forma había renunciado a su voto de virginidad. Ella me contestó que no y que ni siquiera se le había ocurrido semejante pensamiento. Entonces insistí preguntándole si, sin desear quebrantar su voto de virginidad, había tenido la intención de agradar a los hombres en general o a alguno en particular, a lo que ella me contestó que nada había tan penoso para su espíritu como la vista de los hombres o el encontrarse entre ellos. Cuando los aprendices de su padre, que vivían en la misma casa de estos, iban adonde estaba ella, con gran asombro de todos huía como si se hubiese encontrado con una serpiente. Tampoco se sentaba a la puerta de la calle o se asomaba a las ventanas para ver a los que pasaban. Pues, entonces -le pregunté yo- ¿cómo puedes creer que el cuidado que ponías en tu arreglo personal te haya hecho merecedora del infierno? Catalina me contestó que ella había amado excesivamente a su hermana al querer dar gusto a esta antes que cumplir la voluntad del Señor, y entonces volvían a comenzar sus lágrimas. Y cuando le dije, por fin, que podría haber una imperfección pero no el quebrantamiento de un precepto, ella exclamó: «-¡Señor..., mi padre espiritual está disculpando mis pecados!». Un ser que sin merecerlas ha recibido tantas gracias de su Criador ¿puede ser tan vil y despreciable que haya perdido su tiempo en adornar su cuerpo miserable para agradar a una mera criatura?

Esta conversación prueba que aquella hermosa alma estuvo siempre libre de pecado mortal, que conservó siempre la virginidad de cuerpo y de alma y que jamás manchó su pureza ni de hecho ni de palabra. En todas sus confesiones generales y lo mismo en las particulares, no encontré más faltas que las que acabo de relatar. Todo su tiempo estaba consagrado a la oración, a la meditación y a la edificación de sus vecinos. No se concedía más que un cuarto de hora de sueño por día. Durante sus comidas (si es que merece este nombre la pequeña cantidad de alimento que tomaba) oraba y meditaba en lo que Dios le había enseñado. Sé, y de ello puedo dar testimonio ante la Iglesia, que durante el tiempo que duró mi conocimiento con ella, le era más penoso el acto de tomar algún alimento que lo es para el que está hambriento el verse privado de él.

Es inconcebible que cometiese algún pecado ser que tan continuamente estaba ocupado con Dios; sin embargo se acusaba con tanto dolor y conseguía encontrarse tantas imperfecciones, que un confesor que no conociese a fondo su vida, podría haberse engañado y

encontrar pecados donde realmente no existían. Me he detenido tanto en esta falta, de Catalina para poner de manifiesto hasta qué grado de perfección había llegado su alma.

Buenaventura, que había conseguido que su santa hermana dedicase algún tiempo a los cuidados de su *«toilette»*, no logró inspirarle el deseo de complacer al mundo, ni que disminuyese el fervor de sus plegarias y meditaciones. Por otra parte, Nuestro Señor no quiso permitir que su dilecta esposa fuese alejada de su corazón y destruyó el obstáculo que se oponía a esta santa unión. Buenaventura, que inducía a su hermana a iniciarse en el camino de la vanidad, murió de parto en la flor de su edad. Su muerte contribuyó a que Catalina comprendiese más hondamente la vanidad de las cosas de este mundo y se consagró con renovado fervor al servicio de su divino esposo. De esta época data su devoción a Santa Magdalena, a quien pidió la gracia de una contrición semejante a la suya, y como esta devoción fuese en aumento, Nuestro Señor y la Virgen María le dieron a esta Santa en calidad de madre y maestra, como más adelante se verá.

El enemigo de la salvación, comprendiendo que sus estratagemas habían sido descubiertas y que aquella a quien deseaba perder, había buscado refugio con mayor ardor que antes en el seno de su divino esposo, resolvió buscarle obstáculos en su misma casa y atraerla hacia el mundo por la violencia de sus persecuciones. Consecuente con su propósito inspiró a sus parientes la determinación de obligarla a contraer enlace para llenar el hueco que había dejado en la familia la muerte de Buenaventura. Catalina, iluminada por la luz de lo alto, intensificó sus plegarias, sus meditaciones y sus austeridades, esquivando la compañía de los hombres y mostrando de todas las maneras a su alcance la inflexibilidad de su resolución de no entregar a un simple mortal el corazón que fuera ya aceptado por el Rey de los Reyes.

Sus padres no perdonaron medio para vencer la resistencia de Catalina y se pusieron en relación con un fraile predicador a quien confiaron, como amigo de la familia, la tarea de conseguir el consentimiento de la joven. Prometió él emplear sus buenos servicios para este fin, pero cuando hubo conversado con ella y la encontró tan firme, su conciencia le obligó a ponerse de parte de Catalina y en lugar de seguir adelante con la misión que le fuera encomendada, le dijo: «-Puesto que has resuelto consagrarte a Dios y los que te rodean se oponen a tu propósito, demuestra que tu vocación es irrevocable. Córtate el cabello por completo; acaso así te dejarán tranquila».

Catalina recibió el consejo como venido del cielo; tomó unas tijeras y se cortó sus hermosas trenzas, que ahora le eran odiosas, pues suponía que habían sido la causa de aquella falta que tanto la afligía. Cuando Lapa la vio con el velo que se puso para cubrir la ausencia de las trenzas, le preguntó el porqué de aquella novedad. Catalina, que no se atrevía ni a decir una mentira ni a confesar lo que había hecho, contestó con un tono de voz que su madre no entendió lo que decía. Entonces tiró del velo y vio que la cabeza de su hija estaba despojada de sus hermosas trenzas. «-¡Ah hija, qué has hecho!» -gritó la mujer indignada. Catalina volvió a ponerse el velo y se retiró en silencio. A los gritos de la madre acudió toda la familia, y cuando se enteraron de lo que había ocurrido, todos dieron rienda suelta a una violenta indignación.

Esto fue la causa de una nueva persecución contra Catalina, más terrible aún que la anterior; pero ella triunfó de todos con la ayuda del cielo, sirviéndole para unirse más a Él. La abrumaron con palabras injuriosas y malos tratamientos; le dijeron que tenía que dejarse crecer nuevamente el cabello y que no disfrutaría de un sólo instante de paz hasta tanto que no consintiese en obedecer sus determinaciones. También resolvió la familia que en lo sucesivo desempeñaría las funciones más humildes de la casa; despidieron a la ayudanta de la cocinera

y la sustituyeron con ella. Diariamente la llenaban de afrentas, aun de aquellas que son más sensibles para los corazones femeninos y al mismo tiempo le proponían que aceptase contraer enlace con una persona de elevada posición, no escatimando medios para obligar a Catalina a aceptar. Pero ella, en vez de ceder, cada día se sentía más fuerte con la ayuda de la divina gracia. El Espíritu Santo le había enseñado la manera de concentrarse en lo más hondo de su alma y desafiar desde este retiro cualquier impulso que la inclinase a ceder en sus propósitos. Cuando fue obligada a dejar la habitación que ocupaba en la casa de sus padres, nadie, ni nada, pudo sacarla de este refugio interior, cumpliéndose aquella sentencia del Evangelio que dice: «El reino de Dios está dentro de nosotros mismos». *Regnum Dei intra nos est.* (LUC. XVII, 21.) Por otra parte, ya había dicho el Profeta: «Toda la gloria de la hija del rey está en su interior». *Omnis gloria filias regis ab intus.* (PS. XLIV, 14).

El Espíritu Santo inspiró también a Catalina los medios para soportar las afrentas y mantener en medio de sus tribulaciones la paz de su alma. Se imaginaba que su padre representaba al Salvador y su madre a la Santísima Virgen; sus hermanos y parientes eran para ella los apóstoles y los discípulos del Señor. De aquí que sirviese a todos ellos con tanta devoción y placer que los asombraba. De esta manera tenía gusto en complacer a su divino esposo; la cocina se convirtió para ella en un santuario y, cuando se sentaba a la mesa, alimentaba su espíritu con la presencia, visible para ella sola, del Salvador. ¡Oh riqueza de la Sabiduría Eterna!, ¡cuán numerosas y admirables son tus maneras de ayudar a quienes tienen depositada su esperanza en Ti! Tú puedes sacarlos en salvo de cualquier peligro y conducirlos a puerto seguro en medio de las más grandes tempestades.

Catalina meditaba en la recompensa que el Señor le había prometido y sufría todas estas pruebas no sólo con paciencia sino con alegría y su espíritu rebosaba en los más dulces consuelos mientras desempeñaba sus obligaciones. Como no se le permitía tomar una habitación para ella sola, sino que tenía que compartir la de otra persona de la familia, eligió la de su hermano Esteban, que estaba soltero; además podía aprovechar la ausencia de este durante todo el día, así como de su profundo sueño por la noche para entregarse a sus oraciones. Imploraba en ellas a Dios que se dignase proteger su virginidad, repitiendo como Santa Cecilia aquel verso del salmista: *Fiat, Domine, cor meum et corpus meum immaculatum* (PS. CXVIII, 80). Su devoción le comunicó tales energías, que a medida que aumentaban las persecuciones crecía su goce espiritual y sus hermanos que la observaban constantemente no podían por menos que decirse unos a otros: «Estamos vencidos». El padre que era mejor que los demás observaba en silencio su manera de conducirse y cada día se fue convenciendo más de que la santa jovencita seguía la inspiración de Dios y no las fantasías de una muchacha obstinada y caprichosa.

Un día, mientras la sierva del Señor oraba fervorosamente en el cuarto de su hermano, con la puerta abierta pues le había prohibido que la cerrase, su padre entró para tomar algo que necesitaba en la ausencia del muchacho. Al pasear la mirada en torno, vio a su hija arrodillada en un rincón con una paloma, blanca como la nieve, posada sobre la cabeza y que, al acercarse él, voló dándole la sensación de que había desaparecido a través de la madera de la ventana. Preguntó a Catalina con respecto a la paloma y ella contestó que no la había visto ni sabía que hubiese en el cuarto pájaros de ninguna clase. Esto la llenó de asombro y despertó en su espíritu serias reflexiones.

Catalina sentía fervientes deseos de realizar el proyecto que había acariciado desde la infancia, o sea, vestir el hábito de la orden fundada por Santo Domingo, con la esperanza de que así podría cumplir más fácilmente su voto de virginidad. Consecuente con este deseo, oraba continuamente a Dios por la intercesión de aquel santo, que tanto celo había desplegado

por la salvación de las almas y nuestro Señor la alentó con la siguiente visión. Durante el sueño le pareció ver a los fundadores de las distintas órdenes religiosas entre los cuales estaba Santo Domingo, a quien reconoció por un lirio de deslumbrante blancura que tenía en la mano y que ardía sin consumirse. Todos ellos y cada uno en particular, la invitaron a elegir una orden donde servir a Dios más perfectamente. Catalina se volvió hacia Santo Domingo, a quien vio avanzar hacia ella y ofrecerle un hábito de las «Hermanas de la Penitencia», que son muy numerosas en Siena. El santo le dirigió entonces las siguientes consoladoras palabras: «-Hija, ten valor, no te desalientes, no temas obstáculo alguno, porque pronto llegará el día en que vistas el piadoso hábito que deseas». Esta promesa llenó su corazón de alegría; dio las gracias al gran Santo Domingo y de sus ojos brotaron abundantes lágrimas que la despertaron volviéndole el uso de los sentidos.

Esta visión la confortó dándole tantos ánimos que ese mismo día reunió a sus padres y hermanos y con gran firmeza les dijo: «Hace mucho tiempo que habéis resuelto que yo debo casarme y habéis hecho fuerza para que lo haga. Sabéis muy bien que miro con horror ese proyecto y mi conducta debe haberlos convencido de ello. Sin embargo, hasta ahora no he tenido una explicación con vosotros por el respeto que debo a mis padres, pero mi deber me obliga a no seguir callando. Debo hablarlos con sinceridad, hacerlos saber el compromiso que he adquirido y que no data de ahora sino desde mi más tierna infancia. Sabed por consiguiente que he hecho voto de virginidad, y no con ligereza, sino deliberadamente y con perfecto conocimiento de lo que hacía. Ahora que tengo más edad y un conocimiento más perfecto de la naturaleza de mis actos, insisto con la gracia de Dios en mi resolución, y será más fácil pulverizar una roca que hacerme desistir de mi propósito. Renunciad, pues, a vuestros proyectos con respecto a mi enlace; me es imposible satisfacerlos con respecto a esto, porque antes se ha de obedecer a Dios que a los hombres. Si queréis retenerme en esta casa en calidad de sirvienta, desempeñaré las tareas que queráis imponerme y estén a mi alcance; si por el contrario, queréis echarme de ella, eso no me hará cambiar mi resolución. Mi esposo es dueño de todas las riquezas del cielo y de la tierra y su poder me protegerá y proveerá abundantemente todas mis necesidades».

Al oír estas palabras, todos los presentes se fundieron en lágrimas en forma tal que ninguno acertó a contestar. La hasta entonces temerosa y callada jovencita acababa de manifestar con calma y firmeza su resolución irrevocable: estaba dispuesta a dejar la casa de sus padres juntamente con todo lo que esto suponía, antes que renunciar a ella.

Cuando la emoción de los presentes se hubo calmado, el padre, que amaba tiernamente a Catalina y temía aún más a Dios, recordó el misterioso incidente de la paloma juntamente con otros detalles no menos significativos que observara en la vida de su santa hija, y dio la siguiente respuesta: «-El Señor nos guarde de oponernos más a la resolución que Él te ha inspirado; la experiencia nos demuestra y ahora lo vemos con toda claridad, que no has procedido con ligereza sino movida por la gracia divina. Cumple pues el voto que has formulado; haz todo lo que el Espíritu del Señor te inspire, pues en lo sucesivo nadie se opondrá a ello. Persevera en tus piadosas prácticas y pide a Dios por nosotros para que seamos dignos de las promesas del esposo que te ha elegido en tan tierna edad». Y volviéndose a su esposa e hijos, agregó: «Que ninguno de los presentes contradiga a mi hija querida o intente desviarla de su piadosa resolución; que sirva al Señor como ella quiere. Jamás podríamos pretender para ella una alianza mejor, pues no es un mortal a quien recibimos en nuestra familia sino al hombre-Dios, que nunca muere». Tras estas palabras, un poco de llanto, sobre todo de parte de la madre, que tan tiernamente amaba a su hija. Por su parte, Catalina se regocijó en el Señor, a quien dio gracias por la victoria que acababa de obtener. También agradeció humildemente a sus padres la libertad que acababan de otorgarle y se dispuso a hacer uso de ella de la mejor manera que le fuese posible.

## Capítulo V

*Que trata de las austeras penitencias de la santa y de las persecuciones de su madre.*

Tan pronto como Catalina tuvo libertad para servir a Dios de acuerdo con sus fervientes deseos, se dedicó al cumplimiento de sus propósitos de la manera más admirable, procurándose una habitación independiente donde le fue posible la soledad y el aislamiento necesarios para dar rienda suelta a su deseo de atormentar su inocente cuerpo. Sería imposible describir las austeridades que practicó y el ardor con que buscó la presencia de su divino esposo.

Desde la infancia, Catalina apenas había probado la carne; ahora se la prohibió de la manera más absoluta y tanto se habituó a la privación de este alimento que terminó por no poder soportar el olor de él sin que su estómago se resintiese. Un día la encontré en estado de extrema debilidad, porque no había probado alimento alguno. Entonces hice que pusiesen un poco de azúcar en el agua que estaba a punto de beber. Al notarlo ella, me dijo: «Veo que usted está deseoso de extinguir lo poco de vida que todavía me queda». Al preguntarle por qué me decía eso, me contestó que se había acostumbrado en tal forma a los alimentos desabridos, que cualquier cosa dulce, la enfermaba. Lo mismo le ocurría con cualquier alimento de origen animal. En cuanto al vino, lo tomaba tan mezclado con agua, que no conservaba ni el sabor ni el olor característicos y apenas se veía en él algo que recordase la rica coloración de los vinos del país. A la edad de quince años renunció por completo a él y bebía únicamente agua pura. Y restringiendo día por día la cantidad de los alimentos llegó a no comer más que un pedacito de pan y algunos vegetales sin cocer.

Su cuerpo estaba desfallecido a consecuencia de la debilidad y sometido a insostenibles indisposiciones; el estómago era incapaz de desempeñar sus funciones y sin embargo la falta de alimento no disminuía su resistencia física. Su existencia era un milagro, y los médicos que la reconocieron me manifestaron que el caso no tenía explicación científica. Durante todo el tiempo que tuve el privilegio de ser testigo de su vida no tomó alimento ni ingirió bebida en cantidad suficiente para sostenerla y sin embargo lo soportaba con alegría aunque a costa de grandes sufrimientos y extraordinaria fatiga.

Guardémonos de suponer que esto era consecuencia natural de una dieta determinada y una abstinencia metódica y gradual. Para mí es evidente que su resistencia estaba mantenida por el ardor de su espíritu, porque cuando este sobreabunda y se sacia con el alimento celestial, el cuerpo soporta fácilmente el tormento del hambre.

Su lecho estaba formado por unas tablas sin cobertura de ninguna clase. Sobre ellas se sentaba para meditar o se arrodillaba para orar y por fin se tendía para dormir sin despojarse de ninguna parte de su vestido, hecho de lana en su totalidad. Usaba también en calidad de camisa un género tejido con crin, que después cambió por una cadena de hierro tan ceñida en torno del cuerpo que le penetraba en la carne. Esto, lo supe por sus compañeras, que algunas veces se veían en la necesidad de sacársela a causa de la gran fatiga que le producía y que en algunos casos hasta llegaba a producirle desmayos. Cuando ya en el ocaso de su vida aumentó su debilidad de una manera alarmante, la obligué, en virtud de la santa obediencia, a quitarse esta cadena que tan gran dolor le ocasionaba.

Al principio prolongaba sus oraciones hasta la hora de maitines; más adelante, consiguió dominar el sueño en tal forma que sólo dormía media hora día por medio, no permitiéndose ni siquiera este breve reposo sino cuando la extrema debilidad de su cuerpo la obligaba a tomárselo. Según me confesó en cierta ocasión, ninguna victoria sobre sí misma le costó tanto, ni ninguna fue tan difícil de conseguir como la referente al sueño.

Si hubiese encontrado personas capaces de comprenderla, habría pasado los días enteros con sus noches hablando de Dios; sus discursos, en vez de debilitarla, parecían fortalecerla, pues cuando hablaba de las cosas santas parecía recobrar el vigor de la juventud y al terminar de hablar, caía en la languidez y la abandonaba la energía de que acababa de dar muestra en forma maravillosa. Algunas veces me hablaba de los profundos misterios de Dios y, como ella no se cansaba nunca y yo no poseía la sublime elevación de su espíritu, me dormía. Ella, absorta en Dios, no se daba cuenta y seguía hablando. Cuando se percataba de que yo me había dormido, me despertaba elevando el tono de voz, recordándome que estaba perdiendo preciosas verdades y consideraciones al dejarla que hablase a las paredes.

Léanse las vidas de los «padres del desierto», recórranse las páginas de las Sagradas Escrituras...; en vano tratará de encontrarse un caso parecido. En esos relatos leemos que Pablo el Ermitaño vivió durante largos años en la soledad, pero milagrosamente un cuervo le llevaba todos los días medio pan para que se alimentase. El famoso San Antonio practicó asombrosas austeridades, pero le animaba en su penitencia el ejemplo de otros ermitaños que le visitaban en su retiro, pues según refiere San Jerónimo que el santo eremita Hilarión fue, durante su juventud, a verlo y enseñarle los secretos de la vida solitaria así como los medios de vencer al enemigo común de las almas. Los dos santos Macario y Arsenio y muchos otros tuvieron maestros que les enseñaren los caminos del Señor. Todos ellos vivieron en la paz que les proporcionaba su retiro bajo la sombra protectora del mismo monasterio, mientras que Catalina vivió no en un convento ni en la soledad sino en el seno de su familia, sin dirección espiritual y rodeada por obstáculos de todas clases, consiguiendo, a pesar de todo, un grado tal de obediencia jamás alcanzado por ningún otro santo. Es cierto que Moisés ayunó dos veces durante un período de cuarenta días; Elías también repitió ese largo ayuno y el Evangelio nos cuenta que El Salvador quiso darnos ejemplo haciendo lo propio. Pero estos largos períodos de abstinencia fueron hechos aislados. Cuando Juan el Bautista fue llevado por el espíritu de Dios al desierto, su alimento consistió en miel y langostas, pero esto no era un ayuno absoluto. Se cuenta de Santa Magdalena que ayunó durante treinta y tres días, habiéndose retirado para este fin a una cueva cavada en cierta roca que aún se muestra a los fieles.

Los ejemplos que acabo de citar nos dan a entender con cuanta magnificencia y con qué inextinguible bondad enriquece Dios a sus santos al conducirlos por el camino de la perfección. Demuestran también las admirables virtudes de Catalina y que la Iglesia bien puede decir de ella sin desmedro ni injuria para los otros santos: «¡Ninguna se encuentra semejante a ella!». *Non est inventus similis illi*. El infinito poder de Dios, que santifica a las almas, puede otorgarles, cuando lo cree conveniente, una gloria particular.

Un hecho más servirá de broche a todo lo que he dicho de Catalina con respecto a este punto y hará comprender a mis lectores hasta qué extremo había debilitado su cuerpo y sometido su entendimiento. Según me informó su propia madre, antes de iniciar sus penitencias poseía una resistencia física tan extraordinaria que fácilmente podía cargar sobre sus hombros un peso suficiente para un caballo y subir con él rápidamente los dos pisos que tenía la casa. Su cuerpo era dos veces más fuerte y tenía el doble de peso que a los dieciocho años. Sin embargo llegó a estar tan débil que sólo un milagro podía sostenerla. Cuando yo la conocí el espíritu había agotado en tal forma sus energías físicas, que al verla cualquiera diría

que su fin estaba muy próximo. Sin embargo poseía admirables energías, sobre todo cuando se trataba de la salvación de las almas. Entonces olvidaba todas sus dolencias y, siguiendo el ejemplo de su patrona Santa Magdalena, sufría en el cuerpo y oraba con el espíritu, el que comunicaba a sus miembros exhaustos la superabundancia de sus energías.

La antigua serpiente a quien ella había vencido no cesó sin embargo en sus esfuerzos por atormentarla. Esta vez se dirigió a Lapa, a quien conocía y consideraba como verdadera hija de Eva y consiguió, valiéndose del cariño de madre que la mujer profesaba a su hija, inmiscuirse en las penitencias de la santa. Cuando Lapa descubrió que Catalina dormía sobre unas tablas desnudas la obligó por la fuerza a ir a su habitación y la acostó en su propio lecho. Entonces Catalina, dócil a las lecciones de la sabiduría, cayó de rodillas a los pies de su madre y con palabras llenas de humildad y de dulzura le pidió que no se enojase, prometiéndole que reposaría a su lado según su voluntad. Acostó en un extremo del lecho y cuando comprendió que su madre estaba dormida, se levantó furtivamente y volvió a sus devotos ejercicios. Esto no duró mucho, porque Satanás, irritado por la constancia de la santa, despertó a Lapa. En vista de esto, Catalina buscó el medio de dejar tranquila a su madre y al mismo tiempo satisfacer sus deseos de penitencia. Colocó debajo de la sábana, en el lugar que ella debía ocupar, una o dos tablas; pero no pasaron muchos días antes de que la madre se diese cuenta, y entonces, viendo que todos sus esfuerzos resultaban inútiles, terminó por decir a Catalina: «- Veo que nada consigo; por consiguiente, haz lo que te dé la gana, pero al menos no me lo ocultes». Así pudo la santa seguir la inspiración divina.

## Capítulo VI

*Donde se trata de la prueba de las termas y de cómo consiguió tomar el hábito del glorioso Santo Domingo.*

Catalina reanudó sus piadosos ejercicios y hablaba continuamente a sus padres de los grandes deseos que tenía de entregarse más por completo a su divino esposo. También solicitó a las «Hermandades de la Penitencia», que seguían la regla de Santo Domingo, que accediesen a recibirla entre ellas y le permitiesen vestir su hábito. Su madre, afligida por sus continuas solicitudes y no atreviéndose, sin embargo, a oponerse directamente a sus deseos, trató de distraerla un poco de sus austeridades y sin darse cuenta de ello, se convirtió en cómplice de Satanás al proyectar tomar unos baños calientes y que Catalina la acompañase. Pero la esposa del Señor combatió con armas invencibles y todos los ataques del espíritu del mal redundaron en beneficio de ella y en acrecimiento de su santidad. En las termas encontró un medio de torturar su cuerpo, pues con el pretexto de bañarse mejor, se acercaba a los canales por donde penetraban en los baños las aguas sulfurosas y recibía en sus delicadas carnes un calor tal que la hacía sufrir más aún que la cadena de hierro que permanentemente llevaba ceñida al cuerpo. Cuando Lapa le refirió este episodio de la vida de Catalina, esta le manifestó que había solicitado la permitieran bañarse cuando ya se habían ido las demás bañistas, pues estaba segura de que no le permitirían hacer lo que tenía pensado. Y al preguntarle cómo había podido soportar semejante tortura sin morir, le contestó con una simplicidad de paloma que le dejó pasmado: «-Mientras estaba allí, pensaba en las penas del infierno y del purgatorio y pedía a mi Criador, a quien tantas veces he ofendido, que se dignase aceptar a cambio de los tormentos que tengo merecidos, los que yo sufría entonces voluntariamente, y el pensamiento de que me hacía la merced de consentirlo, me llenaba de tal consolación celestial que me sentía feliz en medio de mi dolor».

Al regreso intentó vanamente Lapa conseguir de Catalina que disminuyese sus penitencias; pero la santa hizo oídos sordos a las solicitudes de su madre y le pidió en cambio que insistiese ante las «Hermanas de Penitencia» para que no continuasen rehusándole el hábito que tan ardientemente deseaba. Lapa, vencida por tales ruegos, que se repetían diariamente, renovó su petición, contestándole las hermanas que no era costumbre dar el hábito a jóvenes doncellas sino a viudas de edad madura que se habían consagrado a Dios. Estas religiosas no vivían en clausura, sino que cada una de ellas vivía en su propio domicilio. Lapa regresó a casa con esta respuesta, que indudablemente fue menos penosa para ella que para su piadosa hija.

La esposa de Cristo no se intranquilizó por la negativa; confiaba en la promesa que había recibido del Cielo y solicitó de nuevo su admisión. Dijo a su madre que no estaba desanimada y le pidió que hablase otra vez con las hermanas. Lapa accedió al fin a los ruegos de su hija, pero sin conseguir mejor resultado.

Mientras tanto, Catalina había contraído una enfermedad que en aquel tiempo era muy frecuente entre las personas jóvenes de la región. La Providencia tenía sus designios. Lapa quería tiernamente a todos sus hijos, pero de una manera particular a Catalina. Por consiguiente, la pobre madre permaneció sentada al lado del lecho de la enferma suministrándole todas las medicinas imaginables y buscando la manera de consolarla. Pero Catalina, que en medio de sus sufrimientos perseguía con renovado ardor el objeto de sus deseos, aprovechó la oportunidad que se le ofrecía al ver a su madre tan solícita y dispuesta a otorgarle lo que le pidiese. «-Madre -le dijo dulcemente-, si quieres que recobre la salud, trata de conseguirme el hábito de las «Hermanas de Penitencia». Estoy convencida de que Dios y Santo Domingo, que me inspiran ese camino, me llevarán a ellos y por consiguiente, tú no volverás a verme en esta vida si no sigo el camino que me han indicado».

Lapa dio rienda suelta a las lágrimas al oír estas palabras de su hija, y como temía perderla, fue nuevamente a ver a las hermanas a quienes habló de una manera tan insistente y persuasiva, que por fin consiguió que rectificasen su anterior resolución. «Si no es de una belleza extraordinaria, la recibiremos en atención a usted -le contestaron-, pero si es demasiado linda, no podremos hacerlo, pues es nuestra obligación evitar los inconvenientes que pudieran sobrevenir de la malicia de los hombres, sobre todo en los tiempos que corremos».

Lapa las invitó a que fuesen a su casa y juzgasen por sí mismas. Entonces, tres o cuatro hermanas elegidas entre las más prudentes y de inteligencia superior la acompañaron para ver a Catalina y juzgar acerca de su vocación. Por cierto que no pudieron formar juicio con respecto a su apariencia física, pues tenía todo el cuerpo cubierto por una erupción -consecuencia de la enfermedad- que la desfiguraba por completo. Además su belleza no era excesiva aun estando en perfecto estado de salud. Pero si no pudieron juzgar su aspecto con los ojos, la oyeron hablar con tan gran fervor y notaron en ella una sabiduría tan profunda que quedaron encantadas, comprendiendo que la madurez de su mente no estaba de acuerdo con su edad, ya que muy pocas personas entradas en años podrían compararse con ella en virtudes.

Se retiraron pues las hermanas llenas de piadosa alegría y espiritual edificación y dieron cuenta de su visita a sus compañeras, quienes, después de consultado el caso con los frailes de la Orden, celebraron capítulo y admitieron a Catalina por unanimidad, hecho lo cual anunciaron a la madre que en cuanto la aspirante se encontrase restablecida de su dolencia podía ir a la iglesia de los Frailes Predicadores para recibir el hábito de Santo Domingo con las acostumbradas ceremonias, en presencia de los hermanos y hermanas de la orden.



Al recibir tan grata nueva, Catalina derramó lágrimas de alegría y dio fervorosas gracias a su Divino Esposo y a Santo Domingo, quien al fin cumplía su promesa. Le imploró también para que le devolviese la salud, no para librarse de los sufrimientos que la enfermedad le ocasionaba, sino para cumplir más prontamente el primero y más intenso deseo de su corazón. Sus ruegos fueron oídos, pues al cabo de pocos días se encontró completamente bien. Dios no podía dejar de escucharla al pedirle que removiese un obstáculo que se interponía en el camino de su mayor gloria y que redundaría en bien de un alma que le amaba tan tiernamente.

La madre buscó ahora pretextos para retardar el feliz día de la recepción del santo hábito; pero todo fue en vano, pues tanto insistió Catalina que el día señalado no tuvo más remedio que acompañarla a la iglesia, donde en presencia de muchos hermanos y hermanas de la orden, así como de los frailes predicadores, que dirigían la congregación, le fue impuesto el hábito, cuyos colores blanco y negro representan la humildad y la inocencia. Tengo para mí que ningún otro hábito habría sido tan adecuado para ella; todo blanco o del todo negro habría tenido un significado incompleto: el color gris, proveniente de la mezcla de ambos, habría representado sus mortificaciones, pero no la brillante inocencia de su pureza virginal. Catalina fue la primera virgen recibida en Siena entre las hermanas de penitencia; muchas la siguieron después, por lo cual bien pueden aplicarse las palabras del rey David: *Adducentur regi virgines post eam*. (PS. LIV, 15.) En seguimiento de ella las vírgenes fueron presentadas al Señor. Si las hermanas hubieran reflexionado más seriamente, presumo que no habrían tardado tanto en acceder a sus solicitudes, pues Catalina era más merecedora que ellas de llevar un hábito que simboliza la inocencia y la humildad, ya que la inocencia de la virginidad es superior a la castidad de la edad madura.

## Capítulo VII

*Origen y fundación de las «Hermanas de Penitencia» de Santo Domingo y su modo de vida.*

Los siguientes datos los he sacado de manuscritos que consulté en Italia, de informes suministrados por personas ancianas de la orden y de la historia de nuestro bendito fundador Santo Domingo. Este glorioso defensor de la fe católica y valiente soldado de Cristo combatió tan victoriosamente las herejías surgidas en el sur de Francia y en Italia que, por su mediación y la de sus discípulos, según se demostró luego con motivo de su canonización, fueron convertidos, en Lombardía sólo, más de cien mil herejes.

Pero el veneno del error había corrompido los entendimientos hasta tal extremo que los beneficios eclesiásticos estaban usurpados por legos que los transmitían en herencia como si se tratase de bienes comunes. Los obispos se veían obligados a mendigar su propia subsistencia y por lo tanto carecían de autoridad para impedir semejantes abusos y se veían privados por carencia de medios materiales de ayudar a los pobres. Santo Domingo, que había elegido la pobreza como su propia porción, no quiso ver a la Iglesia en tal estado de indigencia y resolvió poner cuanto estuviese a su alcance para devolverle su antigua opulencia. Consecuente con este santo propósito reunió a varios seglares, a quienes sabía animados por el espíritu del Señor, y organizó con ellos una piadosa milicia, cuyo fin era recuperar las riquezas de la Iglesia y defenderlas oponiéndose a la injusticia de los herejes. Aquellos que se enrolaron, juraron hacer cuanto estuviese a su alcance para conseguir los fines propuestos, llegando, si fuese necesario, hasta el sacrificio de su fortuna y aun el de su propia vida. Pero como las esposas de estas personas podrían a veces ofrecer obstáculos a los fines de la congregación, Santo Domingo las indujo a prometer solemnemente que no se

opondrían a los propósitos de sus maridos, sino que, por el contrario, les prestarían su decidida ayuda. Los asociados tomaron la denominación de *Hermanos de la Milicia de Jesucristo*. Deseando el santo fundador distinguirlos de los demás seglares por algún signo exterior y señalarles algunas obligaciones particulares, dispuso que los colores de sus vestidos, cualquiera forma que tuviesen, fuesen los del hábito que llevaban los religiosos de su orden, o sea, el blanco y el negro, símbolos de la inocencia y la humildad. Les impuso además la obligación de recitar cierto número de padrenuestros y avemarías, para suplir con ellos las horas canónicas, cuando no podían asistir a los oficios divinos.

Más tarde, cuando nuestro bendito padre Santo Domingo había dejado la tierra para dirigirse a las moradas celestiales, y sus numerosos milagros decidieron a la Iglesia a incluir su nombre en el catálogo de los santos, los hermanos y hermanas de la *Milicia de Jesucristo* resolvieron honrar el nombre de su fundador tomando el título de *Hermanos de Penitencia de Santo Domingo*. Por otra parte, los merecimientos del santo y el trabajo apostólico de su orden habían extirpado casi por completo la herejía; los combates exteriores no eran ya necesarios, pero quedaba por vencer aún mediante la penitencia el enemigo interior de las almas y de aquí que la nueva denominación fuese más adecuada que la anterior.

Cuando el número de los frailes predicadores hubo aumentado y Pedro (virgen y mártir) se manifestó entre ellos como una radiante estrella al triunfar sobre sus enemigos, más con su muerte que durante su vida, la manada de lobos que desolaba la viña del Señor fue aniquilada y Dios devolvió la paz a su Iglesia. Las razones que promovieron la fundación de la *Milicia de Jesucristo* no existían ya y la asociación perdió por consiguiente su carácter militar.

Cuando los hombres que formaron parte de ella murieron, sus viudas, habituadas a la vida religiosa que habían llevado, renunciaron a un nuevo matrimonio y perseveraron en sus prácticas piadosas hasta la muerte. Otras viudas que no habían contraído los mismos compromisos, pero que no querían casarse nuevamente, imitaron a las *Hermanas de Penitencia* y adoptaron su regla para purificarse de pasadas faltas. Gradualmente fue creciendo su número en las diversas ciudades de Italia y los frailes predicadores fueron sus directores espirituales de acuerdo con el espíritu de Santo Domingo. Pero, como no había nada establecido con respecto a esta dirección, un fraile español llamado Munio, religioso de santa memoria que había gobernado a toda la orden, escribió la regla que aún subsiste. Esta regla no es en realidad lo que corresponde a una orden religiosa, pues no exige los tres votos, que son la base de toda orden propiamente tal.

Como las *Hermanas de Penitencia* fuesen aumentando en número y santidad, el soberano Pontífice Honorio IV, en consideración a sus méritos, les concedió mediante una bula permiso para oír los oficios divinos en las iglesias de los frailes predicadores, aun en tiempo de entredicho. Juan XXII, después de haber promulgado la bula *Clementina*, los *begardos* y *begüinos*, declaró formalmente que sus prohibiciones no alcanzaban a las *Hermanas de Penitencia* de Santo Domingo, existentes en Italia y cuya regla no necesitaba ninguna innovación.

## Capítulo VIII

*De los admirables progresos de Catalina en los caminos del Señor y de algunas gracias particulares que recibió.*

Catalina no pronunció los tres votos de religión al tomar el hábito de Santo Domingo, pero tomó la resolución de cumplirlos fielmente. Con respecto al de castidad no podía haber sido de otra manera, puesto que ya había formulado el de virginidad perpetua. Prometió pues obedecer al Padre Maestro de las *Hermanas de Penitencia* en todo cuanto le ordenase y lo mismo con respecto a la superiora. Durante toda su vida fue tan fiel a esta promesa que en el lecho de muerte pudo declarar a su confesor que no recordaba haber faltado una sola vez a ella.

También observó de una manera perfecta el voto de pobreza. Cuando vivía en la casa de sus padres y reinaba en ella la abundancia, jamás tomó algo para sí misma, únicamente para dar limosna a los pobres, pues su padre le había dado amplias facultades con respecto a este punto. Amaba tanto la pobreza que, según confesó, nada podía consolarla de que esta no existiese también en su familia y pedía a Dios ardientemente que se dignase hacer pobres a sus padres. «-Señor -solía decir-, ¿no es mejor que te pida para mis padres y hermanos los bienes de la eternidad? Yo sé que los de la tierra van acompañados de peligros y enfermedades; por eso quiero que los míos no estén expuestos a ellos».

Dios escuchó sus ruegos; circunstancias extraordinarias redujeron a sus padres a una extrema pobreza sin culpa de ellos, como puede probarse con el testimonio de personas que los conocieron.

Una vez establecidos estos cimientos, Catalina comenzó a construir el edificio de su perfección, aprovechando a la manera de industriosa abeja cualquier ocasión que se le presentase para avanzar en él, y adoptando todos los medios posibles para hacer una vida más retirada y más unida a su divino esposo.

Con el fin de mantenerse incontaminada por el mundo se propuso observar el más riguroso silencio y no hablar más que cuando tenía que hacerlo con su confesor en el sacramento de la Penitencia. El confesor de Catalina que me precedió declaró por escrito que la santa observó esta resolución durante tres años. Permanecía constantemente en su celda a no ser cuando iba a la iglesia, y no saliendo de ella ni aun para tomar su alimento, que, como ya se ha dicho, era tan escaso, y que jamás dejaba de derramar lágrimas al tomarlo ofreciendo a Dios el tributo de su corazón ansioso de penitencia. ¡Quién podría hacer un recuento de sus vigiliyas, sus plegarias, sus meditaciones y sus suspiros en la soledad de que ella supo rodearse en su misma casa en medio del bullicio de la ciudad! Había ordenado su tiempo en tal forma que velaba mientras los frailes dominicos, a quienes ella llamaba sus hermanos, estaban entregados al sueño, y cuando oía el segundo toque de maitines, decía a su divino esposo: «-Señor, mis hermanos, que te sirven, han estado durmiendo hasta ahora y yo estuve velando por ellos en tu presencia pidiéndote que los preserves de las acechanzas del enemigo. Ahora que ellos se levantan para ofrecerte sus plegarias, protégelos y permítame que tome un corto reposo». Entonces se tendía sobre sus tablas, usando como almohada un pedazo de madera.

Aquel a quien ella amaba recreábase con su fervor y la alentaba con nuevas gracias. No queriendo que su fiel cordero careciese de pastor y que un discípulo tan deseoso de adelantar estuviese sin un buen maestro, él mismo se aparecía en la pequeña celda de Catalina y le enseñaba las cosas más convenientes para su adelanto espiritual. «-Tened la seguridad, padre -me dijo en una oportunidad- que nada de lo que sé concerniente a los caminos de la salvación me ha sido enseñado por un mero hombre. Fue mi señor y maestro, el amado esposo de mi alma, Nuestro Señor Jesucristo, quien me lo reveló mediante sus inspiraciones y sus apariciones. Él me ha hablado lo mismo que yo os hablo ahora». Esto me lo dijo al comienzo

de sus visiones, cuando las percibió mediante los sentidos externos y temía ser engañada por Satanás. Pero Nuestro Señor, lejos de ofenderse por este temor, ensalzó su prudencia. «-El viajero -le dijo- debe estar siempre en guardia, porque está escrito: *Bendecido sea el hombre que vive en el temor* (PROV. XXVIII, 14). Si tú lo deseas, te enseñaré a distinguir mis visiones de las del enemigo». Y como Catalina se lo pidiese ardientemente, Nuestro Señor continuó: «-Sería fácil iluminar tu espíritu directamente y mostrarte la manera de distinguir desde el principio cuál es el origen de tus visiones; pero para utilidad y beneficio de los demás, te diré lo que enseñan los doctores a quienes he dado a conocer mi verdad. Mis visiones comienzan con el terror y terminan con paz; su llegada o su presentación es esperada con cierto amargor que poco a poco se va convirtiendo en dulzura. Lo contrario ocurre con las visiones del espíritu malo: comienzan siempre con cierto goce espiritual, pero siempre terminan sumergiendo al alma en la intranquilidad. Y esto es así porque nuestros caminos son diferentes. El camino de la penitencia y de los mandamientos aparece al principio áspero y penoso, pero a medida que avanza por él el espíritu se va haciendo fácil y agradable. El camino del malo, por el contrario, es halagador en sus comienzos, pero no tardan en aparecer la turbación y el peligro. Te daré una señal más que es infalible. Mis visiones hacen humilde al alma que las recibe pues le hacen comprender lo indigna que es de ellas. Pero como el demonio es el padre de la falsedad y el príncipe del orgullo, solamente puede dar aquello que posee y sus visiones siempre engendran en el alma cierta estimación de sí misma que la excita a la vanidad. Examínate por consiguiente con minuciosidad y ve si tus visiones proceden de la verdad o del extremo opuesto: la verdad excita a la humildad; la falsedad crea el orgullo».

A partir de este momento sus visiones celestiales y sus comunicaciones con Nuestro Señor se multiplicaron en forma tal que la más animada conversación entre dos amigos entrañables no bastaría para dar una idea del intercambio de pensamientos entre Catalina y su divino esposo. Sus oraciones, sus meditaciones y su lectura espiritual, sus vigias y su corto reposo, todos estos actos estaban bendecidos por la divina presencia. Estas relaciones sobrenaturales son la causa y origen de su abstinencia, de su admirable doctrina y de los milagros obrados por su intercesión y de los cuales Dios se dignó hacernos testigos durante su vida.

En el principio de mi relación con ella, había oído tantas cosas maravillosas referentes a su vida, que vacilé bastante antes de creerlas; Dios permitió que así fuese para mayor bien. Intenté de todas las maneras posibles descubrir los medios de asegurarme de si los fenómenos extraordinarios que se operaban en ella provenían de Dios o de cualquiera otra causa, es decir, si eran verdaderos o falsos. He encontrado, especialmente entre las mujeres, a muchas personas de fantasía desbordada, cabezas que se trastornan con facilidad y que por consiguiente están más expuestas que otras a las seducciones de Satanás. Ciertos detalles me llenaban de turbación y sentí el deseo de verme asegurado por Aquel que no puede engañarnos ni engañarse. Pensando en esto se me ocurrió de pronto la idea de que si podía obtener de Dios por la intercesión de Catalina una contrición por mis pecados superior a la que sentía habitualmente, esto sería un signo indudable de que todo lo que ocurría era proveniente del Espíritu Santo, pues nadie puede tener una verdadera contrición si Dios no se la inspira, y aunque ignoramos si somos dignos de odio o de amor, la contrición de corazón es señal y prueba de que estamos en la gracia del Señor.

No dije a nadie una sola palabra acerca de los pensamientos que me preocupaban y pedí directamente a Catalina que se dignase obtener de Dios la remisión de mis pecados. Ella me contestó con alegría llena de caridad que cumpliría mi encargo y entonces yo agregué: que para quedar tranquilo y saber que mis deseos habían quedado satisfechos quería tener una prueba, a saber, una contrición extraordinaria de mis pecados. Ella me aseguró que la conseguiría, y al día siguiente, mientras estaba conversando conmigo, su mente se volvió

insensiblemente hacia Dios y empezó a hablar de la ingratitud de que damos muestras cuando ofendemos a Nuestro Señor. Mientras hablaba, yo tuve una clara y distinta visión de mis pecados: me vi, despojado de todas las cosas, en la presencia de mi Juez y sentí que merecía la muerte como la merecen los malhechores cuando son juzgados por la justicia de los hombres. Vi también la bondad de mi Juez quien por su divina gracia me había llamado a su servicio y reemplazado la muerte por la vida, el temor por la esperanza, la tristeza por la alegría, la vergüenza por la gloria. Estas visiones mentales triunfaron en tal forma sobre mi dureza de corazón que comencé a derramar torrentes de lágrimas por mis pecados, llegando a hacerse tan profundo mi dolor que pensé iba a morir a consecuencia de él.

Catalina, cuyos ruegos habían sido escuchados, guardó silencio dejándome entregado a mis lágrimas y sollozos. Momentos después y cuando aún me duraba la sorpresa por aquella disposición de ánimo que acababa de sentir de una manera tan intensa, recordé mi pedido y la promesa que ella me había hecho la víspera, y volviéndome hacia la esposa del Señor, le dije: «-Esto no es la gracia que pedí ayer. -Es lo mismo -contestó ella y agregó-: No olvide el don que acaba de hacerle el Señor». Mi compañera y yo quedamos llenos de gozo y de edificación, pero yo exclamé como el incrédulo Santo Tomás: «-¡Mi Señor y mi Dios!» *Dominus meas et Deus meus.* (SAN JUAN XX, 28.)

Otra prueba recibí de la santidad de Catalina, prueba que redunda en honor de ella y confusión mía. Estaba postrada en cama a consecuencia de sus sufrimientos y me hizo saber que deseaba hablar conmigo con respecto a una revelación. Fui y me acerqué a su camastro y ella, a pesar de la fiebre que la consumía, empezó a hablarme de Dios y de las cosas que le habían sido reveladas durante el día. Eran estas tan extraordinarias que, olvidando lo que acababa de ocurrirme a mí mismo, me pregunté: «-¿Deberé dar crédito a, lo que me está diciendo?» Mientras yo la miraba en un estado de perplejidad, la expresión de su rostro cambió adquiriendo la apariencia del de un hombre de carácter duro que me estuviese mirando con fijeza y que me llenó de terror. Su rostro ovalado indicaba la plenitud de la vida y todo su aspecto daba una impresión tal de majestad que revelaba bien a las claras la santa presencia de Dios. Imposible concebir una expresión tan dominante y majestuosa como la que en este momento tenía el rostro de ordinario tan apacible y manso de Catalina. Yo quedé completamente aterrorizado y exclamé levantando ambas manos: «-¡Oh! ¿Quién me mira de esa manera?» Catalina contestó: «-*Es el que es*». La visión desapareció y nuevamente vi el rostro de Catalina, que instantes antes no podía reconocer. Mi inteligencia fue iluminada entonces con tan abundante luz, sobre todo con respecto a lo que estábamos tratando, que entonces comprendí aquellas palabras del Señor, cuando prometió la llegada del Espíritu Santo: «*Et quae ventura sunt annuntiabit vobis*». (SAN JUAN XVI, 13.)

## Capítulo IX

*De la admirable doctrina que le enseñó Nuestro Señor y de cómo ella la adoptó por norma de su vida.*

Examinemos ahora el edificio espiritual de la perfección de Catalina con la gracia de Aquel que fue la piedra fundamental de la construcción, y así como las almas fieles encuentran vida y fortaleza en la palabra del Señor, aprovechemos las lecciones que ella recibió directamente de la boca del amado Maestro.

Según manifestó Catalina a sus confesores, en el comienzo de sus visiones Nuestro Señor se le aparecía mientras ella estaba meditando, y le decía: «-Comprende, hija mía, qué eres tú y quién soy Yo. Si aprendes estas dos cosas, recibirás las bendiciones de lo alto. Tú eres lo que no es; Yo soy el que es por excelencia. Si tu espíritu se penetra profundamente de esta verdad, el enemigo no podrá engañarte y evitarás todas sus acechanzas; nunca consentirás en hacer algo que sea contra mis mandamientos y adquirirás sin dificultad la gracia, la verdad y la paz».

En estas breves y sencillas palabras, ¿no encontramos la «longitud, anchura y profundidad» de que habla San Pablo a los cristianos de Éfeso? Nuestro Señor le dijo también en otra aparición: «-Hija, piensa en Mí y yo pensaré continuamente en ti». Catalina interpretó estas palabras en el sentido de que Dios le ordenaba mediante ellas desterrar del corazón todos los pensamientos propios y no pensar en otra cosa sino en Él, sin estar preocupada por ella misma ni por su salvación de manera que ninguna distracción pudiese penetrar en su espíritu, pues Dios lo sabe todo y provee a las necesidades de los que piensan en Él y ponen en este pensamiento la suprema felicidad. De aquí que cuando nosotros expresábamos alguna ansiedad o temor por nosotros o por nuestros hermanos, ella solía decirnos: «-¿A qué os preocupáis? Dejad todo en manos de la Providencia. En medio de los mayores peligros Dios vela por vosotros y siempre os protegerá». Esta virtud de la esperanza se la infundió su Divino Esposo cuando le dijo: «-Yo pensaré continuamente en ti».

Recuerdo que estando a bordo de un barco con ella y otras muchas personas, el viento amainó en tal forma a eso de medianoche, que el piloto llegó a alarmarse. Estábamos en un canal peligroso y si el viento nos tomaba de costado, estábamos en peligro de ser arrojados contra la costa. Yo puse en conocimiento de Catalina la situación en que nos encontrábamos y ella me contestó con la misma entonación con que me hablaba siempre: «-¿Por qué se preocupa usted por estas cosas o permite que su espíritu se distraiga por tales pequeñeces?». Yo guardé silencio, pues las palabras de Catalina me habían devuelto la calma; pero el viento empezó poco después a soplar en la dirección temida por el piloto y entonces yo lo puse en conocimiento de Catalina. «Que cambie de rumbo en el nombre de Dios y se deje llevar en la dirección del viento que el Cielo le enviará». El piloto obedeció y retrocedimos, pero ella oró con la cabeza inclinada hacia adelante y apenas habríamos recorrido una distancia equivalente a un tiro de arco, cuando cambió el viento en forma favorable. Así pudimos llegar a puerto a la hora de maitines.

Esta anécdota de la vida de Catalina no debía figurar aquí pues interrumpe el orden cronológico, pero la relato porque sirve para el fin que me propongo. Efectivamente, cualquiera que reflexione verá que la segunda verdad fluye como consecuencia de la primera. Si un alma reconoce que en sí misma no es nada, y que existe solamente por Dios, no confiará en sí misma para cualquier clase de acción, sino en la intervención divina tan sólo. Esa alma pondrá toda su confianza en el Señor y «colocará todos sus *pensamientos en Él*» según la frase del salmista. Esto no le impedirá el hacer por ella misma todo cuanto le sea posible, porque esta santa confianza proviene del amor y el amor produce en el espíritu el deseo del objeto amado, deseo que excita al alma a la realización de todos los actos capaces de satisfacerlo. La actividad está en relación con el amor, pero aquella no le impide poner su confianza en Dios y rechazar cualquier clase de seguridad en las propias fuerzas, puesto que el conocimiento que ha adquirido de su propia pequeñez y de la grandeza del Creador así se lo enseña.

Me habló con frecuencia del estado en que se encuentra un alma que ama a su criador y solía decirme que «el espíritu termina por no darse cuenta de sí mismo y por olvidarse no sólo de sí sino de todos los demás seres». Y como le pidiese una aclaración de esto, me dijo: «El alma que comprende su pequeñez y que se convence de que todo lo bueno que posee proviene de su Creador se resigna tan perfectamente y se sumerge de una manera tan total en Dios que todas sus actividades se dirigen hacia Él y se ejercitan en Él. Ese alma no quiere salirse del centro en el cual ha encontrado la perfección de la felicidad y esta unión de amor aumenta diariamente en ella y la transforma, por así decirlo, en Dios, de manera que es incapaz de tener otros pensamientos, otros deseos u otro amor que no sea el de Él. Este es un amor que no puede desviarse de su objeto porque el alma sigue necesariamente a la voluntad divina y no hace nada ni desea nada fuera de la voluntad de Dios».

En esta unión del alma con Dios Catalina encontró otra verdad que ella enseñó de una manera constante a aquellas personas a quienes dirigía. El alma unida a Dios -decía- le ama en la misma proporción con que detesta la parte sensitiva de su propio ser. El amor de Dios engendra necesariamente el odio al pecado, y cuando el alma descubre que el germen del pecado se encuentra en sus propios sentidos y que es en ellos donde tiene sus raíces, no puede por menos que aborrecer a sus propios sentidos y tratar, no de destruirlos, por supuesto, sino de aniquilar el vicio que hay en ellos, cosa que no puede conseguir sin grandes y continuos esfuerzos. Esta raíz del pecado existirá eternamente, pues según San Juan, «si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está con nosotros» (San Juan, Ep. primera, 1, 8).

«Oh, eterna bondad de Dios -exclamaba Catalina- ¿qué has hecho? De las faltas sacas virtud, de las ofensas, perdón, y en lo vil y despreciable haces brotar los pimpollos del amor. Hijos míos, procurad tener un santo odio de vosotros mismos; este os hará humildes; os dará paciencia en las tribulaciones, moderación en la prosperidad, cautela en la manera de conducir, y así os haréis gratos a Dios y a los hombres». Y agregaba: «-¡Ay! ¡Ay de aquella alma que no posee este santo odio, pues donde no existe este, reinará el amor hacia sí mismo, y el amor hacia sí mismo es la causa de todos los pecados y la raíz de todos los vicios!».

Esta misma doctrina se encuentra en las palabras que el Apóstol oyó en el cielo, cuando pidió al Señor que le librase de la tentación. «La fortaleza se perfecciona en la debilidad» y agrega: «Yo me glorío de mi debilidad para que el poder de Cristo pueda habitar en mí».

Por consiguiente podemos sacar en conclusión que las enseñanzas de Catalina tuvieron como fundamento la firme roca de la virtud, que es Jesucristo.

## Capítulo X

*De las admirables victorias que obtuvo sobre las tentaciones y de su extraordinaria intimidad con Nuestro Señor.*

El rey pacífico erigió la fortaleza del Líbano con el fin de defender a Jerusalén contra Damasco. El altanero príncipe de Babilonia, enemigo de la paz, montó en cólera, reunió sus ejércitos contra ella y ansió destruirla. Pero aquel que da y conserva la paz rodeó la fortaleza con magníficas e inexpugnables defensas y no sólo las flechas del enemigo resultaron

impotentes sino que se volvieron contra los mismos que las lanzaban, y les dieron la muerte. De una manera análoga, cuando la antigua serpiente vio a Catalina, tan joven, subir a tan alto grado de perfección, se enfureció no tanto por ella misma sino por la gran cantidad de almas que por su intermedio habrían de salvarse, y por el gran beneficio que habrían de aportar a la Iglesia sus virtudes y sus enseñanzas. Por consiguiente buscó en su infernal malicia la manera de seducirla. Pero el Dios de misericordia que permitía tales ataques para aumento de la gloria de su esposa, dio a esta tan excelentes armas de combate que la guerra resultó más beneficiosa para su espíritu que la misma paz. Primero le inspiró el pensamiento de pedir a Dios el don de la fortaleza. Así lo hizo ella insistentemente durante algunos días y Dios en recompensa a sus plegarias, le dio las instrucciones siguientes:

«Hija, si quieres adquirir la fortaleza debes imitarme. Yo podía con mi divino poder haber frustrado los esfuerzos de Satanás y tomado otras medidas para anularlos, pero quiero instruirte mediante mis ejemplos y enseñarte a vencerle por medio de la cruz. Si quieres tener poder sobre tus enemigos, toma la cruz como salvaguardia. ¿No te han enseñado mis apóstoles que yo corrí con alegría hacia una muerte tan ignominiosa como la del Calvario? (Hebr. XII, 2). Acepta por consiguiente las pruebas y las aflicciones; súfrelas no sólo con paciencia sino con placer; son tesoros duraderos, pues cuanto más sufras por mí, más te parecerás a mí y, de acuerdo con las enseñanzas del Apóstol, cuanto más te parezcas a mí en los sufrimientos, más cerca estarás de mí en la gracia y en la gloria. Considera, por consiguiente, mi amada hija, en atención a mí las cosas amargas como si fuesen dulces y ten la seguridad de que tu fortaleza acrecerá siempre».

Catalina sacó tanto provecho de esta lección que posteriormente a ella sufrió las más duras pruebas con tanta alegría que, según me confesó, nada le servía de tanto consuelo como las penas y las aflicciones. Sufría cuando estaba privada de ellas, porque estaba segura de que eran las gemas preciosas que habían de enriquecer su corona celestial.

Cuando el Dios de los Cielos y de la tierra hubo provisto de tales armas a la que estaba predestinada a defender su causa, permitió que el enemigo avanzase y asaltase la fortaleza. El demonio la atacó por todas partes e hizo esfuerzos terribles por derribarla. Comenzó por las tentaciones más humillantes y las presentó delante de su imaginación no sólo durante el sueño sino por medio de excitantes fantasmas que desfilaban ante sus ojos y oídos atormentándola de mil distintas maneras. Estos combates son horribles de describir, pero la victoria que les siguió debe ser una fuente de alegría para las almas puras. Catalina combatió valerosamente contra sí misma mortificando su carne con una cadena de hierro que le hacía derramar sangre en abundancia. También aumentó sus vigias hasta el extremo de privarse prácticamente del sueño.

Sus enemigos se negaron a retirarse, tomando la apariencia de personas que la compadecían y aconsejaban: «-¡Pobre criatura! -le decían-. ¿Por qué te torturas tan inútilmente? ¿Por qué pones en práctica semejantes mortificaciones? En el caso de que puedas seguir practicando esa vida, ¿no comprendes que estás destruyendo tu cuerpo y haciéndote, por consiguiente culpable del pecado de suicidio? Es necesario que renuncies a esas locuras; de lo contrario serás una víctima de ellas. Todavía puedes disfrutar del mundo; eres joven y estás todavía a tiempo para que tu cuerpo recupere las energías perdidas. Tú deseas agradar a Dios, pero recuerda que hubo muchas santas casadas, como Sara, Rebeca, Lía y Raquel. ¿No es una imprudencia el que hayas elegido un género de vida en el cual no puedes perseverar?».

A todos estos razonamientos Catalina opuso la oración y con respecto a la perseverancia, se limitaba a contestar: «-Confío en el poder del Señor; no en el mío». El demonio no pudo



conseguir más. Con respecto a esta clase de tentaciones, ella dio una regla que es: Con el enemigo no debe discutirse nunca, porque él tiene gran confianza en vencernos con la sutileza de sus razonamientos.

Viéndose vencido, Satanás dejó a un lado los argumentos y adoptó un nuevo método de ataque, que consistía en perseguirla con sus aullidos e invitarla a tomar parte en sus abominaciones. En vano cerraba ella ojos y oídos; no le era posible apartar de sí esos horribles espectros y, para colmo de su aflicción, su divino esposo, que continuamente la visitaba para confortarla, parecía haberla abandonado dejándola sin ayuda visible ni invisible. De aquí que su espíritu estuviese sumido en profunda melancolía, aunque esto no era óbice para que cesase en sus austeridades ni en la práctica de la oración mental. A propósito de esto dio la siguiente regla a las almas a quienes servía de guía espiritual: Cuando el espíritu cristiano se da cuenta de que disminuye su fervor a consecuencia de alguna falta o de alguna tentación permitida por la Providencia, debe continuar sus ejercicios espirituales y multiplicarlos en lugar de dejarlos o acortar su intensidad.

Catalina, fiel a la inspiración del Señor, alentó un santo odio contra sí misma. «-¡Oh, tú, la más vil de las criaturas! -se decía-, ¿eres acaso digna de recibir consuelo de alguna clase? Trae a la memoria tus pecados; esto te hará un gran bien si quieres evitar la eterna condenación sufriendo durante el corto transcurso de tu vida estos dolores y esta obscuridad. ¿Por qué, entonces, te afliges? Si consigues escapar al infierno, Jesucristo te consolará durante toda la eternidad. No es la presente alegría el motivo que te ha inducido a servirle, sino la esperanza de poseerle eternamente en el Cielo. Yérguete; no abandones ninguna de tus piadosas prácticas y canta como mayor aliento las alabanzas de tu Criador». Así, con su humildad confundió al príncipe de las tinieblas y sacó fuerzas de los principios de la Sabiduría. Y como la habitación donde vivía parecía estar infestada por aquellos espíritus impuros, la dejó para permanecer todo el tiempo que le era posible en la iglesia, porque aquellas infernales obsesiones la atormentaban menos aquí.

Esta prueba continuó durante varios días hasta que estando entregada a la oración de vuelta de la iglesia, un rayo de luz proveniente del Espíritu Santo iluminó su alma trayendo a su memoria que poco tiempo antes había pedido al Señor el don de la fortaleza y Dios le había indicado la manera de conseguirla. Instantáneamente comprendió entonces cuál era la causa de sus terribles tentaciones y resolvió hacer frente a ellas con valor hasta que fuese voluntad de su divino esposo. En aquel momento un espíritu maligno, más malicioso que los otros, le dijo: «Pobre alma miserable, ¿qué es lo que vas a tomar sobre tus hombros? Comprende que no puedes pasarte toda la vida en este estado, porque nosotros te atormentaremos hasta el momento de tu muerte si no nos obedeces». Catalina, recordando el aviso que había recibido, le contestó: «He elegido el sufrimiento para consuelo mío y no sólo no me resultará penoso sufrir tales aflicciones y aun mayores por el amor de Jesús y durante el tiempo que a Él le plazca».

Apenas pronunciadas estas palabras, los demonios huyeron avergonzados por la derrota y una gran luz descendió del cielo llenando la habitación con un resplandor eneguedor. En medio de aquella luz apareció Nuestro Señor Jesucristo tal como estuvo en la cruz cuando abrió las puertas del Cielo con el derramamiento de su sangre divina. «-Catalina, hija mía -le dijo- considera lo que he sufrido por ti y nunca te resultará penoso el sufrir por mí». Dicho esto, asumió una forma menos dolorosa con el fin de confortar a Catalina y le habló acerca de la victoria que ella acababa de conseguir. Ella, como lo hiciera San Antonio, le dijo: «-¿Señor, dónde estabas tú cuando mi corazón era tan atormentado? -Yo estaba en el medio de tu corazón -repuso el Señor. -Ah, Señor -replicó Catalina-, Tú eras la eterna verdad y yo me

inclino humildemente ante tu majestad, pero ¿cómo puedo creer que estabas en mi corazón cuando este estaba lleno de tan detestables pensamientos? -¿Te dieron esos pensamientos agrado o dolor? -Una tristeza y pena excesivas. -Estuviste apenada y sufriste porque yo estaba oculto dentro de tu corazón. Si yo no hubiese estado allí, esos pensamientos habrían penetrado dentro de tu corazón y te habrían llenado de alegría, pero mi presencia te los hizo insoportables; tuviste la voluntad de rechazarlos porque estaban allí a pesar tuyo y precisamente porque no conseguías rechazarlos se te llenaba el alma de tristeza. Yo obré sobre tu alma y te defendí contra tu enemigo. Yo estaba dentro de ti y permití esos ataques porque podían resultarte útiles para tu salvación. Cuando hubo pasado el tiempo que yo había fijado para la prueba, te envié mi luz y las sombras del infierno se disiparon, porque el demonio no puede resistir la luz. ¿No fui yo quien te hizo comprender que esa prueba era conveniente para que adquirieses la virtud de la fortaleza y que era tu deber sufrirla con paciencia, pues haciéndolo así me darías placer? Porque tú la aceptaste de corazón, te libré al fin de ella con mi presencia. Lo que me agrada no es la aflicción en sí misma sino la voluntad con que se soporta. Yo te creé a mi imagen y semejanza y después me asemejé a ti tomando tu naturaleza. Y nunca cesaré de hacerte cada día más parecida a mí mientras tú no me ofrezcas algún obstáculo; lo que hice durante mi vida mortal, continuaré haciéndolo en tu alma mientras dure tu existencia. Por consiguiente, mi hija amada, no es virtud tuya sino mía el que hayas combatido tan generosamente y merecido tan abundante gracia. En adelante te visitaré más frecuentemente y de una manera más familiar que antes».

La visión desapareció y Catalina quedó sumida en un gozo y una dulzura tales que no pueden expresarse con palabras; especialmente su corazón estaba embriagado de alegría por la manera como el Señor le había dicho: «Catalina, hija mía». Cuando contó a su confesor lo que sintió entonces, le pidió que se dirigiese a ella con las mismas palabras con el fin de renovar en su alma su inefable dulzura.

A partir de este momento su esposo celestial la visitó de una manera tan familiar que parecería increíble para quien no estuviese enterado de lo que había precedido. Pero el alma que conoce por experiencia que la bondad del Señor es superior a todo cuanto puede imaginarse, verá en lo que sigue cosas muy posibles y muy probables también.

El Señor se le aparecía con frecuencia y estaba largo tiempo en su compañía llevando consigo algunas veces a su Santa Madre, otras a Santo Domingo o a ambos juntos, a Santa María Magdalena, a San Juan Evangelista, a San Pablo y a otros santos, bien juntos, bien separados. Pero por lo general se aparecía solo y conversaba con ella como un amigo con otro en términos de la mayor intimidad. Me confesó ruborizada que Nuestro Señor recitaba salmos juntamente con ella mientras ambos paseaban por la habitación, como lo suelen hacer dos religiosos cuando recitan el oficio divino en parejas. La infinita benevolencia de Dios varía sus dones en cada uno de sus santos, de manera que su magnificencia se ponga de manifiesto tanto en los detalles como en la combinación de los mismos.

Una vez que he mencionado la recitación de los salmos, debo informar a mis lectores que Catalina sabía leer sin que nadie se lo hubiese enseñado. Ella misma me contó que habiendo resuelto aprender a leer con el fin de poder recitar las Horas Canónicas y seguir los oficios divinos, estudió el abecedario con una de sus compañeras. Pero después de haber dedicado inútilmente algunas semanas a este trabajo, le vino el pensamiento de conseguir del Cielo esta para no perder el tiempo que le ocuparía el aprendizaje. Una mañana, mientras estaba en oración, le dijo al Señor: «-Señor, si te es grato que yo aprenda a leer con el fin de poder recitar los oficios y cantar tus alabanzas, ten la bondad de enseñarme lo que yo no puedo aprender sola. En caso contrario, hágase tu voluntad; permaneceré en mi ignorancia y

emplearé en la meditación el tiempo que Tú me permitas». Antes de que hubiese terminado esta plegaria, el Señor le enseñó tan bien que cuando se levantó del suelo donde estaba arrodillada leía cualquier manuscrito tan rápidamente y con tanta perfección como la persona más culta. Y lo que más asombro me causó fue que leía de corrido pero sin deletrear las palabras, pues apenas conocía las letras.

Catalina se hizo inmediatamente con un libro de horas canónicas y en él leía los salmos y todo lo que integra la composición de los oficios divinos. Era particularmente afecta a aquella frase tan frecuente en los mismos: *Deus in adjutorium meum intende*. La traducía y la repetía continuamente. Pero pronto hizo tales progresos en la meditación que gradualmente fue omitiendo las oraciones vocales y sus éxtasis se hicieron tan frecuentes que apenas podía recitar el Padrenuestro sin ser arrancada de sus sentidos exteriores para sumirse en la contemplación interna de las cosas celestiales.

## Capítulo XI

*De sus desposorios con Nuestro Señor y del milagroso anillo que recibió.*

El alma de Catalina se enriquecía cada día más con la gracia del Salvador. Más que andar, volaba por los caminos de la virtud cuando concibió el santo deseo de llegar a un grado tan perfecto de fe, que nada pudiese en adelante separarla de su divino esposo, el único a quien su corazón ansiaba complacer. En consecuencia pidió a Dios que aumentase su fe haciéndola tan fuerte que pudiese resistir cualquier ataque del enemigo. Nuestro Señor le contestó: «-Yo te desposaré conmigo en la fe». Y cada vez que renovaba su petición recibía idéntica respuesta.

Un día, cuando se aproximaba el tiempo de cuaresma, en la época en que los cristianos celebran el Carnaval, dando un loco adiós a la carne que la Iglesia está en vísperas de prohibir, Catalina se retiró a su celda para gozar allí más íntimamente de su esposo mediante el ayuno y la oración. Entonces reiteró su ruego con más fervor que nunca y Nuestro Señor le contestó: «-Porque has renunciado al mundo, te has vedado el placer y me tienes a mí como el único deseo de tu corazón, tengo la intención de que mientras tu familia se está regocijando en fiestas profanas, se celebren los esponsales que te han de unir más y más a mi corazón. Voy, de acuerdo con mi promesa, a desposarme contigo en la fe». Estaba hablando nuestro Señor Jesucristo cuando la Santa Virgen apareció y con la gloriosa Madre de Dios, San Juan Evangelista, el apóstol San Pablo, Santo Domingo, el fundador de la orden y el santo profeta David tocando su arpa, de la que brotaban notas de celestial dulzura. La Virgen María tomó con su santa mano la derecha de Catalina y se la presentó a su divino hijo pidiéndole que se dignase desposarse con ella en la fe. El Salvador consintió con gran amor y le ofreció un anillo de oro adornado con cuatro piedras preciosas y en cuyo centro brillaba un magnífico diamante. Luego Él mismo lo colocó en el dedo de Catalina diciéndole: «-Yo tu criador y redentor me desposo contigo en la fe y tú permanecerás pura hasta que celebremos juntos en el Cielo las nupcias eternas del Cordero. Hija, ahora condúctete valerosamente; cumple sin temor las obras que mi Providencia ha de confiarte; tú estás armada con la fe y triunfarás de todos tus enemigos». La visión desapareció pero el anillo quedó en el dedo de Catalina. Ella le veía aunque era invisible para los demás. Ella me lo confesó ruborizándose y agregó que siempre lo tenía consigo y que nunca se cansaba de admirarlo. Hubo anteriormente una Catalina, reina y mártir, quien después de haber recibido el bautismo se desposó con Nuestro

Señor. Aquí tenemos a una segunda, quien después de muchas victorias ganadas sobre la carne y el demonio, celebró también sus bodas con Jesucristo.

Admiremos las bellezas de este anillo y meditemos sobre su misterioso significado. ¿Qué cosa hay más fuerte que el diamante? Esta piedra resiste a todo por su gran dureza y penetra en el interior de la mayoría de los cuerpos sólidos. Nada como la sangre del cordero puede hacerla brillar tanto. De una manera análoga el corazón fiel triunfa sobre todas las dificultades por la fortaleza y solamente se rinde a la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Las cuatro piedras preciosas simbolizan las cuatro clases de pureza practicadas por Catalina: pureza de intención, pureza de pensamiento, pureza de palabra y pureza de obra. Estos esponsales me parecen a mí una confirmación de la divina gracia y el anillo fue una prenda de la misma para ella; no para los otros. Entre las tempestades del mar de la vida, estaba destinada a salvar un gran número de almas sin peligro para ella misma de perecer en el naufragio o en la tormenta. Los santos doctores explican por qué Dios frecuentemente revela por especial favor a sus predestinados que han de perseverar en su amor y su gracia. La razón es porque quiere colocarlos en medio de un mundo corrompido para gloria de su nombre y para la salvación de las almas. El día de Pentecostés recibieron los apóstoles una prueba evidente de su misión; también se le dijo a San Pablo: «Te basta mi gracia». *Sufficit tibi gratia mea.* (2 COR., XII, 9.) Catalina, aunque mujer, estaba destinada a ser un apóstol en el mundo y a convertir muchas almas y por consiguiente recibió una señal sensible de la gracia con el fin de que cumpliera con mayor fervor la divina misión que se le había confiado.

Lo más sorprendente en el caso de Catalina fue esta prueba, transitoria para otros, fue permanente y hasta visible para ella. Yo creo que Dios quiso que fuese así a causa de la debilidad propia de su sexo, la novedad de su misión y la perversidad de los tiempos presentes donde las dificultades son mayores que en cualquier otro y que esto fue necesario para que ella pudiese mantenerse permanentemente en su santo acuerdo con el Señor.

Con esta primera parte de su historia termina su vida silenciosa y retirada. En la segunda veremos lo que hizo cuando le tocó actuar entre los hombres para gloria de Dios y la salvación de las almas. Su guía fue siempre Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

# Segunda Parte

## Capítulo I

*Nuestro Señor ordena a Catalina que se dedique al bien del prójimo.*

Nuestro Señor había derramado a manos llenas sobre su esposa favorita las dulzuras de su gracia. Había ejercitado su espíritu en el combate y en la victoria; le había impartido sus admirables instrucciones y enriquecido con virtudes superiores. Un alma que brillaba con luz tan esplendorosa no podía permanecer oculta. La esposa estaba ya en condiciones de devolver con intereses los talentos que el Señor le había confiado. «Abre para mí -se le dijo- las puertas de las almas de modo que yo pueda entrar en ellas. Abre el camino por donde mis ovejas irán en busca de alimento, del celestial tesoro de la verdad y de la gracia. Ábrelo para mí, hermana mía, por analogía de naturaleza; amiga mía, por la caridad interior; paloma mía, por la sencillez del espíritu; inmaculada mía, por la pureza de alma y cuerpo». Y Catalina respondió a este llamado, si bien muchas veces me confesó que, cuando el Señor le ordenaba dejar su celda y conversar con los hombres, experimentaba un dolor tan grande que le parecía estar a punto de rompérsele el corazón.

Después de la alianza mística que Nuestro Señor se dignó contraer con Catalina, la fue introduciendo gradualmente en la vida activa. No la privó, sin embargo, de sus comunicaciones celestiales sino que, por el contrario, las aumentó para ir conduciéndola lentamente a un más alto grado de perfección. Con frecuencia, en sus apariciones, después de haberle hablado de él y de su reino y de revelarles alguno de sus secretos, después de haber recitado los salmos con ella, le decía: «Vete; es la hora de la comida; tus parientes van a ocupar su lugar en torno de la mesa. Ve a estar con ellos y luego volverás conmigo». Al oír estas palabras Catalina solía estallar en sollozos. «Si he ofendido a tu majestad -decía-, aquí está mi cuerpo miserable; castígame inmediatamente; yo lo sufriré todo, pero no me hagas estar separada de Ti un solo instante. ¡Oh amado mío! ¿Qué tengo yo que hacer en la mesa? Tú sabes muy bien que yo me alimento con una comida, que esos con quienes me ordenas tomar asiento no conocen. ¿Es solamente en el pan donde el hombre encuentra su alimento? Las palabras que salen de tu boca ¿no comunican mayor vigor y más grandes energías al alma del peregrino? Tú sabes mejor que yo que he huido de la compañía de las criaturas para refugiarme en ti, mi Dios y mi Señor. Y ahora que he conseguido tu gracia a pesar de lo indigna que soy de ella, ¿debo abandonar este inestimable tesoro para mezclarme de nuevo en los asuntos del mundo, para caer otra vez en mi antigua ignorancia, acaso para hacerme indigna de ti? ¡Oh, no!, tu infinita bondad jamás me ordenará nada que pueda separar mi alma de ti». Y los sollozos la interrumpían, arrojándose entonces a los pies del Salvador con la esperanza de que él consintiese en que se quedase. Al llegar a este punto el Señor le hablaba si no con estas mismas palabras, al menos con su significado: «Cálmate, mi amada hija; ten presente que tú debes cumplir toda justicia y hacer que mi gracia fructifique en los demás. Muy lejos de querer que te separes de mí, lo que deseo es unirme más y más a ti por medio de la caridad para con tu prójimo. Tú sabes que mi amor tiene dos mandamientos: amarme a mí y amar a tu prójimo. Pues yo quiero que cumplas con estos dos preceptos. No olvides que en tu juventud el celo por la salvación de las almas, que yo coloqué y fomenté en tu corazón, te llevó hasta acariciar la idea de disfrazarte de fraile predicador con el fin de trabajar así por la salvación de las almas. ¿Por qué, entonces, te admiras y te quejas de que yo te conduzca hacia donde deseabas ir y que fue la causa de que tomases el hábito de Santo Domingo, el celoso

fundador de una orden, que tiene como finalidad la salvación de las almas?». Entonces Catalina decía: «-Señor, no se haga mi voluntad sino la tuya; yo no soy más que tinieblas y tú eres la luz; yo soy nada y tú eres; yo soy ignorancia y tú eres la sabiduría del Padre. Pero, permíteme que te pregunte cómo debo ejecutar tu mandato; mi sexo presenta un obstáculo: las mujeres no tenemos autoridad sobre los hombres y el decoro exige que no mantengamos relaciones frecuentes con ellos». Y Nuestro Señor le contestaba, como el arcángel San Gabriel, que todas las cosas son posibles para Dios: «-¿No soy yo el que hizo a la mujer y al hombre? Mi espíritu les da la vida a ambos; para mí no hay diferencia entre sexos y condiciones y tan fácil es para mí el crear un ángel como el más insignificante de los insectos, un gusano de la tierra como un nuevo firmamento. De mí se ha escrito (SAL. CXIII, 3) que yo hago lo que quiero y nada de cuanto la mente puede concebir es imposible para mí. Yo sé que es humildad y no espíritu de desobediencia lo que te mueve a hablar de esa manera y ahora quiero de ti que sepas que en estos tiempos el orgullo de los hombres se ha hecho tan grande especialmente de aquellos que se creen sabios y discretos, que mi justicia no puede ya resistirlos y está a punto de confundirlos mediante un justo juicio. Pero como la misericordia está en mí siempre al lado de la justicia, quiero antes darles un aviso saludable para que se reconozcan y se humillen como hicieron los judíos y los gentiles cuando yo envié a ellos a personas ignorantes, pero a quienes antes había llenado con mi divina sabiduría. Sí; yo les enviaré mujeres, ignorantes y débiles por naturaleza pero prudentes y poderosas con el auxilio de mi gracia para confundir su arrogancia. Si reconocen el estado de locura en que se encuentran, si se humillan, si se aprovechan de las instrucciones que les enviaré por medio de esos mensajeros débiles, pero fortalecidos por mis dones, tendré misericordia de ellos. Pero si menosprecian estos saludables avisos, les enviaré tantas humillaciones que se convertirán en el ludibrio de todos. Este es el justo castigo que yo administro a los orgullosos: cuanto más se han elevado, más grande será la caída. En cuanto a ti, no tardes en obedecerme; quiero que aparezcas en público. Yo te acompañaré en todas las ocasiones; continuaré visitándote y te diré lo que tienes que hacer».

Oídas estas palabras, Catalina se postró a los pies del divino Salvador e inmediatamente salió de su celda para dirigirse a la habitación donde estaba reunida su familia.

Catalina estaba corporalmente con las criaturas, pero en espíritu jamás dejaba de permanecer con el Criador. Todo cuanto había visto y oído era un peso para ella. La fuerza de su amor le hacía largas como años las horas que pasaba entre los hombres y retornaba a su celda tan pronto como le era posible, con el fin de encontrarse allí con Aquel por quien suspiraba su corazón. Animada por el deseo de unirse cada día más íntimamente con el objeto de su amor, tomó la resolución de recibirlo lo más a menudo que le fuese posible en la sagrada comunión, y Dios la preparaba diariamente para la misión que le había destinado en favor de la salvación de las almas. Una vez que hubo retornado al seno de la familia, resolvió no estarse sin hacer nada, y se dedicó de nuevo a los trabajos de la casa.

## Capítulo II

*Que trata de algunas cosas maravillosas que ocurrieron al comienzo de las relaciones de Catalina con el mundo, de su trabajo por socorrer las necesidades de los pobres.*

Catalina resolvió de conformidad con la voluntad de su divino esposo vivir de manera que pudiese ser útil al prójimo y capaz de inducirlo a la práctica de las virtudes. Por

consiguiente se dedicó a la práctica de la humildad y gradualmente se consagró a las obras de caridad, sin permitir, por supuesto, que nada de esto fuese obstáculo para sus fervientes oraciones y extraordinarias penitencias. Al mismo tiempo realizaba los menesteres más humildes de la casa como barrer, lavar platos y demás trabajos de cocina. Cuando la criada estaba enferma, ella la suplía por completo en su trabajo y hasta encontraba el medio de atender a la misma sirvienta en su enfermedad. Sin embargo estas múltiples ocupaciones no hicieron que Catalina abandonase a su divino esposo. Estaba tan íntimamente unida a él que ningún acto externo, ninguna fatiga corporal eran capaces de distraerla de sus deliciosas conversaciones interiores. Sus éxtasis se hicieron más frecuentes. Tan pronto como el pensamiento de Jesús penetraba en su mente, el espíritu parecía retirarse de la porción sensitiva; sus extremidades se enfriaban, se contraían y quedaban insensibles. Durante estos éxtasis, frecuentemente se elevaba del suelo como si el cuerpo fuese persiguiendo al alma y demostrando el poder del espíritu sobre la materia al ser arrastrada esta por aquel.

Sabiendo que la mejor manera de agradar al divino esposo es ser caritativo con el prójimo, el corazón de Catalina ardía en deseos de socorrer todas sus necesidades. Pero habiendo prometido observar los tres votos de obediencia, pobreza y castidad, no podía disponer de lo que pertenecía a otros sin su consentimiento. Por consiguiente pidió a su padre que le permitiese usar en beneficio de los necesitados de una parte de las riquezas que había otorgado Dios a su familia, a lo que el padre accedió de muy buen grado porque veía con toda claridad que su hija estaba avanzando por el camino de la perfección. Y no sólo le dio el permiso, sino que anunció a todos los de la casa, la concesión que había hecho a su hija: «Que nadie impida a mi querida hija dar limosnas; le doy completa libertad y si ella quiere, puede dar todo lo que hay en esta casa».

Catalina usó en forma casi literal el permiso que había recibido. Sin embargo, tenía el don del discernimiento y daba solamente a aquellos que sabía se encontraban en verdadera necesidad, y cuando encontraba a uno de estos no esperaba que se pidiese, sino que ella se le adelantaba. Estaba en relación con algunas familias pobres que vivían cerca de su casa y que tenían vergüenza de pedir limosna a pesar de la gran necesidad en que se encontraban. Ella, imitando a San Nicolás, se levantaba por la mañana muy temprano y les llevaba pan, vino, aceite y cualquier otra cosa que necesitaban. Como no avisaba antes, las puertas estaban cerradas por lo general, pero Dios se las abría de una manera milagrosa. Dejaba las provisiones y volvía a cerrar la puerta sin hacer ruido, volviendo después a casa sin que nadie se hubiese enterado de la buena obra que acababa de realizar.

Un día que estaba enferma y le dolía todo el cuerpo de pies a cabeza hasta tal punto que sentía serle imposible dejar la cama, supo que una pobre viuda que vivía en las inmediaciones se encontraba en la miseria hasta tal extremo que no disponía ni de un pedazo de pan para dar a sus hijitos. Su sensible corazón se conmovió extraordinariamente y durante toda la noche estuvo pidiendo a su divino esposo que le diese suficientes fuerzas para levantarse y socorrer a aquella desdichada. Antes de ser de día se levantó, corrió a la despensa, llenó una bolsita con harina, tomó una gran botella de vino, una jarra llena de aceite y otros alimentos que encontró. Con gran esfuerzo consiguió llevar todas estas cosas a su celda, pero estaba tan agotada por el esfuerzo que había realizado que le pareció imposible poder llevar el socorro a la casa de la viuda. Sin embargo, sus piadosos deseos pudieron realizarse, pues de pronto se sintió invadida por una energía sobrenatural, que le permitió llevar a efecto la obra comenzada.

Sus enfermedades no seguían el orden de la naturaleza; Dios disponía su curso de acuerdo con su divina voluntad, como veremos más adelante.

A pesar de las dolencias que sufría continuamente, Catalina imitó más de una vez las matinales caridades de San Nicolás. A continuación veremos cómo repitió la hermosa limosna de San Martín. Un día, mientras estaba en la iglesia de los frailes predicadores de Siena, se le acercó un hombre pidiéndole una limosna por el amor de Dios. Ella dijo al pordiosero que la acompañase hasta su casa, prometiéndole ayudarlo con lo que pudiese, pues en aquel momento no llevaba consigo ninguna moneda que darle. Pero él, que sin duda alguna sólo era pobre en la apariencia, le contestó: «Si usted tiene algo que darme, dímelo inmediatamente porque no puedo esperar». Catalina no quiso dilatar el cumplimiento de la buena obra, y buscó la manera de complacerle. Mientras pensaba en esto, sus ojos se fijaron en una crucecita de plata que llevaba sujeta a una de esas cuerdas con nudos que sirven para recitar la oración dominical y que por eso se llaman «*Pater Noster*», rompió la cuerda y le entregó la cruz, que el hombre aceptó complacido, retirándose inmediatamente después de dar las gracias apresurado. Esa misma noche, mientras Catalina, de acuerdo con su costumbre, estaba en oración, se le apareció el Salvador del mundo, teniendo en la mano la crucecita toda adornada con piedras preciosas, y le dijo: «-Hija, ¿reconoces esta cruz? -La reconozco bien -contestó Catalina- pero no era tan hermosa cuando me pertenecía. -Ayer -prosiguió el Salvador- tu corazón me la dio como oferta de amor y estas piedras preciosas representan ese amor. Y ahora te prometo que en el día del juicio, en presencia de los ángeles y de los hombres, yo te la devolveré tal como ahora está para que se convierta en tu corona de gloria; y en ese solemne momento en que yo pondré de manifiesto la justicia y la misericordia de mi padre, no olvidaré nada de cuanto has hecho por mí». Dichas estas palabras, desapareció dejando a Catalina absorta en sus sentimientos de gratitud y animada a seguir practicando la virtud de la caridad en forma análoga, como más adelante veremos.

El Señor, encantado con la caridad de su fiel esposa, la tentaba para ejemplo nuestro y al mismo tiempo la alentaba para mayores cosas. Un día que estaba en la iglesia después de haberse recitado la hora de «tercia», Catalina se quedó sola con una de sus compañeras para orar más largamente. Cuando salía de la capilla de las hermanas para dirigirse a su casa, se le apareció Nuestro Señor bajo la figura de un hombre joven que estaba a medio vestir. Tenía el hombre, un forastero, a juzgar por su aspecto, unos treinta y dos o treinta y tres años de edad, y le pidió en el nombre de Dios que le diese algo con qué vestirse. Catalina, cada día más inflamada por el deseo de hacer limosna, le dijo: «-Espere un momento, hermano, mientras vuelvo a la capilla; después le daré lo que me pide». Y retornando a la capilla, se quitó, con la ayuda de su compañera, una prenda de ropa sin mangas que llevaba debajo del vestido para protegerse contra el frío y volvió con ella llena de alegría para dársela al pobre. Este no quedó satisfecho al parecer, pues le dijo: «-Usted, señora, me da una prenda de lana, pero ¿no podría darme algo de hilo para cubrirme? -Sígame -contestó al punto Catalina- y satisfaré su pedido». Nuestro Señor siguió a su esposa sin darse a conocer, por supuesto, y cuando llegaron a la casa, Catalina corrió a la habitación donde su madre tenía guardada la ropa interior de la familia, tomó dos camisas sin mangas y se las llevó al exigente mendigo, el cual dio muestras de no estar todavía satisfecho. «-Pero, señora -observó-, ¿qué voy a hacer con estas prendas de ropa que carecen de mangas con que resguardarme los brazos contra el frío? Deme unas mangas y entonces habrá hecho una obra de caridad completa». Esta demanda, en lugar de molestar a Catalina, despertó en ella nuevos deseos de ejercitar su caridad con los necesitados. Entró nuevamente en la casa y después de mucho rebuscar por todas partes, encontró colgada de una percha una camisa que pertenecía a un criado de la casa y, separando apresuradamente las mangas, se las llevó al hombre.

Pero Aquel que había tentado a Abraham, insistió aún diciendo: «-Ahora, señora, me ha vestido usted por completo y le doy las gracias en el nombre de Aquel por quien lo ha hecho; pero uno de mis compañeros que está en el hospital, también necesita vestido, ¿no podría



darme algo para llevárselo de parte suya?». Las exigencias del mendigo no consiguieron enfriar la caridad de Catalina, quien buscó también la manera de satisfacer la necesidad de la persona que estaba en el hospital. Pero recordó que todos los habitantes de la casa, con excepción de su padre, se quejaban de su liberalidad y ponían sus pertenencias bajo llave con el temor de que se las diese a los pobres. Ya había dado las mangas que pertenecían al sirviente, el cual estaba bastante necesitado por cierto, razón por la cual no se había atrevido a dar la camisa entera. Entonces empezó a pensar si se desprendería de la única prenda de ropa que tenía ella sobre sus carnes. La caridad le decía que sí; la modestia que no. La caridad triunfó por fin, pero en el momento de llevar a la práctica su resolución, pensó que si salía a la puerta sin vestir, alguien podía verla y seguramente quedaría escandalizado. Entonces habló al pobre de esta manera: «-Vea, buen hombre, si me fuese posible quedarme sin vestido, de muy buena gana le daría el que llevo encima y que es el único que tengo. Pero, como no puedo hacerlo y en este momento no me encuentro en condiciones de darle otro, le ruego me disculpe. Tenga la seguridad de que si pudiera, le daría todo lo que tengo». Al oír esto, el pobre sonrió y le dijo: «-Ya veo que usted me ha dado todo cuanto puede darme. Muchas gracias y adiós». Mientras se alejaba, Catalina creyó entrever por algunos detalles que se trataba del huésped celestial a quien tantas veces recibía y que tan familiarmente solía conversar con ella. Entonces su corazón se turbó, inflamándose en amor hacia su divino esposo, pero la humildad intervino haciéndole presente que ella era indigna de semejante favor y sin pensar más en lo ocurrido, prosiguió sus piadosas prácticas cotidianas.

A la noche siguiente, mientras Catalina estaba dedicada a sus oraciones, el Salvador del mundo, Nuestro Señor Jesucristo, se le apareció bajo la figura del pobre a quien ella había socorrido, teniendo en la mano la prenda de ropa que recibiera de sus manos ricamente bordada con hermosas perlas y resplandecientes piedras preciosas. «-Hija mía muy amada -le preguntó-, ¿reconoces esta prenda?». Y al contestar ella afirmativamente, pero que no se la había dado tan ricamente adornada, nuestro Salvador agregó: «-Ayer tú me diste esto con gran amor; tu caridad me vistió librándome de la ignominia de la desnudez. Ahora te entregaré, sacándolo de mi propio cuerpo, un vestido que será invisible para los hombres, pero no para ti y que te preservará tanto del frío del cuerpo como del alma hasta el día en que yo te vista de gloria delante de los santos y de los ángeles». Y terminado de decir esto, sacó de la herida de su adorable costado una vestidura teñida con el color púrpura de su preciosa sangre y que brillaba intensamente a la luz, lo colocó sobre ella con sus propias sagradas manos y dijo por fin: «-Te entrego sobre la tierra esta vestidura, símbolo y prenda de tu derecho a la gloria, que será tuya en el cielo». La visión desapareció.

La eficacia de esta divina vestidura fue tal no solamente para el espíritu de Catalina sino para el mismo cuerpo, que a partir de este momento no llevó más que este vestido tanto en verano como en invierno, sin que tuviese necesidad de agregar más para resguardarse del frío ni aun en los días más crudos y desapacibles del año. Ella misma me confesó muchas veces que nunca sentía el frío, pues su milagroso vestido la protegía en tal forma que jamás sentía la necesidad de ponerse más abrigo.

Detengámonos un instante para meditar en los merecimientos de esta fiel sierva del Señor. Sigue en la erogación de sus limosnas secretas las huellas de San Nicolás e imita al glorioso San Martín en su manera personal de practicar la virtud de la caridad para con el prójimo. No sólo se le aparece el Señor para darle las gracias sino que la Verdad infalible le hace la formal promesa de una recompensa eterna y le hace entrega de un signo visible de la alegría que sus limosnas han producido en Aquel que es el dador por excelencia. También le da la seguridad de su perseverancia final y distintamente le revela el secreto de su predestinación y del esplendor de su recompensa. El Señor no concedió semejantes revelaciones a los santos arriba mencionados a pesar de haber llevado a cabo numerosos actos

de caridad. Tales preferencias no deben ser apreciadas con ligereza, pues dan al alma la certidumbre de su salvación y la llenan de inexpresable alegría y tranquilidad. La seguridad de poseer el Cielo la excita a la práctica de todas las virtudes; aumenta su paciencia, su fortaleza, su celo por la realización de obras piadosas juntamente con las virtudes teologales de la Fe, la Esperanza y la Caridad. Lo que aparecía difícil se hace fácil; el alma puede hacerlo todo por el amor de Aquel que le ha revelado su predestinación a la gloria. Ya hemos tenido pruebas de lo que acaba de decirse; pero a medida que avancemos en la vida de Catalina, estas pruebas se irán haciendo más numerosas y más extraordinarias.

En otra oportunidad, Catalina, siempre inflamada con el fuego de la compasión hacia sus semejantes, supo que una persona pobre, que voluntariamente se había desprendido de sus riquezas por el amor a Jesucristo, se encontraba a punto de perecer de hambre. Deseosa de alimentar a Cristo en sus pobres, puso unos huevos en una bolsita de lienzo y la cosió debajo del vestido. Cuando estaba cerca de la casa donde vivía aquella persona, entró en una iglesia para orar y tan pronto como se encontró aquí, quedó sumida en profundo éxtasis como le ocurría siempre que entraba en la casa del Señor. Perdió el uso de los sentidos y se elevó sobre el suelo. Al volver de aquel estado sobrenatural cayó precisamente sobre el lado donde llevaba cosida la bolsita con los huevos. En la misma bolsita había puesto un dedal grande de metal; este se partió en tres pedazos, mientras que los huevos depositados allí por la caridad de Catalina, quedaron intactos. Durante varias horas estuvieron sosteniendo el peso del cuerpo de la esposa del Señor sin que sus frágiles cáscaras sufriesen desperfecto alguno.

La caridad de Catalina también glorificó a Dios por medio de milagros. El siguiente hecho maravilloso fue presenciado por más de veinte personas. Yo se lo oí contar a Lapa, su madre, a Lisa, su cuñada y a fray Tomás, su confesor. Durante el tiempo en que gozó de amplio permiso para dar a los pobres, ocurrió que el vino de una vasija que estaba usando la familia para el consumo de la casa, se echó a perder. Catalina, que siempre que se trataba de dar a los pobres, quería siempre dar de lo mejor, bien fuese vino, pan o alimentos de cualquier clase, sacó vino bueno de otra vasija que nadie había tocado y empezó a distribuirlo diariamente. El contenido de este casco, de acuerdo con su cabida podía bastar para el consumo de la familia durante quince o veinte días, y esto administrando económicamente su contenido. Pues bien, antes de que la familia empezase a sacar vino de él ya Catalina había estado haciéndolo durante mucho tiempo y en gran cantidad, pues ninguno de los de la casa estaba autorizado para poner coto a sus caridades. La persona encargada de la bodega empezó a sacar vino de este casco y al mismo tiempo Catalina hacía lo propio, ahora con más liberalidad que antes, una vez que ya no era ella sola quien lo hacía y por consiguiente habría menos quejas en la familia por el despilfarro. No solamente quince o veinte días sino un mes y más transcurrieron sin que se notase disminución aparente en el contenido del casco. Los hermanos de Catalina y los sirvientes de la casa contaron al padre el hecho portentoso y todos quedaron llenos de asombro al ver que la misma cantidad de vino satisfacía tan ampliamente a las necesidades de la casa y a las limosnas de Catalina. Y no solamente duraba el vino sino que era de tan excelente calidad que ninguno de ellos recordaba haber gustado vino tan bueno. Tanto la calidad como la cantidad eran realmente maravillosas y todos se aprovechaban de aquel vino prodigioso sin poder explicarse el fenómeno tanto en lo referente a la clase como a la inagotable cantidad del mismo. Catalina, que era la única persona al tanto del secreto, sacaba continuamente del inagotable depósito y se lo repartía sin restricción a cuantos pobres podía encontrar; sin embargo, el vino continuaba fluyendo y ni su aroma ni su paladar no cambiaban. Así pasó otro mes y luego un tercero y todo seguía lo mismo. Por fin llegó la época de la vendimia y fue preciso preparar los cascos para la nueva cosecha. La gente encargada de esta tarea estaba deseosa de vaciar el maravilloso tonel para llenarlo con el mosto que ya fluía de la prensa, pero la divina munificencia no estaba todavía cansada; se prepararon otras vasijas para trasvasar su contenido, pero todas resultaron insuficientes. El

hombre que tenía a su cargo las tareas de la vendimia ordenó por fin que vaciasen el inagotable recipiente y lo llevaran al lugar donde estaba la prensa para llenarlo y los criados de la casa contestaron que acababan de llenar una gran vasija con el vino que contenía, el cual estaba en perfectas condiciones, fuerte y perfectamente clarificado y que por consiguiente aún debía quedar una buena cantidad. Enojado porque no se cumplía su orden al pie de la letra, el hombre ordenó que tirasen el vino que había, abriesen el tonel y lo preparasen para la recepción del vino nuevo, pues no se podía esperar un minuto más. Obedeciendo esta orden, abrieron el casco, de donde hasta la víspera había estado manando un vino delicioso como inagotable, y vieron que su interior estaba tan seco que abiertamente se veía la imposibilidad de que hubiese contenido cualquier clase de líquido desde mucho tiempo atrás. Todos quedaron mudos a consecuencia del asombro, recordando la abundancia y la calidad del vino que hasta el día anterior habían estado sacando de él. Este milagro fue propalado por toda la ciudad de Siena y está probado por el testimonio de las personas que por aquel entonces residían en la casa de Catalina.

### Capítulo III

*De los hechos maravillosos realizados por Catalina mientras asistía a los enfermos.*

Catalina era muy compasiva con las necesidades de los pobres, pero su corazón era más sensible aún ante los sufrimientos de los enfermos. Para aliviarlos realizaba cosas aparentemente increíbles, lo cual no es una razón para que dejemos de consignarlas aquí. Por consiguiente las relataré para gloria de Dios y provecho de las almas. Tengo como prueba de ellas el testimonio verbal y escrito de fray Tomás, a quien ya he mencionado, religioso del convento de Santo Domingo de Siena, doctor en Teología y provincial de la provincia romana de la orden de Predicadores. También podría citar a Lapa, a Lisa y a otras respetables matronas quienes personalmente me han confirmado tales hechos.

Vivía en la ciudad de Siena una mujer enferma llamada Teca, cuya indigencia era tan extrema, que se veía necesitada a acudir al hospital en busca de las medicinas que necesitaba y no podía procurarse por sus propios medios. Pero el hospital estaba tan pobre que escasamente podía facilitar a los enfermos lo imprescindible necesario. La enfermedad de la pobre mujer, que era la lepra, aumentaba de día en día y el hedor que salía de su cuerpo era tan repulsivo que nadie tenía valor suficiente para acercarse a ella. Ya se habían tomado las providencias para sacarla fuera de la ciudad como se acostumbra en casos semejantes y para esa enfermedad. Cuando Catalina tuvo noticia de esto, su corazón caritativo se conmovió; fue apresuradamente adonde estaba la enferma, la besó y le prometió no sólo subvenir a todas sus necesidades, sino convertirse en su enfermera mientras viviese. Catalina cumplió al pie de la letra su promesa; mañana y tarde visitaba a la enferma y le llevaba todo lo que necesitaba. En esta desdichada contemplaba al esposo de su corazón y la cuidaba de todas las maneras que estaban a su alcance y con indescriptible respeto y amor.

Sin embargo, la exaltada caridad de Catalina, lejos de inspirar agradecimiento en la persona que era objeto de sus atenciones, sólo conseguía despertar en ella el orgullo y la ingratitud, cosa por desgracia más frecuente de lo que parece en almas desprovistas de la virtud de la humildad, que se ensoberbecen cuando debieran rebajarse y ofrecen insultos a cambio de beneficios por los que deberían estar eternamente agradecidas. La caridad de Catalina y la humildad de que daba muestras al prodigar sus cuidados a la desdichada mujer

hacían a Teca arrogante e irritable. Al ver a su bienhechora tan solícita para atenderla pensó que tales atenciones le eran debidas y lejos de agradecerlas sólo tenía para Catalina palabras injuriosas, cuando esta hacia algo que no le gustaba. La sierva del Señor prolongaba a veces sus oraciones en la iglesia y llegaba al hospital un poco más tarde que de costumbre. En estas ocasiones la enferma daba rienda suelta a su mal humor profiriendo frases como estas: «-Buenos días, reina de Fonte-Branda (así se llamaba el barrio de la ciudad donde estaba la casa de Catalina). Su majestad se da el gusto de estarse toda la mañana en la iglesia de los frailes; es allí donde ha estado malgastando el tiempo, estoy segura; usted nunca se aburre con sus queridos frailes».

Con estas y otras frases por el estilo intentaba la desagradecida mujer irritar a Catalina, pero esta, siempre calma, trataba de apaciguarla de la mejor manera que podía y le hablaba con tanta humildad y blandura como si fuese su propia madre, pidiéndole por el amor de Nuestro Señor que le perdonase su tardanza. «-He venido un poco tarde, es cierto -le decía-, pero quedará usted debidamente atendida». E inmediatamente se ponía a encender el fuego para prepararle la comida y lo arreglaba y ordenaba todo con tal rapidez que la misma malhumorada mujer se quedaba sorprendida.

Esto continuó durante mucho tiempo sin que disminuyese en lo mínimo su paciencia y la caridad con que atendía a la enferma. Todos estaban llenos de admiración, todos, excepto Lapa, quien se quejaba con frecuencia: «-Hija mía, si sigues así, vas a contraer la lepra. No quiero que sigas atendiendo a esa enferma». Pero ella, que había depositado toda su confianza en Dios, trataba de calmar a su madre asegurándole que no tenía nada que temer, pues la Providencia, que le había encomendado esta tarea, se encargaría de protegerla contra cualquier peligro que pudiese amenazarla. De esta manera triunfaba su caridad sobre todos los obstáculos y proseguía la obra comenzada.

Satanás acudió entonces a otros medios. Nuestro Señor permitió que las manos de Catalina se cubriesen de lepra con el fin de que el triunfo de su fiel esposa fuese más resonante; los dedos que habían tocado el cuerpo de Teca contrajeron la terrible enfermedad y nadie dudó ya que Catalina estaba contagiada. Esta desgracia no la arredró y prefirió que su cuerpo fuese poco a poco cubriéndose con la lepra a renunciar a su obra de caridad. No le importaba que su cuerpo, al que consideraba como un montón de tierra despreciable, se convirtiese en esa cosa horrenda que es un leproso, con tal que lo que hacía fuese del agrado de Dios. Mientras tanto, la enfermedad iba progresando en ella, pero el amor divino hacía que no le atribuyese la menor importancia.

Por fin Aquel, que cura cuando causa una herida, que ensalza a los que se humillan y que hace que los mayores males resulten provechosos a aquellos a quienes ama, después de haberse regocijado con la valentía demostrada por su esposa, quiso dar por terminada la prueba a que la había sometido. Teca murió y Catalina la asistió en su agonía. El cuerpo de aquella infeliz mujer causaba espanto; pero Catalina lo lavó, lo vistió y finalmente le dio sepultura.

Cuando este último acto de caridad estuvo terminado, la lepra desapareció instantáneamente del cuerpo de Catalina; sus manos aparecieron más blancas que el resto de su cuerpo, como si la lepra le hubiese comunicado una finura y delicadeza particulares.

Hagamos una pausa y admiremos el conjunto de virtudes de que dio muestra Catalina en este hecho portentoso. La caridad, reina de las virtudes, iba al frente; la humildad la acompañaba al convertir a Catalina en la sirvienta de la infortunada mujer; la paciencia la

sostuvo para soportar con santa alegría las intemperancias de la enferma así como para sufrir las incomodidades de una enfermedad tan repulsiva; su fe le muestra en aquel ser cubierto de miseria a su divino esposo, a quien arde en deseos de agradar y la esperanza no la abandona un instante como lo demuestra su perseverancia hasta el final. Un milagro corona el conjunto de estas virtudes porque Nuestro Señor curó instantáneamente las manos que habían sido atacadas por la lepra a consecuencia de haber cuidado a la enferma durante su vida y aun después de muerta.

Vivía también en Siena, en la época en que Catalina se consagró al cuidado de los enfermos e indigentes, una hermana de Penitencia de Santo Domingo, llamada Palmerina, la cual se había consagrado públicamente, disponiendo para ello de toda su fortuna a obras de misericordia. A pesar de existir estas dos razones para consagrarse totalmente a Dios, el demonio hizo presa de ella. Una secreta envidia y un resto de orgullo le habían inspirado aversión profunda hacia Catalina, hasta tal extremo, que no solamente le causaba extraordinario desagrado verla, sino que bastaba con oír pronunciar su nombre para que estallase en vituperios contra ella. Hasta llegó al extremo de denunciarla al público como impostora, calumniando y maldiciendo el nombre de la abnegada sierva del Señor.

Catalina empleó todos los medios que le sugerían su humildad y su amor al prójimo en su intento de calmar la furia de aquella mujer, pero todo fue en vano. Viendo que nada conseguía por estos medios, acudió a su divino esposo como era costumbre en ella, por medio de fervorosas oraciones, que subían a manera de llamas hasta el trono del Altísimo, implorando al mismo tiempo su justicia y su misericordia. En rigor, Catalina solamente invocaba su misericordia, pero Dios, que no puede separar estos dos atributos, empleó en primer lugar su justicia para dar luego, en atención a las oraciones de su fiel esposa, una prueba palpable y extraordinaria de su misericordia. Castigó el cuerpo de Palmerina para curar su alma y combatió su dura obstinación mediante las dulzuras de la caridad con que había enriquecido a su esposa. También aumentó el celo de Catalina por la salvación de las almas revelándole la inefable belleza de aquel espíritu que había sido condenado por su propia culpa, pero que ella había hecho entrar por sus méritos y oraciones en el camino de la salvación.

La enfermedad de Palmerina no curó su mala disposición; por el contrario, su odio hacia Catalina aumentó. Esta intentó por todos los medios a su alcance hacerlo desaparecer; acudió, dando muestra de la mayor humildad, a su lecho de enferma; trató de consolarla dándole muestras de afecto y le hizo todos los servicios imaginables. Pero Palmerina permanecía obstinadamente insensible a palabras y hechos realizados con tan ardiente caridad, llegando al extremo de que cuanto hacía en su favor sólo servía para aumentar su odio, llegando al extremo de hacerla arrojar de su casa. Entonces el Juez Supremo dejó caer el peso de su justicia sobre aquel enemigo de la caridad. La gravedad de su dolencia aumentó en forma repentina y sin haber tenido tiempo para recibir los santos sacramentos, Palmerina se encontró en presencia de la muerte y de la condenación eterna.

Tan pronto como Catalina supo esto, se encerró en su habitación y fervientemente conjuró a su esposo para que no permitiese la pérdida de un alma por culpa de ella. «-Señor -le dijo- ¿seré yo una miserable criatura, la ocasión de que se pierda un alma creada a tu imagen y semejanza? ¿Es ese el bien que tú quieres hacer por mi mediación? No dudo que mis pecados han sido la causa de todo, pero yo continuaré importunándote hasta que mi hermana vea el error en que se encuentra y tú salves de la muerte eterna a su alma».

Mientras Catalina oraba en esta forma, más con el corazón que con los labios, Dios, con el fin de excitar aún más en ella el deseo de salvar a aquella alma que se encontraba a punto

de perecer, le reveló los pecados de Palmerina y el peligro que la amenazaba y cuando Nuestro Redentor le declaró que no podía permitir que un odio tan injustificado e implacable quedase sin castigo, Catalina insistió nuevamente con sus ardientes súplicas implorando a su divino y misericordioso Salvador para que no permitiese que el alma de Palmerina abandonase este mundo sin haberse reconciliado con Dios.

Las oraciones de Catalina fueron tan eficaces que la enferma no podía morir; su agonía duró por espacio de tres días y tres noches y todos estaban asombrados y sufrían al ver este combate tan prolongado con la muerte. Mientras tanto, Catalina permanecía en continua oración hasta que por fin sus lágrimas triunfaron sobre el Omnipotente. Un rayo de luz celestial penetró en medio de las tinieblas que rodeaban a la enferma en su agonía, la hizo reconocer su pecado y le dio la gracia necesaria para arrepentirse y conseguir la salvación. Catalina supo esto por revelación y corrió a la casa de la moribunda, y en cuanto esta alcanzó a verla, se deshizo en demostraciones de alegría y respeto hacia su visitante, acusándose en voz alta de sus faltas. Poco después fallecía, luego de haber recibido los santos sacramentos con las señales inequívocas de la más profunda contrición. Nuestro Señor mostró después a su esposa esta alma redimida, manifestándole que si Él, que es la fuente de toda belleza, se había sentido tan cautivado por la hermosura de las almas, que descendió a la tierra y derramó su preciosa sangre por ellas, cuánto no debían trabajar unos por otros con el fin de que criaturas tan admirables no pudiesen. Si te he mostrado esta alma -le dijo Nuestro Salvador- es para despertar en ti el deseo cada vez más firme de promover la salvación de tus semejantes en proporción con la gracia que te ha sido otorgada por mi divina munificencia.

Catalina dio efusivas gracias a Dios y suplicó humildemente al Señor que en lo sucesivo le hiciese ver la belleza de las almas que tuviesen alguna relación con ella para que así aumentasen sus deseos de promover su salvación. Dios le otorgó esta gracia diciéndole: «-Porque has despreciado al mundo para entregarte por completo a mí, que soy puro espíritu; porque has orado con fe y perseverancia por la salvación de esa alma, te concedo la luz sobrenatural necesaria para que veas la belleza o la deformidad de las almas de aquellas personas con quienes tengas alguna relación. Tus sentidos interiores percibirán la condición en que se encuentran los espíritus, de la misma manera que los sentidos externos perciben el estado en que se hallan los cuerpos. Y esto ocurrirá no solamente con respecto a las personas presentes, sino con todas aquellas cuya salvación pueda ser objeto de tu solicitud y de tus oraciones, aunque estuvieran ausentes y aunque no las hayas visto nunca». La eficiencia de esta gracia fue tan grande que a partir de ese momento vio con más claridad las almas que los cuerpos de las personas que se acercaban a ella.

Un día la reprendí porque permitía que las personas que se le acercaban se arrodillasen delante de ella, y Catalina me contestó: «-Dios es testigo de que muchas veces no percibo las acciones de aquellos que me rodean; me ocupo de los espíritus sin prestar atención a los cuerpos». Entonces yo le dije: «-¿Ves los espíritus? -Padre -me contestó-, reconozco que mi Salvador me otorgó esta gracia cuando oyó mis ruegos para que apartase de las llamas eternas a un alma que se precipitaba en ellas por su propia culpa. Entonces Él me mostró la inefable belleza de aquella alma y a partir de ese momento es muy raro para mí ver a una persona sin que al mismo tiempo perciba su estado interior». Y agregó: «-Padre, si usted pudiese ver una sola vez la belleza de un alma humana, usted sacrificaría su vida cien veces, si necesario fuera, por su salvación. Nada existe en el mundo material que pueda compararse con semejante belleza».

Entonces le rogué que me diese más detalles acerca de la manera cómo el Señor le otorgó aquella gracia y entonces me refirió lo que anteriormente acabo de consignar, pero suavizando

en cuanto le fue posible las injurias que aquella hermana de Penitencia había proferido contra ella. Otras hermanas de la misma congregación, que fueron testigos de los hechos, me confirmaron la gravedad de los insultos y acusaciones formuladas contra la esposa del Señor.

Agregaré a esto un hecho que servirá para completar este punto. Yo serví frecuentemente de intérprete entre el Papa Gregorio XI y Catalina; esta no entendía el latín y el soberano pontífice no hablaba el italiano. En una de estas entrevistas Catalina preguntó por qué en la corte de Roma, donde debieran florecer todas las virtudes, sólo reinaban los vicios más desdichados. El Papa preguntó entonces si hacía mucho tiempo que Catalina estaba en Roma y al informársele que había llegado pocos días antes, dijo a la sierva del Señor: «-¿Cómo se ha enterado usted tan pronto de lo que ocurre aquí?». Catalina, dejando de lado su humilde continente para asumir un aire de autoridad que me dejó asombrado, pronunció las siguientes palabras: «-Debo declarar para gloria de Dios Todopoderoso que, aun cuando estaba todavía en mi ciudad natal, he percibido la infección de los pecados que se cometen en Roma de una manera más clara y distinta que percibo a quienes los cometen y los están cometiendo todavía diariamente». El Papa guardó silencio. Yo no pude reprimir el gesto de sorpresa que me causaron estas palabras y jamás olvidaré el tono de autoridad con que Catalina habló al gran pontífice.

Frecuentemente me ocurrió a mí y a otras personas que la acompañaban en sus viajes, encontrarme en su compañía en lugares que nunca habíamos visto y también ver por vez primera personas de honorable aspecto, pero que en realidad eran viciosas. Catalina conocía directamente su interior y se negaba a mirarlas y aun a contestarles cuando se dirigían a nosotros. Si insistían, solía decir: «Purifiquémonos primero de nuestras faltas y librémonos de los lazos con que nos tiene sujetos Satanás; luego conversaremos acerca de Dios». De esta manera nos libraba de su presencia; luego, no tardábamos en descubrir que tales personas estaban manchadas por los más grandes pecados.

El enemigo de la humanidad, envidioso de los grandes merecimientos de Catalina y temeroso del gran bien que hacía sobre las almas cuidando a los enfermos, buscó nuevos medios para desviarla de su camino, pero su malicia fue nuevamente derrotada. Deseaba hacer estéril aquel árbol plantado a la vera de las aguas vivificadoras, pero no obstante los esfuerzos por él realizados, sus ramos continuaron dando abundantes y cada vez más preciados frutos. Fue por este tiempo cuando una hermana de Penitencia de Santo Domingo, llamada Andrea, estaba muy enferma con un cáncer, que de manera tan terrible como inexorable iba consumiendo todo su pecho. El hedor que despedía era tan repulsivo que era imposible acercarse a ella sin repugnancia, y apenas se encontraba alguna que otra persona que tuviese el valor necesario para acercarse a la desdichada mujer para hacerle una fugaz visita. En cuanto Catalina supo esto, comprendió que Dios reservaba para ella a esta pobre alma abandonada. Inmediatamente fue a visitarla y le ofreció atenderla mientras durase tan terrible enfermedad. La infeliz aceptó el ofrecimiento tanto más agradecida cuanto más abandonada se encontraba de todos. He aquí pues a la virgen sirviendo a la viuda; a la juventud socorriendo a la ancianidad y a aquella que languidecía por el amor de Dios consagrándose al servicio de la que lentamente se consumía, atacada por la enfermedad más terrible que puede existir sobre la tierra. Catalina no omite atenciones a pesar de que la desdichada enferma se hace cada día más insoportable; permanece continuamente al lado del lecho, descubre la llaga, la cura y le cambia las gasas sin mostrar la menor repugnancia, sin fijarse en el tiempo que necesita para ello o en las dificultades con que tropieza para vestir a la enferma. Esta admira la constancia y la caridad de una persona tan joven.

El enemigo de todo bien, irritado al ver tales extremos de la virtud más exaltada, recurre a un artificio digno de él. Un día, al descubrir la llaga, brotó de esta un hedor tan insoportable que la santa creyó estar a punto de desmayarse; pero su voluntad permaneció firme aunque el estómago se le revolvió en tal forma que creyó iba a vomitar. Tan pronto como se dio cuenta de esto, la santa se indignó contra sí misma reprochándose acerbamente semejante debilidad. «¡Cómo es eso! -exclamó-. ¿Te disgusta tu hermana que ha sido redimida por la sangre de Jesucristo? Aunque tú cayeras enferma aun en peores condiciones que ella, eso no sería más que un justo castigo por tus pecados». Y diciendo esto, se inclinó sobre el pecho de la cancerosa y aplicó los labios a la repugnante úlcera hasta que tuvo la seguridad de haber vencido el disgusto que le producía la enferma y triunfado sobre la natural repulsión que sentía. La mujer gritaba mientras tanto diciendo: «-No haga eso, mi querida criatura; yo no puedo sufrir que usted envenene su sangre con esta horrible corrupción». Pero Catalina no se levantó hasta que hubo vencido al enemigo, el cual la dejó tranquila por algún tiempo. Dándose cuenta de que nada podía conseguir contra la santa, dirigió sus baterías hacia la enferma, que no estaba preparada para resistir sus ataques. Esta desdichada, influida por el enemigo del género humano, empezó a cansarse de los asiduos cuidados y atenciones que recibía de Catalina y terminó por concebir hacia ella un profundo odio. Como nadie, excepto Catalina, tenía el valor y la abnegación suficientes para acercarse a ella, atribuyó su perseverancia a una especie de orgullo y al deseo culpable de distinguirse de los demás. Y como el que odia cree fácilmente cualquier maldad con respecto a aquellos a quienes aborrece, la desdichada mujer, instigada por Satanás, y que tenía el alma aun más enferma que el cuerpo, empezó a sospechar de la pureza de su benefactora hasta el extremo de pensar que cuando se encontraba ausente de allí, estaba cometiendo algún gran pecado. Catalina, que no ignoraba los pensamientos de la infeliz, permaneció firme como una columna; ella veía únicamente a su Esposo y proseguía con íntimo gozo espiritual la obra que había comenzado; se reía del enemigo cuyas acechanzas conocía y experimentaba íntimo regocijo al provocar sus iras practicando la caridad en forma tan insoportable para él. Finalmente, el demonio llegó a cegar de tal manera la mente de la enferma e irritarla hasta tal extremo que llegó hasta a acusar públicamente a Catalina de las faltas más vergonzosas.

Estas acusaciones se propalaron entre las hermanas y las dirigentes de la congregación fueron a visitar a la enferma para preguntarle los fundamentos que tenía para acusarla en aquella forma. Andrea contestó lo que el demonio le sugirió y entonces las hermanas llamaron a Catalina y tras haberle dirigido los más acerbos reproches, le preguntaron cómo había podido dejarse seducir hasta el extremo de perder su virginidad. La santa, siempre humilde y paciente, se limitó a contestar: «-Os aseguro, señoras y queridas hermanas, que por la gracia de Jesucristo todavía soy virgen». Y como ellas renovasen sus absurdas acusaciones, toda su defensa consistió en repetir: «-Aseguro que soy virgen..., aseguro que soy virgen...».

Esto no cambió en absoluto su manera de conducirse. A pesar de que tenía el corazón dolorido por la terrible calumnia, no dejó un solo día de servir y atender a la autora de ella; pero cuando estaba a solas en su habitación, se refugiaba en la plegaria. «Mi Omnipotente Salvador -decía deshecha en lágrimas- mi amado Esposo, tú sabes lo delicada que es la reputación de la mujer, y con cuánto cuidado procuran las esposas conservar su honor sin el menor reproche. Por esta razón confiaste tu santa madre a los cuidados de San José. Tú conoces los esfuerzos que ha hecho el «padre de toda mentira» para apartarme de la tarea que he iniciado por amor a ti. Ayúdame, entonces, mi Dios y Señor, pues sabes que soy inocente y no permitas que la antigua serpiente prevalezca contra mí».

Mientras así derramaba en la presencia de Dios sus lágrimas y sus oraciones, el Salvador del mundo se le apareció teniendo en la mano derecha una corona de oro adornada con piedras preciosas y en la izquierda una corona tejida con espinas. «-Mi hija amada -le dijo-



has de saber que tú debes llevar sucesivamente estas dos coronas tan diferentes entre sí; elige la que prefieres. Si optas por las espinas en esta vida, yo te reservaré la otra para después de tu muerte, pero si prefieres la de oro y piedras preciosas, después llevarás la de espinas». «- Señor -contestó Catalina-, he renunciado desde hace mucho tiempo a mi voluntad propia y te he prometido acatar la tuya en todas las cosas. Por consiguiente no tengo elección que hacer, pero si quieres que te conteste, quiero vivir esta vida de acuerdo con tu santa pasión pues la felicidad a que aspira mi alma es la de sufrir por ti». Y diciendo estas palabras, tomó con ambas manos la corona de espinas tal como se la presentaba el Salvador y se la colocó sobre la cabeza con tanta fuerza que las espinas le penetraron por todos lados. Después de esta visión -según ella misma me confesó- sintió durante mucho tiempo el dolor que le producían las heridas.

Entonces el Señor le dijo: «-Yo soy todopoderoso y si he permitido que ocurra este escándalo también puedo hacer que cese inmediatamente. Completa el trabajo que has comenzado y no cedas ante Satanás, quien intentará impedírtelo. Yo haré que tu victoria sobre él sea completa; todo lo que ha tramado contra ti redundará en ignominia suya y en tu gloria». Ante estas palabras, la sierva del Señor quedó consolada y llena de valor para combatir los ardides del enemigo.

Mientras tanto Lapa, la madre de Catalina, había llegado a saber lo que la enferma había dicho de su hija y que corría de boca en boca entre las hermanas. Estando completamente segura de la inocencia de la inculpada e indignada por la calumnia de que esta era objeto, se dirigió a Catalina diciendo, presa de la mayor indignación: «-¡Cuántas veces te he dicho que no vuelvas a visitar a esa mujer malvada! Esta es la recompensa de tus cuidados y desvelos para con ella: tu deshonor delante de toda la hermandad. Si vuelves a atenderla, si pones de nuevo los pies en su casa, dejaré de llamarte hija mía».

Esta fue una nueva artimaña del demonio para impedir la santa obra que estaba llevando a cabo Catalina. Esta, al oír las palabras de su madre, guardó silencio durante unos instantes; luego, acercándose a ella, se arrodilló a sus pies y le dijo humildemente: «-Mi querida madre, la ingratitud de los hombres ¿impide acaso a Dios ejercer diariamente su misericordia sobre multitud de pecadores? ¿No llevó a cabo nuestro Salvador la tarea de redimir a la humanidad en la cruz sin tener en cuenta los insultos que le eran dirigidos? Tú eres buena, madre, y sabes que si yo abandono a esa pobre enferma, nadie la cuidará y morirá por falta de asistencia. ¿No seremos nosotras en tal caso la causa de su muerte? Ella está engañada por Satanás, pero Dios puede iluminar su alma y hacer que reconozca su error».

De esta manera apaciguó a su madre, quien le dio su bendición y ella volvió al lado de la enferma y siguió cuidándola como si nada hubiese ocurrido. Andrea quedó sumamente sorprendida al ver que Catalina no daba la menor señal de haberse ofendido por la calumnia y entonces empezó a sentir el aguijón del remordimiento tanto más cuanto que notaba que las atenciones de su bienhechora aumentaban día a día.

Dios tuvo por fin compasión de la miserable mujer y le envió para gloria de su esposa la siguiente visión. Un día, mientras Andrea estaba en la cama, le pareció que en el momento en que penetraba en la habitación la sierva del Señor y se acercaba a la cama donde ella estaba tendida, una luz resplandeciente bajaba del cielo, la rodeaba llenándola de tanta dulzura y alegría que la misma enferma olvidó sus sufrimientos. Ella no comprendió lo que le ocurría y miró en torno suyo asombrada. Fijando después los ojos en Catalina, la contempló tan cambiada y transfigurada, que ya no vio más en ella a la hija de Lapa sino la majestuosa figura de un ángel envuelta como en una vestidura por el resplandor celestial que la rodeaba.

Al ver esto, el arrepentimiento que ya sentía por su falta, aumentó en su corazón, reprochándose amargamente la calumnia de que había hecho objeto a una santa. Esta visión que Andrea percibió con sus ojos corporales duró mucho tiempo, y cuando desapareció dejó a la infeliz enferma triste y consolada a la vez. Su tristeza fue la de que habla el apóstol en su carta a los Corintios (2 COR., VII, 10). Movida por el arrepentimiento, pidió perdón con lágrimas y sollozos a Catalina, acusándose de haber pecado contra ella calumniándola. Catalina abrazó a la desdichada penitente y la consoló lo mejor que pudo, asegurándole que ni un solo momento había pensado abandonarla o sentido el menor rencor contra ella. «-Querida madre -le dijo-, yo sé muy bien que el enemigo de nuestra salvación fue el promotor de esos escándalos y que él fue quien te engañó con su malicia. No te acuso a ti sino a él. Y te agradezco, por el contrario, por lo celosa que te mostraste con respecto a mi virtud». Después de haberla consolado, le prodigó las atenciones de costumbre y volvió a casa para atender a sus ocupaciones.

Andrea, consciente de la gravedad de su pecado, hizo llamar a todas las personas ante las cuales había calumniado a Catalina y una vez que estuvieron reunidas en su presencia, confesó con lágrimas de profundo arrepentimiento el error que había cometido, engañada por la astucia de Satanás y proclamó a gritos la inocencia de la persona a quien tanto había ofendido, declarando que no sólo estaba limpia de todo pecado sino que era una santa llena del espíritu del Señor, asegurando que tenía pruebas de ello. Y como le pidiesen explicación de este aserto, respondió que ella jamás había sentido o comprendido lo que eran la dulzura y el consuelo del espíritu hasta que no vio a Catalina transfigurada y rodeada por una luz sobrenatural.

Este testimonio sirvió para que aumentase la reputación de Catalina ante el pueblo, y el demonio, que había intentado mancharla, vio que por el contrario sus esfuerzos habían contribuido para glorificarla. Nuestra santa permaneció tan calma en el triunfo como lo había estado en la prueba; prosiguió sus obras de caridad como si nada hubiese ocurrido, aplicándose al mismo tiempo a la contemplación humilde de su pequeñez y bajeza. El Todopoderoso había tomado a su cargo poner donde correspondía el honor de su sierva, pero el implacable enemigo del linaje humano, que aunque mil veces sea vencido, jamás es aniquilado, volvió a la carga y resolvió tentarla de nuevo.

Un día, cuando la sierva del Señor descubrió la úlcera para lavarla, el hedor proveniente de la misma le produjo intensa repulsión, que el enemigo de las almas se encargó de aumentar hasta hacerlo insoportable. La santa sintió terribles náuseas, cosa que disgustó en extremo a la misma, sobre todo ahora cuando por la gracia del Espíritu Santo acababa de conseguir una victoria tan grande sobre sí misma y sobre sus impulsos naturales. Llena entonces de un santo odio hacia su cuerpo, exclamó: «-Ahora mismo vas a tragar eso que te inspira tanto horror». Inmediatamente reunió en una taza el agua con que había lavado la podredumbre que brotaba de la llaga, se retiró a un rincón y bebió el contenido hasta agotarlo. Recuerdo que un día, mientras en su presencia se hablaba de esto, ella me dijo en voz muy baja, para que no la oyesen los demás: «-Padre, le aseguro que en toda mi vida he bebido nada que tuviese un sabor tan dulce y agradable».

Leyendo los escritos de fray Tomás, su primer confesor, encuentro algo parecido a esto. La cosa ocurrió en una oportunidad en que aplicó los labios a una úlcera que igualmente exhalaba un hedor insoportable. Entonces Catalina aseguró que lo que percibía era un aroma delicioso.

En la noche que siguió a la victoria anteriormente referida, se le apareció el Salvador mientras ella estaba entregada a la oración y le mostró las cinco llagas que recibió en la cruz cuando se sacrificó por la salvación del humano linaje. «-Amada -le dijo el Señor-, tú has sostenido por mí grandes combates, y con mi ayuda saliste victoriosa de ellos. Nunca has sido más querida por mí y nunca me has agradado tanto como con lo que hiciste ayer; eso, en particular, ha llenado mi corazón de amor hacia ti. No solamente despreciaste los placeres sensuales, desdeñaste la opinión de los hombres y venciste las tentaciones de Satanás, sino que derrotaste a tu propia naturaleza bebiendo con alegría por amor a mí ese horrible y repugnante brebaje. Bien, puesto que tú realizaste un acto superior a las fuerzas de la naturaleza, yo te daré un licor que esté también por encima de la naturaleza». Y colocando la mano derecha sobre el cuello de Catalina, la acercó a la herida de su sagrado costado, diciéndole: «-Bebe, hija, este líquido que fluye de mi costado; él embriagará tu alma de dulzura y también sumirá en un mar de delicias tu cuerpo, que tanto has despreciado por amor a mí».

Colocada así Catalina junto a la fuente de la verdadera vida, aplicó sus labios a la sagrada llaga del Salvador. Su alma extrajo de allí un inefable y divino licor. Bebió largamente y con tanta avidez como abundancia. Por fin, cuando Nuestro Señor se lo indicó, separó los labios de la sagrada fuente, saciada pero todavía sedienta, porque aunque estaba satisfecha no se sentía harta, así como tampoco el deseo de beber más le producía dolor.

¡Oh, inefable misericordia del Señor, cuán deliciosas son tus mercedes para con aquellos a quienes amas! ¡Ay, Señor; quienes no las han experimentado jamás podrán comprenderlas! El ciego no puede juzgar acerca de la belleza de los colores, ni el sordo es capaz de comprender la armonía de la música. Contemplamos y admiramos, en la medida que nos es dado, los grandes favores que acuerdas a tus santos y, aunque no alcanzamos a comprenderlos porque sobrepasan nuestra capacidad, damos gracias a tu Divina Majestad por ellos en la proporción que corresponde a nuestras fuerzas.

Contempla, amado lector las maravillosas virtudes de Catalina. Admira la intensidad de su amor al Señor que la inclina a realizar un acto tan repugnante a la humana naturaleza. Considera el celo por la gloria de Dios que la induce a obrar en contra de la vehemente protesta de sus sentidos. Observa el maravilloso coraje de la Santa que no se intimida ante la odiosa calumnia ni cede a la fea ingratitud de la desdichada enferma. Admira a esa alma que deriva de Dios toda su fortaleza, a quien el elogio no consigue hacer soberbia y que obtiene sobre su cuerpo el triunfo final, obligándole a beber una cosa tan asquerosa e inmundicia cuya sola vista haría estremecer de horror a cualquiera. Pero también debes considerar la recompensa. Una vez que la santa hubo apagado su sed en el costado del Redentor, la gracia sobreabundó de tal manera en su alma, que sus efectos se hicieron sentir también sobre su cuerpo hasta el extremo de hacerse imposible ingerir la escasa cantidad de alimentos que hasta entonces constituían su comida cotidiana. Acerca de este punto hablaré más extensamente después, porque ya es tiempo de que dé fin a este capítulo, que ya va resultando demasiado largo.

#### **Capítulo IV**

*Que trata de su manera de vivir y de los reproches que se le hicieron por su completa abstinencia.*

El incomparable esposo de las almas había probado a su hija amada en el crisol de las grandes tribulaciones; la había enseñado a vencer al enemigo común en las más variadas formas de combate. Sólo le restaba coronarla de una manera digna de su divina munificencia; pero las almas a quienes ella estaba destinada a socorrer durante su peregrinación por este mundo todavía no se habían aprovechado de sus virtudes tanto como el Salvador lo deseaba, y era preciso que Catalina permaneciese todavía en la tierra, si bien recibiendo en esta vida una parte de las recompensas que le tenía reservadas para la otra. Nuestro Señor, mediante una revelación, hizo conocer a su fiel sierva la vida celestial que viviría en este valle de lágrimas.

Un día, mientras Catalina estaba orando en su habitación, se le apareció anunciándole la clase de nuevos milagros que iba a operar en ella. «Has de saber, mi hija amada -le dijo-, que en adelante tu vida estará llena de prodigios tan grandes que los hombres ignorantes y sensuales se negarán a creerlos. Aun muchas de las personas que están ligadas a ti por algún vínculo dudarán y temerán que seas víctima de alguna ilusión producida por el exceso de tu amor hacia mí. Yo infundiré en tu alma tal superabundancia de gracia que tu mismo cuerpo experimentará sus efectos en forma tal que en lo sucesivo vivirá en contradicción con las leyes naturales. Tu corazón experimentará un ardor tan grande por la salvación de las almas que olvidarás tu sexo y las reservas que él impone; ya no temerás como antes la conversación de los hombres y te expondrás a toda especie de fatiga por el bien espiritual de tus prójimos; tu conducta escandalizará a muchos, que te perseguirán y hasta llegarán a acusarte públicamente. No te alarmes ni sufras por ello, porque yo estaré siempre contigo y te haré triunfar sobre las lenguas maldicientes y sobre los labios que hablan con falsedad. Sigue por consiguiente la inspiración con que te iluminaré en cada caso; con tu cooperación sacaré a muchas almas de las fauces del infierno y las conduciré, mediante mi gracia, al reino de los cielos».

Catalina oyó estas palabras en varias veces seguidas, y cuando Dios le repetía: «No temas; no te intranquilies por nada», ella contestaba: «-Tú eres mi Dios y yo no soy más que la hechura de tus manos; cúmplase tu voluntad, pero acuérdate de mí y no me niegues tu ayuda de acuerdo con la grandeza de tu misericordia». La visión desapareció por fin y Catalina se quedó pensando en qué podría consistir el cambio que el Señor le había anunciado.

Mientras tanto la gracia de Dios aumentaba en su alma y el espíritu del Todopoderoso era tan abundante dentro de ella que bien pudo cantar con el Profeta: «Por ti mi carne y mi corazón han desfallecido, oh, Dios de mi corazón y mi eterna herencia». (PS. LXXII, 26.) Por consiguiente, Dios le inspiró el pensamiento de recibir a su Divino Esposo lo más frecuentemente posible en la Sagrada Eucaristía, puesto que todavía no podía disfrutar de él en el reino de los cielos, y ella adoptó la costumbre de comulgar todos los días, excepto cuando se lo impedían sus dolencias o cuando tenía que dedicar el tiempo al cuidado y ayuda del prójimo.

Sus deseos por la comunión frecuente eran de una vehemencia tal que cuando no podía satisfacerlos sufría en forma tan violenta que parecía encontrarse en peligro de muerte. Su cuerpo, que participaba en las alegrías del espíritu, compartía con él las molestias que le ocasionaba la privación del sagrado pan. Acerca de este punto hablaremos extensamente más adelante cuando intentemos explicar su modo de vivir milagroso, según sus confesiones hechas al autor de este libro y también según lo que dejó escrito su primer confesor.

Los favores y consolaciones celestiales inundaban de tal manera el alma de Catalina que también redundaban sobre su cuerpo. Sus funciones vitales quedaron modificadas en forma tan maravillosa que ya los alimentos dejaron de ser necesarios y hasta su ingestión llegó a producirle intensos sufrimientos. Cuando se veía obligada a alimentarse, sentíase tan incómoda que la comida no pedía permanecer en su estómago, siendo imposible describir las molestias que esto le ocasionaba. Al principio, semejante estado pareció imposible a todos y de una manera particular a sus parientes a las personas que estaban más relacionadas con ella, hasta el extremo de que muchos llegaron a pensar que este don tan extraordinario del Cielo no era sino una de tantas artimañas de Satanás. Hasta el mismo confesor de la Santa le ordenó que tomase alimentos todos los días y que no diese crédito a las visiones que le ordenasen lo contrario.

En vano aseguró Catalina que se encontraba bien y se sentía fuerte cuando no ingería alimentos y por el contrario, enfermaba y experimentaba una sensación de debilidad extraordinaria cuando comía. Obstinadamente el confesor siguió ordenándole que comiese; ella, siempre obediente, cumplía la orden hasta donde le era posible, originándose de aquí un estado tal de postración que llegó a temerse seriamente por su vida. Por fin, Catalina hizo llamar a su confesor y le dijo: «-Padre, si por el excesivo ayuno me vierais en peligro de muerte, ¿me prohibiríais ayunar para impedir que cometiese el pecado de suicidio? -Sin duda alguna -contestó el confesor. -Entonces -replicó la Santa- ¿no es el mismo pecado el exponerse a morir por tomar alimento? Si usted ve que estoy matándome a mí misma por alimentarme ¿por qué no me lo prohíbe lo mismo que me prohibiría ayunar si el ayuno me produjese idéntico resultado?». Nada había que contestar a este razonamiento, y el confesor, que veía el peligro a que estaba expuesta, terminó por decirle: «-En lo sucesivo obre según la inspiración del Espíritu Santo, pues veo que Dios está realizando en usted cosas maravillosas».

Catalina sufría mucho por parte de sus parientes y relaciones. Todos los que la rodeaban medían sus palabras y sus actos no de acuerdo con las normas de Dios sino juzgándolos con su propio criterio; estaba en el fondo del valle y no vacilaban en juzgar a quien se encontraba en las alturas de las montañas; ignoraban las causas y se metían a discutir los efectos; el brillo de la luz los cegaba impidiéndoles discernir los colores; se turbaban en forma irrazonable y cerraban los ojos ante la luz que irradiaba de una radiante estrella; tenían la pretensión de erigirse en maestros de aquella cuyas lecciones eran incapaces de comprender... Eran la noche que reprochaba al día por su esplendor. Secretamente la acusaban, la calumniaban bajo la apariencia de celo y ponían en juego toda su influencia para obligar al confesor de la Santa a desviarla de su camino.

Sería muy largo intentar describir las pruebas interiores y la angustia de Catalina. Consagrada a la obediencia y al menosprecio de sí misma, no sabía cómo excusarse para no cumplir la voluntad de su confesor manifestada con órdenes perentorias que ella no tenía fuerza para resistir, y sin embargo estaba plenamente convencida de que la voluntad de Dios era opuesta a la de los hombres, pero con el temor de desagradarle, no se atrevía a desobedecer, sirviendo así de piedra de escándalo para el prójimo. La oración era su refugio y a los benditos pies del Salvador derramaba lágrimas de melancólica esperanza, pidiendo humildemente que se dignase dar a conocer su voluntad a quienes se oponían a ella, y de una manera especial a su confesor, a quien temía ofender con su desobediencia.

Ella no podía decirle lo que los apóstoles a los jefes de los sacerdotes: «Es mejor obedecer a Dios que a los hombres». (ACT., v. 29.) Habría recibido, si tal hubiese hecho, que el demonio suele transformarse en ángel de luz; que no debía confiar en su propia prudencia,

sino dejarse guiar por los consejos de los demás. El Señor escuchó a Catalina en esta ocasión como en muchas otras; iluminó a su confesor, y este cambió de parecer, pero esto no impidió que los demás siguiesen pensando mal de ella y equivocándose en sus juicios. Si los maldicientes hubiesen examinado con detención cómo había revelado a su Santa los artificios de Satanás, cómo le había enseñado la manera de combatir al enemigo del género humano y obtener sobre él gloriosas victorias; si se hubiesen detenido a considerar hasta qué alto grado había elevado el Señor el entendimiento de su esposa y qué razones tenía esta para decir con el Apóstol: «No estamos ignorantes de su maldad», *non enim ignoramus astucias ejus* (2 COR., 11), habrían guardado silencio y no se habrían atrevido, en la imperfección de sus conocimientos, a constituirse en maestros de quien se encontraba a inconmensurable altura por encima de ellos. Los arroyuelos no pueden cambiar el curso del río majestuoso. Yo he dicho frecuentemente esto mismo a los que censuraban a Catalina y lo repito aquí para que ciertas personas puedan sacar provecho de ello.

Pero volvamos a nuestro asunto. La primera vez que ocurrieron estos hechos extraordinarios fue al principio de una cuaresma, y Catalina, con la ayuda de Dios permaneció hasta la fiesta de la Ascensión sin tomar ninguna clase de alimento corporal y sin que disminuyesen sus energías físicas ni su alegría de espíritu. ¿No son acaso los frutos del Espíritu Santo la caridad, la alegría, la paz? (GAL., v. 22.) ¿No dijo la Eterna Verdad que «no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que proviene de la boca del Señor» (SAN MAT., IV, 4) y «el justo vive por la fe»? (ROM., I, 17.) El día de la Ascensión estuvo en condiciones de comer, como ella lo había anunciado ya a su confesor. Su alimento consistió ese día en pan y vegetales. Después recomenzó el ayuno y siguió observándolo casi continuamente, interrumpiéndolo tan sólo alguna que otra vez y con largos intervalos. Se acercaba tan frecuentemente como le era posible a la sagrada mesa, de donde derivaba siempre nuevas reservas de gracia. Sus órganos corporales habían suspendido sus funciones, pero el Espíritu Santo, que vivía en ella, vivificaba simultáneamente el alma y el cuerpo, de manera que su existencia fue a partir de entonces sobrenatural y milagrosa.

Yo he visto frecuentemente su débil cuerpo sometido a debilidad extrema. Pero si el mismo instante en que todos creíamos que iba a expirar se ofrecía la oportunidad de hacer algo que redundase en la gloria de Dios, o el bien de las almas, no solamente retornaba a ella la vida sino que se la veía llena de energía caminar, obrar y hacer más que los que se encontraban en plena salud, y esto sin que aparentemente experimentase la menor fatiga.

¿Cómo explicar esto sino por la acción del Espíritu Santo que sostenía al mismo tiempo al alma y al cuerpo? Cuando Catalina empezó a vivir sin tomar alimento, su confesor le preguntó si sentía apetito alguna vez. «-Dios me satisface de tal manera con la Sagrada Eucaristía -contestó- que sería imposible para mí desear cualquier clase de alimento corporal». Y como el confesor le preguntase si sentía hambre por lo menos los días en que no comulgaba: «-La sola presencia de la Sagrada Eucaristía me satisface -contestó-. A veces me basta para ser feliz la vista de un sacerdote que acaba de decir misa».

Catalina, pues, se abstenía por completo de toda clase de alimentos corporales y a pesar de ello se sentía satisfecha: estaba privada aparentemente de todo, pero su interior se nutría con abundancia; sufría la sed del cuerpo, pero su alma se inundaba con torrentes de agua viva. Pero la antigua serpiente no podía soportar que la Santa fuese objeto de tales favores celestiales sin tratar de envenenarlos con su ponzoña. Con ocasión de su milagroso ayuno excitó contra ella a todos cuantos la conocían tanto seculares como religiosos. No nos asombremos de encontrar aun entre los eclesiásticos a personas que se oponían a la Santa. Cuando el amor propio de estas personas no está completamente muerto, resulta a veces más

peligroso que en las otras, especialmente cuando se trata de cosas que les resulta imposible comprender. Recordemos a este propósito la historia de los padres de la famosa Tebaida. Uno de los discípulos de San Macario, vestido con ropas seculares, se presentó en un importante monasterio que estaba bajo la dirección de San Pacomio. Ante los insistentes ruegos del superior, ingresó en la comunidad, pero la austeridad de su vida así como sus extraordinarias penitencias aterraron de tal manera a los demás monjes que casi se insubordinaron contra San Pacomio, a quien dijeron que si no expulsaba inmediatamente aquel monje, ellos se irían del monasterio. Y ahora digo yo: Si hombres que estaban tan cerca de la santidad se condujeron de esta manera, no podemos esperar mucho de aquellos que no han avanzado tanto en el camino de la perfección.

Todo el mundo murmuraba contra el ayuno de Catalina. Algunos decían: -Nadie puede preciarse de ser más grande que Nuestro Señor, y sin embargo, él comía y bebía. Su gloriosa madre procedió en la misma forma y lo mismo los apóstoles puesto que el Señor les recomendó que comiesen y bebiesen de lo que pudieran encontrar. «*Edentes et bibentes quae apud illos sunt*» (SAN LUCAS X, 7). ¿Quién puede tener la pretensión de ser más que ellos ni siquiera la de igualarlos? Otros decían que todos los santos habían enseñado con sus palabras y su ejemplo que no debemos singularizarnos en nuestra manera de vivir. Había quienes acudían al principio de que «todo exceso es vicioso» y no faltaban algunos que respetaban las intenciones de Catalina pero agregaban que la santa era sin duda alguna víctima de alguna ilusión de Satanás. Otros, finalmente, más envenenados contra ella, la calumniaban en público diciendo que obraba así acuciada por la vanidad y por el deseo de que se hablase de ella; que todo era una impostura puesto que, aparentando ayunar, se alimentaba en secreto.

Si yo hubiese refutado estas habladurías, habría creído ofender a Dios con mi silencio. Por consiguiente, pedí tuviesen en cuenta los detractores que si la objeción basada en Nuestro Señor, la santísima Virgen y los apóstoles era justa, de ello se inferiría que San Juan Bautista había sido superior al mismo Jesús, puesto que de él se dice en el Evangelio que no comía ni bebía, mientras que el Señor comió y bebió. (SAN MAT. XI, 18.) De ahí se inferiría también que San Antonio, San Macario, San Hilario y San Serapión, y muchos otros eremitas, que ayunaron más que los apóstoles, fueron superiores a ellos. Podría objetarse que San Juan en el desierto y los ermitaños en la soledad no practicaban el ayuno absoluto, sino que comían de cuando en cuando; pero ¿qué podría decirse de Santa María Magdalena que permaneció durante treinta años en una gruta sin tomar ninguna clase de alimento, como se refiere en su historia y lo prueba el lugar donde pasó esa parte de su vida y que en aquel tiempo era inaccesible? Lo mismo podría decirse de otros santos que pasaban largas temporadas sin comer, recibiendo como único alimento la Sagrada Eucaristía los domingos. Sepan quienes lo ignoran que la santidad no se mide por el ayuno, sino por el grado de caridad que otorga Dios a cada uno de sus elegidos. Sepan también que nadie puede ser juez en asuntos que no conoce, y, sobre todo, escuchen la voz del Verbo encarnado: «¿A quién diré que es semejante esta raza de hombres y a quién se parecen? Parécense a los muchachos sentados en la plaza que parlan con los de enfrente y les dicen: Os cantamos al son de la flauta y no habéis danzado; entonamos lamentaciones y no habéis llorado. Vino Juan el Bautista que ni comía pan, ni bebía vino, y habéis dicho: está endemoniado. Ha venido el Hijo del hombre que come y bebe, y decís: He aquí un hombre voraz y bebedor» (SAN LUCAS VII, 31). Estas palabras del Salvador refutan ampliamente la objeción mencionada en primer término con respecto a Catalina.

Con respecto a la segunda, que es la de aquellos que rechazan los caminos extraordinarios por los que a veces conduce Dios a sus santos, diré que los elegidos por el Señor no adoptan esos caminos por impulso de su propia voluntad, sino que no hacen más que

seguirlos con gratitud cuando Dios se digna indicárselos. De no hacerlo así menospreciarían su gracia, y cuando la Escritura dice que el justo no debe buscar lo que está encima de él, agrega: «Porque muchas cosas se te mostrarán que están por encima de la inteligencia de los hombres» (ECL. III, 25.) Es decir: No debes preocuparte por buscar cosas que están por encima de ti, pero en el caso de que Dios te las revele, dale las gracias por ello. Esto ocurría en el caso de que estamos hablando, donde la intervención de Dios era manifiesta y nadie, por consiguiente, tenía derecho a aplicarle la regla general. La sierva del Señor lo ocultaba bajo el velo de su humildad cuando contestaba a quienes le preguntaban por qué no tomaba alimento: «-Dios, a causa de mis pecados, me ha castigado con esta enfermedad que me impide tomar alimento. Yo deseo comer, pero me resulta imposible. Pedid a Dios, os lo ruego, que me perdone los pecados a causa de los cuales estoy sufriendo». Lo que es lo mismo que si dijese: -Dios es causante de esto; no yo-. Y así como para destruir hasta la apariencia de vanidad que pudiese haber en ello, lo atribuía todo a sus propios pecados. Y al expresarse en esta forma, no estaba en contradicción con lo que pensaba, porque estaba convencida de que Dios permitía los falsos juicios de los hombres en castigo justo de sus faltas. Echaba sobre sí misma la culpa de lo que le ocurría y atribuía a Dios todo lo bueno que podía haber en ello. Tal fue su norma en todas las circunstancias de su vida. Lo que acabo de decir servirá de respuesta a aquellas personas que recomiendan evitar los extremos. Un extremo nunca es malo cuando es Dios quien lo indica, y por consiguiente, los hombres carecen de autoridad para criticarlo.

En cuanto a los que pretenden que esto era una ilusión, yo les ruego que tengan a bien contestar a lo siguiente: ¿Si es cierto que hasta entonces Catalina había triunfado sobre todas las tentaciones y falacias del enemigo, podremos admitir que iba a ser vencida en un punto de tanta importancia? Pero admitamos esto, y pregunto de nuevo: ¿Quién le suministraba la fortaleza necesaria para mantener incólumes las energías de su cuerpo? Si contestamos que el mismo demonio podía hacerlo, ¿quién daba paz y alegría a su alma cuando estaba privada de toda confortación interior? Estos son los frutos del Espíritu Santo que el demonio jamás puede producir: «Los frutos del Espíritu Santo son caridad, alegría y paz» (EP. GAL. v, 22.) y es imposible atribuirlos al enemigo de la salvación. ¿No podríamos, por el contrario, sospechar que quienes decían eso con respecto a Catalina, lo hacían influidos por el espíritu de las tinieblas? Si el demonio tenía poder para seducirla a *ella* que tan frecuentemente había destruido sus acechanzas, a *ella* cuyo cuerpo vivía y se sostenía de una manera sobrenatural, a *ella* cuyo espíritu disfrutaba continuamente de paz y de interna alegría, ¿no es mucho más lógico suponer que los seducidos fuesen aquellos que no poseían esas virtudes sobrenaturales? Es muy probable que si en esto había engaño, no fuese la engañada que en circunstancias anteriores había sido eficazmente protegida contra los ataques del padre de la mentira. Finalmente, lo mejor es no contestar a tales calumniadores; sólo el desprecio merecen por parte de toda persona sensata. ¿Qué grado de virtud no son capaces de atacar? Otros que se parecían a estos calumniaron a nuestro Redentor...; ¿por qué no habían de difamar también los de ahora a su fiel servidora?

Catalina, llena del espíritu de la prudencia y deseosa de imitar a su divino Maestro, recordaba que cuando San Pedro le pidió las dos dracmas para pagar el tributo, le demostró que él estaba exento; pero agregó: «-Pero para que no se escandalicen, ve al mar y tira el anzuelo, y coge el primer pez que saliere y abriéndole la boca, hallarás una pieza de plata de cuatro dracmas; tómala y dásela por mí y por ti». (SAN MAT. XVI, 26.) Deseosa de acallar las murmuraciones, resolvió tomar asiento todos los días a la mesa familiar y hacer cuanto fuese posible de su parte para comer. Aunque nunca probaba la carne, ni huevos y apenas probaba el pan, lo poco que comía, o mejor dicho, intentaba comer, le producía tales sufrimientos que quienes la veían, por duro que tuviesen el corazón, se movían a lástima. Su estómago no podía digerir nada y rechazaba cuanto era introducido en él de cualquier naturaleza que fuese. Después sufría los más terribles dolores y todo su cuerpo se hinchaba



aunque no ingiriese las hierbas que masticaba limitándose a tragar el jugo de las mismas. Entonces tomaba agua pura para refrescarse la boca, pero siempre se veía en la necesidad de devolver todo lo que había ingerido, y esto lo hacía con tanta dificultad que era necesario ayudarla por todos los medios posibles.

Como yo era frecuentemente testigo de sus sufrimientos, sentía intensa compasión por ella y terminé por aconsejarle que dejase hablar a la gente y se evitase semejantes torturas. Entonces ella me contestó «-¿No es mejor expiar mis pecados en el presente y no exponerme a ser castigada por toda la eternidad? El juicio de los hombres me es muy provechoso puesto que a causa de él puedo evitar dolores infinitos a cambio de estos que son transitorios; no; ciertamente, no debo hacer resistencia a la voluntad de Dios y rechazar la gran gracia que Él me acuerda ahora permitiéndome satisfacer en este mundo a su justicia». Estaba tan convencida de que lo que le ocurría era efecto de la justicia divina que dijo a sus compañeras: «-Venid a ver cómo se hace justicia a esta miserable pecadora». De esta manera las persecuciones de los hombres y todos los ataques de Satanás contribuían a su perfección.

Un día que estábamos conversando acerca de las gracias que Dios otorga a sus elegidos, me dijo: «-Si supiésemos aprovechar las gracias que Dios nos concede, sacaríamos provecho espiritual de todo cuanto nos ocurre tanto en los acontecimientos que nos son favorables como en los adversos».

¡Ay! ¡Cuán gran provecho pude yo haber sacado de esta lección así como de muchas otras! Pero tú, lector, no me imites; medita sus enseñanzas y sigue su ejemplo. Pido al autor de todo bien que te ilumine y que a mí me conceda la gracia de imitar también a esta gran alma con coraje y perseverancia. Con esto doy por terminado el presente capítulo en el cual he escrito tan sólo lo que llegó a mí por intermedio de la misma Catalina y del confesor de ella que me precedió.

## Capítulo V

*De los maravillosos éxtasis de Catalina y de las grandes revelaciones que recibió de Dios.*

Nuestro Señor, que había otorgado a su esposa una vida corporal tan extraordinaria, trató también a su espíritu de una manera maravillosa favoreciéndola con admirables consolaciones. Su resistencia física fue sobrenatural y tuvo su origen en la abundancia de gracia que recibió. De aquí se sigue que habiendo hablado ya del prodigio de su existencia material sea conveniente mencionar también los milagros mediante los cuales fue enriquecida su alma.

Desde el momento en que esta santa virgen sació su sed en la herida del costado de nuestro Señor, la gracia reinó tan abundante y suprema en su alma, que ella estuvo sumergida, por así decirlo, en un continuo éxtasis. Su mente estaba tan constante e íntimamente unida a su Creador que la parte inferior de su cuerpo tenía por lo general en suspenso sus funciones. Millares de veces hemos sido testigos de ello; hemos visto y tocado sus brazos y manos tan fuertemente contraídos que más fácil habría sido romperlos que hacerles cambiar de posición. Tenía los ojos completamente cerrados, sus oídos no percibían los sonidos por grandes que estos fuesen y todos sus demás sentidos corporales cesaban en su función natural. Todo esto

no debe sorprendernos si prestamos atención a lo que sigue. Dios comenzó desde esta época a manifestarse a su esposa no solamente cuando estaba sola, como antes, sino en público, cuando caminaba o cuando se encontraba en estado de reposo; y el fuego del amor que ardía en su corazón era tan grande que llegó a decir a su confesor que le era imposible encontrar palabras para expresar lo que sentía.

Un día, en el fervor de su oración, dijo con el profeta: «-Crea en mí, Señor, un corazón nuevo, etc.», y rogó a Dios que tuviese a bien sacarle el corazón y la voluntad. Parece ser que entonces su divino esposo se le presentó, abrió el costado izquierdo de la Santa, tomó su corazón y se lo arrancó. A partir de ese momento dejó de sentirlo en el pecho. Esta visión fue extraordinaria y tan de acuerdo con la realidad que, cuando habló de ella a su confesor, le aseguró que no tenía corazón. El confesor se echó a reír al oírla y la reprendió por hacer una afirmación de esta naturaleza, pero ella insistió en lo que acababa de decir. «-Realmente, Padre -afirmó-, a juzgar por lo que siento dentro de mí misma, me parece que no tengo corazón. El Señor se me apareció, abrió mi costado izquierdo, me sacó el corazón y se lo llevó». Y como insistiese el confesor en que era imposible vivir sin corazón, ella le contestó que para Dios no hay imposibles, afirmando de nuevo que ella no tenía corazón. Algunos días más tarde se encontraba Catalina en la capilla de la iglesia de los frailes predicadores, donde solían reunirse las Hermanas de Penitencia. Habiendo quedado sola para proseguir sus oraciones, se disponía a volver a casa, cuando repentinamente se vio envuelta en una luz que venía del cielo y el Salvador se le apareció teniendo en sus sagradas manos un corazón intensamente rojo, del que brotaba un fuego radiante. Hondamente impresionada por esta visión, se prosternó en el suelo. Entonces Nuestro Señor se acercó, le abrió el costado izquierdo y le colocó el corazón que llevaba en la mano, diciéndole: «-Hija, el otro día me llevé tu corazón; hoy te entrego el mío y de aquí en adelante lo tendrás para siempre». Dichas estas palabras le cerró el pecho, pero, como prueba del milagro, dejó en aquel lugar una cicatriz que sus compañeras le aseguraron más de una vez haber visto. Cuando yo la interrogué con respecto a este punto, ella me confesó que el incidente había ocurrido en realidad y que desde entonces había adoptado la siguiente manera de decir: «-Señor, te recomiendo mi corazón».

Cuando Catalina hubo conseguido ese corazón de una manera tan dulce y maravillosa, la abundancia de gracia que poseyó su alma hizo que sus actos externos fuesen más y más perfectos y que se multiplicasen las revelaciones divinas en su interior. Nunca se acercaba al altar sin ver alguna visión superior a los sentidos, especialmente cuando recibía la sagrada comunión. Veía entonces con frecuencia en las manos del sacerdote a un infante recién nacido o a un joven de extraordinaria hermosura y muchas veces un horno de candente fuego en el que parecía penetrar el sacerdote al consumir la sagrada forma. Por lo general percibía un aroma tan delicioso y penetrante cuando comulgaba que estuvo más de una vez a punto de perder los sentidos. En el momento de acercarse al altar se producía en su alma una inefable alegría y su corazón latía con tanta violencia que las personas que se encontraban cerca podían percibir sus latidos. Fray Tomás estaba advertido de esto, y como era su confesor, comprobó este detalle y lo dejó consignado en sus escritos. El ruido producido por los latidos de su corazón no tenía parecido alguno con los sonidos que pudiera ocasionar un órgano, sino que era algo singular y completamente sobrenatural, obrando tan sólo por el poder del Creador. ¿No dijo acaso el Profeta: «Mi corazón y mi carne exultarán en el Señor»? *Cor meum et caro mea exultabunt in Deum vivum* (PS. LXXIII, 3). El Profeta se refiere y menciona al Dios vivo, porque la agitación, el temblor que proviene de él purifica al hombre en lugar de producirle la muerte.

Después del maravilloso cambio de corazones anteriormente mencionado, Catalina dio muestras de haber sufrido un cambio extraordinario. «-Padre -le dijo a su confesor-, ¿no se da

usted cuenta de que ya no soy la misma? Estoy completamente cambiada. ¡Oh, si usted supiese lo que siento dentro de mí! Todo lo que yo experimento está fuera de la realidad y por consiguiente es incomprensible». Sin embargo trató de dar una idea acerca de ello. «-Mi alma -dijo- está tan embriagada de delicias y alegrías, que estoy asombrada de que todavía permanezca en el cuerpo. Su ardor es tan grande que el fuego exterior no puede compararse con él y estoy convencida de que ese fuego me refrescaría. Y este ardor obra en mí tal renovación de pureza y de humildad que pienso haber vuelto a la edad de cuatro años. El amor al prójimo ha aumentado en mí de tal modo que sería un gran placer para mí el morir por alguien». Esto se lo decía siempre en secreto a su confesor, ocultándoselo a los demás tanto como le era posible.

Estas conversaciones confidenciales dan alguna luz con respecto a la superabundancia de gracia que el Señor derramó en el alma de su fiel servidora. Si me fuese dado extenderme acerca de este punto, llenaría volúmenes; me limitaré a citar algunos hechos que prueban de manera más evidente la santidad de Catalina. Entre ellos no puedo pasar en silencio las admirables visiones que recibió del Cielo. Un día el Rey de Reyes y la Reina, su madre, la visitaron acompañados por Santa María Magdalena con el fin de consolarla en sus tribulaciones. Nuestro Señor le dijo: «-¿Qué quieres, qué elegirías, ser tuya o mía?». Catalina lloró y repuso humildemente como San Pedro: «-Señor, Tú sabes bien lo que quiero; Tú sabes que no tengo otra voluntad que la tuya y que tu corazón es mi corazón». Entonces le fue sugerido el pensamiento de que María Magdalena se entregó totalmente a Nuestro Señor cuando bañó sus sagrados pies con sus lágrimas, y como ella sintiese entonces la dulzura y el amor que la santa experimentó en aquella ocasión, sus ojos permanecieron fijos sobre los de ella. Nuestro Señor, correspondiendo a sus deseos, le dijo entonces: «-Mi hija amada, te doy a María Magdalena en calidad de madre; puedes dirigirte a ella con toda seguridad; yo te dejo a su cargo de una manera especial». Catalina quedó llena de profunda gratitud y se encomendó fervorosamente a María Magdalena suplicándole con la mayor humildad que velase por su salvación, puesto que el Hijo de Dios la había dejado bajo su tutela. A partir de este momento tuvo una gran devoción hacia la santa y siempre la llamaba su madre.

Me parece que en estas relaciones de Catalina con la Magdalena hay un significado especial que debemos tener en cuenta. Esta santa pasó treinta y tres años de su vida en la cueva de una roca sin tomar alimento y en continua contemplación; estos años representan la vida de Nuestro Señor sobre la Tierra. Catalina, a partir de esta aparición hasta cumplir los treinta y un años, edad a la que murió, estuvo tan absorbida en la contemplación divina que no tenía necesidad de tomar alimento y vivió únicamente de las gracias que superabundaban en su alma. María Magdalena fue llevada siete veces cada día al Cielo por los ángeles y contempló los secretos de Dios. Catalina estuvo continuamente extasiada en la contemplación celestial y su cuerpo fue levantado de la tierra en presencia de multitud de testigos. Durante estos éxtasis vio cosas admirables y le fueron reveladas las verdades más sublimes.

Yo la vi un día fuera de sus sentidos y la oí hablar en voz muy baja. Me acerqué y escuché que decía en perfecto latín: «-*Vidi arcana Dei*». (He visto los secretos de Dios.) No agregó nada a esta frase, sino que prosiguió diciendo: «-He visto los secretos de Dios». Mucho tiempo después, cuando hubo vuelto al uso normal de los sentidos, todavía repitió las mismas palabras. Yo quise saber por qué. «-Madre -le dije-, ¿por qué repite constantemente las mismas palabras y no nos explica su significado hablando de la manera corriente? -Me es imposible -contestó- decir algo más o decir eso mismo de otra manera. -Pero, ¿por qué? Usted suele decirme lo que Dios le revela aun cuando no se lo pregunte. ¿Por qué se niega pues a contestar ahora que se le ha preguntado? -Porque tendría que reprocharme el pecado de vanagloria -contestó ella- si intentase explicarle lo que he visto. Me parece que si intentase decirlo con mi lenguaje sería algo así como una blasfemia contra Dios y que lo deshonraría.

Hay una distancia tan grande entre lo que mi espíritu ha contemplado y lo que yo pudiera decir que yo obraría como una falsificadora al intentar expresarlo. Por consiguiente no intentaré describirlo. Lo único que puedo decir es que eran cosas inefables».

Era, a mi manera de ver, una cosa muy natural que la Divina Providencia hubiese querido unir a Catalina con María Magdalena con los lazos de madre e hija, porque ambas se parecían en sus abstinencias, en su amor y en sus contemplaciones. Cuando Catalina hablaba de este favor, solía decir que una pecadora había sido entregada en calidad de hija a una santa que antes había pecado, con el fin de que la madre, recordando la fragilidad de la humana naturaleza, y la infinita misericordia de Dios, sintiese mayor compasión por su hija y obtuviese su perdón.

El Hermano Tomás, su primer confesor, refiere en los apuntes que dejó acerca de esta visión, que le parecía a la Santa que su corazón había penetrado en el costado del Señor para unirse y fundirse en el corazón de él. Sentía que su alma se disolvía en las llamas de su amor y exclamaba para sus adentros: «-¡Dios mío, has herido mi corazón! ¡Dios mío, has herido mi corazón!». Fray Tomás dice que esta aparición tuvo lugar en el año de 1370 en la fiesta de Santa Margarita virgen y mártir. El mismo año, al día siguiente, que es San Lorenzo, su confesor, temeroso de que los sacerdotes que estaban celebrando la santa misa se distrajesen al oír sus sollozos y suspiros, le recomendó que tratase de dominarse cuando estuviese cerca del altar. La obediente Catalina permaneció apartada pidiendo a Dios hiciese conocer a su confesor la dificultad que tenía de ocultar esas manifestaciones externas del amor de Dios. El confesor declaró que sus ruegos habían sido tan bien escuchados que él en lo sucesivo jamás volvió a hacerle semejante recomendación. Yo quiero pensar que esto fue debido a la humildad de él así como al haberse convencido por una feliz experiencia lo imposible que es reprimirse cuando el alma está entregada a semejantes transportes.

Catalina, que en ese momento se encontraba lejos del altar, experimentó ardientes deseos de recibir la sagrada comunión; su corazón gritaba muy alto si bien sus labios le decían en voz baja: «-¡Cuántos deseos tengo de recibir el cuerpo de mi divino Salvador!». Para satisfacer este deseo se le apareció Nuestro Señor, y acercándose a ella, permitió que aplicase su boca a la herida de su sagrado costado, facilitándole así que saciase el deseo de recibir su cuerpo y su sangre divinos. Catalina aspiró en la sagrada fuente y bebió a grandes tragos y la dulzura que experimentó su espíritu fue tan grande que creyó estar a punto de morir. Como su confesor le preguntase qué era lo que sentía en esos instantes, ella le contestó que le sería imposible dar una idea acerca de ello en forma tal que él pudiese comprenderlo.

El mismo año, en la fiesta de San Alejo, le ocurrió también una cosa maravillosa. Mientras se encontraban orando en la noche que precede a dicha festividad, suspiró interiormente por recibir la sagrada comunión, revelándosele entonces que la recibiría al día siguiente. Es de advertir que frecuentemente se veía privada de este favor debido a la negligencia de las personas que por aquel entonces dirigían la Congregación. Tan pronto como recibió esta promesa, pidió al Señor que tuviese a bien purificar su alma para hacerla más digna de recibir un sacramento tan grande.

Inmediatamente sintió que descendía sobre su espíritu una a manera de sangre mezclada con fuego y que esta lluvia lavaba su alma de una manera tan completa que penetraba hasta su cuerpo y que barría no solamente las manchas sino hasta el mismo principio del mal. Cuando llegó el amanecer, la enfermedad que sufría se agravó en tal forma que nadie pensó pudiera estar en condiciones para levantarse y dar un solo paso. Pero Catalina, recordando lo que le

fue prometido, depositó su confianza en Dios, se levantó y dirigió sus pasos a la iglesia con gran asombro de cuantos la vieron.

Cuando llegó al templo y ocupó su lugar en la capilla ubicada al lado del altar, recordó que sus superiores no le permitían recibir la comunión indiscriminadamente sino tan sólo de manos de aquellos que podían celebrar la misa. Entonces deseó que llegase su confesor para celebrar el santo sacrificio en el altar ante el cual se encontraba ella orando. Entonces Dios le demostró lo grato que le era satisfacer los deseos de su sierva. Su confesor dejó consignado en sus escritos que aquel día no tenía intención de celebrar misa y que ignoraba por completo la llegada de Catalina a la iglesia; pero que de pronto la gracia tocó en su corazón inspirándole una atracción tan grande hacia los santos misterios, que se levantó sin tardanza y fue a celebrar la misa al altar donde estaba la Santa, a pesar de que no era este donde solía él hacerlo. Una vez aquí se encontró con su hija espiritual, quien le pidió la sagrada comunión, comprendiendo entonces él que había sido instrumento de la divina Providencia.

Cuando Catalina avanzó hacia el altar tenía el rostro enrojecido, brillante y bañado en lágrimas, recibiendo la santa comunión con un fervor tal que conmovió profundamente a su confesor llenándole de admiración. Ella, una vez recibida la hostia santa, quedó totalmente absorta en Dios, perdida en la embriaguez de las comunicaciones celestiales, y así estuvo todo el día, aun después de haber recuperado el uso de sus sentidos.

A la mañana siguiente el confesor le preguntó qué le había ocurrido al recibir la comunión pues tenía la cara tan encendida. A lo que ella contestó: «-Padre, no sé de qué color tenía la cara, pero le aseguro a usted que en el momento en que estoy recibiendo la sagrada Eucaristía, mis sentidos no discernen nada material; pero mi alma contempla una belleza tan grande y siente una dulzura tan intensa, que no encuentro expresiones con qué describirlo. Lo que contemplo entonces me atrae en tal forma que las cosas de la tierra me parecen polvo y vacío, y esto no sólo con respecto a las riquezas y a los placeres sensuales, sino también a las alegrías de la mente y el corazón. He pedido a Dios que me prive de eso por completo a fin de estar en mejores condiciones de poseerle a él y agradecerle. He pedido a Dios que me quite mi voluntad y me dé la suya, y misericordiosamente escuchó mi oración, porque me contestó así: «Hija mía queridísima, yo te doy mi voluntad y la prueba de esto será que ningún acontecimiento exterior podrá turbar tu espíritu». Esta promesa de Dios se cumplió, pues cuantos la conocieron están acordes en atestiguar que a partir de ese instante Catalina estuvo siempre satisfecha cuales quiera fuesen las circunstancias que la rodeasen, aun las más adversas y contradictorias.

En esta ocasión dijo Catalina a su confesor: «-Padre, ¿sabe usted lo que hizo hoy Nuestro Señor en mi alma? Se condujo como una tierna madre con su hijito muy amado. La madre extiende los brazos a corta distancia de él como para excitar su deseo, y cuando el niño ha llorado unos instantes, sonrío, le alza, le estrecha en sus brazos apretándolo dulcemente contra su corazón y luego satisface la sed que tiene de alimentarse en su pecho. Nuestro bendito Señor hizo lo mismo conmigo; me mostró a distancia la herida de su costado y el deseo que se despertó en mí de poner allí mis labios me produjo abundantes lágrimas. Él se rió durante unos instantes de mi angustia; luego se acercó a mí, tomó mi alma en sus brazos y colocó mi boca en su sagrada herida. Entonces le fue dado a mi alma satisfacer sus deseos, introducirse en su pecho y gozar allí de delicias celestiales. ¡Oh! Si usted pudiese comprender esto, quedaría asombrado de que mi corazón no hubiese quedado consumido de amor y que yo siguiese viviendo después de haber experimentado semejantes ardores santos».

El mismo año, el 18 de agosto, Dios manifestó nuevamente su poder en Catalina. Comulgó la Santa por la mañana, y en el momento en que el sacerdote teniendo en la mano la sagrada Hostia decía las palabras rituales: «Señor, no soy digno, etc.», ella oyó una voz que contestaba: «Y yo, yo soy digno de entrar dentro de ti». Cuando hubo recibido la sagrada comunión, le pareció que así como el pez cuando está en el agua, es penetrado por esa misma agua, su alma estaba en Dios y Dios estaba en su alma. Estaba tan absorbida por su Creador, que apenas pudo caminar para entrar en su celda. Una vez que estuvo en ella, se tiró sobre las tablas que le servían de lecho y permaneció allí largo tiempo sin movimiento. Luego su cuerpo se elevó en el aire y así estuvo sin ninguna clase de sostén. Tres personas, cuyos nombres daré, fueron testigos de este prodigio y han afirmado haberlo visto. Al cabo de un largo rato, el cuerpo descendió de nuevo hasta tocar la cama y entonces ella empezó a decir en voz baja cosas tan dulces y admirables que sus compañeras, al oírlas, no pudieron contener las lágrimas. Luego oró por varias personas, entre las cuales figuraba su confesor, que en aquel instante se encontraba en la iglesia de los frailes predicadores y no pensaba en nada que pudiese producir en él un fervor tan extraordinario como el que sintió entonces. Según él mismo escribió, en aquel momento no estaba dispuesto para experimentar una devoción sensible. Pero, repentinamente, mientras estaba orando, se efectuó en su alma un cambio maravilloso, quedando envuelto en una oleada de fervor tan extraordinario que no recordaba haber sentido jamás nada semejante, lo que le hizo pensar de dónde podría venirle una gracia tan grande. Mientras estaba en estas reflexiones, una de las compañeras de Catalina fue por casualidad a hablarle, y le dijo: «Padre, a tal hora Catalina oró fervorosamente por usted». Entonces el confesor comprendió por qué a esa misma hora había él sentido un fervor semejante. Pidió entonces a la persona que le hablaba le informase más detenidamente y esta le dijo que en su oración hecha por él y por otras personas, Catalina había pedido a Dios la eterna salvación de las mismas y que su pedido fue tan insistente que terminó por extender la mano diciendo: «Prométeme, Señor, que se la concederás». Y mientras aún tenía la mano extendida dio muestras de experimentar un gran dolor que la obligó a exclamar dando un suspiro: «¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo!». Esta exclamación era frecuente en ella cuando experimentaba algún gran dolor.

Su confesor fue a visitarla y le pidió que le contase la visión que había tenido. Catalina se vio en la obligación de obedecer, y después de haber contado lo que se ha referido anteriormente, agregó: «Cuando rogué por la eterna salvación de usted, Dios me prometió, pero yo quería tener una señal de que había sido otorgada mi petición y entonces le dije: ‘-Señor, dame una señal de que lo harás’, y él me contestó: ‘-Extiende la mano’. Yo la extendí; él tomó un clavo y colocando la punta en el medio de mi mano, apretó con tanta fuerza, que me pareció sentir la mano traspasada; el dolor que experimenté fue, a mi parecer, tan grande como si me hubiesen clavado en la mano el clavo mediante un martillo. Desde ese momento, a Dios sean dadas gracias, tengo su sagrado estigma en mi mano derecha. Nadie lo ve, pero yo lo siento y me produce continuamente un gran dolor».

A continuación voy a referir algo que ocurrió mucho tiempo después en la ciudad de Pisa, y esto en mi presencia. Cuando Catalina fue a este lugar, la acompañaron varias personas, yo entre ellas. Ella recibió hospitalidad en la casa de un vecino del mismo situada cerca de la iglesita de Santa Cristina. Un domingo celebré yo allí la santa misa y le di la sagrada comunión. Catalina permaneció durante mucho tiempo en éxtasis, según solía; nosotros esperamos hasta que hubo recobrado el conocimiento con el fin de recibir de allá algún consuelo espiritual. De pronto vimos que su cuerpo que estaba postrado en el suelo, se elevaba un poco, se arrodillaba y extendía las manos y los brazos. Tenía el rostro encendido y permaneció mucho tiempo inmóvil y con los ojos cerrados. Luego, como si hubiese recibido una herida mortal, vimos que caía al suelo y adoptaba la postura que tenía antes, permaneciendo así hasta que recobró el uso de los sentidos.

Entonces me llamó y me dijo en voz baja: «-Padre, le anuncio que por la merced de Nuestro Señor, yo llevaré en mi cuerpo sus sagrados estigmas». Yo le contesté que sospechaba algo extraordinario después de haber visto lo que había ocurrido durante su éxtasis, y le pregunté qué le había hecho Nuestro Señor. «-Vi -me contestó ella- a nuestro Salvador crucificado que descendía sobre mí envuelto en una gran luz; el esfuerzo que hizo mi espíritu para ir a su encuentro fue lo que hizo que mi cuerpo se levantase del suelo. Luego, procedentes de las cinco aberturas de las heridas de Nuestro Señor vi que se dirigían hacia mí otros tantos rayos color de sangre, los cuales avanzaron hacia mis pies, mis manos y mi corazón. Yo comprendí el misterio y exclamé: -¡Ah! Señor, mi Dios, te ruego que estas cicatrices no aparezcan exteriormente en mi cuerpo. Mientras yo estaba hablando, los rayos sangrientos se hicieron brillantes, adquiriendo el aspecto de luz, llegando en esa forma hasta las mencionadas partes de mi cuerpo».

Entonces yo le pregunté: «-Y uno de esos rayos de luz ¿no llegó hasta su costado derecho?»». Ella me contestó: «-No; hasta el izquierdo y directamente encima de mi corazón. La línea luminosa que emanaba del costado derecho del Señor no llegó hasta mí de una manera oblicua sino directa». «-¿Siente usted -interrogué de nuevo- un dolor agudo en cada uno de esos lugares?»». Ella me contestó lanzando un profundo suspiro: «Siento en esos lugares y sobre todo en el corazón dolores tan violentos, que me parece no podría vivir en este estado a no ser por un nuevo milagro del Señor».

Estas palabras me llenaron de angustia y traté de ver si exteriormente se notaban en ella signos de estos dolores. Cuando Catalina hubo terminado de hacerme las confidencias anteriormente consignadas, salimos de la capilla con el fin de dirigirnos a la casa donde ella habitaba. Apenas llegamos se retiró a su habitación donde ella cayó sin sentido. Todos nos reunimos a su alrededor y viéndola en tal estado lloramos por miedo de perder a una persona a quien tanto amábamos en el Señor. Nosotros habíamos presenciado con frecuencia los éxtasis que la privaban del uso de los sentidos y que también pesaban sobre su cuerpo, pero jamás la habíamos visto sometida a una suspensión tan completa de sus fuerzas vitales.

Un poco después volvía en sí, y entonces me repitió estar segura de que si Dios no venía en su ayuda, moriría pronto. Yo reuní inmediatamente a sus hijos espirituales y les pedí con lágrimas que uniesen sus oraciones para que Dios nos conservase algún tiempo más a nuestra amada madre y maestra y que no nos dejase huérfanos en medio de las tempestades del mundo antes de encontrarnos bien fortalecidos por la virtud. Todos prometieron hacerlo; fueron adonde estaba ella y deshechos en lágrimas, le dijeron: «-Madre, nosotros sabemos que languideces por la presencia de tu esposo. Pero tu recompensa está asegurada. Ten compasión de nosotros, que somos todavía demasiado débiles para ser abandonados al furor de las olas. Sabemos que tu amado esposo nada niega al fervor de tus plegarias y te rogamos le pidas que no nos prive de tu presencia, porque podemos perdernos si cesas de conducirnos. Sabemos que no merecemos ser oídos, pero tú que tan ardientemente deseas nuestra salvación obtén para nosotros lo que nosotros no podemos obtener». Ella contestó a nuestras lágrimas y lamentaciones: «-Hace ya mucho tiempo que he renunciado a mi voluntad propia y que no quiero ni para mí ni para los demás sino lo que quiere Dios. Yo deseo con toda mi alma vuestra salvación, pero sé que Él que es la salvación puede asegurárosla mejor que ninguna criatura de este mundo. Por consiguiente, dejad que se cumpla su voluntad en esta como en todas las cosas. Sin embargo, le pediré que haga lo que mejor sea».

Al oír estas palabras quedamos sumidos en la más profunda aflicción, pero Dios Todopoderoso tuvo en cuenta nuestras lágrimas, pues al día siguiente Catalina me hizo llamar para decirme «-Parece que el Señor está dispuesto a atender vuestro pedido».

Todo ocurrió como ella había dicho. Al día siguiente, que era domingo, después de haber recibido la sagrada comunión, Catalina cayó en éxtasis lo mismo que el domingo anterior, pero su cuerpo, en lugar de parecer deprimido bajo la acción divina, dio muestras de recuperar nuevo vigor. Sus compañeras quedaron asombradas al ver que no sufría tanto como en los otros éxtasis; todo lo contrario; pareció revivir y recobrar las energías perdidas. Entonces les dije que esperaba de acuerdo con la promesa hecha el día anterior por la Santa, que nuestras oraciones para que Dios la conservase entre nosotros hubiesen sido escuchadas por el Señor. Ella ardía en deseos de reunirse con su esposo, pero era necesario que volviese sobre sus pasos a fin de no abandonarnos a nosotros en nuestra miseria.

En efecto, cuando Catalina se recobró de su éxtasis, estaba tan fuerte que ninguno de nosotros dudó de que nuestras oraciones habían sido escuchadas favorablemente.

¡Oh, padre de las mercedes! ¡Qué no harías Tú por tu fiel servidora y por tus amados hijos si tan compasivamente te conduces con aquellos que te han ofendido! Y para estar más seguro de que no eran vanas nuestras conjeturas, le dije: «-Madre, ¿continúas sufriendo los mismos dolores en las heridas que recibiste?». Entonces ella me contestó «-El Señor ha oído vuestras plegarias con gran sentimiento de mi alma. No solamente no me causan dolor mis heridas, sino que me sostienen y fortifican. Siento que lo que antes me debilitaba, ahora me da fuerzas».

He referido esto con tantos detalles para relacionarlo con otros favores celestiales recibidos por esta santa alma y agregó que los pecadores que oran por su salvación son escuchados por Aquel que desea en su amor la salvación del mundo entero.

Si fuese a dar cuenta de todos los éxtasis de Catalina, el tiempo me faltaría antes que los materiales. Por consiguiente paso por alto la mayoría de ellos para referir solamente uno de ellos que por las circunstancias en que tuvo lugar sobrepasa a todos los demás, y con el cual daré fin a este capítulo. Existen cuatro libros escritos por Fray Tomás el confesor de la santa, enteramente llenos con sus admirables visiones y con las revelaciones más sublimes. Unas veces Nuestro Señor introducía el alma de Catalina en la herida de su costado y la iniciaba en los misterios de la adorable Trinidad; otras, su gloriosa Madre le daba a beber de su pecho virginal inundándola de inefables delicias; en ocasiones, María Magdalena venía a conversar familiarmente con ella y le refería las divinas comunicaciones que recibió por siete veces en el desierto. En más de una oportunidad vinieron los tres juntos a visitarla impartiendo a su alma inexpresable consuelo. También la tuvieron muy en cuenta otros santos, en particular San Pablo, cuyo nombre nunca oía ella pronunciar sin evidente agrado. Otras, era San Juan el Evangelista, a veces Santo Domingo, con frecuencia Santo Tomás de Aquino y más aun Santa Inés de Monte Pulciano, cuya vida escribí yo hace veinticinco años. Se le había revelado a Catalina que esta santa sería su compañera en el Paraíso, como a continuación veremos.

Catalina tuvo un éxtasis el día de la Conversión de esta bienaventurada, y su espíritu se absorbió tanto en la contemplación de las cosas celestiales que su cuerpo permaneció insensible durante tres días y tres noches. Las personas que estaban presentes creyeron que estaba muerta o a punto de morir, mientras que otras, mejor informadas, creyeron que había sido llevada al tercer cielo, como el apóstol San Pablo. Cuando el éxtasis hubo terminado, su alma quedó tan llena con el recuerdo de lo que había visto, que retornó con dificultad a las



cosas de la tierra y permaneció sumida en una especie de sopor o ebriedad de la que le era difícil salir.

Mientras tanto, Fray Tomás, su confesor, y Fray Donato de Florencia habían resuelto hacer una visita a cierto venerable monje de la orden de los Ermitaños, el cual residía en el campo. Primero fueron a ver a Catalina, la cual se encontraba todavía en la mencionada somnolencia y embriagada con el espíritu de Dios. Para despertarla le dijeron: «-Vamos a visitar al ermitaño que vive en estos alrededores, ¿quieres acompañarnos?». Catalina, a quien gustaban estas peregrinaciones, dijo que sí, pero apenas había pronunciado esta palabra, se arrepintió de ella, como si hubiese dicho una mentira. El dolor que experimentó entonces le devolvió por completo el uso de los sentidos y estuvo llorando esta falta tantos días y noches como había permanecido en éxtasis. «-¡Oh, la más malvada y culpable de las mujeres! -se dijo a sí misma-. ¿Es así como agradeces las gracias que Dios en su infinita bondad te ha concedido? ¿Es así como aprovechas las verdades que has aprendido del Cielo? ¿Recibes las sublimes enseñanzas celestiales para mentir cuando vuelves a la tierra? Tú sabías muy bien que no tenías intención de acompañar a esos religiosos y sin embargo les contestaste que sí. Has dicho una falsedad a tu confesor y a tus hermanos en el Señor, lo que todavía agrava tu pecado. Catalina permaneció sin comer ni beber todo el tiempo que duró el éxtasis.

Permítame el lector que haga resaltar aquí «cuán admirables son los caminos del Señor y cuán dignos son de alabanza». Con el fin de que la sublimidad de sus revelaciones no la indujesen a caer en un pensamiento de orgullo, Dios permitió que Catalina tropezase en esta ligera mentira, que en realidad no lo fue pues no tuvo intención de engañar. La humillación que esto le produjo le sirvió para que fuese más vigilante con el tesoro que se le había confiado y que su cuerpo, que por decirlo de alguna manera, había sido oprimido por la inteligencia, fuese restaurado a su modo de ser natural a causa del abatimiento en que cayó el alma. Aunque la alegría del espíritu se hace sensible también en el cuerpo a causa de la íntima unión existente entre ambos, las delicias del tercer cielo, esto es, la contemplación de la divinidad, priva al cuerpo de su vida propia y es necesario un nuevo milagro para preservarlo de la muerte. Es cierto que el acto de entender no exige otro esfuerzo por parte del cuerpo que la representación de un objeto inmaterial; pero este objeto se presenta a la mente de una manera sobrenatural mediante el esfuerzo omnipotente de la gracia y su comprensión llega a la plenitud con un deseo tan grande de unirse a Dios que el alma abandona el cuerpo al que hasta ese instante ha estado adherida. A veces el Dispensador de todo bien eleva la inteligencia que ha creado mostrándole su luz; otras la humilla permitiéndole alguna pequeña caída para ponerle de manifiesto la grandeza del Omnipotente y su propia pequeñez. Así la sostiene en un feliz término medio que la conduce a través de las tormentas de este mundo hasta el puerto bendito de la eternidad, porque «la virtud se perfecciona con la debilidad» (1 COR., XV, 9); y también: *Ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae* (1 COR., XVI, 7).

Volviendo a nuestro asunto, Catalina no reveló jamás a nadie, ni siquiera a su confesor, como era corriente en ella, lo que vio en este éxtasis porque según ella me dijo después a mí, no encontraba expresiones adecuadas para dar a conocer cosas que, según San Pablo, no le es permitido al hombre contar, pero el fervor de su corazón, la continuidad de sus plegarias, la eficiencia de sus enseñanzas probaron con harta evidencia que había contemplado secretos celestiales que nadie podría comprender sin verlos.

Por esa misma época dijo a su confesor, quien lo consignó por escrito, que se le había aparecido el apóstol San Pablo para recomendarle que se aplicase cuanto le fuese posible a la meditación. En la víspera de la festividad de Santo Domingo, mientras se encontraba orando

en la iglesia, recibió grandes revelaciones referentes a Santo Domingo y a algunos santos de su Orden. Estas revelaciones o visiones fueron tan nítidas que todavía pensaba estar viéndolas cuando se las relató a su confesor. Ese día, a la hora de vísperas, mientras estaba la Santa recibiendo esas revelaciones, Fray Bartolomé de Santo Domingo, natural de Sena, entró por casualidad en la iglesia. Actualmente es doctor en Teología y entonces era amigo del confesor de Catalina; esta tenía mucha confianza en él y lo llamaba para que la confesase cuando estaba ausente el otro. Pues bien, ella tuvo noticia de su llegada a la iglesia más por un acto de la mente que por haberlo percibido con los sentidos corporales, e inmediatamente fue adonde estaba y le dijo que tenía algunas cosas que manifestarle. Una vez que ambos estuvieron en un lugar apartado, Catalina le relató lo que Dios le había comunicado con respecto a Santo Domingo. -En este momento -le dijo- estoy viendo a Santo Domingo más clara y distintamente que le veo a usted.

Mientras estaba conversando acerca de este asunto, un hermano de Catalina que también se llamaba Bartolomé, acertó a pasar por allí; el ruido que hizo al pasar atrajo un instante la atención de la Santa, quien apenas volvió los ojos, pero lo suficiente para reconocerlo. Inmediatamente volvió a tomar su posición anterior, pero los sollozos la impidieron seguir hablando.

El religioso esperó algún tiempo, pero al ver que permanecía callada, insistió para que prosiguiese. Al cabo de un intervalo incómodo, Catalina prorrumpió en estas entrecortadas frases: «-¡Ay! ¡Qué malvada soy! ¿Quién tomará venganza en mí por mis iniquidades? ¿Quién me castigará por mis enormes pecados?». Y como Fray Bartolomé le preguntase qué pecados eran esos, ella contestó: «-¿No lo ha visto usted? En el momento en que Dios me mostraba sus maravillas, yo volví la cabeza para mirar a una persona que pasaba. -Pero -dijo el religioso- fue por tan poco tiempo que yo apenas me di cuenta de ello. -Si usted supiese -replicó Catalina- los reproches que me ha hecho la Santísima Virgen, me ayudaría a llorar mi falta». Ya no habló más de sus visiones; lloró hasta que se confesó y cuando se retiró a su casa todavía estaba llorando.

San Pablo se le apareció después, según manifestó ella a su confesor, y la reprendió con severidad por haber vuelto la cabeza. Después declaró que prefería ser confundida delante del mundo entero a experimentar de nuevo la vergüenza que le produjo la reprensión de San Pablo. Ella misma dijo a su confesor a este respecto: «-Imaginemos lo que será sufrir los reproches del Salvador en el día del Juicio Final si la desaprobación del Santo Apóstol me produjo una vergüenza tan grande». Agregó que habría muerto entonces de vergüenza si en el mismo instante en que recibía el reproche de San Pablo no hubiese visto un corderito que irradiaba una luz suavísima. Esta imperfección permitida por Dios sirvió para hacerla más humilde y más prudente para conservar las gracias que le otorgaba continuamente el Señor. He citado estos dos hechos antes de dar fin al presente capítulo porque creo que son muy a propósito para enseñar la humildad tanto a los perfectos como a los imperfectos.

Santo Domingo me llamó para que ingresase en su orden de una manera milagrosa. Reconozco que no era digno de ello; pero sería un hijo ingrato si dejase pasar en silencio un hecho que redunda en la gloria de mi bendito padre y de aquí que trate de relatar la revelación que tuvo Catalina con respecto a él. Fray Bartolomé, de que acabo de hablar y que actualmente está conmigo me lo ha referido exactamente como ella me lo contó el mismo día en que tuvo lugar.

Catalina me aseguró que había visto al Padre Eterno produciendo de su boca a su hijo coeterno tal como fue cuando se revistió con la naturaleza humana. Y mientras ella estaba

contemplando esto, vio al bienaventurado patriarca saliendo del pecho del Padre todo resplandeciente y al mismo tiempo oyó la voz del Señor que le decía: «-Mi hija amada, yo he producido a estos dos hijos, al uno por naturaleza y al otro por dulce y tierna adopción». Y como Catalina quedase asombrada ante una comparación tan elevada que igualaba en cierta forma a un simple santo con Jesucristo, el que había proferido tan sorprendentes palabras, se las explicó agregando: «-Mi HIJO, engendrado por naturaleza desde toda la eternidad, cuando asumió la humana naturaleza me obedeció en todas las cosas *perfectamente* hasta la muerte. Domingo, mi hijo por adopción, desde su nacimiento hasta el último instante de su vida siguió mi voluntad en todas las cosas. Jamás transgredió uno solo de mis mandamientos, nunca perdió la virginidad tanto de cuerpo como de alma y siempre perseveró en la gracia recibida en el bautismo. Mi HIJO por naturaleza, que es el VERBO eterno salido de mi boca, predicó públicamente al mundo entero lo que yo le encargué que dijese y dio testimonio de la verdad, como él mismo dijo delante de Pilato. Mi hijo por adopción Domingo también predicó delante del mundo la verdad de mis palabras; habló tanto a los herejes como a los católicos no solamente por sí mismo sino por intermedio de otros. Su predicación continúa en sus sucesores; él todavía predica y predicará siempre. Mi HIJO por naturaleza envió a sus discípulos; mi hijo por adopción envió a sus religiosos. Mi HIJO por naturaleza es mi VERBO; mi hijo por adopción es el heraldo, el ministro de mi VERBO. Por consiguiente yo le he dado una comprensión particular de mis palabras, comprensión que él ha comunicado a sus religiosos. Mi HIJO por naturaleza lo hizo todo con el fin de propender con su ejemplo y sus enseñanzas a la salvación de las almas; Domingo, mi hijo por adopción puso todo su empeño en arrancar a las almas del vicio y del error. La salvación del prójimo fue su primordial pensamiento al fundar su orden. De aquí el que yo le haya comparado con mi HIJO natural, cuya vida él imitó, y tú bien puedes ver que hasta su cuerpo se parece al sagrado CUERPO de mi divino HIJO».

Pasemos ahora a la visión con que pienso dar fin a este capítulo.

La superabundancia de gracias y revelaciones que llenaron por esta época el alma de Catalina fue tal que el exceso de su amor puso a su alma en un estado de extraordinaria languidez. Tal estado aumentó hasta el extremo de no poder levantarse del lecho; su enfermedad no era otra cosa que el exceso de amor hacia su sagrado esposo a quien ella continuamente llamaba como si se encontrase a su lado pronunciando palabras dulcísimas reveladoras de entrañable amor. Y el esposo que había despertado en ella tal fervor amoroso la visitaba frecuentemente para inflamarla más y más. Catalina toda encendida en santos deseos le decía: «-¡Oh! ¿Por qué, por qué, mi amado Dueño, me priva este cuerpo miserable de tu abrazo celestial? ¡Ay! En esta miserable vida nada puede darme placer. Yo sólo te busco a ti, porque si amo algo que tú no seas, lo hago únicamente por ti. Te ruego no permitas que este cuerpo miserable siga siendo un obstáculo para mi felicidad. ¡Oh, el mejor de los dueños, arranca a mi alma de esta prisión, líbrame de este cuerpo de muerte!».

Y el Señor contestaba a estas palabras que eran entrecortadas por sollozos: «-Hija amada, cuando yo viví entre los hombres, no cumplí mi voluntad sino la de mi Padre; mis discípulos han dado testimonio de esto. Yo deseaba ansiosamente tomar con ellos mi última cena y, sin embargo, esperé con paciencia el momento señalado por mi padre. Por consiguiente, a pesar de los grandes deseos que tienes de estar completamente unida a mí, debes esperar mi hora con resignación». Y Catalina contestó: «-Puesto que Tú no quieres darme tu consentimiento, hágase tu santa voluntad; pero dignate, Señor, te lo pido ardientemente, escuchar esa plegaria: cualquiera que sea la duración que fijes a mi existencia, concédeme que participe en los sufrimientos que Tú tuviste hasta la muerte. Si no puedo estar unida a Ti en el cielo, permíteme que lo esté en tu Pasión sobre la tierra».

Dios aceptó esta plegaria y lo que Catalina pidió le fue concedido liberalmente, porque empezó a sufrir cada día más -según ella misma me lo confesó-, tanto en el alma como en el cuerpo, experimentando todos los dolores que Nuestro Señor sufrió sobre la tierra durante su vida. Y para que esto sea mejor comprendido, voy a repetir lo que la santa me dijo a este respecto.

Catalina conversaba frecuentemente conmigo acerca de los dolores de Nuestro Señor y me aseguró que desde el mismo instante en que Jesús fue concebido, siempre llevó la Cruz sobre sus hombros -espiritualmente, se entiende-, a causa de los grandes deseos que tenía de la salvación de las almas. Debió pues haber sufrido cruelmente hasta que mediante su Pasión restableció el honor de Dios y la felicidad del género humano. Y este tormento de deseo es tan grande que quienes lo han experimentado afirman que constituye la más pesada de las cruces.

También me dio una explicación de las palabras de Jesús en el jardín de los Olivos, que no he encontrado en ningún autor. Me dijo que las palabras: «Padre mío, si es posible no me hagas beber este cáliz» (MAT. XXVI, 39), no deben entenderse en el sentido de que el Salvador pidiese que le fuese evitada la Pasión. Él había bebido ya el cáliz desde antes de haber nacido y a medida que la hora se acercaba de beberlo en la realidad, gustaba más intensamente ese cáliz de deseo por la salvación de las almas, que animaba todas sus acciones. Lo que entonces pidió más bien fue el cumplimiento de lo que tan ardientemente había deseado, el relleno hasta los bordes de aquella copa cuya amargura durante tanto tiempo había gustado. Estaba tan lejos de sentirse temeroso de su pasión y muerte, que por el contrario deseaba se adelantase el momento, como claramente lo expresó al dirigirse a Judas diciendo: «*Lo que haces, hazlo pronto*» (S. JUAN, XIII, 27). Pero aunque este cáliz de deseo era el más doloroso para beber, agregó con filial obediencia: «*No se haga mi voluntad sino la tuya*». Así se ofreció a sufrir todas las dilaciones que pluguiese a Dios poner a su Pasión.

Yo observé que por regla general los doctores de la Iglesia interpretaban este pasaje de otra manera y que de acuerdo con ellos, el Salvador pronunció estas palabras como hombre, porque naturalmente temía la muerte, y como cabeza de los elegidos entre los cuales los hay fuertes y los hay también débiles y para alentar precisamente a estos últimos presentándoles el ejemplo del mismo Salvador.

Catalina me contestó: «-Los actos de Nuestro Señor son tan fructíferos en enseñanzas que, meditándolos cuidadosamente, cada uno extrae de ellos el alimento que más le conviene para la salvación de su alma. El débil puede sacar consuelo en la plegaria de nuestro Salvador; pero el fuerte que se encuentra más próximo a la perfección debiera derivar aliento y esto sería imposible sin la explicación que acabo de darle. Es muy conveniente que las palabras del Señor admitan diferentes interpretaciones, pues así cada persona puede adoptar la que esté más de acuerdo con sus necesidades espirituales». Yo guardé silencio limitándome a admirar la gracia y la sabiduría que Catalina había recibido del Señor.

Encuentro también otra explicación de las mencionadas palabras en los manuscritos de Fray Tomás, el primer confesor de la Santa. Esta le manifestó durante uno de sus éxtasis que la causa de la tristeza del Salvador y de su sudor de sangre en el huerto de los Olivos fue su previsión de que muchas almas no alcanzarían a gozar de los frutos de su Pasión. Pero, como amante de la justicia, agregó: -*No se haga mi voluntad sino la tuya*. Sin esto, agregó ella, todos los hombres se salvarían, puesto que es imposible que la voluntad del Hijo de Dios deje de cumplirse. Esto está de acuerdo con lo que dice el Apóstol a los hebreos: *Exauditus est pro sua reverentia*. (HEB. v. 7.) Los doctores aplican este pasaje a la oración en el huerto de los Olivos.

También me dijo a mí a este propósito que los dolores que sufrió el Hijo de Dios en su cuerpo fueron tan grandes que habría bastado para producir la muerte mil veces a cualquiera otro que los hubiese soportado. Siendo infinito el amor del Salvador, los dolores que este amor le indujo a sufrir fueron también infinitos y superiores a cuantos la naturaleza humana y la maldad de los hombres pudieron haberle ocasionado. Las espinas de la corona burlesca le penetraron hasta el cerebro; todos sus miembros fueron desarticulados (PS. XXI, 18). Y sin embargo, tan grande fue su amor que no solamente soportó esos dolores sino que se buscó otros más terribles con el fin de manifestarse de una manera más perfecta. Sí; este fue uno de los motivos principales de su Pasión: deseaba mostrarnos lo infinito de su amor y no pudo hacerlo de una manera más eficiente. El amor y no los clavos lo sujetaron a la Cruz; el amor triunfó; no los hombres. ¿Cómo pudieron estos haber sido los amos si había bastado una sola palabra suya para hacerlos rodar por tierra?

Catalina dio admirables explicaciones con respecto a la Pasión del Redentor. Decía que ella misma había sufrido en su cuerpo una parte de los dolores del Señor, pero que le hubiera sido imposible soportarlos por completo. El mayor tormento que Jesús sufrió en la cruz fue la dislocación de los huesos del pecho. Ella lo creía así porque las demás torturas que sufrió a imitación de las del Salvador fueron transitorias y sólo esta permanente. Los dolores que ella sufría diariamente en la cabeza y en el costado eran considerables, pero los del pecho resultaban superiores a todos los demás, lo que es fácil de creer a causa de la proximidad del corazón. Los huesos que están dispuestos en esa porción del cuerpo humano para proteger el corazón y los pulmones no pueden ser desplazados sin lesionar los importantes órganos que contienen y este desplazamiento necesariamente debe producir la muerte a no ser que intervenga un milagro. Catalina sufrió esta tortura durante varios días; sus energías corporales quedaron debilitadas pero el ardor de su amor aumentó. Así experimentó de una manera sensible cuán hondamente la había amado Nuestro Señor, a ella y a la humanidad entera, sometiéndose a tan dolorosa pasión. Esto produjo en Catalina un amor tan vehemente que su corazón quedó literalmente roto y los lazos que la ataban a la vida destruidos de una manera sobrenatural.

Quienes lean estas páginas podrán dudar si semejante muerte tuvo lugar en efecto, pero quienes así piensen deben tener en cuenta que ocurrió en presencia de varios testigos que así me lo han asegurado. Yo también dudé y fui a ver a Catalina a quien dije que me manifestase toda la verdad. Entonces ella rompió en suspiros y sollozos y después de haberme hecho esperar durante largo tiempo la contestación, me dijo al fin: -Padre, ¿no compadecería usted a un alma que después de haber sido liberada de una oscura prisión y haber gozado de una claridad extraordinaria, fuese nuevamente arrojada dentro de las tinieblas? Esta desdicha me ha ocurrido a mí; la Divina Providencia lo ha querido así por causa de mis pecados.

Estas palabras despertaron en mí el deseo de conocer detalles acerca de lo ocurrido e insistí: «-Madre, ¿es cierto entonces que su alma ha estado separada del cuerpo?». «-Sí -me contestó-. El ardor de amor divino era tan fuerte, los deseos que sentía de estar unida a mi amado eran tan intensos que ningún corazón, así fuera de piedra o de hierro, podría haberlo resistido; nada entre lo creado es suficientemente poderoso para resistir semejante fuerza. El corazón que anima este miserable cuerpo fue destrozado por la caridad. Yo siento el lugar donde quedó dividido. A consecuencia de ello, mi alma abandonó mi cuerpo y he visto secretos de Dios que soy incapaz de decir sobre la tierra porque la memoria es demasiado débil y el lenguaje demasiado pobre para abordar en forma adecuada semejante tema. Sería dar arcilla en lugar de oro. Cuando oigo hablar de esto me acomete indecible pena al pensar que he podido descender de tales alturas para caer de nuevo en las miserias del mundo y sólo tengo lágrimas y sollozos con qué expresar lo intenso de mi angustia».

Deseoso de tener un conocimiento más profundo de lo que había ocurrido, le dije: «-Madre, puesto que usted me ha confiado ya otros secretos suyos, le ruego encarecidamente me haga una descripción detallada de este hecho maravilloso». «-He sido favorecida -me contestó- con muchas visiones espirituales y corporales; he recibido inefables consolaciones de Nuestro Señor, y la violencia del amor puro me ha debilitado en tal forma que me he visto obligada a guardar cama. Rogué incesantemente a Dios que me librase de este cuerpo mortal con el fin de unirme a él para siempre; pero no he obtenido esta gracia, aunque se me concedió participar, en cuanto a un ser humano es posible, en los dolores de la Pasión».

Entonces me contó lo que antes he referido concerniente a los sufrimientos de Nuestro Señor y agregó: «-Esta parte de sus dolores que se dignó comunicarme me sirve para conocer de una manera más perfecta el amor del Creador; el mío ha aumentado en forma tal que he caído en un estado de languidez muy grande, y mi alma no alimenta otro deseo que el de abandonar el cuerpo. ¿Cómo podría describirle esto? Mi Salvador fomenta cada día más el fuego que ha encendido; mi corazón de carne se debilita y el amor se hace más grande que la muerte. Sí, mi corazón quedó destrozado; mi espíritu cautivo rompió sus ligaduras, pero ¡ay!, ¡fue por tan poco tiempo!

»-Madre -insistí yo- ¿cuánto tiempo estuvo su alma separada del cuerpo?

»-Las personas que vieron mi muerte -contestó ella- dicen que estuve cuatro horas sin volver a la vida. Gran número de personas vinieron a dar el pésame a mi madre y demás familia; pero mi alma había entrado ya en la eternidad y carecía de la noción del tiempo.

»-¿Qué vio usted, madre, durante ese tiempo y por qué retornó su alma al cuerpo? -le pregunté de nuevo-. Le pido encarecidamente que no me oculte nada.

»-Sepa, Padre -me contestó-, que mi alma penetró en un mundo desconocido y vio el premio de los justos y el castigo de los pecadores. Pero aquí me falla la memoria y la pobreza del lenguaje me impide hacer una descripción adecuada de esas cosas. Sin embargo le diré lo que pueda. Tenga la seguridad de que vi la ESENCIA divina y por eso sufro tanto al verme de nuevo encadenada al cuerpo. Si no me lo impidiese el amor a Dios y al prójimo, moriría de dolor. Mi gran consuelo está en sufrir porque tengo la seguridad de que mis sufrimientos me permitirán una visión más perfecta de Dios. De aquí el que las tribulaciones, en lugar de resultarme penosas, constituyen para mí una delicia. Vi los tormentos del infierno y los del purgatorio; no existen palabras con que describirlos. Si los pobres mortales tuvieran la más ligera idea de ellos, sufrirían mil muertes antes que exponerse a experimentar uno de esos tormentos por espacio de un solo día. Vi en particular los tormentos que sufren aquellos que pecan en el estado del matrimonio no observando las normas que él impone y buscando en él únicamente los placeres sensuales». Y como yo le preguntase por qué este pecado, que no es en sí peor que los demás, recibe tan duro castigo, me dijo: «-Porque se le presta poca atención y por consiguiente produce menos contrición y se comete con mayor facilidad. Nada hay tan peligroso como una falta, por pequeña que sea, cuando quien la comete no la purifica cuidadosamente con las aguas de la penitencia».

Catalina prosiguió después con lo que había comenzado. «Mientras mi alma contemplaba estas cosas, mi esposo celestial me dijo: ‘-Ves la gloria que pierden y los tormentos que sufren quienes me ofenden. Vuelve por consiguiente a la vida y muéstrales lo extraviados que están y el terrible peligro que los amenaza’. Y como mi alma se mostrase horrorizada ante el pensamiento de retornar al mundo, el Señor agregó: ‘-Lo exige así la salvación de muchas

almas; en lo sucesivo ya no vivirás como antes. Abandonarás tu celda y continuamente irás de un lado a otro a través de la ciudad a fin de salvar muchas almas. Yo cuidaré de ti; te traeré y te llevaré; te confiaré el honor de mi SANTO NOMBRE y tu enseñarás mi doctrina a altos y a bajos, a legos, a sacerdotes y monjes; te daré un don de palabra y de sabiduría al que nadie podrá resistir. Te pondré en presencia de los Pontífices y de los gobernantes, tanto de la Iglesia como del pueblo para confundir así la arrogancia de los poderosos'. Mientras Dios se dirigía de esta manera a mi alma, me encontré de pronto, sin poder explicarme cómo, unida al cuerpo. Entonces me acometió una gran pena y vertí copiosas lágrimas durante tres días y tres noches; siempre que recuerdo esto no puedo reprimir los deseos de llorar, y, Padre, no se admire de esto: ¿puedo acaso evitar que mi corazón se sienta destrozado al recordar la gloria que llegué a poseer y de que ahora me siento privada? La salvación de mi prójimo es la causa de esto; si yo amo tan ardientemente a las almas cuya conversión ha puesto el Señor en mis manos, es porque me han costado muy caro. Me han separado de Dios; me han privado del goce de su gloria por un tiempo que todavía me es desconocido».

Una vez que Dios me hubo concedido la gracia de escuchar estas cosas, me he preguntado si no sería mi deber el publicarlas en una época en que el egoísmo hace a los hombres tan ciegos y tan incrédulos. Mis hermanos y hermanas en el Señor se opusieron a que las publicase en vida de Catalina. Pero ahora que ella se ha ido a la mansión de los bienaventurados, me creo obligado a hablar con el fin de que tan gran milagro no deje de ser conocido por mi culpa. Las siguientes circunstancias dan toda la autenticidad posible al hecho.

Al aproximarse la muerte de Catalina, las dos mujeres que se encontraban con ella y que eran sus hijas en el Señor, hicieron llamar a Fray Tomás, su confesor, para que la asistiese en su agonía. Este se apresuró a acudir sin pérdida de tiempo acompañado por otro religioso llamado Fray Tomás Antonio y ambos comenzaron con lágrimas a recitar las plegarias de ritual. Cuando se extendió la noticia, otro religioso, Fray Antonio Bartolé de Montucio, fue también juntamente con un hermano lego llamado Juan, natural de Siena, y que en la actualidad se encuentra en Roma. Los cuatro religiosos, todos los cuales viven todavía, lloraron y oraron al lado de la agonizante.

En el momento en que Catalina lanzó su postrer suspiro, el hermano Juan experimentó un dolor tan grande, que la fuerza de sus sollozos y suspiros le produjeron la rotura de una vena del pecho, siendo atacado por una tos tan intensa que todos los presentes temieron por su vida. Este espectáculo aumentó la angustia de los presentes y los que lloraban la muerte de Catalina tuvieron entonces otro motivo de duelo a causa del estado gravísimo en que se encontraba el pobre hermano lego.

Al ver esto, Fray Tomas, el confesor de Catalina, animado por una fe intensa, dijo al hermano Juan: -«Yo sé cuánta influencia tiene ante Dios esta santa mujer. Toma una de sus manos y ponla en el lugar donde sientes ese dolor tan intenso e inmediatamente sanarás».

El hermano Juan hizo lo que se le decía ante los ojos de todos los presentes y en el mismo instante quedó completamente curado y como si no hubiese sufrido el menor accidente. El hermano Juan ha referido este incidente a cuantos han querido oírlo y también lo ha afirmado bajo juramento.

Además de los hermanos a quienes acabo de citar fueron también testigos del hecho, su compañera e hija espiritual Alesia, quien ahora vive con ella en la mansión de los bienaventurados. Casi todos los vecinos vieron a Catalina muerta así como numerosas otras

personas que acudieron, como es costumbre en tales casos cuando se esparció la nueva de su fallecimiento. Con respecto a la elevación de su cuerpo, descripta al principio de este capítulo, fueron testigos de ella varias hermanas de Penitencia de Santo Domingo, entre los que citaré a Catalina, hija de Guetto de Siena, que fue durante mucho tiempo su inseparable compañera.

## Capítulo VI

*De los milagros obrados por intercesión de Catalina para promover la salvación de las almas.*

Si quisiese referir todos los milagros realizados por Dios mediante la intercesión de Catalina para la salvación de las almas, necesitaría varios volúmenes para hacerlo. En vista de la imposibilidad de incluirlos aquí todos, relataré solamente algunos de los más notables siguiendo el orden cronológico. Estos milagros, especialmente los que se refieren a las almas, han sido ignorados por los hombres y no tienen otra prueba que la confianza puesta por la Santa en mí y en otras personas, pero esto no impedirá que los crean las almas piadosas.

Jácomo, el padre de Catalina, estaba convencido de la santidad de su hija y sentía hacia ella una respetuosa ternura; había ordenado a los miembros de su familia que no la contradijesen en nada y que la dejaran obrar de acuerdo con sus deseos. Como el mutuo cariño entre padre e hija se hiciese cada día más intenso, Catalina oraba incesantemente por la salvación de su padre mientras que este experimentaba cada vez mayor complacencia al ver la creciente santidad de su hija, por cuyos méritos esperaba obtener de Nuestro Señor la gracia de la salvación eterna.

Llegó para Jácomo la hora de la muerte y cayó en cama gravemente enfermo. Catalina pidió entonces a su divino esposo que devolviese la salud a la persona a quien ella tan tiernamente amaba, y el Señor le contestó que su padre moriría de esa enfermedad, pues no le convenía seguir viviendo. Al saber esto, Catalina volvió a la cabecera del lecho donde yacía su querido enfermo y lo encontró tan dispuesto a dejar este mundo que ella dio gracias a Dios con todo el fervor de su alma.

Pero su amor filial no quedó satisfecho aún; quería obtener de la Fuente de toda Gracia no sólo el perdón de todos los pecados de su padre, sino que en la hora de la muerte su alma fuese llevada a la gloria sin haber pasado por las penas del purgatorio. A este pedido se le contestó que la justicia no podía perder sus derechos y que aquella alma debía estar completamente purificada antes de entrar en el cielo. «-Tu padre -le dijo el Señor- ha vivido bien en su estado conyugal, ha hecho muchas cosas aceptables ante mí y estoy particularmente complacido por su manera de conducirse contigo; pero la justicia exige que su alma pase por el fuego para purificarse de las manchas que ha contraído en el mundo.

»-¡Oh, amantísimo Salvador! -contestó Catalina- ¿cómo podré yo resistir el pensamiento de que aquel a quien me diste como padre, que me alimentó y cuidó con tanto cariño, que fue siempre tan bueno conmigo, tenga que sufrir el tormento de las crueles llamas? Te pido encarecidamente que no permitas que su alma abandone el cuerpo antes que de una manera u otra esté completamente purificada sin necesidad de pasar por el fuego del purgatorio».



Dios en su inefable piedad accedió a este ruego. Las fuerzas de Jácomo estaban ya agotadas, pero su alma no pudo abandonar el cuerpo mientras duró este conflicto entre Catalina y nuestro Redentor; el Señor alegando los fueros de la justicia y Catalina invocando la grandeza de su misericordia. Por fin Catalina dijo: «-Señor, si no puedo obtener esta gracia sin satisfacer tu justicia, haz que esta se ejerza sobre mí; yo estoy dispuesta a sufrir por mi padre cualquier cosa que tu bondad me envíe». Nuestro Señor accedió por fin. «Acepto tu propuesta -dijo a Catalina- y eximo a tu padre de toda pena expiatoria, pero durante el resto de tu vida sufrirás tú un dolor que te enviaré».

Catalina dio gracias al Señor y corrió al lado del lecho donde su padre se encontraba en la agonía y dándole la seguridad de que Dios le había otorgado la gracia de su salvación eterna, no se apartó de allí hasta que Jácomo expiró.

Lo que acabo de relatar lo supe por boca de la misma Santa, cuando al compadecerla un día por los intensos dolores que sufría, le pregunté la causa. Se me olvidaba decir que en el instante en que su padre lanzó el último suspiro, Catalina exclamó con la sonrisa en los labios: «-¡Bendito sea el Señor, padre! ¡Cuán dichosa sería yo si me encontrase donde tú estás!».

Durante los funerales, mientras muchos de los presentes derramaban lágrimas de sentimiento, Catalina permaneció con el rostro alegre y lleno de satisfacción. Tuvo palabras de consuelo para su madre y se condujo como si el muerto fuese un extraño para ella. Todo porque sabía que el alma del ser querido había escapado de la prisión del cuerpo y disfrutaba ahora de la celestial bienaventuranza.

Admiramos aquí la sabiduría de la Divina Providencia. El alma de Jácomo pudo haber sido purificada de otra manera y admitida directamente en la gloria, como lo fue la del Buen Ladrón que murió en el Calvario después de haber confesado a Jesús en la cruz; pero Dios quiso que Catalina le hiciese aquella propuesta para aumentar sus merecimientos.

Después de haber referido lo que hizo la Santa en favor de un hombre justo, veamos lo que realizó por un pecador. Vivía en Siena por el año 1370 un hombre llamado Andrés de Naddino, rico en bienes percederos pero pobre en cuanto se refiere a la riqueza del espíritu que es la única verdadera. Sin que le sirviese de freno el amor hacia Dios ni el temor a sus castigos, vivía encenagado en vicios de toda clase. El juego era su pasión predominante, a la que agregaba el hábito de blasfemar horriblemente.

En el mes de diciembre del citado año y cuando él contaba cuarenta de edad, fue atacado por una grave dolencia; los médicos lo desahucieron y la muerte tanto del cuerpo como del alma le amenazaba inexorable. Fue a visitarle el cura de la parroquia con el fin de prepararlo para el último trance, pero el hombre que jamás había puesto los pies en la iglesia, ni respetaba a los sacerdotes, despidió con malas palabras al sacerdote. Su esposa y sus hijos que deseaban ardientemente la salvación de su alma, invitaron a algunas personas piadosas para que intentasen vencer la resistencia del enfermo. Pero todo fue inútil; ni la esperanza en la misericordia divina, ni el temor de las llamas eternas lograron ablandar su obstinación. El cura estaba afligidísimo; retornó a la casa del enfermo al día siguiente, pero el desdichado pecador se negó a recibirlo. Había caído en la impenitencia final y cometido el pecado contra el Espíritu Santo al desconfiar de la misericordia divina.

Fray Tomás, el confesor de Catalina, estaba al tanto de lo que pasaba. Afligido por la impenitencia de aquella alma se apresuró a hablar con su penitente y le pidió en nombre de la caridad que intercediese ante Dios por aquel hombre. Cuando llegó a la casa de Catalina, esta se encontraba en éxtasis y fue imposible arrancarla de aquel estado. Como Fray Tomás no

podía ni hablarle ni esperar pues se aproximaba la noche, recomendó a una de las compañeras de la Santa, que también se llamaba Catalina y que aún vive, que explicase a la sierva de Dios en cuanto volviese en sí el objeto de su visita.

Catalina no se recobró del éxtasis hasta el día siguiente a eso de las cinco de la mañana. Su compañera le comunicó en seguida el mensaje de Fray Tomás, quien en virtud de la santa obediencia le ordenaba que pidiese a Dios la conversión de aquel pecador tan duro de corazón. Oído esto, Catalina, inflamada por la compasión y la caridad, comenzó a orar con el mayor fervor, diciendo que ella no podía permitir que un paisano suyo, un hermano, puesto que había sido redimido por la misma sangre del Salvador, pereziese en las llamas eternas.

El Señor le contestó: «-Las iniquidades de ese hombre han subido hasta el cielo; no solamente ha proferido a boca llena injurias contra mí y contra mis santos, sino que arrojó al fuego un cuadro que me representaba a mí y a mi bendita madre. No intercedas por él; es justo que arda en las llamas eternas. Merece la muerte una y mil veces».

Catalina se prosternó a los pies de su divino esposo y bañándolos con sus lágrimas, insistió: «-¿Acaso tú, oh amante Jesús, no llevaste sobre tus sagrados hombros los pecados de ese hombre lo mismo que los de todos? Yo estoy aquí, Señor, para invocar tu misericordia. Recuerda que me prometiste tu ayuda para la salvación de las almas; yo no tengo otro consuelo sobre la tierra sino el de ver cómo vuelven a ti las almas de los pecadores; esto es lo único que me da fuerzas para sufrir el mal de tu ausencia. No desoigas mis ruegos, señor; devuélveme a mi hermano, sácalo del terrible estado en que se encuentra». Y durante horas permaneció Catalina derramando lágrimas por la salvación del empedernido pecador.

Dios le hacía presentes los crímenes de aquel hombre que clamaban por justicia, pero ella invocaba la misericordia que la había obligado a venir al mundo para salvar a los pecadores. Por fin triunfó la piedad sobre la justicia, y el Salvador dijo a Catalina: «-Hija mía, tus lágrimas me han ablandado; voy a convertir a ese hombre por quien me has pedido tanto y tan fervorosamente».

En el mismo instante el Señor se apareció a Andrés que ya estaba próximo a morir. «-Amigo -le dijo- ¿por qué no confiesas los pecados que has cometido contra mí? Confíésalos, que yo estoy dispuesto a perdonarte».

Estas palabras ablandaron el corazón obstinado del pecador, quien gritó a los que lo rodeaban: «-Traedme a un sacerdote, que quiero confesarme. Mi Salvador me invita a hacerlo». Los presentes se apresuraron a obedecer. Vino el sacerdote y él se confesó con inequívocas muestras de arrepentimiento y contrición.

Estas son, Señor, las obras que realizas por tus elegidos. Para poner de manifiesto el favor de que Catalina gozaba ante ti le diste a conocer el peligro en que se encontraba la salvación de aquel hombre a quien ella ni siquiera de nombre conocía. No accediste a los ruegos de quienes por él te habían pedido porque querías conceder esa gracia por la intercesión de tu amada esposa. ¡Oh! ¿Quién se negará a amarte?

Había en Siena dos notorios bandidos cuyo arresto tenía ordenado la justicia y que ya estaban condenados a sufrir el más terrible de los tormentos. Una vez que fueron aprehendidos fueron conducidos al lugar del suplicio sobre una carreta y los verdugos armados de tenazas calentadas al rojo arrancaban pedazos de carne de sus miserables cuerpos. Ni mientras estuvieron en la prisión, ni al ser conducidos al lugar donde debían morir dieron

muestras de arrepentimiento y aun al ser conducidos por las calles de la ciudad en la forma descripta, iban blasfemando a gritos contra Dios y sus santos. Las espantosas torturas que sufrían los desdichados no eran más que prelude de los tormentos que les esperaban en el infierno. Pero la bondad infinita que no quiere la muerte de nadie y que no castiga dos veces la misma falta liberó a estas pobres almas por la intercesión de Catalina.

Dispuso la Providencia que ese mismo día estuviese la Santa en la casa de Alesia, su compañera e hija espiritual. Alesia, al oír el tumulto de la multitud, se asomó a la ventana y vio a distancia a los infelices criminales que eran conducidos al lugar donde habían de ser ejecutados. «-Oh, Madre -gritó Alesia- ¡qué terrible espectáculo se dirige hacia aquí! Dos hombres que han sido condenados a ser despedazados con tenazas candentes...».

La Santa, movida no por la curiosidad sino por la piedad, se acercó a la ventana, vio a los desdichados y retirándose inmediatamente se puso en oración. Según me dijo después, había visto en torno de ellos una tropa de demonios que atormentaban sus almas más aún que los verdugos sus cuerpos. Catalina acudió a la oración y conjuró a su esposo para que salvase a aquellas almas que estaban a punto de perecer. «-Ah, Señor, -le dijo- tú que eres tan clemente, ¿abandonarás a esas criaturas formadas a tu imagen y redimidas con tu preciosa sangre? El ladrón que fue crucificado a tu lado merecía aquel castigo, pero tu gracia le visitó porque precisamente en el momento en que los mismos apóstoles dudaban, él te confesó públicamente y mereció oír tu promesa: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*. Con esas palabras diste esperanza en el perdón a todos aquellos que se encontrasen en parecidas circunstancias. Tú no abandonaste a Pedro que te negó y le dirigiste una mirada de compasión; no condenaste a María, la pecadora, ni a Mateo, el publicano... Te pido, Señor, que te apresures a salvar a estas pobres almas».

Por fin Catalina obtuvo la gracia de acompañarles en espíritu hasta la puerta de los cielos. Oró y lloró continuamente pidiendo a Dios que les cambiase el corazón, y los demonios que la vieron, le dijeron furiosos: «-Si no cesas de orar, nosotros y estos dos réprobos te atormentaremos en tal forma que te arrepentirás de tu intromisión». Catalina contestó: «-Yo quiero únicamente lo que Dios quiera y no abandonaré la obra que he comenzado».

Cuando los dos criminales llegaron a la puerta de la ciudad, nuestro misericordioso Redentor se les apareció cubierto de heridas y bañado en sangre y les exhortó a convertirse prometiéndoles su perdón. Un rayo de luz divina penetró entonces en sus corazones; pidieron la ayuda de un sacerdote y confesaron sus pecados con grandes muestras de arrepentimiento. Sus blasfemias se cambiaron en piadosas exclamaciones; reconocieron que merecían aquel castigo y aun otros mayores y marcharon a la muerte tan alegres como si fuesen a una fiesta. Y lo que es más: en lugar de proferir insultos contra sus atormentadores dieron gracias al Señor que les permitía por medio de aquellos espantosos castigos expiar sus pecados y adquirir la gloria eterna.

Todos los presentes quedaron asombrados por semejante cambio; los mismos verdugos se conmovieron y no osaban proseguir en sus crueldades al verlos poseídos de tales sentimientos, pero nadie supo de dónde provenía aquel milagro de la gracia divina.

El buen clérigo que acompañó a estos desventurados pecadores intentando inútilmente convertirlos, suministró estos detalles a Fray Tomás, el confesor de Catalina. Este último, después de haber interrogado a Alesia, pudo certificar que en el momento en que Catalina terminó su oración y volvió en sí del éxtasis, los dos condenados exhalaban el último suspiro. Yo también recibí de Catalina confirmación de todos estos detalles y los encontré de acuerdo

en un todo con lo escrito por Fray Tomás. Este agrega que algunos días después de la muerte de los dos bandidos convertidos, los compañeros de Catalina oyeron decir a esta mientras estaba en oración: «-Gracias, Señor, por haberlos librado de una segunda prisión». Fray Tomás le preguntó qué significado tenían estas palabras. Ella contestó que los dos malhechores disfrutaban ahora de la gloria; que al morir habían ido sus almas al Purgatorio, pero que ella había conseguido que también fuesen libradas de este.

Estas cosas sorprenderán a quienes las lean porque no caen dentro de los dominios de los sentidos corporales, pero si consultamos a San Agustín y a San Gregorio veremos que este milagro es mayor que si esos dos hombres hubiesen resucitado después de muertos, pues según dice San Gregorio, un cuerpo al que se ha devuelto la vida debe morir de nuevo, mas en nuestro caso es un alma lo que vuelve a la vida por toda la eternidad. En la resurrección del cuerpo el poder divino obra sin encontrar obstáculos, pero en la de las almas el libre albedrío del hombre puede resistir a la acción de la gracia y de aquí que en la conversión de un pecador se manifieste el poder divino de una manera más gloriosa que en la creación de un mundo.

Se cuenta de San Martín que por el poder de la Santísima Trinidad tuvo la gloria de devolver la vida a tres muertos y de San Nicolás que salvó a tres condenados a los más terribles tormentos. ¿Qué podrá decirse de Catalina, quien mediante el poder de su oración salvó a tres almas culpables de los tormentos eternos y que arrancó de las llamas del Purgatorio a tres almas que estaban sumidas en ellas? ¿No es esto más grande y mucho más extraordinario?

Catalina obtuvo la gracia de otra conversión que me creo en el deber de no pasar en silencio.

Había en Siena un hombre llamado Francisco Tolomei, el cual vive aún, casado, con varios hijos de uno y de otro sexo. El mayor, Jaime, llevaba una vida criminal; era sumamente orgulloso y de tan gran ferocidad, que en dos ocasiones sus manos se habían teñido en sangre. Sus terribles hazañas lo convirtieron en el terror de cuantos le conocían. Desconocedor del temor de Dios, sus crímenes se multiplicaban. Este joven tenía una hermana, de nombre Ghinoccia, extraordinariamente *aficionada al mundo* en el peor sentido de la expresión; estaba ocupada de continuo en el vano arreglo de su persona y si no se había perdido por completo, era a causa de su temor a la opinión pública. La madre de ambos, llamada Rabes, era una mujer piadosa que, temiendo por la salvación de los seres que le eran tan queridos, acudió a Catalina pidiéndole que por caridad hablase de religión a sus dos hijas, especialmente a Ghinoccia. Catalina, que amaba tan ardientemente a las almas, accedió y tuvo tanto éxito con Ghinoccia, que esta renunció a las vanidades del mundo y tomó el hábito de las «Hermanas de Penitencia» de Santo Domingo, perseverando de la manera más admirable en las prácticas de devoción, hasta tal extremo, que yo me vi obligado varias veces a moderar el rigor de sus austeridades. Su hermana Francisca siguió este ejemplo, dando el espectáculo edificante de ver a estas dos hermanas que rivalizaban en la práctica de las virtudes cristianas y en el rigor de las penitencias. En el momento de la conversión de ambas, Jaime Tolomei estaba ausente, y tan pronto como llegó a sus oídos la noticia, retornó a la ciudad animado por rabioso sentimiento de furor contra sus hermanas y profiriendo terribles amenazas. Lo primero que hizo fue romper en pedazos el santo hábito que vestían las jóvenes y llevárselas de nuevo a su casa para alejarlas de la influencia de las personas que las habían convertido. Nadie se atrevió a oponerse a estos desmanes a no ser el menor de sus hermanitos, quien le dijo con acento de inspiración: «-Jaime, te aseguro que en vez de hacer lo que has hecho, debiste convertirte tú también y confesar tus pecados». Castigó él duramente al muchacho y le dijo entre otras cosas que si estuviese de su mano mataría a todos los sacerdotes y religiosos.

El chico repitió sus palabras y él redobló sus amenazas y sus imprecaciones, agregando que acudiría a las mayores violencias si sus hermanas no renunciaban inmediatamente al hábito de Santo Domingo.

Rabes consiguió con sus buenas maneras calmar su furor hasta el día siguiente, mandó llamar a Fray Tomás, el confesor de Catalina, quien providencialmente llevó como compañero al hermano Bartolomé. Habló con Jaime sin conseguir de él nada favorable, pero Catalina, quien por luz sobrenatural tenía conocimiento de lo que ocurría, pidió a Dios la conversión del malvado joven. El Señor oyó su oración y tocó el corazón endurecido; después de haberse negado con obstinación a escuchar las exhortaciones de Fray Tomás, escuchó las del hermano Bartolomé y no sólo permitió que sus hermanas sirviesen a Dios como ellas deseaban, sino también confesó sus pecados con evidente arrepentimiento. El lobo quedó convertido en manso cordero, el feroz león se hizo dócil como un niño y todos los que estuvieron al tanto del asunto quedaron pasmados de admiración. La madre no sabía encontrar la explicación de un cambio tan radical; las hermanas le congratularon y todos los de casa dieron gracias fervorosas al Señor, corriendo las dos religiosas, llenas de alegría, a llevar la grata nueva a Catalina.

Esta, que había estado viéndolo todo con el espíritu y que había obtenido esa gracia del Señor, estaba todavía en éxtasis cuando ellas llegaron y antes de que entrasen en la casa, dijo: «-Debemos dar gracias a Dios porque Jaime Tolomei, que era esclavo de Satanás, ha recobrado la libertad esta mañana». Cuando las dos jóvenes empezaron a contar lo ocurrido, una de las compañeras de Catalina les dijo: «-En el momento en que ustedes llegaban, Catalina nos lo estaba contando». Cuando estuvieron en su presencia, la Santa dijo con aquel modo suyo tan edificante: «-Hermanas, debemos dar gracias a Dios, quien nunca desoye las plegarias de los que le sirven. El enemigo de la salvación había resuelto robarnos esa querida oveja, pero el Padre de las Misericordias defendió lo que era suyo; también había pensado que Ghinoccia ya era suya, pero la perdió lo mismo que a Jaime, de quien se creía absoluto dueño».

Ghinoccia fue en adelante un constante ejemplo de piedad y mortificación; perseveró hasta la muerte en el servicio de Dios y murió piadosamente en el Señor después de haber soportado con ejemplar paciencia una larga y penosa enfermedad. Su hermana Francisca que la sobrevivió poco tiempo, fue una fiel imitadora de sus virtudes. Siempre contenta aun en medio de los más terribles dolores, expiró con la sonrisa en los labios. Mateo, el hermano que seguía en edad a Jaime, renunció al mundo y tomó un hábito en la orden de Santo Domingo, donde aún sigue edificando con sus virtudes. Jaime se casó, pero nunca recayó en sus ataques de furor, siendo siempre de carácter pacífico y dulce. Todo este bien fue llevado a cabo por Catalina, quien consiguió de su divino Esposo la gracia apropiada para cada una de estas personas.

Lo que voy a referir ahora es no menos maravilloso que lo anterior. Yo fui su único testigo y Dios sabe que no miento; además los resultados se hicieron del dominio público.

Vivía en Siena un hombre muy conocido en la ciudad, el cual poseía un talento fuera de lo común si bien no siempre estaba regulado por la ley de Dios. Se llamaba Nanni de Vanni. Como ocurre con frecuencia entre sus coterráneos, era persona que se dejaba dominar por la pasión del odio y conocía los medios de satisfacer sus venganzas en secreto. Así se habían cometido varios asesinatos, pero los autores materiales de ellos temían a Nanni porque conocían su terrible maldad. Frecuentemente se habían puesto en juego mediadores para inducirle a que se reconciliase con sus enemigos, pero él siempre contestaba hipócritamente

que no tenía participación ninguna en esos asuntos y que no dependía de él la cesación de aquel estado de guerra solapada.

Catalina conocía esto y tenía deseos de conversar con Nanni para encontrar la manera de que las cosas no siguiesen en semejante tren, pero Nanni trataba siempre de evitar la entrevista con la Santa.

Por fin un santo hombre, el Hermano Guillermo de Inglaterra, de la orden de los Ermitaños de San Agustín, le acosó tanto que consintió en escuchar a Catalina, pero sin comprometerse a hacer lo que esta pudiera sugerirle. Fue pues a la casa de la Santa cuando yo me encontraba allí esperando el retorno de la sierva del Señor, que había salido a hacer una diligencia. Cuando me informaron que Nanni estaba allí para hablar con Catalina, bajé con el corazón lleno de alegría, pues sabía lo mucho que deseaba la Santa esta entrevista. Le anuncié su ausencia, y le pedí que esperase un poco y para entretenerle lo llevé a la pequeña habitación santificada por la esposa de Jesucristo.

Después de unos instantes de espera, Nanni, evidentemente aburrido, me dijo: «Prometí a Fray Guillermo venir aquí y escuchar a esa dama. Ella está ausente, y mis ocupaciones no me permiten esperar más. Le ruego, pues, que tenga a bien excusarme ante ella».

Estas palabras me afligieron mucho y con el fin de entretenerle hasta que llegase Catalina empecé a hablarle de reconciliación, pero él me cortó la palabra diciéndome: «-Vea, usted es sacerdote y religioso y esta señora goza de gran fama de santidad; no debo pues engañarlos. Por consiguiente, digo con toda franqueza que no haré nada de lo que me piden. Es cierto que yo impido la reconciliación pero lo hago en secreto. Si yo diese mi consentimiento todo se arreglaría; pero me niego y le advierto desde ya que son inútiles cuantas consideraciones pueda usted hacerme al respecto. Ya es mucho el haber conseguido que le hable con tanta claridad diciéndole lo que tan cuidadosamente oculto a otros. No me moleste más en relación con este asunto».

Yo quise insistir y él se negó a oírme, cuando Dios permitió que en ese momento entrase Catalina. Su llegada fue tan desagradable para él como grata para mí. Tan pronto como nos vio, saludó al hombre de mundo con angelical caridad; tomó luego asiento y preguntó cuál era el objeto de aquella visita. Nanni le repitió lo que me había dicho a mí insistiendo en que no haría concesiones.

Catalina le hizo presente con tanta fuerza como dulzura el peligro a que exponía su alma, pero el hombre cerró el corazón a sus conmovedoras palabras. Se retiró por fin firme en su negativa y entonces Catalina se quedó sola para acudir al arma de la oración. Yo, creyendo ganada la partida por Catalina, empecé a discutir con Nanni para ganar tiempo. Apenas habían transcurrido unos pocos minutos cuando aquel hombre obstinado, volviendo a la presencia de la Santa, nos dijo: «-Por cortesía, quiero hacer una concesión: yo *tengo cuatro enemigos*; consiento en sacrificar a aquel de ellos que ustedes quieran designarme».

Se dispuso a retirarse definitivamente, cuando de pronto exclamó: «-¡Oh, Dios mío! ¿Qué consuelo es este que siente mi alma, a la sola palabra de paz que he pronunciado?». Y agregó: «-Mi Dios y Señor, ¿qué poder me retiene y está triunfando sobre mí? No puedo irme y carezco de fuerza para negarme. Confieso que estoy vencido». Y cayendo de rodillas, dijo sollozando: «-Santa Virgen, aquí me tienes dispuesto a hacer lo que tú me ordenes. Comprendo que Satanás me tenía encadenado... En adelante seguiré tus consejos; por piedad, dirige mi alma y líbrame de las acechanzas del enemigo».

En este momento, Catalina, que había caído en éxtasis, volvió en sí y dio gracias a Dios. Luego, dirigiéndose a Nanni, dijo: «-Querido hermano, la misericordia del Señor te ha manifestado el peligro en que se encontraba tu alma. Yo te hablé y tú no te dignaste oírme; entonces yo acudí a Dios quien escuchó mi pedido». Nanni me confesó después con humilde contrición que Catalina le había reconciliado con sus enemigos cuando le volvió a la paz del Señor que él por tanto tiempo había menospreciado.

Algunos días después de su conversión fue arrestado por orden del gobernador de la ciudad y arrojado en una prisión; se corrió la noticia de que sería decapitado, nueva que me afectó, yendo inmediatamente a ponerla en conocimiento de Catalina. -Nada malo -le dije- ocurrió a Nanni cuando obedecía las inspiraciones de Satanás; pero ahora que se ha reconciliado con Dios, el cielo y la tierra parecen conjurarse contra él. Temo, madre, que esta planta sea demasiado joven para soportar la tormenta; el infeliz caerá en la desesperación. Te pido, pues, que ruegues por él. Tú le arrancaste del pecado; tú debes ayudarle en su infortunio».

Catalina me contestó: «-¿Por qué se alarma usted a causa de lo que ocurre? Antes bien, debería alegrarse. Si Dios le envía ahora malos temporales, ¿no prueba eso precisamente que le ha perdonado los castigos eternos? La palabra de Nuestro Señor está cumplida: el mundo ama lo que le pertenece. Por eso ahora que él ha abandonado al mundo, este le detesta. Dios había dispuesto para él un castigo eterno, pero su misericordia se satisface con castigarle en este mundo. No tema que caiga en la desesperación. Quien lo ha salvado del infierno, también lo salvará de ese peligro».

Sucedió como ella lo había anunciado. Poco tiempo después fue puesto en libertad, pero se le obligó a pagar grandes sumas de dinero; Catalina se regocijó y dijo: «-Dios le está sacando el veneno que le emponzoñaba el alma». La tribulación aumentó el fervor de aquel hombre y donó a Catalina una hermosa residencia que poseía a unas dos millas de la ciudad para que fundase en ella un monasterio, cosa que hizo ella con especial autorización del papa Gregorio XI, dándole el nombre de Nuestra Señora de los Ángeles. Yo asistí a la inauguración del monasterio, que se realizó con gran solemnidad.

Esta conversión, obrada por la omnipotencia de Dios, fue debida a la intercesión de Catalina. Yo puedo dar testimonio de ello. Durante varios años fui confesor de Nanni y sé que hizo grandes progresos en los caminos del Señor, durante el tiempo que le conocí.

Necesitaría muchos volúmenes para referir todo lo que el Señor realizó por intermedio de su fiel esposa para la conversión de los pecadores, el adelantamiento espiritual de los buenos, el consuelo de los afligidos, etc. ¿Quién podría llevar la cuenta de los desdichados a quienes salvó del infierno, de los corazones endurecidos que ablandó, de las personas tentadas a quienes ayudó con sus oraciones, de los elegidos que dirigió por el camino de la virtud, de aquellos cuyos buenos deseos alentó en su progreso hacia la perfección, de los que arrancó del camino del vicio y condujo al cielo, llevándolos -así podría decirse- en los brazos, sufriendo y orando por su salvación? Sí, yo podría decir lo que San Jerónimo dijo de San Pablo: «-Aunque estuviera dotado de mil lenguas, me sería imposible enumerar los frutos de salvación producidos por esta planta virginal y cultivados por el Padre que está en los Cielos».

He visto con frecuencia a millares de hombres y mujeres que corrían hacia ella de todas partes como si fuesen invitados a ello por el sonido de una trompeta misteriosa; sus palabras muchas veces no eran necesarias porque bastaba su presencia para convertir a la gente e

inspirarles profundos sentimientos de contrición. Todos renunciaban a sus pecados y acudían al tribunal de la penitencia. Yo fui testigo de la sinceridad de su arrepentimiento; para mí era evidente que la gracia actuaba superabundantemente en sus corazones. Esto ocurrió no una, ni dos, ni tres veces, sino con mucha frecuencia.

El soberano pontífice Gregorio XI me concedió a mí y a dos compañeros la facultad, reservada a los obispos, de absolver a todos aquellos que fuesen a Catalina y se confesasen. Por este motivo oímos a innumerables personas, hombres y mujeres manchados con toda clase de vicios, que jamás se habían confesado muchos de ellos o lo habían hecho sin las necesarias disposiciones. A veces permanecíamos en ayunas hasta la noche sin poder dar abasto a los que se presentaban. Reconozco para vergüenza mía y honor de Catalina que la multitud era a veces tan grande que me sentía cansado y desalentado. Pero ella jamás suspendía sus oraciones alentada por el deseo de llevar almas al divino maestro. Ella se limitaba a recomendar a las personas que nos acompañaban que cuidasen de nosotros, que tendíamos las redes, pues sabía que estas iban a llenarse. Sería imposible describir su alegría; lo que veíamos exteriormente nos consolaba en grado sumo y nos inducía a olvidar nuestras fatigas.

No me extenderé más en el punto relativo a los milagros obrados por Dios mediante la intercesión de Catalina. Acaso el lector encuentre este capítulo demasiado extenso; sin embargo, es corto en relación con lo que tendríamos que decir.

## Capítulo VII

*De algunos milagros obrados por Catalina en favor de la vida y salud del prójimo.*

Voy a relatar ahora un hecho extraordinario en nuestros tiempos y, sin embargo, muy fácil para Aquel que lo puede todo.

Lapa, la madre de Catalina, era una mujer sencilla y bondadosa, aunque no muy afecta a los bienes invisibles. Siempre sintió un terror extraordinario ante la idea de la muerte.

Sucedió que, después del fallecimiento de su esposo, cayó enferma y su estado fue causa de serios temores. Catalina, como de ordinario, acudió a la oración y pidió a Dios que aliviase la enfermedad de su madre. El Señor le reveló que Lapa se salvaría si moría entonces y que así evitaría muchas pruebas que la amenazaban. Catalina fue adonde estaba su madre y la exhortó dulcemente a prepararse, para el caso de que Dios la llamase a sí, sometándose en todo a la divina voluntad. Pero Lapa, que estaba tan fuertemente atada a las cosas de la tierra, se horrorizó ante la idea de tener que separarse de ellas y conjuró a su hija para que pidiese a Dios su salud. La esposa del Señor vio con dolor esta disposición y pidió angustiada al Señor que no permitiese su muerte hasta que no estuviera completamente sumisa a la divina voluntad.

Dios accedió a los ruegos de Catalina; la enfermedad se agravó pero no sobrevino la muerte. La Santa intervino de nuevo ante Dios y ante su madre con plegarias y exhortaciones. Pidió al Señor que no sacase del mundo a su bondadosa madre sin la aquiescencia de ella y al mismo tiempo exhortó a su madre para que se sometiese de buen talante a la voluntad de



Dios. Pero sus ruegos pudieron más delante de Dios que de la enferma. Así fue que Nuestro Señor dijo por fin a su esposa: «-Anuncia a tu madre que no quiere morir ahora, que llegará un día en el que deseará la muerte y esta no llegará a ella».

Yo, entre otros, puedo certificar el cumplimiento exacto de esta profecía. Lapa llegó a una edad extrema, pero tuvo que sufrir tanto en personas y cosas que amaba, que continuamente estaba diciendo: «-Dios ha soldado mi alma al cuerpo en tal forma que no pueden separarse. ¿Cuántos nietos y bisnietos he perdido ya? Quien no puede morir soy yo. Yo quedo para sufrir la muerte y los sufrimientos de los demás».

El corazón de Lapa era tan obstinado que la buena mujer no quería pensar en la salvación de su alma. Entonces Dios pareció negar a su esposa lo que le había concedido al principio. Después de haber diferido, de acuerdo con la petición de la Santa, la muerte de su madre, permitió con el fin de aumentar sus merecimientos que Lapa muriese sin confesión. En vista de semejante infortunio, Catalina clamó al cielo deshecha en lágrimas: «-Ah, Señor, mi Dios, ¿es esta la promesa que me hiciste de que ninguno de los míos perecería? ¿No me prometiste que mi madre no abandonaría este mundo hasta que ella no consintiese en morir? Sin embargo, ahí la tienes muerta sin haber recibido los sacramentos de la Iglesia. En el nombre de tu infinita bondad, no permitas que queden así defraudadas mis esperanzas. No me retiraré de tu presencia hasta que no me hayas devuelto a mi madre».

Tres mujeres de Siena, cuyos nombres daré, estaban presentes y oyeron estas palabras. Habían visto a Lapa lanzar el postrer suspiro y tocaron su cuerpo que no daba señales de vida y habrían iniciado ya los preparativos para el entierro si no hubiesen esperado a que Catalina terminase sus oraciones. El Altísimo vio la angustia de Catalina y sus humildes y fervorosos ruegos penetraron hasta el trono de su misericordia. De pronto el cuerpo de Lapa se animó de nuevo, la vida retornó a él y la mujer reanudó sus ocupaciones ordinarias. Vivió hasta la edad de ochenta y nueve años en medio de aflicciones, privaciones y pruebas de toda clase, exactamente como le había anunciado su hija de parte de Dios.

Fueron testigos de este milagro Catalina Getti, Ángela Vannini y Lisa la cuñada de la Santa y nuera de Lapa. Todas ellas viven actualmente en Siena. Las tres oyeron a Catalina cuando esta dijo junto a su madre muerta: «-Señor, ¿esta es la promesa que me hiciste?». Millares de personas vieron a Lapa después de haber ocurrido esto. El milagro tuvo lugar en el mes de octubre de 1370.

El siguiente hecho puedo yo atestiguarlo de un modo particular. Hace diecisiete años, es decir, por los años 1373 o 1374, la obediencia religiosa me llamó a Siena, donde desempeñé el puesto de Lector en el convento de mi orden. Yo estaba sirviendo a Dios de una manera tibia cuando se declaró la gran epidemia que tantos estragos produjo en aquella región pero de una manera particular en la ciudad. El contagio atacaba a personas de toda clase, edad y condición social. Un día, dos y a lo sumo tres bastaban para que muriese la víctima del terrible mal. El terror reinaba en todas partes. El celo por la salvación de las almas, que informa el espíritu de la Orden de Santo Domingo, me obligó a consagrarme a la salvación de mi prójimo. Por consiguiente visité a los enfermos y fui con frecuencia a Santa María de la Misericordia. El director de esta casa era por aquel tiempo el Padre Mateo, que aún vive. Este hombre, de santa vida y gran reputación, sentía gran afición por Catalina, y las virtudes con que el cielo había enriquecido su alma, me hicieron cobrarle intenso afecto. Adquirí el hábito de visitarle todos los días.

Una mañana, después de la misa conventual, salí a visitar a mis enfermos, y al pasar por delante de la Casa de la Misericordia, pregunté si alguien de los que estaban en el establecimiento había sido atacado por la enfermedad. Como me hubiesen contestado afirmativamente, entré y vi al Padre Mateo, a quien llevaban como un cuerpo muerto de la iglesia a su celda. Estaba muy pálido y tan débil que no tenía fuerzas para hablar. Me dirigí, por lo tanto a uno de los presentes preguntándole qué le había ocurrido a mi amigo: «-Anoche -me contestó el interpelado- a eso de las once, mientras estaba atendiendo a un enfermo, se sintió atacado por la enfermedad y bastaron pocos instantes para que cayese en un estado de debilidad extrema».

Una vez que el enfermo estuvo en su lecho, me incliné sobre él y escuché su confesión. Después de haberle absuelto, le pregunté qué síntomas sentía. Él me explicó en qué región del cuerpo sentía el dolor, agregando que sentía algo así como si se le hubiese roto una pierna y la cabeza hubiese sido partida en cuatro partes. Le tomé el pulso y noté que tenía una fiebre altísima. Recomendé a los que le asistían que cuando viniese el doctor Senso, el médico, le explicasen ciertos detalles.

Poco tiempo después volví a visitarle y el doctor Senso (que aún vive), me dijo que mi amigo había contraído la epidemia y que según todos los indicios no tardaría en morir. «-Es evidente -agregó- que la enfermedad le ha atacado el hígado y mucho me temo que la Casa de Misericordia se verá privada de su buen director». Le pregunté si no podría suministrársele algún remedio. «-Veremos -me contestó- si esta noche con la *quintaesencia de canela* conseguimos que reaccione purificándole la sangre, pero tengo poca esperanza, porque el caso está muy avanzado». Después de esta respuesta de la ciencia médica me retiré afligido y pidiendo a Dios devolviese la salud a un hombre que tan útil era para sus semejantes.

Mientras tanto, Catalina había recibido la noticia de la enfermedad del Padre Mateo, a quien amaba por sus grandes virtudes. Su corazón se conmovió e inmediatamente fue a visitar al enfermo. Entró en la celda de este y dirigiéndose a él, le dijo en son de chanza: «-Arriba, Padre Mateo; levántese. No es esta hora de estarse ociosamente en la cama». En el mismo instante en que fueron pronunciadas estas palabras, la fiebre y los síntomas de la pestilencia desaparecieron y el Padre Mateo se sintió tan bien como si nunca hubiese estado enfermo. El religioso se levantó de la cama y dio gracias a Dios por el poder que había otorgado a su sierva. Catalina se retiró modestamente para huir de la admiración de los hombres. En el momento en que ella se retiraba, entré yo en la casa, ignorante de lo que había ocurrido, y creyendo que mi amigo se encontraba todavía gravemente enfermo. En cuanto la vi, la ansiedad que me dominaba me obligó a decirle: «-Madre, ¿permitirá usted que muera una persona tan querida y tan útil?». Ella, deseosa de ocultar lo que había hecho bajo el velo de la humildad, dio muestras de enojarse por mis palabras. «-¿En qué términos -preguntó- se dirige usted a mí? ¿Soy yo acaso Dios para librar a un hombre de la muerte?». Pero yo, obcecado por la angustia que me dominaba, insistí: «-Diga eso a otro, si le parece, pero no a mí que estoy al tanto de sus secretos. Yo sé que usted consigue de Dios todo lo que le pide con fervor». Entonces ella sonrió, me miró con expresión alegre y me dijo: «-No se desaliente; esta vez no morirá».

Al oír estas palabras me tranquilicé por completo; comprendí que ya había conseguido aquella gracia del cielo. La dejé y corrí a ver a mi amigo enfermo a quien encontré sentado al lado de la cama contando a los que le rodeaban el milagro que acababa de hacer el Señor por intermedio de Catalina. Le dije que ella acababa de asegurarme que no moriría de esa enfermedad. «-¿No sabe usted -replicó él- lo que acaba de hacer por mí?». Cuando le dije que no sabía nada, y que todo lo que ella me había manifestado no pasaba de la seguridad que

acababa de darme la Santa, se puso de pie, muy sorprendido y me contó lo que acabo de consignar por escrito.

Para confirmar el milagro de una manera más positiva nos sentamos a la mesa, el Padre Mateo con nosotros, y nos sirvieron una comida que no era en forma alguna conveniente para un enfermo: vegetales y cebolla cruda. Él, que momentos antes se encontraba a las puertas de la muerte, la compartió con nosotros, charló alegremente y se rió, cuando aquella misma mañana apenas podía articular una sola palabra. La admiración y la alegría fueron generales y todos alabamos a Dios que se había dignado obrar una maravilla tan grande por la intercesión de su esposa. Fue también testigo de este milagro el hermano Nicolás de Andrea, de la orden de los frailes predicadores, quien vive al presente y me acompañaba ese día. Todas las personas que actualmente se encontraban en la casa, alumnos, sacerdotes y unas veinte personas más, vieron lo que acabo de relatar.

Vivía por este tiempo cerca de la Casa de la Misericordia, una mujer muy piadosa que, si mal no recuerdo, vestía el hábito de las «Hermanas de Penitencia» de Santo Domingo. Admiradora de las virtudes de Catalina, deseaba consagrarse a su servicio; seguía sus consejos con docilidad, estaba edificada con sus ejemplos y experimentaba hacia ella sentimientos de profunda veneración. Ocurrió un día que mientras esta mujer se encontraba en su casa, se hundió el piso y ella fue arrastrada entre los escombros, resultando tan mal herida, que todo su cuerpo quedó afectado. Acudieron a toda prisa los vecinos y al sacarla de entre los restos de la casa, todos creyeron que estaba muerta. Pudieron por fin acostarla en una cama, donde poco a poco fue recobrando el uso de los sentidos, pero hartos se veía que estaba sufriendo de una manera horrible. El dolor la obligaba a lanzar lastimeros quejidos, mientras relataba a los presentes lo que le había ocurrido. Acudió un médico, el que hizo por ella todo cuanto era posible, pero la pobre mujer no podía moverse y se quejaba de fuertes dolores en todos los miembros de su cuerpo.

Llegó esto a oídos de Catalina, quien se sintió movida a gran compasión por aquella mujer que era hermana suya y se había hecho su servidora. Fue inmediatamente a visitarla y la exhortó devotamente a que tuviese paciencia. Pero al notar lo grandes que eran sus sufrimientos, comenzó a pasarle la mano por los lugares del cuerpo donde sentía más dolor, como si quisiera en esta forma suministrarle algún alivio. Y tan pronto como Catalina tocaba con su mano una parte del cuerpo de la doliente, el dolor desaparecía, lo que habiendo sido notado por la enferma, la indujo a rogar a la Santa que siguiese poniendo su mano en todos los lugares donde sentía dolor. Y Catalina llevada por su espíritu caritativo siguió aplicando el mismo santo remedio hasta que por fin la enferma se vio libre de todos sus dolores. A medida que la mano virginal iba pasando por las partes doloridas del cuerpo de la paciente el dolor desaparecía y la que momentos antes no podía mover un solo miembro, recobró poco a poco la libertad de movimiento. Permaneció en silencio mientras Catalina realizaba su piadosa manipulación por temor a que se alarmase su humildad y aun después de haber sido curada, pero en cuanto la Santa se hubo retirado, dijo a los médicos y a los vecinos que la rodeaban: «-Catalina, la hija de Lapa, me ha curado». Todos se llenaron de admiración y dieron gracias a Dios, pues era imposible no admitir que allí se había realizado un milagro. Lo que acabo de referir ha llegado a mi conocimiento por testimonio de otras personas, porque cuando esto tuvo lugar yo ni siquiera conocía a Catalina y no residía en Siena.

Durante la misma pestilencia, un ermitaño a quien llamaban el *Santo*, y que en realidad lo era, fue atacado por la terrible dolencia. Tan pronto como lo supo Catalina, hizo que lo trasladasen de la celdilla donde vivía en los alrededores de Siena a la Casa de la Misericordia; le visitó juntamente con sus compañeras y averiguó si se le atendía convenientemente. Hecho

eso, se acercó a él y le dijo en voz baja: «-No tema; por enfermo que pueda estar, no morirá esta vez». Pero no nos dijo nada parecido cuando fuimos invitados a orar por su curación; por el contrario, se presentó ante nosotros como si temiese su muerte. La enfermedad se agravó hasta tal extremo que empezamos a desesperar por la salvación del cuerpo del enfermo y a pensar tan sólo en la de su alma. Todas sus energías vitales parecían haberse agotado y esperábamos el desenlace fatal. Catalina se inclinó sobre el enfermo y le dijo al oído: «-No tema; no morirá». Él, que parecía ya inconsciente, oyó estas palabras con toda claridad y creyó en ellas más que en la muerte cuya presencia sentía tan de cerca. Por fin la palabra de la Santa triunfó sobre las leyes de la naturaleza y el poder divino, más potente que todos los remedios humanos, salvó contra toda esperanza al moribundo de la muerte.

Ya estábamos todos preparando lo necesario para el entierro y pasaron algunos días sin mejora alguna, cuando llegó Catalina y dijo al oído del paciente: «-Yo te ordeno en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo que no mueras». Dichas estas palabras la vida y la salud volvieron inmediatamente al enfermo. El santo hombre se incorporó sobre el lecho y pidió algo que comer. Bastaron unos instantes para que su curación fuese completa. Nos contó lo que le había dicho Catalina y que sintió como si obrase sobre él una fuerza divina que retuviese su alma, que pugnaba por escapar del cuerpo. Afirmó que no había sido curado por ninguna causa natural, agregando que se trataba de un milagro tan grande como si después de muerto hubiese sido restituido a la vida.

Después de haber hablado de otros, creo que no debo pasar en silencio lo que Catalina hizo por mí.

Cuando la epidemia estaba haciendo en Siena los más terribles estragos, yo resolví sacrificar mi vida por la salvación de las almas y acudir al llamado de cualquier enfermo por pestífero que fuese su estado. Cierto que la enfermedad era muy contagiosa, pero yo sabía muy bien que Nuestro Señor Jesucristo es superior a Galeno y que la gracia puede más que la naturaleza. Vi también que muchos habían huido y que no pocos morían sin asistencia. Y como la bendita Catalina me había enseñado que la caridad obliga a amar al prójimo más que al propio cuerpo, yo estaba deseoso de asistir al mayor número posible de enfermos, cosa que realicé con la ayuda de Dios.

Yo estaba casi solo en aquella vasta ciudad y apenas tenía tiempo para tomar un poco de alimento y dormir. Una noche, mientras descansaba y se acercaba la hora de recitar los oficios divinos, sentí un violento dolor en donde primero atacaba la enfermedad; mi mano descubrió la hinchazón fatal y atemorizado por este descubrimiento, no me atreví a levantarme de la cama, resolviendo aplicarme a mi preparación para la muerte. Deseé que llegase pronto el día para tratar de ponerme en contacto con Catalina antes de que la enfermedad progresase. La fiebre y los dolores de cabeza ya habían hecho presa de mí; mis temores aumentaron, pero tuve suficiente fuerza para recitar mis oraciones.

Cuando llegó la mañana, me arrastré con un compañero hasta la residencia de Catalina, pero esta ya había salido para visitar a un enfermo. Resolví esperar, pero como no podía tenerme en pie, me acosté en una cama que allí había, después de rogar a las personas de la casa que fuesen en busca de ella. Cuando regresó, y vio lo mucho que sufría, se arrodilló al lado del lecho y me puso una mano sobre la frente, empezando a orar mentalmente, como solía. La vi entrar en éxtasis y entonces pensé que de allí podía resultar algo bueno tanto para mi alma como para mi cuerpo.

Permaneció en aquel estado durante casi hora y media, cuando de pronto sentí un movimiento general en todos mis miembros. Entonces pensé que esto era un preludio de los vómitos, como había presenciado en muchas personas a quienes había visto morir de la epidemia. Pero estaba en un error. Me pareció como si algo escapase de todas las extremidades de mi cuerpo con violento impulso y empecé a sentir una mejoría que aumentaba por momentos. Antes de que Catalina hubiese vuelto en sí del éxtasis, ya había recuperado yo el uso de mis facultades y estaba completamente curado, a no ser por cierta debilidad que era una prueba de mi enfermedad o un efecto de mi falta de fe. Catalina, conoedora de la gracia que acababa de obtener de su divino esposo, volvió en sí y se dispuso a prepararme algún alimento. Cuando lo hube recibido de sus manos virginales, me ordenó que durmiese un poco. Obedecí, y cuando desperté, me encontré tan dispuesto para el trabajo como si nada me hubiese ocurrido. Entonces ella me dijo: «-Ahora váyase a salvar almas y dé gracias a Dios que le ha librado de este peligro». Yo retorné a mis anteriores fatigas glorificando al Señor que había otorgarlo tal poder a su fiel servidora.

Por esta época Catalina obró otro milagro en la persona de Fray Bartolomé de Santo Domingo, amigo mío, que al presente gobierna la provincia romana de nuestro Orden; este milagro fue tanto más notable cuanto que el mencionado religioso había estado largo tiempo enfermo atacado por la epidemia reinante.

Cuando el contagio se propagó a Siena, muchas personas, y, sobre todo, las hermanas de un convento de Pisa, que tenían noticia de los prodigios obrados por la intercesión de la Santa, manifestaron deseos de verla y de sacar espiritual provecho de sus instrucciones. Pidieron, pues, a Catalina que se sirviese hacer un viaje a Pisa, haciéndole presente con el fin de decidirla, que su presencia sería muy provechosa para muchas almas. Catalina no era muy adicta a los viajes, y acudió a su divino esposo sometiendo humildemente el caso antes de resolverse. Ya había consultado con las personas que la rodeaban y las opiniones estaban divididas. Algunos días después se le apareció el Señor y le dijo que accediese al ruego de las personas que querían verla en Pisa. «-Mi nombre -agregó- será muy glorificado con este viaje y las almas sacarán gran provecho de él, de acuerdo con la promesa que te hice cuando tu alma fue separada del cuerpo y volvió después a él».

Catalina me hizo conocer la voluntad divina y se preparó para el viaje. Yo la acompañé juntamente con algunos Padres de mi orden para oír confesiones. Muchos de aquellos que la visitaban sentían cambiado el corazón por efecto de sus palabras y Catalina, a fin de que el enemigo de las almas no pudiese reconquistarlas, les ordenaba que buscasen inmediatamente un confesor y recibiesen el sacramento de la Penitencia.

Cuando llegamos a Pisa, Catalina fue hospitalariamente recibida en la casa de un vecino de la ciudad llamado Girard Buonconti. Este trajo un día a casa a un joven de veinte años y se lo presentó a la Santa pidiéndole que tuviese a bien orar para que recobrase la salud pues durante dieciocho meses la fiebre no le había abandonado, y aunque en ese momento no la tenía, la había sufrido en forma tan violenta que su salud estaba completamente arruinada a pesar de los esfuerzos que la ciencia médica había hecho para vencer la enfermedad. La palidez extrema del mozo y su estado de extenuamiento eran buena prueba de esta afirmación.

Catalina, movida a piedad, preguntó al joven cuánto tiempo hacía que no se confesaba, y al contestar que desde hacía varios años venía omitiendo el cumplimiento de esta obligación, ella repuso: «-Dios le ha enviado esta aflicción porque usted ha permanecido durante tanto tiempo sin purificar su alma con el Sacramento de la Penitencia. Vaya, pues, mi querido hijo, y confiésese; limpie su alma de la corrupción del pecado que es lo que ha emponzoñado su

cuerpo». Hizo llamar a Fray Tomás, su primer confesor, y confió a su cuidado al enfermo para que le oyese en confesión y le absolviese de sus pecados. Una vez que se hubo confesado, el mozo volvió a Catalina, quien le dijo poniéndole una mano en el hombro: «Váyase, hijo mío, en la paz de Nuestro Señor Jesucristo; es mi voluntad que no tenga más esa fiebre». Y ocurrió lo que ella había dicho, pues a partir de ese momento el joven no fue más atacado por la fiebre. Algunos días después volvió el mozo a dar las gracias a quien le había curado y nos aseguró que no había vuelto a sentir en absoluto la enfermedad que le había atormentado durante tanto tiempo.

Yo fui testigo de esto y puedo decir con San Juan: «-El que lo ha visto da testimonio». Estaban también conmigo el dueño de la casa donde se hospedaba Catalina, Lapa, Fray Tomás, Fray Bartolomé de Santo Domingo y todas las devotas mujeres que habían acompañado a la Santa desde Siena. El joven que había sido curado, propaló el milagro por toda la ciudad, y cuando algunos años después pasé yo por Pisa, fue a visitarme. Estaba fuerte y robusto, y en presencia de las personas que me acompañaban relató lo que le había ocurrido, atribuyendo el haber recuperado en forma tan maravillosa la salud al poder divino por la intercesión de su fiel esposa.

Un milagro parecido tuvo lugar en Siena, con la diferencia de que la enfermedad era mucho más peligrosa. Una hermana de Penitencia de Santo Domingo, llamada Gemmina, y que era muy adicta a la Santa, tenía como consecuencia de un resfrío mal curado, una angina, y la enfermedad hizo tales progresos que cuantos remedios se aplicaron para contrarrestarla resultaron ineficaces; tenía la garganta muy inflamada y había peligro de asfixia. Encontrándose en esta situación, hizo un esfuerzo y fue a ver a Catalina y le dijo como pudo en cuanto se encontró en su presencia: «-Madre, voy a morir, si usted no me ayuda». La Santa se compadeció de la pobre hermana, que ya apenas podía respirar; llena de confianza en la divina bondad, aplicó una mano a la garganta de la enferma, hizo la señal de la cruz y el dolor desapareció inmediatamente. Y la que había llegado a ella llena de sufrimientos, volvió en perfecto estado de salud y corrió llena de alegría a visitar a Fray Tomás relatándole lo ocurrido. Este tomó nota de lo que le dijo y dejó constancia de ello en un manuscrito, de donde lo he sacado yo.

Cuando el Soberano Pontífice Gregorio XI dejó la ciudad de Aviñón para retornar a Roma, Catalina llegó antes que él a Génova, donde lo esperó con el fin de tener una entrevista con él. Dos personas jóvenes de Siena nos acompañaron en este viaje. Eran muy piadosas y todavía viven. Una de ellas se llama Neri de Landoccio de Pagliaresi. Este joven abandonó después el mundo y se santificó en la soledad. La otra era Esteban Corrado de Maconi. Cuando Catalina abandonó este destierro para subir al cielo, le ordenó que ingresase en la Orden de los Cartujos, y la gracia de Dios le acompañó en tal forma que actualmente dirige una porción muy importante de su orden. Fue colocado sucesivamente a la cabeza de diversos monasterios y ahora es prior de la Cartuja de Milán. Ellos fueron testigos juntamente conmigo de gran número de los milagros que se relatan en esta segunda parte de la vida de la Santa. Pero en esta ciudad de Génova en ellos mismos se manifestó el poder divino por la mediación de la bienaventurada Catalina.

Mientras estábamos en dicha ciudad, Neri fue atacado por un dolor agudo que le ocasionaba grandes sufrimientos; se arrastraba sobre las manos y las rodillas en el cuarto donde vivía y donde también dormían otras personas; esto irritaba sus dolores en lugar de mitigarlos y la enfermedad seguía mientras tanto su curso.

Habiendo llegado esto a oídos de Catalina, pareció moverse a piedad y me ordenó que llamase a un médico y se aplicasen los remedios adecuados. Obedecí con presteza haciendo venir a dos médicos, cuyas prescripciones fueron cumplidas al pie de la letra; pero el paciente, en lugar de aliviarse, daba muestras de agravarse en su enfermedad. Presumo que Dios permitía esto con el fin de poner de manifiesto de una manera admirable el poder de su esposa. Cuando los médicos vieron que sus prescripciones resultaban inútiles, me dijeron que no había esperanza de salvarle.

Cuando yo di esta noticia a las personas que estaban sentadas a la mesa conmigo, Esteban Maconi dejó de comer y se dirigió presa de una gran aflicción a la habitación donde se encontraba Catalina. Una vez en presencia de esta, se arrojó a sus pies con los ojos llenos de lágrimas conjurándola para que no permitiese que su hermano y compañero en un viaje emprendido por el amor de Dios, muriese lejos de su hogar y fuese enterrado en tierra extraña. Catalina, profundamente afectada al oír esto, le dijo con maternal ternura: «-¿Por qué, hijo mío, te afliges tanto? Si Dios quiere recompensar los trabajos de tu hermano Neri, no debes afligirte sino regocijarte». Pero Esteban insistió: «-Oh, queridísima y bondadosa madre, te conjuro a que escuches mi ruego; ayúdame; yo sé que si quieres, puedes hacerlo». Y Catalina, sin fuerzas ya para ocultar su ternura, replicó: «-Yo únicamente te exhortaba a que te conformases con la voluntad del Señor; pero, pues te veo tan triste, cuando yo reciba la sagrada comunión mañana por la mañana, recuérdame tu pedido, que yo te prometo pedir a Dios por tu intención. Ora tú también para que el Señor me escuche».

Esteban, regocijado por haber obtenido esta promesa, se presentó al día siguiente a Catalina cuando esta se dirigía a oír la santa misa, y arrodillándose humildemente ante ella, le dijo: «-Madre, te ruego que no defraudes mis esperanzas». Catalina comulgó en la misa y, como de costumbre, cayó en éxtasis. Cuando después de largo rato recobró el uso de los sentidos, sonrió a Esteban que estaba a su lado y le dijo: «-Has obtenido la gracia que pediste». Esteban preguntó entonces: «Madre, ¿sanará Neri? -Ten la seguridad de que escapará de esta, porque el Señor desea devolvérselo», fue la respuesta de la Santa.

Esteban se apresuró a comunicar la alegre noticia al enfermo y cuando llegaron después los médicos y hubieron observado el estado del paciente, dijeron que a pesar de haberle desahuciado el día anterior, los síntomas de hoy indicaban que podría recobrar la salud. En efecto, de acuerdo con la predicción de Catalina, la mejoría se acentuó y pronto se encontraba el enfermo en plena convalecencia.

Pero Esteban Maconi vencido por la fatiga y las preocupaciones que le ocasionara la enfermedad de su amigo, cayó a su vez atacado fuertemente con vómitos y dolor de cabeza. Tuvo que guardar cama y, como era tan querido por sus excelentes cualidades, todos le asistíamos y tratábamos de consolarle. Cuando la Santa se enteró de esto, fue grande su aflicción; le visitó y le interrogó con respecto a su enfermedad. Viendo que sufría mucho a consecuencia de la fiebre, le dijo con entonación de autoridad: «-Te ordeno en virtud de la santa obediencia que no tengas más esa fiebre». Y, ¡cosa maravillosa!, la naturaleza obedeció esta orden como si hubiese sido pronunciada por el mismo autor de todo lo criado. Sin aplicar ningún remedio y antes de que Catalina saliese de la habitación, Esteban quedó completamente libre de la fiebre. Todos quedamos contentísimos al ver a nuestro amigo curado y dimos gracias al Señor por el milagro de que acababa de hacernos testigos.

A estos dos milagros agregaré un tercero del cual no fui testigo por encontrarme ausente en esa oportunidad. Pero la persona en cuyo favor fue obrado vive todavía y puede dar testimonio de él.

Juana de Capo era una «Hermana de Penitencia» de Santo Dorrinao y aunque pertenecía a la ciudad de Siena, no residía en ella. Cuando el Soberano Pontífice Gregorio XI retornó a Roma, envió a Catalina a Florencia con la misión de restablecer la paz y reconciliar al padre común de los fieles con sus hijos alborotados. Catalina lo consiguió en la forma que narraré en un capítulo especial de esta historia; pero la serpiente infernal que crea y fomenta las discordias, excitó en la ciudad una sedición contra la esposa de Cristo, que había ido allí para restablecer la paz. Sus amigos y las personas que la acompañaban la avisaron a tiempo para que se retirase durante algún tiempo y dejase pasar la tormenta. Ella siempre humilde y prudente, accedió a la insinuación, pero agregó que Dios le había prohibido abandonar los alrededores de la ciudad hasta que no se hubiese restablecido la paz y la concordia entre el Soberano Pontífice y el pueblo de Florencia.

Estaba haciendo Catalina los preparativos para abandonar la ciudad cuando supo que Juana estaba enferma. Tenía un pie muy hinchado lo que unido a la fiebre altísima que esto había producido en ella, la imposibilitaba de moverse. Catalina en forma alguna quería dejarla sola expuesta a los malos tratamientos de los impíos, y acudió a la oración implorando a Nuestro Señor para que interviniese en esta necesidad que ella no sabía cómo resolver.

Mientras ella estaba orando un gran sopor se apoderó de la enferma, y cuando despertó de él, ya estaba completamente curada sin sentir el menor síntoma de la enfermedad. Se levantó, pues, de la cama, y al romper el día se puso en marcha con sus compañeras asombrados por aquella rápida curación, y bendiciendo a Dios que tan gran poder había otorgado a su fiel servidor.

A este milagro agregaré otro ocurrido en Tolón, Provenza. Nos detuvimos en una posada con ocasión del retorno de Gregorio XI a Roma, y Catalina se retiró como de costumbre a su habitación. Nosotros no habíamos anunciado su llegada, pero hasta las piedras parecían haberse dado cuenta de ella. Primero las mujeres; después los hombres acudieron a la posada preguntando dónde estaba la Santa que regresaba de la corte pontificia. Como el hostelero les dijo que se hospedaba allí, fue imposible hacer que se retirase aquella gente y nos vimos en la necesidad de hacer pasar a las mujeres. Una de ellas trajo a una criatura cuyo cuerpecito estaba tan hinchado que inspiraba compasión a cuantos le veían y alguno de los presentes pidió a Catalina que tuviese por unos instantes al enfermito en sus brazos. La Santa se negó a ello porque era enemiga de suscitar la admiración de los hombres; pero al final, consintió en hacer lo que se le pedía con una fe tan sencilla como firme. Y apenas tuvo al niño en sus virginales manos, cuando la hinchazón desapareció volviendo el enfermo a su estado normal.

Yo no estaba presente cuando se realizó este milagro, pero fue tan evidente y estaba tan bien certificado que el obispo de la ciudad me hizo llamar para informarse mejor acerca de las circunstancias en que se había producido el hecho portentoso. Según me manifestó, el niño era sobrino del vicario de la diócesis. Me pidió además que hiciese lo posible por obtener de Catalina una entrevista para él.

Nuestro Señor Jesucristo realizó muchos otros milagros por la intercesión de la bienaventurada Catalina, tantos que sería imposible dar cuenta de ellos en un solo volumen. He referido algunos de ellos con el fin de poner de manifiesto cómo obraba por su intermedio Jesús, el Hijo de Dios y de María. La liberación de las personas que eran atormentadas por el demonio cae naturalmente dentro de las curaciones del cuerpo. Pero este capítulo es ya bastante largo y como Catalina poseía una gracia especial con respecto a estas almas miserables, trataré este punto separadamente.



## Capítulo VIII

*De los milagros realizados por Catalina para liberar las almas poseídas por el demonio.*

Vivía en Siena un hombre llamado Ser Miguel de Monaldo, notario de profesión, persona a quien he visto centenares de veces y que me confió los siguientes hechos.

Como era ya un hombre de edad avanzada tomó la resolución, con el consentimiento de su esposa, de consagrarse por completo al servicio de Dios y ofrecer al Señor la virginidad de sus dos hijas. Acudió a un monasterio establecido en la ciudad bajo la advocación de San Juan Bautista, confió sus hijas a las religiosas del mismo, les entregó su fortuna, se alojó juntamente con su esposa cerca del mismo y desde aquí tomó a su cargo la administración de los asuntos temporales de la comunidad. Este arreglo duró mucho tiempo, pero por un justo e incomprensible juicio de Dios, una de las hijas de Ser Miguel, llamada Lorenza, y de edad como de ocho años, quedó poseída por el demonio, quien la atormentaba cruelmente hasta tal extremo que llegó a perturbarse la paz de todo el monasterio. Como las monjas no pudiesen ya retener a la niña en su compañía, obligaron a Ser Miguel a hacerse nuevamente cargo de ella.

Una vez que Lorenza estuvo fuera del recinto del convento, el demonio no cesó de hacer manifiesta su presencia de la manera más extraordinaria que pudiera concebirse. Hablaba en latín por boca de la criatura, aunque ella no poseía la menor noción de ese idioma; contestaba las preguntas más difíciles y complicadas que se le hacían y manifestaba los pecados y secretos de gran número de personas. Finalmente resultaba evidente para todo el mundo que Dios había permitido por motivos desconocidos para nosotros que el demonio atormentase a esta pobrecita inocente.

Sus padres, como fácilmente se comprende, estaban sumidos en la más honda tristeza y trataban de aliviarla por todos los medios posibles, llevándola con este fin a visitar las reliquias de los santos cuyos méritos pudieran obtener del Señor la liberación de la enferma. Tenían especial confianza en la intercesión del bienaventurado Ambrosio, de la Orden de los Frailes Predicadores, a quien Dios había venido glorificando durante más de un siglo con gran número de milagros y que estaba dotado de especial poder para arrojar de los cuerpos a los espíritus malignos hasta tal punto que en muchas ocasiones ha bastado que el enfermo se pusiese su escapulario -que aún se conserva- para verse libre de la posesión infernal, como en más de una oportunidad lo he presenciado yo.

Pues bien, los padres de la pequeña Lorenza la llevaron a la iglesia de los Frailes Predicadores, la colocaron sobre la sepultura del bienaventurado Ambrosio, la cubrieron con su hábito o con sus ornamentos sacerdotales y pidieron fervorosamente a Dios su liberación, pero sus ruegos no fueron escuchados. Esta posesión no era seguramente para castigar a la niña por pecados que no había cometido, ni a sus padres que llevaban una vida ejemplar, sino que Dios la permitía para aumentar el honor de su fiel servidora. El bienaventurado Ambrosio, que ya gozaba de la vista de Dios, deseaba dejar este milagro a Catalina quien todavía continuaba su peregrinación por este mundo y dar así a conocer sus virtudes a los fieles aun antes de su muerte.

Algunos amigos de Catalina dijeron a los padres de Lorenza que llevasen a la niña para que la viese la Santa, pero cuando trataron de ponerse en contacto con ella, contestó: «-¡Ay! A mí me atormentan todos los días los demonios, ¿cómo pueden ustedes imaginarse que voy a tener poder para librar de ellos a los demás?». Y como no podía escaparse por la puerta sin encontrarse con las personas que habían ido a visitarla, se escondió de tal manera dentro de la casa que no pudieron encontrarla. Los padres de la niña se retiraron pues sin haber conseguido nada, pero la prueba de humildad que acababa de dar Catalina huyendo de la humana estimación, les inspiró mayor confianza en su santidad y les indujo a buscar su ayuda con mayor ardor.

Como no podían conseguir llegar hasta ella porque Catalina había prohibido a sus compañeras que le hablasen de este asunto, recurrieron a Fray Tomás el confesor de la Santa, le expusieron el caso y le rogaron encarecidamente hiciese lo posible para librarles de esta aflicción. Fray Tomás sintió extrema compasión, pero sabiendo que su autoridad como confesor no iba tan allá como para obligar a Catalina a que realizase un milagro y temiendo herir su humildad, acudió al siguiente recurso.

Una tarde, mientras Catalina estaba fuera de casa, condujo a la enfermita a la habitación de la Santa y recomendó a las personas de la casa que cuando regresase le dijese más o menos: «-Fray Tomás le ordena en virtud de la santa obediencia que deje a la niña aquí durante toda la noche al lado de ella». Catalina volvió poco tiempo después y encontró a la pequeña Lorenza en su cuarto; inmediatamente conoció que estaba poseída por el demonio y que era la niña que se había negado a ver. Habiéndosele notificado la orden de su confesor, comprendió que no tenía escapatoria y por consiguiente acudió a la oración diciendo a la criatura que rezase junto con ella. Toda esa noche transcurrió en duro combate contra el enemigo de las almas hasta que por fin, al romper el día el demonio se dio cuenta de que había sido vencido y abandonó su presa sin causarle daño alguno. Alesia, la compañera de Catalina, fue informada de ello y en seguida se lo hizo saber a Fray Tomás, quien acompañado por los padres de Lorenza se dirigió a la casa de Catalina, encontrando a la enfermita completamente curada. Quisieron llevársela consigo, pero la Santa conoció por inspiración divina lo que iba a ocurrir, y les dijo: «-Dejen a la niña conmigo unos días; es necesario para su salvación». Aceptaron ellos con alegría esta proposición y se retiraron; Catalina aprovechó este tiempo para dar santos consejos a Lorenza; la enseñó con la palabra y el ejemplo a orar con fervor y frecuencia, prohibiéndole salir de la casa bajo cualquier pretexto hasta que sus padres fuesen a buscarla.

La niña era dócil y cada día mostraba mejores disposiciones. La casa donde estaba no era precisamente la de Catalina sino la de Alesia y estaba muy poco de la de la Santa. Un día, después de anochecido, Catalina en cuya casa se encontraba en ese momento Alesia, dijo a esta que se pusiese su capa para salir con ella e ir a ver a la niña que le había confiado. Alesia le observó que no le parecía conveniente que dos mujeres solas saliesen a la calle a esas horas; pero Catalina contestó: «-Apresúrese, porque el lobo infernal ha hecho nuevamente presa en el corderito que habíamos salvado de sus garras». Salieron, pues, sin dilación y cuando llegaron a la casa de Alesia, encontraron a la niña totalmente cambiada y en un acceso de furia que inspiraba terror. «-¡Ah, serpiente -exclamó Catalina al verla- te has atrevido a apoderarte nuevamente de esa inocente criatura! Pero yo tengo fe en mi salvador y saldrás ahora mismo de ahí para no volver jamás». Apenas había pronunciado estas palabras, la niña se sintió completamente libre. Cuando llegó la mañana hizo llamar a los padres de Lorenza y les dijo: «-Llévense ahora a su hija tranquilos; en lo futuro no volverá a ser atormentada». Esta profecía se cumplió al pie de la letra; Lorenza retornó a su monasterio donde sirvió fervorosamente al Señor por más de dieciséis años.

Deseoso de saber lo que había ocurrido, pregunté a Catalina cómo había sido tan audaz el demonio para resistir al poder de las reliquias y de los exorcismos; me contestó que la obstinación del espíritu maligno fue tan grande que se vio obligada a luchar con él hasta las cuatro de la madrugada. Le ordenó en nombre del Redentor que se retirase y se le negó. Después de una larga discusión y viéndose el demonio a punto de perder la partida, dijo a la Santa: «-Si la dejas a ella, entraré en tu alma». Catalina le contestó entonces: «-Eso, si Dios te lo permite; porque yo sé que nada puedes hacer sin su permiso. Si Él lo quiere, yo no intentaré oponerme a su divina voluntad».

Vencido por esta humildad el espíritu del orgullo perdió su poder sobre la niña, pero al retirarse le apretó la garganta dejando en ella una gran inflamación. Catalina levantó entonces su mano e hizo la señal de la cruz. El demonio resolvió entonces abandonar por completo su presa.

El siguiente milagro pondrá de manifiesto de una manera más clara hasta qué grado había recibido Catalina de Dios el poder de arrojar a Satanás. Yo no estaba presente cuando se realizó, porque había sido enviado por ella al Papa por asuntos relativos a la Iglesia; pero un ermitaño llamado «El Santo», aquel cuya curación relaté anteriormente, Alesia, y otras compañeras de la Santa fueron testigos de él.

Catalina había ido con la noble y venerable señora Bianchina, viuda de Juan Agnolino Salimbeni, al castillo de La Roche, donde yo había pasado algunas semanas en su compañía. Una mujer que vivía cerca del castillo estaba poseída por el demonio, quien la atormentaba terriblemente. Cuando supo esto la señora Bianchina, movida a compasión, deseó que Catalina socorriese a la desdichada víctima de Satanás, pero conocía bien su humildad y la repulsión que sentía cuando le hablaban de estas cosas. Habiéndose aconsejado de sus compañeros, hizo que la mujer fuese llevada a la presencia de la Santa con el fin de que al verla se excitase su compasión, y la caridad la obligase a ocuparse de ella. Cuando la infeliz mujer fue conducida a donde ella estaba, Catalina se ocupaba en reconciliar a dos enemigos que estaban en guerra declarada y se disponía a dirigirse a los dominios de uno de ellos con miras a terminar la contienda.

Tan pronto como vio a la posesa, comprendió que ya no había manera de evadirse y expresó a la señora Bianchina la contrariedad que esto le causaba. «-Que Dios le perdone -dijo a la dama- lo que acaba de hacer. ¿No sabe usted que yo también soy atormentada con frecuencia por el demonio? ¿Cómo puede usted exponerme a su ira poniéndome frente a una persona que está poseída por él?». Dicho esto, se volvió a la demoníaca y ordenó: «-Espíritu maldito, que has resuelto impedir la reconciliación que voy a realizar, coloca aquí tu cabeza y espera en esa postura hasta que yo regrese».

Al oír esta orden, la mujer posesa colocó la cabeza en la forma que le había ordenado la Santa, quien fue a terminar la obra de caridad que había empezado. Satanás gritó por la boca de la mujer: «-¿Por qué me retienes aquí? Déjame ir, que soy cruelmente atormentado». Una de las personas que estaban presente dijo: «-¿Por qué no sales de la habitación ya que la puerta está abierta?». A lo que el espíritu del mal contestó: «-No puedo; esa mujer me ha encadenado». Al preguntarle a quién se refería, él, o no pudo o no quiso nombrarla, limitándose a decir: «-Mi enemiga». El ermitaño que sostenía la cabeza de la mujer, le preguntó entonces: «-¿Es muy poderosa esa enemiga tuya?». A lo que repuso: «-No tengo otro enemigo más grande en el mundo entero». Y cuando los presentes quisieron que dejase de gritar y lamentarse, le dijeron: «-Cállate, que ahí viene Catalina. -Todavía no viene -dijo él-. Está en tal lugar». E indicó exactamente dónde estaba en aquel momento. Al preguntarle qué

estaba haciendo ella, dijo: «-Algo que a mí me desagrade soberanamente y que hace con frecuencia». Y después de decir esto, gritó desafortadamente: «-¿Por qué me tiene aquí sujeto?».

A pesar de todo esto la cabeza de la demoníaca no se movió del lugar donde la Santa había ordenado que permaneciese.

Después de algunos minutos de silencio, dijo: «-Aquella a quien yo aborrezco vuelve aquí; está en tal lugar». Y fue indicando sucesivamente las distintas localidades por donde pasaba Catalina, hasta que por fin dijo: «-Ahora está entrando en esta casa». Y era cierto.

Cuando Catalina penetró en la habitación, el demonio gritó con voz estridente dirigiéndose a ella: «-¿Por qué me tienes aquí sujeto? -Levántate, maldito -dijo entonces Catalina-. Vete inmediatamente, y deja en paz a esta mujer redimida por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y nunca vuelvas a atormentarla».

A estas palabras el espíritu abandonó todas las partes del cuerpo de la posesa excepto la garganta, la que se inflamó de una manera terrible. Catalina aplicó una de sus virginales manos a la parte hinchada e hizo sobre ella la señal de la Cruz, con lo que el demonio se retiró por completo.

La mujer quedó muy débil por exceso de sufrimiento y Catalina la sostuvo durante algún tiempo en sus brazos y con la cabeza apoyada sobre su pecho. Luego ordenó que se le diese una comida liviana y la envió a su casa.

Nuestro Señor Jesucristo liberó a varios otros posesos por la intercesión de Catalina. No refiero aquí esas curaciones porque las que acabo de mencionar son suficientes para dar una idea clara de la gracia recibida por ella para arrojar a los demonios del cuerpo.

## Capítulo IX

*Que trata del don de profecía de Catalina y de cómo salvó a varias personas de los peligros de alma y de cuerpo que las amenazaban.*

Lo que voy a referir puede parecer increíble, pero protesto una vez más que la verdad infalible es mi testigo y que tengo absoluta certeza de que cuanto relato es tal como ha ocurrido.

Catalina poseía el don de la profecía de una manera tan perfecta y constante que nada podía escapársele. Sabía todo lo referente a ella misma y a todos los que vivían cerca de ella o buscaban en sus consejos beneficio para sus almas. Era imposible para cualquiera de nosotros hacer algo bueno o malo en su ausencia sin que ella supiese al instante todo. Nosotros experimentábamos, por decirlo así, la sensación de que ella estaba presente en todas nuestras acciones, y lo que es más admirable todavía, muchas veces nos hablaba de nuestros más íntimos pensamientos como si hubiesen sido suyos. Yo sé esto por propia experiencia y confieso ante toda la Iglesia Militante haber sido reprendido por ella a causa de ciertos pensamientos que me molestaban en el mismo momento en que hacía obstinados esfuerzos

para ocultárselos. No me avergüenza declararlo para gloria de ella. «-¿Por qué me oculta -me dijo- lo que yo veo con más claridad todavía que usted mismo en su pensamiento?». Y a continuación me dio un consejo saludable con respecto a aquel asunto. Esto me ocurrió con frecuencia. Aquel que lo conoce todo es mi testigo. Pero entremos en algunos detalles y empecemos por cosas del espíritu.

Había en Siena un caballero quien a la nobleza del nacimiento agregaba gloriosas hazañas y que ostentaba el nombre de «señor» Nicolás de Sarasio. Este noble, después de haber pasado la mayor parte de su vida en los campos de batalla, se había retirado al hogar doméstico con el fin de disfrutar de las comodidades y la tranquilidad que podía proporcionarle su fortuna. La eterna bondad que no quiere la muerte de nadie inspiró a la esposa de este caballero y algunos parientes piadosos el designio de inducirle a confesarse y hacer penitencia por los muchos pecados que indudablemente había cometido durante su vida; pero él, atraído por las cosas de la tierra desdeñó la piadosa insinuación.

En esta época la bienaventurada Catalina alumbraba a la ciudad de Siena con sus virtudes y era particularmente notable por la conversión de los pecadores más endurecidos, quienes, o bien se consagraban por completo al Señor o abandonaban en parte sus malas costumbres. Las personas que estaban tan interesadas en la salvación eterna del caballero, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, le pidieron que tuviese una entrevista con Catalina, a lo que él contestó: «-¿Qué tengo yo que ver con esa buena mujer? Por favor, ¿díganme qué servicio puede hacerme?». La esposa, que sentía gran veneración por la Santa, fue a visitar a esta informándola de lo endurecido que estaba su marido y pidiéndole encarecidamente que orase por él.

Y ocurrió que una noche Catalina se apareció en sueños a nuestro caballero y le dijo que atendiese los consejos de su esposa o de lo contrario estaría en gran peligro su eterna salvación. Al despertar dijo él a su mujer: «-Esta noche he visto en sueños a esa Catalina de quien me has hablado tantas veces; me gustaría tener una entrevista con ella y ver si realmente es tal como yo la he visto». La mujer, llena de alegría, se apresuró a poner a la Santa en conocimiento de los deseos de su esposo, y convino con ella la oportunidad en que podría realizarse el encuentro de ambos. Finalmente, el caballero conversó con Catalina, se convirtió por completo y prometió confesar sus pecados a Fray Tomás. Fue fiel a la gracia y cumplió su promesa.

Una mañana este hombre, a quien yo ya conocía, se encontró conmigo mientras yo regresaba de la ciudad en dirección a mi convento y me preguntó dónde podría encontrar entonces mismo a Catalina. Yo le contesté: «-Probablemente en nuestra iglesia. -Le ruego -repuso él- que me conduzca allá, porque necesito hablar con ella». Yo asentí con la mejor voluntad y al entrar en la iglesia en su compañía, llamé a una de las compañeras de la Santa y le pedí hiciese llegar hasta ella la petición del caballero.

Catalina se alzó del lugar donde estaba orando y avanzó hacia el visitante, a quien saludó con gracia y cortesía. El anciano caballero, después de hacerle una profunda inclinación, le dijo: «-*Madame*, ya hice todo lo que usted me indicó; confesé todos mis pecados a Fray Tomás, quien me impuso una penitencia que estoy dispuesto a cumplir». Catalina contestó: «-Ha obrado usted sabiamente cuidando la salvación de su alma; ahora evite sus antiguas prácticas y combata tan valerosamente por Nuestro Señor Jesucristo como antes lo hizo por el mundo». Y agregó: «-Señor, ¿ha confesado usted todos sus pecados?». Y como él le asegurase que no recordaba haber omitido ninguno, ella insistió: «-Examine bien su conciencia y vea si se le ha olvidado algo».

Él afirmó de nuevo haber confesado todo lo que recordaba. Entonces Catalina le llevó aparte y en voz baja le recordó un grave pecado que él había cometido secretamente hacía ya muchos años, cuando estaba en las Apulias. El hombre, asombrado, recordó y fue inmediatamente en busca de Fray Tomás, ante quien completó su confesión. No pudiendo guardar silencio con respecto a este milagro, refirió a todas sus relaciones el caso y a partir de aquel día obedeció las indicaciones de Catalina con ejemplar sumisión.

Antes de haber tenido el privilegio de relaciones de una manera inmediata con la bienaventurada Catalina, había vivido yo durante mucho tiempo en una ciudad fortificada llamada Montepulciano, donde dirigí por cuatro años un monasterio de religiosas de mi orden. Durante mi estada en dicha ciudad, donde no había convento de frailes predicadores, tenía un solo compañero y encontraba especial placer en conversar con hombres de la localidad que iban a visitarme. Fray Tomás, el confesor de Catalina, y Fray Jorge Naddo, que actualmente es profesor de Teología, me propusieron entrevistarse conmigo en el convento de Siena con el fin de conversar acerca de cosas del espíritu.

Con el fin de hacer el viaje con mayor rapidez, los dos religiosos pidieron a personas de su relación caballos, y montados en ellos iniciaron su jornada. Cuando se encontraban a unos diez kilómetros del lugar de donde habían salido, cometieron la imprudencia de hacer alto para descansar. Los habitantes de aquellos parajes no eran ladrones de profesión, pero prácticamente se conducían como si lo fuesen, y cuando transitaba por allí algún viajero solo y sin defensa, le asaltaban para robarle y aun a veces le daban muerte con el propósito de ocultar su delito.

Habiendo visto a los dos religiosos que estaban descansando en una posada, se reunieron en número de diez o doce y los esperaron fuera del poblado en una encrucijada y cuando pasaron los viajeros los asaltaron brutalmente armados con espadas y lanzas, los derribaron de los caballos y los condujeron arrastrándolos hasta un lugar solitario situado en medio de un bosque. Una vez aquí, los forajidos celebraron consejo, y los religiosos comprendieron claramente que se trataba de matarlos y de enterrar luego sus cadáveres con el fin de ocultar su criminal conducta.

Obligado por las circunstancias, Fray Tomás no escatimó ruegos ni promesas comprometiéndose a no «decir nada» de lo ocurrido si los dejaban en libertad, pero viendo que todo era inútil y que cada vez los iban llevando más adentro del bosque, comprendió que solamente Dios podía ayudarles en tales circunstancias y comenzó a orar con el mayor fervor. Sabiendo lo grata que era al Señor su hija espiritual Catalina, dijo interiormente: «-Catalina, dulce y fervorosa sierva del Señor, ayúdanos en este peligro». Apenas había dicho con el pensamiento estas palabras, cuando uno de los facinerosos, el que precisamente parecía haber recibido el encargo de darle muerte, dijo dirigiéndose a los demás: «-¿Por qué hemos de matar a estos pobres frailes que no nos han hecho ningún mal? Sería un crimen imperdonable. Parecen hombres buenos y no nos harán traición». Unánimemente fue aceptada por todos esta propuesta, y no sólo dejaron a los dos religiosos con vida, sino que les devolvieron todo lo que les habían robado, dinero, ropas y caballos.

Cuando Fray Tomás volvió a Siena, certificó por escrito, y luego me contó a mí que en el instante en que invocó la ayuda de Catalina, esta dijo a una de sus compañeras: «-Mi Padre confesor se encuentra en un gran peligro», y levantándose de donde estaba, fue a su oratorio y se puso a orar. No puede ponerse en duda que fue la eficacia de su plegaria lo que produjo un cambio tan extraordinario en la disposición de los ladrones y podemos suponer también que

no cesó en su oración hasta que los religiosos recobraron su libertad y fueron puestos de nuevo en posesión de lo que les había sido robado. Es, pues, evidente que Catalina estaba dotada del espíritu de profecía, pues captó a distancia de más de cuarenta kilómetros una invocación mental que fue dirigida a ella y tuvo el poder de otorgar inmediatamente la ayuda que se le pedía.

Voy a relatar aquí otro caso del cual fui testigo juntamente con Fray Pedro de Velletri, religioso de mi orden, el cual actualmente es penitenciario de San Juan de Letrán. Es una nueva demostración del espíritu de profecía de que estaba dotada Catalina.

En el momento en que una gran parte de las tierras y ciudades que formaban el patrimonio de la Santa Sede, se rebelaron contra el Sumo Pontífice Gregorio XI (1375), la Santa se encontraba en Pisa; yo la acompañaba. Cuando tuvimos noticia de la defección de la ciudad de Perusa, yo me afligí grandemente al pensar que cristianos sin temor a Dios ni amor a su Iglesia conculcaban de esa manera los derechos de la misma y se burlaban de la excomunión lanzada contra ellos por el representante de Cristo en la tierra. Fui entonces a ver a Catalina, acompañado por Fray Pedro de Velletri; llevaba el corazón angustiado y con ojos llenos de lágrimas le anuncié el triste acontecimiento. Al principio ella compartió nuestro sentimiento y deploró la pérdida de almas y el gran escándalo que afligía a la Iglesia. Pero al cabo de algún tiempo, viendo que estábamos muy deprimidos tanto mi compañero como yo, nos dijo a guisa de consuelo: «-No se apresuren a derramar lágrimas; habrá cosas de mayor importancia por que lamentarse. Lo que ahora ocurre es miel y leche comparado con lo que va a sobrevenir».

Estas palabras, en lugar de consolarnos, aumentaron nuestro sentimiento y yo le dije: «-Madre, ¿es posible contemplar mayor desgracia que los cristianos pierden el amor y el respeto a la Iglesia de Dios, y sin temor a las censuras de la misma, se separan abiertamente de ella? El paso siguiente ¿será acaso negar a Dios?». Catalina me contestó: «-Ahora son los seculares quienes se conducen así; antes de mucho tiempo veremos que el mismo clero se hará culpable». Y como yo presa de intenso asombro exclamase: «-¡Qué horrible! ¿Se rebelará el clero contra el Sumo Pontífice?», ella prosiguió: «-Cuando el Santo Padre intente reformar su moral, los eclesiásticos ofrecerán a la Iglesia el espectáculo de un gran escándalo. Se insubordinarán y se separarán de ella como verdaderos heresiarcas». Estas palabras me dejaron sobrecogido por la emoción, y pregunté: «-Madre, ¿habrá una nueva herejía? -No será una verdadera herejía -me contestó- pero dividirá a la Iglesia y a toda la Cristiandad; ármese de paciencia, pues se verá obligado a presenciar muchos infortunios».

Guardé silencio y esperé, pues pensaba que iba a descubrirme otras muchas cosas, pero para no aumentar mi aflicción, decliné hacer otras predicciones. Confieso que a causa de la oscuridad de mi inteligencia no había comprendido bien lo que me había dicho, porque creí que todo eso habría de ocurrir durante el pontificado de Gregorio XI. Cuando falleció este, yo había olvidado ya la profecía, pero cuando le sucedió Urbano VI y la Iglesia se escindió con el cisma, vi el cumplimiento de lo que Catalina me había dicho. Reprochándome lo obtuso de mi inteligencia, intenté mantener con ella otra conversación acerca de este asunto. Dios me otorgó este privilegio cuando obedeciendo a una orden del Sumo Pontífice, Catalina fue a Roma a los comienzos del cisma. Entonces le recordé lo que me había dicho algunos años atrás; ella no lo había olvidado y agregó: «-Entonces le dije a usted que aquella era *miel y leche* comparado con lo que vendría después, y ahora le aseguro que lo que aquí ocurre es un juego de niños en proporción con lo que vendrá en los territorios vecinos». Con estas palabras quiso designar a Sicilia, la provincia romana y la región limítrofe. El cielo y la tierra pueden ser testigos del cumplimiento de esta predicción.

Reinaba entonces la reina Juana, pero después ¿quién podría describir los infortunios que sobrevinieron sobre ella y su reino, sobre su sucesor y sobre los extranjeros que entraron en sus estados? Las depredaciones que asolaron aquel infortunado país son universalmente conocidas. Resulta pues evidente que la bienaventurada Catalina estaba dotada del don de la profecía en tal alto grado que leía en el futuro, no importa cuál fuese la importancia de los acontecimientos que estaban destinados a ocurrir.

Y para que no se pueda decir lo que Achab había dicho de Micheas (4 REYES XII, 8), «sus profecías anuncian siempre el mal y no el bien», presentaré a mis lectores algo dulce después de lo amargo.

Estando en Roma pregunté a Catalina qué habría de ocurrir a la Iglesia después de estas miserias, y ella me contestó: «-Una vez que hayan pasado estas tribulaciones y pruebas, purificará Dios a su Iglesia por medios desconocidos de los hombres; levantará las almas de los elegidos de estas miserias y la reforma será tan bella, la renovación de sus ministros tan perfecta, que la visión de ese futuro llena mi alma de alegría en el Señor. Muchas veces he hablado a usted de las heridas, de la desnudez de la esposa de Cristo, pero para entonces estará radiante de belleza, resplandeciente de joyas y coronada con una diadema de virtudes; los fieles se regocijarán con la santidad de sus pastores y los infieles atraídos por el buen olor de Jesucristo, volverán al redil y se rendirán al jefe y pastor supremo de sus almas. Demos gracias a Dios por la gran calma que dará a su Iglesia después de estas tempestades».

No dijo más. Y yo que sé que el Todopoderoso es más pródigo en sus misericordias que en sus rigores, tengo la firme esperanza de que todos los males que suceden ahora se convertirán en bendiciones y que lo dicho por la bienaventurada Catalina sobrevendrá.

Como estoy tratando ahora de las profecías de Catalina, creo que este es el mejor lugar para confundir la ignorancia de aquellos que tienen la presunción de poner argumentos contra su sinceridad y esparcen vergonzosas calumnias contra su santidad. Para dar un aparente colorido a sus falsedades dicen que Catalina predijo una gran cruzada y que ella y sus discípulos seguirían a los cristianos en su viaje a la Tierra Santa. Como tanto Catalina como aquellas personas que la acompañaban han muerto ya y por consiguiente tal peregrinación sería imposible, sacan la consecuencia de que sus palabras no fueron proféticas, sino meras divagaciones indignas de prestárseles atención.

Reconozco que Catalina siempre deseó una cruzada y que procedió con diligente celo con la esperanza de que llegase a cumplirse este deseo, que fue, puedo decirlo también, el motivo principal de su ida a la ciudad de Avignon. Reconozco también que intentó persuadir al Papa Gregorio para que organizase una guerra santa; soy testigo de ello, porque cuando ella conversó con el Soberano Pontífice acerca de este asunto, actué como intérprete, pues Gregorio XI hablaba en latín y ella en el dialecto de Toscana. El Papa le dijo: «-En primer término debe restablecerse la paz entre los cristianos; entonces podremos organizar una cruzada». Catalina replicó: «Santo Padre, no hay mejor manera de restablecer la paz entre los cristianos que emprender una cruzada. Todos esos soldados turbulentos que ahora mantienen la división entre los fieles, se prestarán animosos a combatir por la causa de Dios; muy pocos se rehusarán a servir a Dios en la profesión que les agrada, y que será un medio de expiar sus pecados y el fuego se extinguirá entonces por falta de combustible. De esta manera se conseguirán simultáneamente varias cosas buenas: la paz sobrevendrá para aquellos cristianos que la desean y se salvarán grandes pecadores desviando sus actividades hacia otro lado. Si obtienen importantes victorias, Vuestra Santidad podrá tratar con príncipes cristianos; si caen,



habrá procurado la salvación de sus almas a punto de perecer. Esto, con la perspectiva además de que muchos sarracenos se convertirían a nuestra santa fe». Estas palabras prueban el celo con que trabajaba Catalina para organizar la cruzada.

Dicho esto, declaro a esos calumniadores que jamás oí a Catalina decir que la tal cruzada llegaría a realizarse. Por el contrario, siempre la encontré muy reservada con respecto a este punto, sin señalar fechas, sino resignándose en todo a los designios de la Divina Providencia. Expresaba su esperanza en que Dios dirigiría una mirada de misericordia sobre su pueblo y que de esta manera se salvarían muchos, tanto creyentes como infieles, pero nadie podrá afirmar que indicó jamás la fecha en que se realizaría la cruzada y que dijese que ella la seguiría en compañía de sus discípulos. Si hay alguien que lo haya entendido de esta manera, es porque ha dado una mala interpretación a sus palabras.

La persona que fue objeto de la siguiente profecía se la cuenta diariamente a cuantos tienen deseos de escucharla.

Vivía en Siena, en la época de mi relación, con Catalina, un joven de noble linaje, pero que al mismo tiempo tenía viles y despreciables costumbres. Había perdido a sus padres a edad temprana y la gran libertad de que gozara desde entonces, le condujo a las más vituperables prácticas. Contrajo enlace con una jovencita y aunque esta unión debiera haberle incitado a reformar su vida, no ejerció sobre él los beneficiosos efectos que fueran de desear. Uno de los compañeros de Francisco Malevolti -que así se llamaba y se llama todavía, pues vive aún- era discípulo de Catalina, tuvo compasión de su alma y le invitó a ir con él para escuchar las palabras edificantes de la «Santa». Él accedió y durante algún tiempo dio muestras de haberse arrepentido, pues moderó sus desórdenes aunque sin abandonarlos por completo. Recibió las saludables lecciones de Catalina y sus admirables ejemplos y hasta los puso en práctica; pero volvió a sus costumbres anteriores, especialmente al juego, vicio del que era muy apasionado.

Catalina, que rogaba frecuentemente por la salvación de este mozo, le dijo un día en el ardor de su celo: «-Usted viene a visitarme con frecuencia, y luego vuela como un pájaro sin domesticar y retorna a sus vicios. Vuele todo lo que usted quiera, pues llegará el día en que Dios me permitirá echarle un lazo al cuello y de esa manera quedarán cortados esos vuelos». Catalina falleció sin que se hubiesen cumplido sus palabras y el pobre Francisco recayó de nuevo en sus pecados. Pero su fiel amiga hizo más por él cuando se fue al cielo que había hecho con sus consejos sobre la tierra. Francisco perdió en edad temprana a su esposa; luego a la madre de esta y por fin a otras personas que eran otros tantos obstáculos para su salvación. Una vez que hubo quedado solo tuvo oportunidad de reflexionar profundamente en la vida que llevaba y renunció al mundo para ingresar en la orden de los Olivetanos, donde perseveró por la gracia de Dios y los merecimientos de su protectora. Siempre atribuyó su conversión a aquella que se la había predicho y en la actualidad refiere la historia de la misma a cuantos quieren escuchársela.

Para poner punto final a este aspecto de la vida de Catalina, voy a relatar un hecho del que Dios me concedió que fuese testigo, pero que puede apreciar mejor que yo don Bartolomé de Rávena, que era entonces, y aún lo es, prior de la Cartuja de la isla Gorgona, situada a treinta millas del puerto de Livorna. Este religioso, en quien una piedad fervorosa se une a una gran prudencia, era muy adicto a Catalina y extraía gran provecho espiritual de sus admirables enseñanzas. Frecuentemente la urgía a que fuese a pasar un día en la isla con el fin de que tanto él como los religiosos que estaban bajo su dirección pudiesen escucharla y sacar espiritual provecho de sus consejos. Con ese propósito me pidió que interpusiese ante la Santa

mi influencia hasta que esta accediese a su pedido. Catalina consintió al cabo y emprendimos viaje en dirección a la isla unas veinte personas.

La noche de nuestra llegada el prior de los cartujos alejó a la santa y a sus compañeras a una milla de distancia del monasterio, y a la mañana siguiente condujo a sus monjes a la presencia de Catalina pidiendo a esta que les dirigiese algunas palabras de edificación. Ella se rehusó al principio alegando su incapacidad, su ignorancia y su sexo, diciendo que lo más apropiado en el caso presente era que ella escuchase a los siervos de Dios y no que ellos la escuchasen a ella. Pero vencida por los ruegos del padre y de sus hijos espirituales, comenzó a hablar y dijo lo que el Espíritu Santo le inspiraba acerca de las numerosas tentaciones e ilusiones que el demonio presenta a los solitarios y de los medios para vencer estas tentaciones y conseguir una completa victoria sobre el enemigo común de las almas. Todo lo dijo con tal método y de una manera tan clara y distinta que los que la oyeron, yo entre ellos, quedamos asombrados.

Cuando terminó, el prior se volvió hacia mí y me dijo con admiración: «-Querido hermano Raimundo, yo confieso a estos religiosos y por consiguiente conozco los defectos de cada uno de ellos. Le aseguro que si esta santa mujer hubiese oído como yo sus confesiones, no habría hablado de una manera más precisa y ajustada a las necesidades espirituales de cada uno de ellos. No dejó de lado ninguna de sus necesidades y no dijo una sola palabra inútil. Es evidente que posee el don de la profecía y que dice lo que le inspira el Espíritu Santo».

Agregaré antes de terminar este capítulo que en muchas oportunidades me predijo muchas cosas con respecto a las cuales yo no tenía la menor sospecha, pero que fueron cumplidas al pie de la letra de acuerdo con sus palabras. Por ahora declino hablar de ellas, limitándome, como hice hasta ahora, a lo que les ocurrió a otros, entre otras cosas el terrible castigo que habrán de sufrir algunos perseguidores de la Iglesia Católica. Pero aun con respecto a este punto me abstengo de citar nombres a causa de la maldad propia de la época que corremos y para evitar que se excite contra la memoria de la Santa el veneno de sus detractores.

## Capítulo X

*En el que se trata de los milagros obrados por Dios mediante Catalina sobre cosas inanimadas.*

La suprema justicia quiere que todas las cosas obedezcan a quienes son perfectamente obedientes a Dios. Catalina obedeció a Dios con perfección y todas las criaturas fueron en consecuencia obedientes a sus mandatos.

En la época en que Catalina vivía en la ciudad de Siena y anteriormente a mi relación con ella, residía allí una joven viuda llamada Alesia, la cual profesaba a la Santa un afecto tan grande que la vida le resultaba desagradable si no disfrutaba de su compañía. Ansiosa por vestir el santo hábito que llevaba Catalina, abandonó su propia casa para ocupar otra al lado de la de su amiga y de esta manera poder verla con mayor frecuencia. De aquí que también Catalina dejase algunas veces el techo paterno para pasar con Alesia algunos días y a veces semanas y hasta meses enteros.

Un año el trino era escaso; en muchas casas se echó a perder a causa de la humedad y como no había otra cosa mejor, Alesia se vio obligada a comprar de aquel trigo averiado. Al acercarse la cosecha que se anunciaba abundante, el mercado se abarrotó de trigo de excelente calidad. Alesia tenía en su casa harina hecha con el trigo en malas condiciones y pensó tirarla y renovar sus provisiones comprando grano del que acababa de ponerse en venta. Como hablase con Catalina acerca de sus propósitos, esta le dijo: «-¿Por qué tirar lo que Dios ha dado para sostenimiento del hombre? Si no te agrada el sabor de ese pan, dáselo a los pobres que no tienen ninguno». Alesia contestó que sentía escrúpulos de conciencia en dar a los pobres un pan de tan mala calidad y que prefería dar por perdida esa harina, y hornear gran cantidad de pan con la nueva y repartirlo entre los necesitados. Catalina replicó: «-Prepara el agua y trae la harina que piensas tirar; yo haré el pan y se lo distribuiremos a los pobres de Jesucristo».

Catalina amasó la harina y con una pequeña cantidad de aquella pasta mala hizo tantos panes y con tanta rapidez, que Alesia y sus criadas que la estaban mirando no podían salir de su asombro. Para el número de panes que la bendita Catalina presentó a su amiga, habría sido necesaria una cantidad de harina cuatro o cinco veces mayor. Alesia los colocó en las tablas como de costumbre antes de ponerlos en el horno, notando con verdadero asombro que aquella masa no tenía el mal olor que las hechas por ella con la misma harina.

Cuando estuvo horneado el pan, Catalina hizo que lo sirviesen en la mesa y los que comieron de él declararon que no solamente carecía del mal sabor del otro pan hecho con la misma harina, sino que jamás habían gustado un pan tan delicioso.

El hecho fue puesto en conocimiento de Fray Tomás, quien fue, acompañado por otros religiosos de gran saber a enterarse de los detalles de aquel asunto, y estas personas piadosas quedaron llenas de admiración al ver la cantidad de panes que se habían hecho con tan poca harina, deshaciéndose también en elogios con respecto a la calidad del pan.

Un tercer prodigio sucedió a los anteriormente mencionados. Los panes fueron distribuidos abundantemente tanto a los pobres como a los religiosos; en la casa no se consumía otro pan y sin embargo, siempre había en la despensa. El Señor, por consiguiente, había, realizado tres milagros por intercesión de su sierva: En primer lugar había corregido la mala calidad de la harina; luego aumentó la masa que se había formado con ella y, finalmente multiplicó los panes en forma tal que no obstante el consumo que se hizo de ellos, duraron sin agotarse varias semanas. Muchas personas piadosas conservan todavía pedazos de este pan milagroso y algunas lo tienen todavía en su poder, a pesar de haber transcurrido ya veinte años desde que se realizó el milagro.

Catalina vivía todavía cuando yo tuve conocimiento del mencionado prodigio y como tuviese deseo de saber con mayores detalles lo ocurrido, la interrogué privadamente con respecto a tal acontecimiento. Ella me dio la siguiente respuesta: «-Yo experimenté un ardiente deseo de evitar que se tirase lo que Dios había destinado para alimento nuestro y al mismo tiempo sentí una gran compasión para con los pobres. Animada de estos sentimientos fui adonde estaba el arca que contenía la harina. Entonces se me apareció la bendita Virgen María acompañada por santos y ángeles ordenándome que hiciese lo que había proyectado. Al mismo tiempo que yo amasaba la harina, ella se dignó ayudarme en el trabajo con sus santísimas manos. Fue la virtud que emanaba de sus sagradas manos lo que aumentó la cantidad de los panes. Una vez que había dado forma a uno de ellos, me lo pasaba a mí y yo a mi vez se los entregaba a Alesia y a la sirvienta».

Yo le dije entonces: «-Madre, ahora no me admira que el pan tuviese un sabor tan delicioso, pues estaba amasado y formado por las gloriosas manos de la gran Reina en cuyo seno virginal la augusta Trinidad tuvo a bien formar el *pan bajado del Cielo* y que *da la vida al creyente*». Ayudando de esta manera a Catalina la Madre del Mundo se dignó mostrarnos que así como nos dio un pan milagroso aunque material, también por su intercesión llegaba a nosotros el pan espiritual de nuestra salvación.

Habiendo hablado de esta multiplicación del pan, continuaremos con el mismo asunto recordando lo que ocurrió en el último período de su vida. Mis testigos son dos «Hermanas de Penitencia» de Santo Domingo, que todavía viven y que en la actualidad se encuentran en Roma. La primera es Lisa, cuyo nombre resultará familiar a mis lectores; la segunda se llama Juana de Capo, y entonces se encontraba en Siena. Las dos acompañaron a Catalina cuando el Papa Urbano VI, de feliz memoria, ordenó a la Santa que fuese a la ciudad eterna.

Catalina fue acompañada por numerosas personas: unas movidas por el deseo de visitar los lugares santos de la ciudad; otras para solicitar algún favor al Soberano Pontífice y las más atraídas por la conversación de Catalina, tan provechosa para el bien de las almas. Debo agregar también que a ruego de la Santa el Papa autorizó a varios religiosos para que fuesen con ella a Roma. A todas estas acompañantes ofreció Catalina hospitalidad, ella que no tenía nada en el mundo; pero su confianza en Dios era tan grande que no se habría arredrado ante la perspectiva de tener como huéspedes a un centenar de personas, pues sabía que los tesoros de Dios son inagotables. Al principio de su llegada sólo tenía con ella a unas veinticuatro compañeras, pero el número fue aumentando considerablemente.

En la casa donde se hospedó con todo su séquito estableció un orden admirable: una de sus asociadas era designada semanalmente para que se ocupase de las cosas domésticas con el fin de que las demás pudiesen ocuparse de Dios y cumplir las obras piadosas propias de su estancia en la ciudad santa, y que habían sido la razón principal de su viaje a la misma.

A Juana de Capo le correspondieron las funciones de ama de casa. El pan que se consumía en la casa era obtenido de limosna, y Catalina había recomendado a la persona que estuviese a cargo de este renglón que avisase con un día de anticipación cuando iba a faltar el pan, pues así podrían tomarse las medidas conducentes a su obtención. Pues bien, Dios permitió que a Juana se le olvidase en una oportunidad esta recomendación; una noche se terminó casi todo el pan y no sólo no había avisado a Catalina sino que no disponía de medio alguno para conseguirlo. Apenas había pan para cuatro personas, y Juana reconociendo su negligencia fue pensativa y mortificada adonde estaba Catalina para confesarle su falta y solicitar su ayuda en aquella emergencia.

La Santa le dijo: «-Hermana, que Dios la perdone por habernos colocado en esta situación, a pesar de la orden que le di. Ahora toda la comunidad está hambrienta y como es tan tarde y falta tan poco tiempo para la hora de la cena, ¿dónde podremos conseguir el pan que necesitamos?».

Juana se lamentó confesando su falta y diciendo que merecía una penitencia.

-Diga a los siervos de Dios que se sienten a la mesa -ordenó Catalina. Y como Juana observase que había tan poco pan que partiéndolo entre todos ninguno tendría suficiente, la santa repuso:- Dígales que empiecen a comer con lo poco que se les ha servido y esperen a que Dios provea a sus necesidades -Dicho esto se retiró a orar.

Juana cumplió sus órdenes y distribuyó entre todos la escasa cantidad de pan que había. Los comensales, debilitados y hambrientos a consecuencia de los continuos ayunos pensaron que las raciones servidas eran muy escasas y que apenas bastarían para empezar. Pero comenzaron a comer y siguieron comiendo hasta estar satisfechos, porque a medida que iban consumiendo el pan que había en la mesa se multiplicaba, de manera que siempre había algo sobre ella, cosa que en medio de todo no debe causar sorpresa pues era obra de Aquel que con cinco panes satisfizo en una oportunidad la necesidad de cinco mil personas.

Todos los comensales estaban asombrados, pues el milagro era evidente, y preguntaron en qué estaba ocupada Catalina en esos momentos. Cuando supieron que estaba orando, las dieciséis personas presentes estuvieron de acuerdo al decir: «-Su oración nos ha traído el pan del cielo; la pequeña cantidad que se nos sirvió, muy lejos de disminuir ha aumentado». Después de la comida quedó tanta cantidad de pan sobre la mesa que bastó para que comieran todas las hermanas de la casa y otras personas que luego participaron de él, quedando todavía gran cantidad, que luego se repartió como limosna a los pobres.

Lina y Juana, que fueron testigos presenciales de este milagro, me refirieron otro parecido a él, realizado por Dios también por la intercesión de Catalina. Ocurrió en la misma casa y el mismo año, durante la cuaresma, y en una semana en que Francisca -una hermana de Penitencia de Santo Domingo, compañera espiritual de la Santa en la tierra, y yo confío que también en el cielo- desempeñaba las funciones de ama de casa.

No quiero pasar en silencio lo que me ocurrió a mí después de haberse ido Catalina a la mansión de los bienaventurados; testigos de ello fueron todos los frailes que por aquel entonces se encontraban en el convento de Siena. Sucedió hace casi cinco años. Yo estaba en dicha ciudad y a pedido de los hijos espirituales de la Santa, había empezado a escribir su vida.

Se me ocurrió la idea de que la cabeza de la Santa, que había sido llevada de Roma a Siena y que yo había adornado lo mejor que supe, poniendo en ello toda la habilidad de que era capaz, todavía no había sido expuesta al público y honrada en la forma que le era debido. Pensé que podía designarse un día para la solemne recepción de tan preciosa reliquia en el convento y que los religiosos podrían cantar el oficio del día, puesto que no estaba permitido uno particular, ya que el Sumo Pontífice no la había inscripto aún en el catálogo de los bienaventurados. La fiesta se realizó, con gran satisfacción de religiosos y seglares, y de una manera especial de aquellas personas a quienes ella había dirigido espiritualmente. Yo invité a sus discípulos más fieles al refectorio y recomendé al hermano lego que les atendiese con particulares consideraciones.

Cuando se hubieron terminado los oficios divinos y llegó el momento del almuerzo, el hermano encargado de la despensa se presentó ante el superior del convento y le dijo con expresión melancólica que no había pan suficiente para los religiosos que comían en el primer turno, y por lo tanto tampoco lo habría para los invitados, que eran en número de veinte. En vista de este informe, el prior trató de comprobar por sí mismo la situación, y una vez que lo hubo hecho, envió inmediatamente al hermano encargado del refectorio, junto con fray Tomás (el primer confesor de la Santa), a las casas de algunos amigos de la orden con el fin de que les facilitasen el pan que se necesitaba. Pero como tardasen demasiado en regresar, el prior ordenó que el pan que había en la casa fuese llevado a la mesa donde estaban los invitados juntamente conmigo.

Y como los que habían salido en busca del pan no regresaban, el prior dio orden a los religiosos que se sentasen a la mesa y que empezasen a comer. Ahora bien: fuese en la despensa o en la misma mesa o en cualquier otra parte, el caso fue que el pan se multiplicó en tal forma por la intercesión de Catalina, que todo el convento, tanto en el primero como en el segundo turno, hubo pan en abundancia, habiéndose alimentado con él cincuenta religiosos cuando apenas había para cinco.

Cuando llegaron los frailes mendicantes, se les dijo que su colecta de pan serviría para otra vez, pues Dios había proveído abundantemente a las necesidades de sus siervos.

Después de la comida conversé con nuestros invitados, y estaba refiriéndome a las virtudes de Santa Catalina, cuando llegó el prior con otros religiosos y nos contaron el milagro que acababa de tener lugar. Entonces dije a mis oyentes: «-Nuestra bendita madre no ha querido privarnos en el día de su fiesta de un prodigio que realizó con frecuencia durante su paso sobre la tierra. Esta es una prueba de que acepta nuestro homenaje y está con nosotros. Demos pues gracias a Dios y a *ella* por su maternal bondad».

Además de los hechos maravillosos anteriormente relatados, Dios obró muchos otros milagros por intercesión de su esposa: sobre flores, por ejemplo, pues la Santa era muy aficionada a esta poesía de la naturaleza; sobre objetos rotos o dañados, y sobre toda clase de cosas inanimadas, pero quiero pasarlos por alto para no incurrir en prolijidad. Sin embargo, voy a permitirme narrar un hecho atestiguado por más de veinte personas, entre las cuales me cuento, y que es muy conocido de los ciudadanos de Pisa.

En el año 1375, Catalina y su comitiva se alojaron en la casa de Gerardo Buonconti. Durante su estada en dicha ciudad, los continuos éxtasis debilitaron en tal forma su cuerpo que todos pensamos estaba a punto de morir. Yo sentía mucho el tener que perderla, y durante mucho tiempo estuve pensando en la manera de hacerla revivir. Ella experimentaba verdadero horror hacia la carne, los huevos y el vino, y con más razón -pensé- se negaría a tomar cualquier clase de cordiales. Viendo que por este lado nada adelantaría, le pedí que me permitiese poner un poco de azúcar en el agua fría que estaba bebiendo, a lo que ella me contestó: «-¿Quiere usted extinguir en mí los pocos restos de vigor que me quedan? Cualquier cosa dulce es un veneno para mí».

Gerardo y yo tratamos de encontrar algún remedio contra la extrema debilidad de Catalina. Yo recordaba haber visto en casos parecidos frotar las muñecas y las sienes del enfermo con vino de Vernaceia y conseguir de esta manera un sensible alivio. Propuse a Gerardo intentar la administración de este remedio externo, ya que interiormente se negaba a tomarlo. Me informó él que un vecino suyo tenía un casco de esta clase de vino y que no habría dificultad alguna en conseguir una pequeña cantidad de él.

La persona enviada con esta comisión describió los desvanecimientos que sufría Catalina a causa de su extrema debilidad, y en nombre de Gerardo pidió una botella del vino en cuestión, a lo que el vecino, cuyo nombre he olvidado, contestó: «-Amigo, con mucho gusto le daría a Gerardo el casco entero, pero hace ya dos meses que está completamente vacío. Lo siento mucho, y para que vea que no le miento, venga a verlo». Condujo al visitante a la bodega, y este pudo apreciar exteriormente que el casco estaba vacío. Sin embargo, el dueño, para darle una seguridad mayor, introdujo dentro del mismo la vasija de que se servía para extraer el vino de las cubas, y ¡cuál no sería su asombro cuando apareció el recipiente lleno de vino de Vernaceia, en tanta abundancia que rebosó hasta derramarse en el suelo! El dueño de casa, estupefacto, llamó a las personas de la casa y les preguntó si habían echado vino en el

casco. Todos declararon que hacía ya tres meses por lo menos que estaba vacío y que a ninguno se le había ocurrido echar vino en él. La noticia se desparramó por la vecindad y todos acudieron a ver el milagro.

El que había ido en busca del vino llenó con él una botella y corrió a comunicarnos lo que ocurría. Los numerosos hijos espirituales de Catalina se regocijaron en el Señor y dieron gracias por este milagro al esposo de las vírgenes.

Habiéndose restablecido la salud de Catalina, esta fue a visitar al nuncio apostólico que acababa de llegar a Pisa. La ciudad entera estaba alborotada y los habitantes de la misma salieron a la calle para ir al encuentro de la Santa. «-Miren -decían-; ella no bebe vino y ha llenado una cuba con vino milagroso». En cuanto Catalina se dio cuenta de esta conmoción popular, vertió lágrimas y elevó sus oraciones al Señor, quejándose a Él de esta manera: «- Señor, ¿por qué afliges el corazón de tu humilde servidora haciéndola objeto de las miradas de todo el mundo? ¿Todos tus siervos pueden vivir en paz entre la gente menos yo? ¿Quién solicitó de tu bondad ese vino? Durante muchos años me he estado privando del vino por inspiración tuya y he aquí que el vino está cubriéndome de ridículo. En nombre de tus misericordias te conjuro para que seques tan pronto como sea posible ese vino, de manera que cese la excitación de la gente provocada por ese motivo».

Parecería como si Dios fuese incapaz de negarse al pedido de su sierva formulado de una manera tan humilde y fervorosa, y realizó un segundo milagro, que en mi concepto fue más grande que el primero. El casco de madera estaba lleno hasta rebosar de vino superior y a pesar de que todos los vecinos acudían a la bodega donde se realizara el prodigio para llenar por devoción todo género de vasijas, la cantidad no disminuía. Pero repentinamente el vino se convirtió en una especie de sedimento espeso, y lo que momentos antes fuera un licor de primera calidad, de exquisito aroma y gusto delicioso, se convirtió en algo repugnante al paladar y completamente inepto para ser bebido. Por consiguiente, el dueño de la bodega y los que habían acudido para llevarse el vino se vieron obligados a guardar silencio acerca del milagro, avergonzados, pues ninguno quería contar un hecho que había terminado de una manera tan desagradable. Hasta los mismos discípulos de Catalina se sintieron defraudados por el cambio, aunque se mostraron alegres por lo ocurrido y dieron gracias a Dios por haber librado a su esposa de las atenciones de los hombres.

En el primer milagro mostró Nuestro Señor cuán agradable era Catalina ante sus ojos y en el segundo cuán profundamente sumisa era ella a la divina voluntad; en el primero se pusieron de manifiesto las gracias que le había otorgado el Señor, y en el segundo la sabiduría de la Santa, porque donde reina la humildad vive también la sabiduría. Por esta razón San Gregorio en el libro primero de sus diálogos, afirma que la sabiduría está por encima de los prodigios y los milagros. Está claro que la virtud de la humildad, sin la cual no puede existir la prudencia, fue la causa del segundo milagro y lo hizo más admirable que el primero. Pero el corazón carnal no puede comprender estas cosas, y esto no es de extrañar porque la prudencia de la carne no es ni puede ser sumisa a la voluntad de Dios. (ROM. VIII, 7).

## Capítulo XI

*Que trata de las frecuentes comuniones de Catalina y de los milagros obrados por Dios mediante su intercesión, relacionados con la Sagrada Eucaristía y las reliquias de los Santos.*

Querido lector, Dios sabe que sería mi deseo dar por terminada esta biografía a causa de las numerosas ocupaciones que me apremian por todas partes; pero cuando medito en la vida de Catalina, son tantos los hechos maravillosos que se ofrecen a mi mente, que en conciencia me veo obligado a agregar cada día cosas nuevas y a ampliar este volumen más allá de los límites que me había propuesto al principio.

Es bien sabido de cuantos están al tanto de la vida de Catalina, con cuánto respeto y cuán profunda devoción se acercaba al cuerpo de Nuestro Señor encerrado en la Sagrada Eucaristía. Era voz pública que comulgaba todos los días y que podía vivir sin tomar ninguna clase de alimentos. Esto no es exacto, pero quienes lo decían creíanlo piadosamente y glorificaban por ello a Dios que obra maravillas en sus santos. Catalina no recibía diariamente la sagrada comunión, sino con mucha frecuencia. Algunas personas, que más tenían de infieles que de cristianas, murmuraban de estas comuniones frecuentes. Por lo tanto consideré como una obligación mía defender a la Santa y esas personas no encontraron argumentos para oponer a las razones que les ofrecí, razones basadas todas ellas en las vidas y los escritos de los santos y las prácticas de la Iglesia.

Está probado en la obra de San Dionisio, acerca de la Jerarquía Eclesiástica que, en la primitiva Iglesia los fieles de uno y otro sexo recibían diariamente el Santo Sacramento de Altar. Este parece ser el significado de las palabras de San Lucas cuando en los «Hechos de los Apóstoles», habla de «partir el pan». Y en una ocasión agrega «*cum exultationes*» o sea, con alegría (AT. II, 46), palabras que solamente pueden aplicarse al alimento eucarístico. En la cuarta petición de la oración dominical, en la que solicitamos del Señor el pan nuestro de cada día, se hace referencia a la sagrada comunión, y esta interpretación, lejos de rechazarse debe ser aceptada con amor. Nuestra Santa Madre la Iglesia tiene en el canon de la misa una oración para aquellos que comulgan juntamente con el sacerdote, oración que dice no sin motivo: *Supplices te rogamus, omnipotens Deus, jube haec perferri per manus sancti angeli*, o sea: «Humildemente te rogamos, oh Dios omnipotente, que esta hostia sea llevada por las manos de los santos ángeles». Y la oración prosigue: *Ut quotquot ex hac altaris participatione sacrosanctum Filii tui corpus et sanguinem sumpsimus*, etc. «De manera que por esta participación en el altar podamos recibir el cuerpo y la sangre de tu divino hijo».

De aquí que todos los santos padres enseñen que los fieles que no tienen conciencia de pecado mortal y sienten devoción, no solamente pueden sino que tienen derecho a acercarse a la divina mesa con provecho para su salvación. ¿Quién, por consiguiente, se atreverá a prohibir a una persona de vida santa e irreprochable estos medios de hacer rápidos progresos en el camino de la perfección? No vacilo en afirmar que, negar la sagrada eucaristía a quienes humildemente solicitan este sacramento conmemorativo de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor, les hacen un considerable mal.

A pesar de todo lo que acabo de decir, todavía hay quienes insisten en afirmar que no debe permitirse a los fieles, cualquiera sea su tendencia a la perfección, recibir este sacramento más que una vez por año. En apoyo de sus ridículas opiniones, algunos de estos espíritus orgullosos, que carecen de devoción y del conocimiento de las Santas Escrituras, citan un pasaje de San Agustín, en el que este santo dice que ni critica ni alaba a los que comulgan diariamente. Este gran doctor de la Iglesia quiso decir que la comunión diaria es buena, pero que a veces puede resultar peligrosa; somete su opinión al juicio de Dios y se abstiene de dar una solución definitiva a la cuestión. Y si aquel genio espléndido, aquel príncipe entre los doctores, es tan reservado, no acierto a comprender cómo quienes le comentan, pueden resolver ese punto con tanta seguridad. Recuerdo la respuesta que dio en



cierta ocasión Catalina a un obispo que aducía la autoridad de San Agustín contra la comunión frecuente. Si San Agustín -le dijo la Santa- no la censura, no comprendo, señor, por qué la censura usted. Al citar su autoridad con ese fin Vuestra Señoría se coloca frente a él.

El gran doctor Santo Tomás de Aquino, examina la utilidad que pueden reportar los fieles de la comunión frecuente y aun diaria, y termina diciendo: «La comunión frecuente aumenta la devoción de quien la recibe, pero a veces disminuye su respeto. De donde se infiere que todo cristiano debe cultivar y poseer la devoción y el respeto debidos al más grande de los sacramentos, y que cuando se percata de que la comunión frecuente hace disminuir ese respeto, debe, con el fin de renovarlo y acrecentarlo, abstenerse por algún tiempo. Pero si comprende que ese respeto, en lugar de disminuir, aumenta, debe recibir la sagrada Eucaristía con frecuencia, porque un alma bien dispuesta adquiere necesariamente grandes gracias mediante la recepción de tan admirable y eficaz sacramento». Esta es la opinión del doctor Angélico, cuya doctrina siguió nuestra Santa en todo sentido. Comulgaba con frecuencia y a veces se negaba ese consuelo, aunque deseaba siempre estar unida a su divino esposo mediante la adorable Eucaristía. Su ardiente caridad la inclinaba hacia aquel a quien amaba con todas las fuerzas de su corazón.

Tanta era la intensidad de sus deseos, que el día en que se privaba de la sagrada comunión, su cuerpo sufría en forma parecida a como sufren los que durante mucho tiempo han estado sometidos a una violenta enfermedad; frecuentemente la acometían trastornos internos que se manifestaban en el exterior, y esto era debido a cierto religioso de pocas luces que la dirigía espiritualmente como superior de las Hermanas de Penitencia, y a algunas personas hacia quienes experimentaba Catalina entrañable afecto. Este fue el motivo por que Catalina encontró mayor consuelo en mi dirección espiritual que en la de mis antecesores. Yo hice siempre lo posible para que obtuviese el consuelo que tanto deseaba. Ella lo sabía, y cuando suspiraba por el pan de los ángeles, solía decirme: «Padre, tengo hambre; por el amor de Dios, dé alimento a mi alma». Esto fue lo que movió al Papa Gregorio XI a darle permiso mediante una bula, para que siempre estuviese a su disposición un sacerdote provisto de un altar portátil de manera que en cualquier lugar donde se encontrara y sin otra autorización pudiese oír misa y recibir la sagrada comunión.

Una vez hechas estas aclaraciones, voy a narrar un milagro del que yo sólo fui testigo. Confieso que preferiría no relatarlo, pero en conciencia no puedo pasarlo en silencio, pues se trata del honor de Dios y de la bienaventurada Catalina.

Después de nuestro regreso de Aviñón a Siena, visitamos en los alrededores de la ciudad a algunos siervos de Dios con el fin de consolarnos mutuamente en el Señor. Volvemos para la fiesta de San Juan Evangelista, y cuando llegamos a la casa de Catalina ya había pasado la hora de Tercia. La Santa se volvió hacia mí y me dijo: «Padre, usted no sabe lo hambrienta que está mi alma». Yo comprendí lo que quería decir y le contesté: «La hora de decir misa ha pasado, y, además, me encuentro tan cansado que sería muy difícil prepararme». Ella permaneció unos instantes en silencio, pero sin poder contener la expresión de su deseo, me dijo de nuevo: «Estoy hambrienta». Yo accedí entonces a su deseo y nos dirigimos a la capilla que había en la casa por especial concesión del Padre Santo. La confesé. Me revestí de los ornamentos sacerdotales y celebré la misa del día. Consagré una Hostia pequeña para ella, y una vez que yo hube comulgado, me volví para darle la absolución ordinaria. Su expresión era angelical; estaba bañada en luz y tan cambiada que vacilé en reconocerla y dije interiormente: «Es el Señor realmente tu fiel y amado esposo». Al volverme de nuevo de cara al altar, agregué mentalmente: «Ven, Señor, a tu esposa». En este mismo instante la sagrada Hostia se movió antes de que la tocara y se puso a menos de tres dedos de distancia de la patena que yo

tenía en mi mano. Yo tenía la mente tan ocupada con la luz que había visto brotar del rostro de Catalina y con el movimiento de la sagrada Hostia, que había visto de una manera tan distinta, que no recuerdo perfectamente si se puso sola sobre la patena o la puse yo. No me atrevo a afirmarlo, pero creo que se puso ella sola. Dios me es testigo de que estoy diciendo la verdad; pero si alguien no quiere dar crédito a mi afirmación a causa de mis defectos y de la vida imperfecta que observa en mí, recuerde que el poder del Salvador se manifiesta no solamente en los hombres, sino hasta en los animales destituidos de razón (PS. XXXV, 7) y que los secretos de Dios son revelados no sólo a los grandes, sino también a los insignificantes; recuerde también aquellas palabras de la Verdad revelada: *Non enim veni vocare justos, sed peccatores* (MAT. IX, 13). «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores». Y por lo que respecta al menosprecio de los pecadores, leamos lo que dice el libro inspirado: *Euntes autem discite qui est: misericordiam volo et non sacrificium*. «Aprended que quiero la misericordia y no el sacrificio».

Yo me limito a defender lo que se refiere a los pecadores; que los justos y los siervos de Dios me perdonen, como estoy seguro que lo harán, porque los servidores de Dios están llenos de misericordia. Si otros que no sean esos me juzgan, su juicio nada vale; si yo permanezco firme o si caigo, sólo Dios es mi juez; Él ve cuando me detengo en el camino o cuando caigo; Él es mi dueño y sabe que he dicho la verdad. No puedo suponer que aquello fue una ilusión de Satanás, pues ocurrió durante la celebración de tan augusto sacrificio. Estoy seguro de que vi a la sagrada Hostia moverse sin ayuda de ningún medio exterior y avanzar hacia mí en el momento en que yo decía interiormente: «Ven, Señor, a tu esposa». Que aquellos que creen alaban a Dios, y en cuanto a los otros, estoy seguro de que algún día reconocerán su error.

Comencé describiendo algo que me ocurrió a mí solo. Ahora voy a relatar un prodigio que creo no menos merecedor de atención. Los que confían en mis palabras descubrirán cuán agradable era para nuestro Salvador el que Catalina desease de una manera tan fervorosa recibirlo en la sagrada Eucaristía. Si mi memoria no me es infiel, este hecho sucedió antes que el que acabo de referir, pero la fecha no es esencial para que su relato sea verídico.

Por orden de mis superiores estaba yo en Siena y desempeñaba el cargo de «lector» cuando se inició mi relación con Catalina y puse cuanto estaba de mi parte con el fin de procurarle el privilegio de recibir la sagrada comunión; en consecuencia, cuando deseaba aproximarse a la sagrada mesa, se dirigía a mí con más confianza que a cualquiera otro religioso del convento.

Una mañana experimentaba Catalina ardientes deseos de recibir la comunión; el dolor del costado y otras molestias la hacían sufrir en forma más intensa que de ordinario. Pero este obstáculo no hacía más que acrecentar su deseo. Envió, pues, la Santa a una de sus compañeras, quien me encontró en el momento en que yo entraba en la iglesia para decir misa y me dijo que esperase un poco para comenzar el santo sacrificio, pues Catalina tenía grandes deseos de recibir la sagrada comunión. Yo asentí con la mejor voluntad y, después de haber recitado mi oficio, continué esperando a que llegase. Catalina había entrado en la iglesia sin darme yo cuenta de ello a la hora de Tercia, con la esperanza de satisfacer su piadoso deseo; pero sus compañeras, viendo lo tarde que era y sabiendo que después de recibir la comunión permanecería varias horas en éxtasis, intentaron privarla ese día de comulgar. Ella, siempre humilde y discreta, no intentó contradecirlas, pero buscó refugio en la oración. Se arrodilló al lado de un banco situado en el extremo de la iglesia y pidió a su divino esposo que, puesto que los hombres no le daban satisfacción, se dignase Él dar cumplimiento a los santos deseos que se había dignado despertar en su corazón. Y Dios, que jamás desoye los deseos de sus

servidores, escuchó su pedido de una manera maravillosa. Yo ignoraba lo que ocurría y creía que Catalina estaba todavía en su casa cuando, una vez que se había resuelto que la Santa no comulgase aquel día, se me acercó una de sus compañeras diciéndome de su parte que dijese la misa donde me pareciese, puesto que no recibiría la sagrada comunión.

Yo me fui sin tardanza a la sacristía para revestirme y dije misa en un altar dedicado a san Pablo, situado en el extremo superior de la iglesia. Por consiguiente, Catalina estaba separada de mí por toda la longitud del edificio y yo ignoraba por completo su presencia allí. Después de la consagración y del *Pater Noster*, traté, de acuerdo con los sagrados ritos, dividir la Hostia. En la primera fracción, la Hostia en vez de dividirse en dos partes, se partió en tres, dos más grandes y la tercera chica, que me pareció tan larga como un haba corriente, aunque no tan ancha. Mientras yo estaba mirando atentamente a esta partícula, me pareció que caía sobre el corporal por el costado del cáliz sobre el cual hice la fracción; vi con claridad que descendía hacia el altar, pero no me fue posible distinguirla sobre el corporal.

Suponiendo que la blancura del corporal me impedía distinguir esta partícula, partí otra y, después de decir el *Agnus Dei* consumí la sagrada Hostia. Tan pronto como tuve libre la mano derecha, traté de encontrar con ella la partícula que se me había caído, palpando en el lugar donde me parecía que debía encontrarse o sea al lado del cáliz, pero no la encontré. Extraordinariamente mortificado por esto, di fin a la santa misa y renové mi búsqueda examinando con detención todo el corporal; pero ni la vista ni el tacto descubrieron lo que buscaba. Estaba tan afligido que hasta lloré.

Una vez que se hubieron retirado las personas que asistían al santo sacrificio, volví a la tarea y no solamente examiné ya con mayor cuidado el corporal, sino todo el altar con el mismo resultado negativo. No podía creer que la partícula hubiese caído detrás del altar, porque el fondo del mismo estaba formado por un cuadro de grandes dimensiones, aunque creía recordar que al escaparse de mis manos había tomado esa dirección. Para mayor seguridad miré detenidamente a ambos lados y hasta en el suelo. Finalmente, viendo que no conseguía dar con ella, resolví consultar el caso con el padre prior del convento. Cubrí todo el altar con unos lienzos y recomendé al sacristán que no permitiese que nadie se acercase a él hasta que volviese.

Me retiré a la sacristía, y apenas me había despojado de los ornamentos sacerdotales, cuando llegó el padre Cristóbal, prior de los Cartujos. Yo le conocía mucho y sentía gran afecto hacia él; el objeto de su visita era obtener por mi mediación una entrevista con Catalina. Le pedí que me esperase unos instantes, pues tenía que hablar largamente con mi superior y él me contestó: «Hoy es día de ayuno solemne y debo retornar inmediatamente a mi monasterio; usted sabe que está muy lejos de la ciudad. Por el amor de Dios, no me tenga esperando mucho tiempo, porque tengo que hablar con Catalina para un asunto de conciencia».

Pedí entonces al sacristán que montase la guardia al lado del altar hasta mi regreso y fui con el religioso a la casa de Catalina, donde me informaron que esta se encontraba en la iglesia de los frailes. Yo me asombré no poco y volví con mi acompañante a la iglesia, donde efectivamente encontré a Catalina con sus discípulas en la parte más alejada del altar mayor. La Santa estaba arrodillada y sumida en éxtasis, y como todavía estaba disgustado por lo que acababa de ocurrirme pedí a las personas que la rodeaban que trataran de hacerla volver en sí por cualquier medio, pues tenía mucho apuro en hablar con ella.

Obedecieron, y mientras yo esperaba sentado en un banco con mi amigo le conté en voz baja y en pocas palabras lo que me había ocurrido, manifestándole al mismo tiempo el estado de angustia en que me encontraba. Él sonrió como si conociese ya los detalles de lo que le contaba, y me dijo: «¿Buscó usted con la debida diligencia?». Y al contestarle afirmativamente, repuso: «Entonces, ¿por qué se aflige tanto?». Y de nuevo sonrió.

Guardé silencio durante su conversación con Catalina, que fue muy breve, y una vez que él obtuvo la respuesta que buscaba, se retiró. Yo estaba ya un poco más tranquilo, y cuando estuve a solas con la Santa, le dije: «Madre, estoy convencido que fue usted quien tomó la sagrada partícula de mis manos, a lo que ella contestó humildemente: «No me acuse de eso, padre; no fui yo, sino otro, y puedo informarle que usted no la encontrará». Entonces la obligué a explicarse. «Padre, me dijo, no se aflija más por lo que se refiere a ese asunto. Le diré la verdad como a confesor y padre espiritual mío: esa partícula de la sagrada Hostia me fue traída y ofrecida para que la recibiera por Nuestro Señor Jesucristo en persona. Mis compañeras me convencieron a que no comulgase hoy con el fin de evitar ciertas habladurías. Yo no quería causarles molestias y accedí, pero al mismo tiempo puse el asunto en manos de mi divino esposo, quien se me apareció y me entregó con sus sagradas manos la partícula que usted acababa de consagrar. Regocíjese por consiguiente en él, pues he recibido en este día una gracia por la cual jamás podré dar suficientes gracias a mi Salvador». Esta explicación cambió mi tristeza en alegría y tan alentado me sentí por ella que ya no volví a experimentar la menor ansiedad. Refiero estos milagros para que ni Dios ni los hombres me acusen de ingratitud o de negligencia. Ahora pasaré a otros que me han sido narrados por testigos presenciales de los mismos.

Varias personas dignas de todo crédito me han asegurado que mientras asistían a la santa misa en que Catalina recibía la comunión, vieron distintamente que la sagrada Hostia escapaba de las manos del sacerdote y volaba a la boca de la Santa. Me han asegurado que este prodigio ocurrió hasta cuando era yo quien le daba la comunión. Yo debo decir que jamás noté esto con toda claridad, sino que únicamente percibí cierto temblor en la Hostia cuando la acercaba a sus labios; entraba en su boca como si se tratase de una piedrecita arrojada con fuerza desde cierta distancia. Fray Bartolomé de Santo Domingo, profesor de Sagrada Escritura y actualmente provincial de la provincia romana de mi Orden, me dijo también que cuando él daba la comunión a Catalina sentía que la sagrada hostia escapaba de su mano a pesar de los esfuerzos que hacía por retenerla. No me atrevo ni a afirmarlo ni a negarlo y dejo a la piedad de mis lectores que decida con respecto a este punto.

Concluyo el relato de los milagros referentes a la sagrada eucaristía para decir unas palabras con respecto a los relacionados con las reliquias de los santos.

Le fue revelado a Catalina que en el reino de los cielos disfrutaría de la misma jerarquía que santa Inés de Montepulciano y que gozaría al lado de ella de las delicias celestiales; de aquí el que desease ardientemente visitar sus reliquias con el fin de disfrutar en esta vida un anticipo de la felicidad de ser su compañera en la eternidad. Y para que el lector sepa quién fue la hermana Inés de Montepulciano y pueda darse idea de los prodigios obrados por su intercesión, debo informarle que por orden de mis superiores fui durante diez años director del monasterio donde reposa el cuerpo de esa santa virgen. Leyendo los manuscritos que se conservan allí y por lo que me refirieron cuatro hermanas que habían vivido bajo su dirección, y que aún están vivas, encontré el material suficiente para escribir la historia de su vida. Ahora voy a recapitular en pocas palabras aquella obra de mi juventud con el propósito de dar una idea de la santidad de la bienaventurada Inés, quien aún no ha sido inscripta en el catálogo de los santos.

La divina Bondad le anticipó tanto sus bendiciones que en el momento de su entrada en este mundo una gran luz sobrenatural llenó la casa de la madre para expresar mediante ella los grandes merecimientos con que Dios había dotado a esta criatura en el mismo instante en que nació. Luego, cada año sucesivo de su existencia la fue adornando con virtudes siempre más grandes y más bellas. Fundó dos conventos de monjas, y en el segundo, que es donde reposan sus restos, realizó en vida numerosos y brillantes milagros, que fueron multiplicados y sobrepasados después de muerta.

Entre esos prodigios hay uno que aún subsiste: su cuerpo virginal nunca fue entregado a la tierra y se conserva todavía milagrosamente intacto. Se intentó embalsamarle a causa de los admirables hechos que realizó en vida, pero al hacerlo brotó de sus extremidades gota a gota un precioso líquido que las hermanas del convento guardaron en un vaso de cristal donde puede verse al presente. En el momento de su muerte, que tuvo lugar durante la noche, unos niños que reposaban en sus cunas dijeron a sus padres: «La hermana Inés está dejando su cuerpo y convirtiéndose en una santa del cielo». Por la mañana un gran número de jovencitas se reunieron por inspiración de Dios, y, sin querer admitir entre ellas a ninguna mujer casada, y llevando velas encendidas, se dirigieron en procesión al monasterio para ofrecer a aquella alma pura un homenaje digno de sus méritos. Dios manifestó su santidad por medio de otros prodigios; de aquí que los habitantes de la región honren todos los años su memoria, llevando a su tumba gran cantidad de velas de cera.

Catalina, a quien referí estos detalles, sintió grandes deseos de ver y de venerar el cuerpo de la bienaventurada Inés; pero, siempre obediente, solicitó permiso para ello de mí y de su otro confesor. Se lo concedimos con la intención de seguirla y ver si Dios quería obrar algún prodigio al encuentro de estas dos sus queridas esposas. Llegamos detrás de Catalina; penetró esta en el claustro y se acercó al cuerpo de la bienaventurada Inés acompañada por casi todas las monjas del convento y las hermanas de Penitencia de Santo Domingo. Se arrodilló a los pies de la Santa e hizo ademán de ir a besárselos; pero el santo cuerpo que ella quería honrar, levantó, en presencia de numerosa comitiva, un pie, en señal de que rehusaba el homenaje.

Al ver esto, Catalina, muy emocionada, se prosternó profundamente y volvió el pie a su posición anterior. Y ahora llamo la atención de mis lectores para la siguiente observación.

No fue sin causa particular el que la bienaventurada Inés levantase únicamente un pie; de haber levantado los dos, podría haberse dado lugar a que sospechase que mediante alguna superchería había ejecutado ese movimiento, o sea, retirar ambas piernas con ayuda de algún mecanismo oculto aplicado al cuerpo; pero como solamente movió uno resulta evidente que el divino poder obró en este caso contra las leyes de la naturaleza.

Tengo mis motivos para hacer esta observación porque al día siguiente, cuando llegamos a nuestro convento, se habló mucho del milagro que el Señor había realizado en honor de aquellas dos almas elegidas. Algunas monjas que fueron testigos del prodigio, calumniaron la obra de Dios, como los antiguos fariseos, que dijeron: «Es en nombre de Belcebú, el príncipe de la maldad que él echa los demonios del cuerpo» (LUC. XI, 15). En consecuencia, como yo había recibido del Prior Provincial autoridad sobre aquel monasterio, reuní en conferencia a todas las monjas de acuerdo con las reglas de la Orden e hice un examen minucioso del milagro bajo el precepto de la santa obediencia. Hice venir a mi presencia a una de las monjas que habían manifestado mayor oposición y le pregunté si el hecho se había realizado en la forma que decían los demás testigos. Ella lo reconoció así en presencia de todas, pero agregó que la intención de la Santa no era tal como creían los demás.

Yo le repliqué: «-Mi hermana muy querida, yo no le pregunto a usted la intención de la bienaventurada Inés; todos nosotros sabemos que usted no es ni su secretaria ni su confidente. Me limito a preguntarle si usted vio que el pie se levantaba por sí mismo». Ella contestó: «-Sí». Le impuse una penitencia por sus divagaciones para gloria de Dios y ejemplo de las demás. Refiero esto aquí con el fin de dar una mayor prueba de la verdad.

Algún tiempo después Catalina volvió de nuevo al convento de Inés para consagrar a dos de sus sobrinas al servicio del Señor. Tan pronto como llegó se dirigió, como la primera vez, al lugar donde reposaba el cuerpo de la santa fundadora acompañada por algunas monjas y hermanas de Penitencia y no se colocó a los pies del cuerpo sino a la cabeza. Lo hizo, pienso yo, por humildad, para evitar lo que ocurrió cuando quiso besarle los pies. Puso la cara sobre el paño de oro y seda que cubría el rostro de Inés y así permaneció durante largo rato. Luego se volvió hacia Lysa, la madre de las dos jóvenes y le preguntó sonriendo: «-¡Cómo! ¿No ves el presente que el cielo nos envía? No seas desagradecida». Al oír estas palabras, Lysa y las demás personas que estaban presentes alzaron la mirada y vieron caer una lluvia de maná finísima que caía en abundantes copos y que iba cubriendo no solamente a las dos santas, sino a todos los presentes con tal abundancia que Lysa llenó las manos con él.

Para comprender este milagro conviene saber que se repitió con frecuencia durante la vida de Catalina, especialmente cuando estaba en oración, tanto que las vírgenes a quienes ella dirigía, no sospechando la existencia del prodigio y viendo que su manto estaba siempre blanco, intentaban sacudirlo, cosa que ella trataba de impedir para ocultar el favor celestial.

La bienaventurada Inés sabía que la bienaventurada Catalina sería algún día su compañera en las moradas celestiales; de aquí que desease amistosamente compartir con ella sus gracias y sus favores aun antes de que llegase el momento de encontrarse para toda la eternidad. El maná por la nivea blanca y lo sumamente fino de su grano es símbolo de pureza y de humildad, virtudes ambas que brillan de una manera particular en ambas vírgenes, como puede verse en las historias de una y de otra que Dios, en su misericordia, ha permitido que yo escriba.

El milagro que acabo de referir tuvo por testigos a varias de las compañeras de la Santa y a su hermana Lysa, que vive todavía. Varias monjas del convento que lo presenciaron, han afirmado delante de algunos frailes de mi orden que estaban conmigo, haber ocurrido en la forma narrada. De los testigos muchos han muerto, pero tanto yo como mis hermanos de religión, recordamos perfectamente sus deposiciones. Además, Lysa consiguió reunir a cierta cantidad del maná, lo mostró frecuentemente y dio pequeñas porciones de él a algunas personas de su relación.

Dios realizó también por intercesión de su fiel esposa muchas cosas admirables que no están escritas en este libro. Lo que figura en el relato lo he dicho por el honor y gloria del santo nombre de Dios y para tranquilidad de mi conciencia.

No he querido menospreciar la gracia proveniente de arriba ni guardar el talento que se me confió; lo he colocado de acuerdo con lo mejor de mi habilidad de manera que algún día pueda servir para la mayor gloria del divino maestro.

Aquí doy fin a la segunda parte de esta biografía; la tercera contendrá lo referente a la santa muerte de Catalina juntamente con los milagros que la precedieron y que siguieron a la misma.

¡Ojalá estos tres libros rindan inmortal alabanza, honor y gloria a la por siempre bendecida Santísima Trinidad! Amén.

# Tercera Parte

## Capítulo I

*Que trata de los testigos que presenciaron la muerte de Catalina y refirieron al autor las circunstancias de la misma.*

La antigua Sinagoga, al contemplar la fundación de la santa Iglesia exclama llena de admiración: «-*Quae es ista quae ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilecto suum?*». (CANT. VIII, 5). Este texto bíblico puede aplicarse a la conclusión de la presente biografía. La feliz muerte de Catalina es un digno coronamiento de toda su vida. La perfección de sus virtudes nos induce a decir con asombro: «¿Quién es esta que abundante en las obras de Dios asciende al cielo con vuelo acelerado? ¿Quién es esta que viene del desierto apoyada en su amado, unida a Dios por el amor para toda una eternidad?».

Cuando se acercaba al término de su carrera mortal aumentó sus esfuerzos por merecer la corona ambicionada. Su alma casi continuamente sumida en éxtasis se sentía violentamente atraída hacia el cielo. En los últimos días de su vida se la verá identificada con su esposo por los sufrimientos, unida a él su alma y reclinándose sobre él en busca de apoyo para abandonar la tierra alegre y triunfalmente.

Cuando la bienaventurada Catalina fue a Florencia por orden del Pontífice Gregorio XI (1373) su misión era la de restablecer la paz entre el pastor y su rebaño y su presencia allí estuvo sometida a varias persecuciones injustas. Un satélite del demonio se precipitó sobre ella espada en mano con la intención de matarla y únicamente Dios pudo impedir que se cumpliesen sus deseos homicidas. A pesar de todo, no se retiró de la ciudad hasta que el sucesor de Gregorio XI, Urbano VI hubo concluido la paz con los florentinos. Tan pronto como se firmó la paz, Catalina volvió a su hogar y se ocupó de la composición de un libro que dictó bajo la inspiración del Espíritu Santo. Recomendó a sus secretarias que estuviesen presentes durante sus éxtasis y confiaran fielmente al papel todo lo que ella les dictase, cosa que ellas cumplieron con verdadera escrupulosidad. Este libro fue, pues, dictado por Catalina mientras su espíritu se encontraba desligado de los sentidos y su cuerpo en completa insensibilidad.

El Soberano Pontífice Urbano VI (1378), que había visto a Catalina en Aviñón, siendo él arzobispo de Acerenza y que sentía gran estimación por sus luces y sus virtudes, me ordenó que escribiese a la Santa para que fuese a Roma. Obedecí, pero ella con su habitual prudencia me contestó: «-Padre, algunas personas de Siena y algunas hermanas de mi orden opinan que viaje demasiado; están escandalizadas por ello y dicen que una religiosa no debe andar siempre de un lado para otro. Pienso que esos reproches no deben preocuparme, pues jamás voy a parte ninguna sin orden de Dios y de su Vicario y con el fin de promover la salvación de las almas. Pero para no dar motivo de escándalo a mi prójimo, no pienso moverme de aquí. Sin embargo, si el Vicario de Cristo insiste en que vaya, hágase su voluntad y no la mía. En ese caso hágamelo saber por medio de un documento escrito, de manera que aquellos que se escandalicen sepan que no emprendo el viaje por impulso propio».



Recibida esta respuesta, fui a ver al Soberano Pontífice y humildemente se la comuniqué. Me encargó entonces que ordenase la venida de Catalina en virtud de la santa obediencia, e, hija sumisa, se apresuró a ir a Roma, acompañada por numeroso cortejo que lo hubiera sido aún más de no haberse opuesto ella. Los que la acompañaban lo hicieron vistiendo la librea de la pobreza, confiando en la Divina Providencia y prefiriendo vivir de limosna como Catalina a la abundancia de sus casas, con el fin de no privarse de su piadosa y edificante compañía.

El Papa la recibió con gran alegría y en presencia de los cardenales le pidió que hablase acerca del incipiente cisma. Así lo hizo con erudición y extensamente exhortando a todos a la fortaleza y a la constancia. Demostró que la Divina Providencia vela sobre todos y en particular sobre los que sufren con la Iglesia, infiriendo de aquí que el cisma que se perfilaba no debía atemorizar a nadie. Cuando terminó, el Soberano Pontífice hizo un resumen de su discurso y dijo a los cardenales: «-Ved, hermanos, cómo quien se deja llevar por la timidez, se hace culpable delante de Dios. Esta humilde mujer nos confunde a todos. Y la llamo humilde, no por menosprecio, sino a causa de la debilidad propia de su sexo. Naturalmente, ella debería temer, aunque nosotros estuviésemos tranquilos; sin embargo ocurre a la inversa y ella es quien nos da aliento con su valor. ¿No es esto motivo de confusión para todos nosotros?». Y prosiguió: «-¿Qué podría temer el Vicario de Jesucristo aunque el mundo entero le fuese adverso? ¿No es Cristo más fuerte que todo el mundo? Y Cristo jamás abandonará a su Iglesia».

El Soberano Pontífice se alentó a sí mismo y dio aliento a los demás. Ensalzó a la Santa en Dios y le otorgó muchos favores espirituales tanto para ella como para sus compañeras.

La reina Juana de Sicilia, por instigación del demonio se declaró abiertamente en contra de la Iglesia y favoreció el cisma con todo su poder. Urbano VI pensó enviarle a Catalina y a otra virgen llamada también Catalina, hija de Santa Brígida de Suecia que acababa de ser inscrita en el catálogo de los santos por el Papa Bonifacio IX. Esperaba que estas dos personas que eran conocidas por la reina influyesen sobre ella para apartarla del mal camino emprendido. Cuando nuestra Catalina lo supo, no intentó eludir la carga que se pretendía imponerle y hasta se ofreció para ir directamente. Pero Catalina de Suecia se manifestó reacia y en mi presencia rechazó la misión que se le ofrecía. Reconozco que debido a mi imperfección y falta de fe, yo tampoco aprobé el proyecto del Pontífice. Yo pensaba que la reputación de las personas que se han consagrado a Dios es una cosa tan preciosa que no debemos mancharla ni aun con la apariencia del mal o con el mero aliento de una sospecha. Aquella a quien iban a ser enviadas las dos vírgenes podía seguir los consejos de los agentes de Satanás de quienes estaba rodeada y hacer que las dos devotas mujeres sufriesen insultos en el viaje y que hasta se impidiese su llegada. Hice estas observaciones al Soberano Pontífice, quien reflexionó durante algún tiempo y terminó por decir: «Sus objeciones son correctas; lo más prudente es que no vayan».

Comuniqué esta conversación a Catalina, quien por aquel entonces se encontraba enferma. Ella se volvió hacia mí y me dijo: «-Si Inés, Margarita y otras vírgenes hubiesen dado importancia a semejantes reflexiones, ¿habrían conseguido la corona del martirio? ¿No tenemos acaso un esposo que puede librarnos de las manos de los impíos y conservar nuestro honor en medio de los mayores desórdenes? Todas esas razones son vanas; provienen más bien de falta de fe que de verdadera prudencia». Al oírla hablar así me ruboricé interiormente, sintiendo encontrarme tan lejos de la perfección y admirando la fe admirable de aquella mujer. Pero como el Soberano Pontífice había resuelto ya que no fuese, no me atreví a conversar de nuevo con él acerca de este punto.

Mientras tanto había pensado el Papa enviarme a Francia por haber sido informado de que el rey de aquel país, Carlos V, estaba decidido a mantenerse en el cisma que él mismo iniciara. En el momento en que conocí este proyecto, fui a pedir consejo a Catalina, quien, a pesar de la aflicción que mi ausencia le ocasionaría, me dijo que obedeciese sin dilación las órdenes del Sumo Pontífice. Estas fueron sus palabras: «-Tenga por cierto, Padre, que él es el verdadero Vicario de Cristo y yo deseo que usted se exponga, si hace falta, por sostenerlo, como es su obligación hacerlo por la fe católica».

A mí no me cabía la menor duda al respecto, pero las palabras que me dijo Catalina me alentaron tanto a combatir el cisma que me consagré desde ese momento a la defensa de los derechos del Soberano Pontífice. Obré, por consiguiente de acuerdo con el consejo de Catalina e incliné la cabeza bajo el yugo de la obediencia.

Algunos días antes de mi partida, sabedora de lo que había de ocurrir, me hizo llamar Catalina; quería conversar conmigo respecto a las revelaciones y consuelos que había recibido de Dios y no permitió que las cosas del presente se mezclasen con nuestra conversación. Después de haber hablado durante varias horas, me dijo: «-Ahora vaya adonde le llama Dios. Creo que en esta vida no volveremos a conversar los dos como acabamos de hacerlo».

Esta predicción se cumplió. Yo partí y ella quedó. Antes de mi regreso se fue a la patria celestial y yo me quedé sin el privilegio de alimentar mi alma con sus saludables instrucciones. Sin duda alguna esta fue la razón -el deseo de darme la última despedida- que la movió a ir al lugar donde yo tenía que embarcarme y una vez que estuvimos juntos se arrodilló, oró durante algún tiempo y con los ojos llenos de lágrimas, hizo la señal de la cruz, como si quisiera decirme con esto: «-Ve, hijo mío, bajo la protección de este signo sagrado, que en esta vida ya no verás más a tu madre».

Aunque el mar estaba infestado por piratas, llegamos felizmente a Pisa y de esta ciudad hicimos un viaje próspero hasta Génova, a pesar de que numerosas galeras de cismáticos se dirigían por aquel entonces hacia Aviñón. Proseguimos nuestro viaje por tierra hasta la ciudad de Ventimiglia. De haber seguido viaje, habríamos caído inevitablemente en las emboscadas tendidas por personas que tenían siniestros designios con respecto a mi vida. Por permisión divina nos detuvimos un día en dicha ciudad y un religioso de mi orden que era nativo de la misma, hizo llegar a mis manos una carta en la que me decía: «-Tenga sumo cuidado con no pasar de Ventimiglia; hay tendidas contra usted emboscadas y ningún poder humano podrá impedir su muerte».

En vista de esta advertencia celebré consejo con el compañero que me había asignado el Sumo Pontífice para el viaje, y juntos regresamos a Génova. Desde aquí hice saber al Santo Padre lo que ocurría y le pedí instrucciones. Su Santidad me ordenó entonces que permaneciese en esta ciudad y predicase una cruzada contra los cismáticos. Esta misión retardó mi regreso y fue entonces cuando la bienaventurada Catalina terminó su peregrinación sobre la tierra coronándola con un admirable martirio.

Por consiguiente, a partir de esta fecha ya no me es posible describir hechos como testigo presencial de los mismos; pero todo lo que siga escribiendo lo sé por cartas que ella me escribió frecuentemente por cierto, y por personas que la asistieron durante sus últimos momentos y que fueron testigo de los prodigios que Dios obró por intercesión de su sierva.

Entre estos testigos citaré en primer término a Alesia de Siena, hermana de Penitencia de Santo Domingo, quien a mi parecer debe ocupar el lugar más prominente entre los discípulos

de Catalina no por su edad sino por la perfección de sus virtudes. Después de haber perdido en su juventud a un esposo notable tanto por su nobleza como por su saber, renunció a todos los placeres del mundo aficionándose de tal manera a nuestra Santa que al final ya no pudo separarse de ella. Renunció a su vida opulenta vendiendo todos sus bienes y repartiendo su producto entre los pobres. Imitando a la santa mujer que había elegido como modelo, castigó su cuerpo con ayunos, vigiliyas y mortificaciones de todo género; la plegaria y la meditación la ocupaban de continuo y perseveró con tanta constancia que Catalina, en la última parte de su vida, la hizo depositaria de todos sus secretos, disponiendo que a su muerte quedase Alesia como superiora y modelo de sus compañeras. La encontré en Roma cuando retorné allí y me proporcionó valiosos informes. No tardó en volar al cielo para reunirse con aquella a quien tanto había amado en la tierra. Ella será el primero de mis testigos con respecto a lo que ocurrió durante mi ausencia.

Mi segunda testigo es Francisca de Siena. Su alma estuvo siempre unida tiernamente a Dios y a Catalina. Poco después de haber enviudado, vistió el hábito de las Hermanas de Penitencia, consagró a Dios en la Orden de los Frailes Predicadores a los tres hijos que le quedaron del matrimonio y antes de morir tuvo el consuelo de verlos partir a todos ellos a la mansión de los justos, pues terminaron sus días asistiendo piadosamente a los apestados durante la gran epidemia. Francisca sobrevivió a Alesia durante poco tiempo. Esta santa mujer me contó también muchas cosas acerca de Catalina.

La tercera compañera de la Santa a quien citaré es Lysa, la cual vive todavía en Roma. Me abstengo de hacer su elogio por este motivo. La circunstancia de ser cuñada de Catalina puede hacer que su testimonio aparezca como sospechoso; pero sé que ha dicho la verdad.

También me servirán como testigos cuatro santos hombres que asistieron a la muerte de Catalina, todos ellos recomendables por sus méritos y sus virtudes. Dos de ellos han fallecido ya; los otros dos viven aún y de sus testimonios me valdré para confusión de los incrédulos.

El primero de los cuatro, a quien llamábamos el «Hermano Santo» a causa de sus grandes virtudes, era natural de Téramo; dejó a sus padres y fijó su residencia en Siena, donde por más de treinta años llevó vida solitaria bajo la dirección espiritual de un devoto y sabio religioso. En las postrimerías de su vida encontró en la bienaventurada Catalina la perla preciosa de que habla el Evangelio. A causa de ella, dejó su pacífico y tranquilo modo de vida con el fin de trabajar no sólo para él sino para el bien de los demás. Este santo varón solía afirmar haber encontrado mayor tranquilidad y provecho espirituales siguiendo a Catalina y escuchándola que en la soledad donde vivía antes. Sufrió mucho de una enfermedad del corazón y nuestra santa le enseñó a soportar sus continuas angustias no sólo con resignación sino con alegría. Poco después de morir Catalina, la siguió a la mansión eterna.

Mi segundo testigo es un florentino que enriqueció los años de la adolescencia con la sabiduría de la edad madura, adornada con todo género de virtudes. Se llamaba Barduccio; dejó patria, padres y hermanos para seguir a Catalina a Roma y aquí permaneció hasta que el Señor lo llevó a mejor vida. Nuestra Santa le profesaba particular estimación a causa de su angelical pureza. Lo puso bajo mi dirección espiritual poco tiempo antes de morir. De salud sumamente precaria sobrevivió muy poco tiempo a Catalina. Quienes asistieron a su muerte, quedaron asombrados por la intensa alegría con que rindió al Señor su postrer suspiro. Barduccio me contó también muchas cosas acerca de Catalina, ocurridas durante mi ausencia, y yo doy crédito a su información porque conozco las sólidas virtudes que adornaban su alma.

Mi tercer testigo es un joven de Siena llamado Esteban Maconi, a quien ya he mencionado. No me extenderé en frases de elogio con respecto a él porque todavía se encuentra en el camino donde la alabanza es peligrosa. Diré simplemente que fue uno de los secretarios de Catalina, el que escribió la mayor parte de las cartas de la Santa y del libro que ella compuso. En el momento de morir le dijo Catalina: «-Hijo mío, la voluntad de Dios es que renuncies al mundo y te hagas cartujo». Él cumplió al pie de la letra la orden recibida por intermedio de la madre. No recuerdo haber visto a nadie hacer tan grandes progresos en la vida religiosa. Apenas hubo profesado en la Orden, fue nombrado Prior de su convento. Actualmente desempeña ese cargo en el convento de Milán y es además visitador de gran número de casas de dicha Orden. Escribió todo lo ocurrido en la muerte de Catalina y me refirió detalles que conocía muy bien. Ha leído detenidamente casi todo lo que he escrito en esta historia y puedo decir con el evangelista San Juan: *Ille scit quia vera dicit* (JOH. XIX, 35).

El último testigo a quien cito entre los que me han proporcionado informes es Nerio Ranieri, hijo de Landoccio de Siena. Después de la muerte de Catalina abrazó la vida solitaria donde aún persevera. Escribió juntamente con Esteban Maconi y Barduccio las cartas y el libro de la Santa. Él fue el primero en seguir a la esposa de Cristo, abandonando a su padre, que aún vive, y las riquezas terrenales. Fue, durante más tiempo que los demás, testigo de las acciones de Catalina, y yo invoco su testimonio con respecto a esta biografía, juntamente con el de Esteban, el cartujo.

Las personas a quienes acabo de citar me han informado, bien por escrito, bien de viva voz, con respecto a lo que ocurrió durante mi ausencia antes de morir Catalina. Ahora, querido lector, estás en posesión de las razones que me han movido para creer en su testimonio.

## Capítulo II

*Que trata de las cosas ocurridas durante el año y medio anteriores a la muerte de Catalina y del martirio que Satanás le hizo sufrir.*

Después que dejé Roma por orden del Soberano Pontífice, ocurrieron a Catalina cosas que merecen ser referidas.

Nuestra Santa que había quedado en Roma vio a la Iglesia de Dios, que ella tan tiernamente amaba, roída por el cisma y al Vicario de Jesucristo rodeado de dificultades y persecuciones. Las lágrimas se convirtieron noche y día en su pan e incesantemente pedía al Señor que restituyese la paz a la Iglesia. Dios le otorgó algunos consuelos: un año exacto antes de su muerte, los cismáticos, que eran dueños del castillo de Santo Ángel, desde donde turbaban la paz de la ciudad y asolaban la región vecina, fueron derrotados y sus jefes tomados prisioneros, pereciendo muchos de ellos. El Papa que no podía residir cerca de la Iglesia de los Santos Apóstoles a causa de la proximidad de esta al castillo, recibió de Catalina la indicación de que fuese descalzo a visitar la augusta basílica. Todo el pueblo le siguió con gran devoción para dar gracias a Dios por todos sus beneficios. La santa Iglesia y su Pontífice empezaron a respirar un poco y Catalina recibió un pequeño consuelo.

Pero no tardó en renovarse su angustia. La antigua serpiente que no consiguió ningún resultado por este procedimiento, la atacó valiéndose de otros más peligrosos y de mayor rudeza. Lo que no pudo conseguir sobrevaliéndose de extranjeros y cismáticos, lo intentó empleando personas que habían quedado fieles a la Santa Sede. Creó una división entre el mismo pueblo de Roma y el Soberano Pontífice y las cosas llegaron a tal punto que el populacho amenazó abiertamente al Papa. Cuando Catalina fue informada de esto, se afligió lo indecible e imploró con ardor a su divino esposo para que no permitiese el crimen de atentar contra la vida de su Vicario, que era lo que se proponían sus enemigos.

Por este tiempo me escribió Catalina una carta en la que me decía haber visto con el espíritu la ciudad de Roma llena de demonios que excitaban al pueblo al parricidio. Lanzaban terribles gritos contra la Santa y le decían: «-Maldita, tú querías encerrarnos, pero nosotros te daremos la muerte de la manera más terrible». Ella no contestó, limitándose a orar fervorosamente y pedir a Dios que por el honor de su Nombre y la salvación de la Iglesia se dignase impedir que el pueblo romano cometiese crimen tan abominable.

El Señor le contestó en una ocasión: «-Ese pueblo que continuamente blasfema de mi santo Nombre, caerá en el crimen, y cuando lo haya cometido, ejerceré mi venganza y lo destruiré porque mi justicia exige que no soporte más sus iniquidades». Ella insistió con renovado fervor: «-Oh, clementísimo Dios, tú sabes cómo es ultrajada en el mundo entero la esposa que has redimido con tu preciosa sangre; tú sabes cuán pocos son sus defensores y cuán ardientemente desean sus enemigos la humillación y la muerte de tu Vicario. Si ocurriese esa desgracia, no sólo el pueblo de Roma sino todos los cristianos del mundo sufrirán. Por consiguiente, mitiga tu justa ira y no destruyas a ese pueblo que redimiste con tu sangre».

Esta contienda con el mismo Dios duró varios días con sus noches. A sus plegarias, el Señor oponía su justicia y los demonios continuaban vociferando contra la Santa. Pero al fin, en este obstinado combate, que ocasionaba indecibles sufrimientos corporales a Catalina, triunfó esta y obtuvo lo que pedía. Cuando Dios alegaba los derechos de su justicia, ella replicaba: «-Señor, puesto que tu justicia debe cumplirse, te pido encarecidamente que inflijas a mi cuerpo el castigo que merece este pueblo. Sí, por el honor de tu Nombre y el de tu santa Iglesia, beberé gustosa ese cáliz de sufrimiento y de muerte. Tú sabes que siempre lo he deseado y que tu gracia ha inflamado siempre mi alma con ese deseo».

A estas palabras que ella pronunció en lo más íntimo de su corazón, no contestó la voz interior de Dios y Catalina comprendió por este silencio divino que su plegaria había sido escuchada. Efectivamente, a partir de ese instante la sedición popular empezó a decrecer y terminó por calmarse, pero Catalina, como víctima propiciatoria, sufrió la expiación. Las fuerzas infernales recibieron permiso para atormentar su cuerpo virginal y desahogaron su furia con tanta crueldad que quienes fueron testigos de esta se manifestaron que, sin haberla visto, sería imposible formarse idea de ella.

Sus crueles sufrimientos aumentaron día a día; la piel de su cuerpo quedó adherida a los huesos y su aspecto era el de una persona que acabase de salir de la tumba; caminaba, oraba y trabajaba sin intermisión, pero quienes la veían habrían creído que más que un ser humano era un fantasma; sus torturas se multiplicaban y le consumían de una manera visible el cuerpo. Lejos de atenuar sus oraciones aumentó la extensión y el fervor de las mismas. Su familia espiritual que la rodeaba en estas circunstancias, veía distintamente las señales de las torturas que le infligía el infierno, pero nadie podía aplicarle remedio. La voluntad de Dios se oponía a esto y además, no obstante la ruina de su armazón corporal, su alma se elevaba alegre y valerosa por encima de sus dolores, cuanto más oraba, más sufría.

Según me manifestaron testigos presenciales, y como también ella misma me lo escribió, en medio de su martirio oía los aullidos infernales: «-Maldita, siempre nos has perseguido y continúas persiguiéndonos; ahora saciaremos nuestra venganza. Te arrancaremos la vida». Y mientras así decían redoblaban sus golpes.

Catalina sufrió de esta manera desde el domingo de Sexagésima hasta el último día de abril, fecha en que murió y sus torturas aumentaron continuamente hasta el momento en que su alma tendió vuelo hacia la patria eterna. La Santa escribió un hecho notable que tuvo lugar por ese mismo tiempo. Hasta entonces, debido al dolor de costado que sufría y a otras dolencias que nunca la abandonaban, no oía la santa misa hasta la hora de Tercia. Así lo hizo durante toda la cuaresma yendo todos los días a la iglesia de San Pedro. Asistía a la misa, oraba más dilatadamente que nunca y regresaba a casa a la hora de Vísperas. Quienes la veían tendida en el lecho, no creían que fuese capaz de levantarse de él. Sin embargo, al día siguiente al amanecer, se levantaba, salía nuevamente de casa y se iba por la «Vía del Papa», entraba en la Minerva, seguía por el «Campo di Fiore» y llegaba a buen paso hasta San Pedro, recorriendo una distancia capaz de fatigar a una persona robusta y en perfecta salud.

El día en que fue llamada al Cielo, no le fue posible levantarse de la cama. Finalmente un domingo, 29 de abril del año 1380, fiesta de San Pedro, Mártir, de la Orden de los Frailes Predicadores, a eso de la hora de Tercia, entregó su hermosa alma a su amado esposo y redentor...

Muchos notables acontecimientos tuvieron lugar entonces. Los narraré en los capítulos que siguen.

### **Capítulo III**

*De cuán ardientemente suspiraba Catalina por ser liberada del cuerpo para unirse a Cristo.*

La vida mortal de Catalina se acercaba a su término y el Señor manifestó por diversos prodigios lo proporcionada que estaría la recompensa celestial de su sierva con los tesoros que él le había otorgado sobre la tierra. Ella clamaba continuamente por el momento en que debía unirse a su esposo por toda la eternidad. Dos años antes de su muerte, Dios derramó tanta luz sobre su alma que ella se vio obligada a irradiarla exteriormente y en consecuencia ordenó a sus secretarios que pusiesen por escrito todo cuanto ella dijese durante sus éxtasis. Así se compuso en un corto espacio de tiempo un libro que contiene los diálogos mantenidos entre ella y Nuestro Señor. Al final del volumen había dos cosas que creí oportuno insertar allí para edificación del lector. Estas dos cosas forman un epítome de todo lo que detalladamente se dice en el libro, y finalmente hay una oración dictada por la Santa y en la que se advierte el gran deseo que tenía de unirse a Jesús.

Catalina refiere allí que Dios dijo a su espíritu después de haber conversado largamente con respecto a la obediencia de los perfectos: «-Ahora, querida y bien amada hija he satisfecho tu deseo con respecto a la obediencia. Tú me has pedido cuatro cosas. La primera para ti, y te la concedí iluminándote con mi Verdad, probándote cómo con la luz de la fe, conociéndome a mí y conociéndote a ti misma, llegarás a conseguir el conocimiento de la

Verdad. En tu segunda petición implorabas misericordia para el mundo; la tercera fue en favor del cuerpo místico de la Iglesia, pidiéndome la librase de persecuciones y que castigase en ti los pecados de los demás. Entonces te expliqué que ningún castigo sufrido en el tiempo bastaría en sí mismo para satisfacer por una ofensa cometida contra mí, Dios eterno, a no mediar los merecimientos de Cristo. También te contesté que era mi intención ser misericordioso con el mundo, demostrándote así que la misericordia es mi atributo más querido, pues con ese fin y por el incomprensible amor que tengo a los hombres, envié a mi hijo único al mundo. Te facilité la inteligencia de esto por medio de la representación de un puente que une el cielo con la tierra, o sea la naturaleza divina con la humana. También que este puente se sube por medio de tres escalones, que son las tres potencias del alma. Después de representarte al mundo bajo la figura de un puente, considera que hay en él tres escalones que simbolizan respectivamente los pies, la herida del costado y la boca. Estos tres peldaños indican tres estados o condiciones del alma, a saber, los imperfectos, los perfectos y el estado superior al que sólo se llega mediante el amor unitivo. Te he indicado ya qué es lo que destruye la imperfección y qué es lo que conduce a la perfección; el camino que debe seguirse para vencer las astucias de Satanás y las ilusiones del amor propio. Te he dado a conocer los tres castigos que emplea mi clemencia en cada uno de estos estados. El primero lo constituyen las pruebas y las aflicciones que inflijo al hombre durante su vida. El segundo, es el castigo que recae sobre aquellos que mueren sin esperanza por estar en pecado mortal; estos pasan por debajo del puente y caen en el infierno. El tercero es el juicio final, y ya te di una idea de las penas de los condenados y la gloria de los elegidos. También te prometí, y de nuevo te lo prometo, que la Iglesia, mi esposa, será reformada mediante los sufrimientos de mis servidores a los que invito a que se unan a ti para expiar, mediante la amargura y el llanto, las iniquidades de sus ministros. Te he mostrado claramente el grado de dignidad a que los exalté y el respeto que deben a los seglares; también te he revelado sus defectos, que son tanto más grandes cuanto mayor es su autoridad y te dije cuán odiosa me es su manera de conducirse. Cuando conversé contigo con respecto a los tres estados del alma, te hice ver las diversas clases que hay de lágrimas. Te dije de dónde provienen y la relación que guardan con los distintos estados del espíritu, ya que todas las lágrimas proceden del corazón. Te expliqué el significado de cuatro clases de lágrimas y te manifesté que existe una quinta, cuya consecuencia es la muerte.

»Contestando a tu cuarta petición, te di explicaciones con respecto a mi Providencia general y particular: todo ha sido y será cumplido de acuerdo con mi suprema y divina Providencia de la que tiene origen o permite todo lo que te ocurre, las tribulaciones o los consuelos tanto espirituales como corporales, todo tu bienestar de alma y cuerpo, el que puedas ser santificada en mí y que mi Verdad se cumpla en ti, porque la sangre de mi Hijo eterno te ha revelado que fuiste creada para la vida imperecedera. Te he mostrado la perfección de la obediencia y la imperfección de la desobediencia, así como las fuentes de ambas; te hablé en particular de los religiosos perfectos y de los imperfectos. La obediencia produce la paz, y la desobediencia acarrea la discordia. Aquel que obedece no se engaña a sí mismo; por la desobediencia de Adán, entró la muerte en el mundo.

»Ahora yo, Dios, el Padre, suprema y eterna Verdad, te declaro que sólo por la obediencia a mi único Hijo podrás tener la vida. Yo he creado un puente para ti, después que se quebró el camino que conduce al cielo, con el fin de que pudieses pasar por ese camino, que es la Verdad, una y distinta, por medio de la obediencia. Ahora invito a todos mis fieles servidores a la oración humilde y constante, a la oración con lágrimas; así tendré misericordia del mundo. Corre por el camino de la Verdad, muriendo para ti misma, y sobre todo, sin desmayos ni vacilaciones, porque exigiré de ti ahora más que antes, una vez que me manifesté a ti en mi verdad. Cuídate de no olvidar el conocimiento de ti misma; aumenta y conserva el tesoro que te he dado. Ese tesoro es una doctrina de verdad, basado en la inmovible piedra

fundamental que es Cristo, el humilde y dulce Jesús. Esta doctrina está vestida de luz de manera que pueda distinguirse bien de las tinieblas. Síguela, pues, hija mía muy amada».

Después que su alma hubo visto con los ojos de la inteligencia y conocido con la luz de la fe la perfección de la obediencia, se contempló a sí misma en la divina Majestad y le dio gracias diciendo: «-Padre, te doy gracias por no haber menospreciado al mundo que ha salido de tus manos; no has dado vuelta a tu rostro ni has rechazado mis deseos. Tú, luz eterna, no has desdeñado mi oscuridad; tú, vida, no me has abandonado a la muerte; tú, médico supremo, has tenido misericordia de mi enfermedad; pureza eterna, no has despreciado mis iniquidades, mis manchas y mis miserias; tú eres la sabiduría inefable, yo la locura; tú eres infinito, yo soy insignificante. Sí, en ti he encontrado la luz; en ti la prudencia, la verdad; en ti la clemencia, la caridad y el amor fraterno. ¿De dónde provienen tus mercedes? No de alguna virtud que exista en mí, sino únicamente de tu caridad. Concédeme, Señor, que mi memoria retenga tus beneficios; que mi voluntad arda en el fuego de tu caridad, y que con la llave de la obediencia consiga abrir la puerta del cielo. Imploro de ti esta gracia para todos los seres racionales individual y colectivamente y para el cuerpo místico de la Iglesia. Confieso y no niego que me amaste antes de que yo fuese y que amas a la obra de tus manos con excesivo amor.

»Oh, abismo. Oh, deidad eterna. Oh, mar insondable. Oh, Trinidad eterna. Tú eres mi criador y yo soy tu criatura. Tú eres un fuego que siempre quema, que consume y que nunca es consumido; tú eres el fuego que aniquila todos los fríos; la luz que ilumina las almas, luz por la cual te has manifestado a la mía. Mediante la luz de la fe yo adquiero sabiduría, fortaleza, valor y perseverancia; por la luz de esa misma fe aprendo la esperanza y el camino de la rectitud, y sin ella caería en la más densa oscuridad. Te imploro, eterno Padre, que ilumines mi espíritu con la antorcha de la fe. Esa luz que es océano, que alumbra al alma que vive en ti. Oh adorable Trinidad, mar pacífico, cuyas aguas nunca se agitan y dan el exacto conocimiento de la verdad. Ese mar es a manera de un espejo que sostiene la mano de tu amor delante de los ojos de mi espíritu y en el cual percibo que tú eres el Dios supremo e infinito, incomprendible e inestimable. Belleza superior a toda belleza, sabiduría superior a toda sabiduría, porque tú eres la Sabiduría misma. Tú el alimento de los oros angélicos; tú el vestido que cubre toda desnudez; tu dulzura está despojada de amargor y apacigua la sed de las almas».

Ojalá estas palabras te induzcan, lector, a admirar a esta santa mujer no sólo por la santidad de su vida, sino también por la sublimidad de sus enseñanzas. Por ellas descubrirás cuánto deseaba morir para unirse con Cristo. Por fin consiguió el cumplimiento de sus ardientes deseos. Las promesas que le hiciera el Redentor al elegirla como esposa se cumplieron y su alma abandonó su residencia terrenal para celebrar con él las nupcias eternas.

## Capítulo IV

*Que trata de la muerte de Catalina y de las recomendaciones que hizo a sus hijos e hijas espirituales en sus últimos momentos.*

Sintiendo la bienaventurada Catalina que se acercaba su última hora, reunió en torno suyo a todas las personas que la seguían y a la manera como el Señor se despidió de sus



discípulos, ella les dirigió la palabra en general exhortando a todos a perseverar en el camino de la virtud. En esa oportunidad desarrolló ciertos puntos de importancia, cuyo detalle he encontrado en los manuscritos de las personas cuyos nombres di anteriormente.

La primera y fundamental obligación que estableció fue la siguiente:

El que se entrega a Dios, si quiere poseerle en reciprocidad, debe apartar su corazón de todo amor sensible no sólo a las personas sino también a las cosas, con el fin de tender hacia Dios con entera simplicidad y sinceridad de corazón, porque según decía la Santa, el corazón no puede entregarse sin reserva a Dios si no se encuentra libre de ligaduras, cualquiera sea la naturaleza de estas. El alma no puede entregarse a Dios sin la oración basada en la humildad. También se necesita la meditación, porque esta aumenta y fortalece las virtudes, que sin ese alimento se irían debilitando poco a poco y no tardarían en desvanecerse. Catalina enseñó a sus discípulos que debían dedicar determinadas horas del día a la oración vocal y dedicarse continuamente a la mental, bien fuese con actos materiales o simplemente con el corazón.

La bienaventurada Catalina dio también a sus discípulos otros consejos, terminando con la última recomendación que hizo el Salvador a los Apóstoles conjurándoles a que se amasen los unos a los otros. Mediante su mutuo afecto demostrarían que eran sus hijos espirituales y ella se creería madre suya e intercedería por ellos ante la Bondad eterna. Les recomendó también en nombre de la caridad que orasen con frecuencia y fervor por la reforma y la prosperidad de la santa Iglesia y por el Vicario de Cristo. Agregó que así como Satanás había obtenido permiso para afligir a Job con toda clase de enfermedades, le parecía a ella que el infierno había conseguido una autorización parecida para mortificar su cuerpo con los más variados tormentos. Finalmente dijo: «-Mis queridos amigos, me parece evidente que mi amado esposo ha dispuesto, de acuerdo con los más íntimos deseos de mi corazón que mi alma sea liberada de su oscura prisión y retorne a su verdadero origen».

Los testigos que he citado anteriormente han manifestado por escrito que la angustia y el sufrimiento interior de Catalina parecían tan terribles que nadie pudiera haberlo soportado sin la ayuda especial de Dios; ella lo sufrió todo con paciencia sin dar la más ligera señal de tristeza. Como los presentes lloraban amargamente al verla en semejante estado, ella les dijo: «Hijos queridos, no debéis afligiros por mi muerte; antes bien regocijaos y congratuladme porque voy a dejar este destierro y descansar en la paz del Señor. Os doy mi palabra de que os seré de más utilidad después de mi muerte que podría serlo permaneciendo con vosotros en esta vida llena de miserias. Encomiendo todo mi ser en las manos de mi divino esposo; y si él sabe que puedo ser útil para alguien y él quiere que continúe en el mundo en medio de la angustia y la tortura, estoy dispuesta por el honor de su nombre y la salvación de mi prójimo a sufrir centenares de veces por día, si posible fuera, la muerte o cualquier otro tormento por grande que fuese. Pero si es de su agrado que yo parta, tened la seguridad, hijos queridos, de que yo he dado mi vida por la Iglesia; tengo la certidumbre de que Dios ha permitido eso por una gracia especial».

Dicho esto, llamó a sus discípulos uno por uno e indicó a cada cual el género de vida que debía abrazar después de su muerte. Manifestó también su deseo de que todos ellos quedasen bajo mi dirección designándome como la persona que habría de ocupar su lugar, e indicando a unos la vida religiosa y a otros la solitaria.

Para las mujeres y especialmente para las Hermanas de Penitencia, designó como superiora a Alesia. Todo lo dispuso de acuerdo con la inspiración del Espíritu Santo, como lo

demonstraron después los hechos, ya que sus indicaciones fueron sumamente provechosas para todos.

Luego pidió perdón a todos los presentes. «-Mis amados -dijo- yo he tenido hambre y sed de vuestra salvación, pero es posible que no os haya dado el ejemplo de virtudes y buenas obras que he debido. He procurado ser una verdadera esposa del Señor y una perfecta religiosa, pero posiblemente no he sido lo atenta y cuidadosa que debiera en lo que concierne a vuestras necesidades temporales. Por consiguiente, imploro de todos vosotros perdón e indulgencia. Os ruego y os conjuro humilde y encarecidamente a proseguir hasta el fin en el camino de la virtud de manera que seáis mi alegría y mi corona».

Pronunciadas estas palabras, guardó silencio; luego hizo, como lo hacía diariamente, confesión general y pidió se le administrase la Sagrada Eucaristía y los últimos sacramentos. Satisfecho este pedido, solicitó la indulgencia plenaria que le fuera concedida por los Soberanos Pontífices Gregorio XI y Urbano VI. Por fin comenzó su agonía y su lucha contra Satanás; los presentes percibieron sus gestos y oyeron sus palabras. Alternativamente guardaba silencio y replicaba; a veces sonreía y mostraba despreciar lo que oía o se mostraba indignada.

Las personas que me han referido estas cosas notaron un detalle particular y yo creo que ello ocurrió para mayor gloria de Dios. Después de guardar silencio como si escuchase una acusación, replicó con alegre continente: *No; vanagloria, jamás; sólo el honor y la gloria de Dios.*

Hubo sin duda una razón para que Dios permitiese que estas palabras fuesen oídas, pues algunas personas, en vista de las grandes gracias que el Señor le había concedido, creían que derivaba de ello cierta complacencia, que manifestaba al mostrarse en público. Algunos decían al hablar de ella: «-¿Por qué corren de todas partes a su encuentro? No es más que una mujer. Si desea servir a Dios, debe permanecer en su celda». La respuesta a semejante reproche fue completa: «-*No; vanagloria, jamás; sólo el honor y la gloria de Dios*», es decir: no era la vanagloria lo que me inducía a ir a todas partes para realizar obras buenas, sino que siempre fue mi móvil la gloria del Salvador y el honor de su nombre. Yo que con tanta frecuencia he oído sus confesiones generales y particulares y que tan cuidadosamente he examinado sus actos, puedo dar también testimonio de esto. Catalina siempre obedeció las órdenes directas de Dios y siguió sus inspiraciones; no sólo no buscó jamás la alabanza sino que en ninguna oportunidad pensó en lo que pudieran decir los hombres. Quien no haya sido testigo de su vida nunca podrá saber hasta qué grado era ajena a esas pasiones humanas que son tan frecuentes aun en personas consagradas a la religión.

Después de esta prolongada lucha y de su victoria contra el enemigo común, Catalina volvió en sí y repitió la confesión pública que acostumbraba hacer, y para mayor seguridad pidió otra vez la absolución y la aplicación de la indulgencia plenaria. Siguió en esto la doctrina y el ejemplo de San Martín, San Jerónimo y San Agustín, quienes dicen que ningún cristiano, mal quiera que fuera su estado de perfección, debe abandonar el mundo sin acusarse de sus faltas y excitar en su corazón el dolor por haberlas cometido. San Agustín, en su última enfermedad, hizo que escribiesen en la pared al lado de su lecho los siete salmos penitenciales y los leyó constantemente con lágrimas en los ojos. Al morir, San Jerónimo confesó públicamente todos sus pecados. San Martín enseñó con la palabra y el ejemplo que se debe morir con el cilicio puesto y en la ceniza para dar testimonio de humildad y arrepentimiento. Imitando a estos tres grandes santos, Catalina manifestó su contrición de todas las maneras posibles y pidió dos veces la absolución de sus pecados.

Terminado esto, los circunstantes observaron que su resistencia física disminuía con rapidez. Sin embargo, ella no dejó de hacer piadosas recomendaciones a sus hijos e hijas espirituales, tanto presentes como ausentes, pues en los últimos instantes de su agonía dijo: «-Acudid a Fray Raimundo en todas vuestras dudas y dificultades y decidle que nunca sea remiso y que no tema nada que pueda ocurrirle. Yo estaré continuamente a su lado y le protegeré en todos los peligros. Cuando se equivoque, yo le avisaré para que se corrija». Me han asegurado que repitió con frecuencia estas palabras y que las pronunció mientras conservó fuerzas para hacerlo.

Viendo que era llegado el momento de salir de este destierro, dijo: «-Señor, *en tus manos encomiendo mi alma*». Y como por tanto tiempo lo había deseado, quedó libre de su cautiverio y unida en supremo y eterno desposorio con el Señor a quien tanto y tan ardientemente amara. Ocurrió esto en el año del Señor 1380, un domingo, 29 de abril, a la hora de Tercia. En ese mismo instante estando yo en Génova, su alma se comunicó con la mía, de alguna manera que no alcanzo a explicar. Pongo por testigo a Aquel que no puede engañar ni engañarse; pero entonces mi entendimiento no comprendió de dónde venían las palabras que oí, aunque percibí completamente el sentido de las mismas. Estaba yo en aquel tiempo desempeñando las funciones de Provincial -era cuando debía reunirse en Bolonia el Capítulo para elegir General de la Orden- y yo estaba haciendo los preparativos para dirigirme a esta ciudad acompañado por algunos religiosos. Tenía que llegar hasta Pisa, y de aquí seguir viaje a Bolonia, como en efecto hicimos. Habíamos alquilado una embarcación y estábamos esperando viento favorable para embarcarnos.

La misma mañana en que expiró la Santa, había yo ido a la iglesia de San Pedro Mártir para celebrar allí la santa misa. Una vez celebrado el sacrificio del altar, volví a mi dormitorio con el fin de preparar mi pequeño equipaje, cuando al pasar por delante de una imagen de la Virgen Santísima, recité en voz baja el *Ave María*, de acuerdo con la costumbre de los religiosos, y permanecí allí arrodillado breves instantes. Entonces oí una voz que no venía por el aire, sino que pronunciaba palabras que llegaban a mi mente en forma directa y no por los oídos y que, sin embargo, percibí de una manera tan clara y distinta como si las hubiese oído. No sé de qué manera llamar a esta forma de comunicación, y si se puede dar el nombre de voz a algo que carece de sonido. Pues bien, esta voz hizo llegar las siguientes palabras a mi mente: «-No temas; estoy aquí por ti; estoy en el cielo por ti; yo te protegeré y te defenderé; estate tranquilo; estoy aquí por ti».

Estas palabras interiores me produjeron gran desasosiego y traté de comprender qué podía significar la ayuda que se me prometía. No podía en aquel momento atribuir las a nadie sino a la Virgen María, a quien yo estaba saludando en aquel instante; pero no me atreví a pensarlo a causa de mi indignidad. Pensé que alguna terrible desgracia iba a caer sobre mí y que, como estaba implorando con mi oración a la Madre de las Misericordias, esta me dirigía las palabras que acababa de oír con el fin de prepararme a soportar el infausto acontecimiento que se aproximaba. Sospeché que, como había estado predicando en Génova la cruzada contra los cismáticos, podría haber entre ellos alguno que tuviese la intención de hacerme algún mal.

Una dama romana tuvo la siguiente visión en el momento en que expiró Catalina. Me la relató ella misma, a quien creo merecedora de fe, pues he conocido su vida y su conciencia por más de veinte años.

Vivía en Roma una señora, madre de dos hijos y cuyo nombre era Semia. Antes de la muerte de su marido, y más perfectamente después de haber fallecido este, se consagró al

servicio de Dios, consagrándose por completo a la oración y a visitar iglesias. Tenía la costumbre de levantarse por la noche para los Maitines y rezados estos, dormía un poco con el fin de estar en condiciones para cumplir con sus piadosas peregrinaciones a las iglesias. Cuando Catalina llegó a Roma, esta señora fue informada por varias personas, entre las que me contaba yo, con respecto a las virtudes de nuestra Santa. La visitó y quedó tan cautivada por el encanto de su compañía, que se resolvió a repetir frecuentemente la visita, cosa que realizó con intervalos de varios días.

En la noche que precedió al día en que murió Catalina, Semia se levantó para orar, según tenía por costumbre, y una vez que hubo terminado sus oraciones, reflexionó que siendo el día siguiente domingo, tendría que levantarse más temprano que de ordinario para asistir a la misa solemne y preparar la comida para sus hijos. Se acostó de nuevo como hacía siempre, pero no para dormir, sino para descansar un poco. Está así, en ese estado intermedio entre la vigilia y el sueño, cuando reaccionando con el sopor que empezaba a dominarla, se dijo: «Debo levantarme para llegar a tiempo a los servicios de la iglesia». Al decirse estas palabras vio un hermoso niño, aparentemente de ocho a diez años de edad, el cual le dijo:

-No quiero que te levantes hasta que hayas visto una cosa que tengo la intención de mostrarte.

Encantada con las gracias de la criatura, pero firme en su propósito de no perder la misa, contestó:

-Déjame, querido, que me levante, porque no puedo dejar la misa mayor.

A lo que el niño replicó:

-No podré permitir que te levantes antes de que veas la maravilla que voy a mostrarte, porque tengo, de parte de Dios, la misión de hacerlo.

Entonces le pareció como si el niño la sacase de la cama y la llevase a un lugar espacioso que tenía la forma de una iglesia, en uno de cuyos extremos había un tabernáculo de plata pulimentada, exquisitamente labrado; estaba cerrado.

-Espera un instante -dijo el niño- y verás lo que hay dentro del tabernáculo.

Otro niño muy parecido al primero, apareció entonces trayendo una escalera de plata, aplicándola al tabernáculo, que estaba en un lugar elevado, y abrió la puerta de este con una llave de oro. Tan pronto como este estuvo abierto, Semia vio a una jovencita ricamente ataviada, cuya vestidura era de resplandeciente blancor y estaba magníficamente adornada con piedras preciosas. Tenía en la cabeza tres soberbias coronas tan bien dispuestas, que cada una de ellas podía distinguirse con toda claridad. La corona inferior era de plata; la segunda de plata mezclada con oro, y la tercera de oro purísimo recamado de perlas y piedras preciosas.

Al contemplar este maravilloso espectáculo, Semia empezó a pensar quién podría ser esa jovencita tan ricamente ataviada, y luego de haberla mirado con detención reconoció en ella a Catalina de Siena. Pero sabiendo que esta tenía mucha más edad que la representada por la figura de la visión, se le ocurrió que podría ser otra. El niño que se le apareció la primera vez le preguntó entonces si reconocía a la persona que tenía delante.

-Es sin duda alguna -contestó Semia- Catalina, pero no tiene su edad.

Y como continuase mirándola intensamente, la joven del tabernáculo le sonrió y dijo a uno de los niños:

-Ya ves que no me reconoce.

Entonces aparecieron seis niños más semejantes a los anteriores trayendo una especie de camilla, y una vez que la hubieron puesto cerca del tabernáculo, subieron rápidamente por la escalera, tomaron en sus brazos a la doncellita y la colocaron en la camilla. Entonces la joven dijo:

-Permitidme ir cerca de esa señora que me está mirando y no sabe todavía quién soy. -Dichas estas palabras, se acercó a Semia como si fuese volando por el aire, y le dijo-: Soy Catalina de Siena. -A lo que la mujer replicó:

-¡Cómo! ¿Sois vos, madre Catalina?

-Sí -contestó ella-; y ahora fíjate bien en lo que vas a seguir viendo.

Al decir estas palabras, fue conducida por los seis niños a la camilla, y esta se elevó hacia el cielo. Mientras Semia la veía subir gradualmente, de pronto alcanzó a ver un trono levantado en el cielo, y sobre este trono a un rey coronado y cubierto de joyas, el cual tenía en las manos un libro abierto. Los niños condujeron a la hermosa doncella hasta los pies de este trono y, una vez que estuvo aquí, la virgen se arrojó a los pies del rey y le adoró. Entonces el rey le dijo:

-Bienvenida, amada esposa y querida hija Catalina. A una orden del rey, ella alzó la cabeza y leyó en el libro durante el tiempo suficiente para recitar la oración dominical. Luego, a una nueva orden del rey, se levantó y tomó asiento cerca del trono esperando a la reina que avanzaba a la cabeza de un numeroso grupo de vírgenes. Cuando estuvo cerca, nuestra Santa se apresuró a bajar las gradas del trono y se postró delante de ella; después de lo cual, la reina del cielo la tomó de la mano y le dijo:

-Bienvenida, Catalina, hija mía -y levantándola, le dio el beso de paz.

La Santa ofreció un nuevo homenaje a la reina y avanzó hacia las otras vírgenes, quienes la recibieron alegremente dándole el beso de paz.

Mientras ocurría todo esto, Semia exclamaba: «¡Oh, mi soberana señora, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, intercede por mí! ¡Santa María Magdalena, Santa Catalina, Santa Inés, Santa Margarita, orad por nosotros!

Semia me informó que, aunque esta visión parecía ocurrir en el cielo, ella distinguió perfectamente a todos los que tomaron parte en ella, y reconoció no sólo a la bienaventurada Madre de Dios, sino a las demás vírgenes que formaban su comitiva, pues cada una de ellas llevaba la señal distintiva de su martirio: Santa Catalina, la rueda; Santa Margarita, un dragón a sus pies; Santa Águeda, el pecho tostado; y de igual manera las demás. Finalmente, entre las

felicitaciones de las demás vírgenes, la juvenil Catalina fue colocada en el lugar que la correspondía, y coronada de gloria.

Cuando Semia abrió los ojos, vio que el sol ya indicaba en el horizonte la hora de Tercia, y se afligió por la misa que deseaba oír y por la comida de sus hijos, pero no pudo menos de preguntarse mentalmente qué significado podía tener esta visión. Ignoraba que Catalina hubiese muerto, aunque sabía que se encontraba en estado de suma debilidad. Sus ocupaciones la habían impedido visitarla durante unos días, pero en otras oportunidades ocurrió lo mismo, y por lo tanto se limitó a pensar que su amiga habría tenido algún éxtasis extraordinario, del que sería reflejo la visión que ella acababa de contemplar. Temía que, dado lo avanzado de la hora, le fuese imposible asistir a misa y sospechó que Satanás hubiese intervenido con el fin de hacerla quebrantar el precepto de la Iglesia. Se apresuró pues a poner la comida en el fuego y dirigirse al templo parroquial, diciéndose para sus adentros: «Si pierdo la misa, será una prueba de que la visión proviene de Satanás, pero si consigo llegar a tiempo, no dudaré de que procede de la piadosa madre Catalina».

Al llegar a la iglesia, la misa estaba ya en el ofertorio, lo que entristeció mucho a Semia. «Desdichada de mí -exclamó-; el demonio me ha engañado». Entonces se volvió a casa, atendió apresuradamente los quehaceres domésticos y se preparó para ir a otra iglesia a fin de oír la misa entera.

Mientras estaba así ocupada, oyó la campana que anunciaba una misa en un vecino monasterio de monjas. Esto le produjo gran alegría, y dejando unas legumbres tal como las había preparado, pero sin ponerlas en el fuego, cerró la puerta y se apresuró a salir para la iglesia. Una vez que hubo oído la misa, volvió a casa, y antes de llegar, le salió al encuentro uno de sus hijos, el cual le dijo: «Madre, es ya muy tarde; nosotros queremos nuestra comida». Ella contestó: «Esperad un poco, queridos, que pronto estará lista». Entró en la casa, cuya puerta había dejado cerrada con llave, y vio, con el consiguiente asombro, que la mesa estaba servida, la carne y las legumbres perfectamente hervidas y todo dispuesto en tal forma que ya no había más que sentarse a comer.

La extrañeza que esto le produjo hizo que pensase en ir lo más pronto posible a ver a Catalina y contarle lo que había ocurrido. Llamó a sus dos hijos y se sentaron a la mesa; mientras comían no se apartó de su mente el pensamiento de la visión. Los niños, que no sabían nada de lo ocurrido, encontraron que la comida era más apetitosa que otras veces y así lo manifestaron; mientras tanto, ella decía interiormente: «¡Oh, madre Catalina!, tú has venido aunque la puerta estaba cerrada, y me preparaste la comida. Veo que eres una santa ante los ojos del Señor».

A todo esto, ni siquiera se le había ocurrido pensar que Catalina hubiese muerto, y en cuanto terminaron de comer, se apresuró a dirigirse a la casa donde se hospedaba la Santa. Llamó a la puerta como de costumbre, pero nadie contestó. Entonces los vecinos le informaron que no había nadie en la casa; ella lo creyó así y se fue. La verdad es que los que estaban adentro no quisieron mostrarse, porque deseaban que no se esparciese el rumor de su muerte, lo que atraería mucha gente y les impediría discutir con tranquilidad lo que habrían de hacer en tales circunstancias. Finalmente resolvieron que a la mañana siguiente el cuerpo de la Santa sería trasladado a la iglesia de los Frailes Predicadores llamada Santa María de la Minerva y que allí se celebrarían los funerales.

Tan pronto como los restos de Catalina fueron llevados a la mencionada iglesia, toda Roma se enteró de lo ocurrido, y grandes multitudes acudieron de todos los ángulos de la

ciudad, entrando turbulentamente en el templo con el fin de tocar los vestidos y los pies de la Santa. Sus hijos e hijas espirituales, temiendo que llegasen a despedazar el cadáver, lo colocaron detrás de la verja de la capilla de Santo Domingo. Semia fue por casualidad a esta iglesia y al notar el tumulto, inquirió la causa del mismo. Entonces oyó que Catalina había muerto y que eso era lo que atraía a la muchedumbre. Avanzó entonces sollozando hasta el lugar donde estaba el cadáver y dijo a los hijos espirituales de la Santa: «¡Cuán crueles han sido al ocultarme la muerte de mi amada madre! ¿Por qué no me avisaron para asistirle en sus últimos momentos?». Cuando ellos le presentaron sus excusas, preguntó a qué hora había expirado. Le contestaron que en el día anterior, a la hora de Tercia. Al oír esto, Semia exclamó: «Yo la vi; yo vi a mi amada madre cuando dejó su cuerpo. Los ángeles la llevaron al cielo en presencia mía; tenía tres coronas, y su vestidura era resplandecientemente blanca. Sé que Dios me envió a uno de sus ángeles para mostrarme la muerte de la madre Catalina. ¡Oh, madre, madre! ¿Cómo fue que no comprendí durante esa visión que tú estabas abandonando la tierra?».».

Y Semia dio los detalles de su visión a los discípulos de Catalina que estaban, con su presencia, custodiando el cuerpo de la Santa.

## Capítulo V

### *Algunos de los prodigios y milagros que el Señor realizó por intercesión de Catalina.*

En cuanto se difundió la noticia de la muerte de Catalina grandes masas del pueblo se dieron cita en la iglesia donde se habían depositado sus restos y muchas personas llevaron allí a sus enfermos para que fuesen curados por la intercesión de la Santa. Dios no defraudó las esperanzas de los fieles, y aquí relataré algunos de los milagros realizados entonces.

Una hermana de la Tercera Orden de San Francisco, llamada Dominica, tenía tan enfermo un brazo que durante los seis meses anteriores al deceso de Catalina no pudo hacer uso de él. Fue a la iglesia y como a causa de la gran afluencia de gente no pudiese acercarse adonde estaba el cuerpo de la Santa, se desprendió el velo y rogó a alguien que tocara con él los restos mortales de Catalina. Cuando se lo devolvieron, lo puso debajo del brazo enfermo e inmediatamente se sintió curada. Entonces gritó: -Ved: por los méritos de esta Santa se me ha curado el brazo de una enfermedad que todos la creían incurable-. Como consecuencia de esto, el número de enfermos aumentó de una manera increíble y llegaban de todas partes con la esperanza de curarse con sólo tocar el ruedo del vestido de Catalina.

Entre otros, llevaron a un niño de cuatro años que tenía los músculos del cuello tan estirados que la cabeza se apoyaba en el hombro. Tan pronto como una de las manos virginales de la Santa fue aplicada a la parte enferma, comenzaron a notarse síntomas favorables y poco después la curación era perfecta.

A causa de los milagros que se sucedían sin interrupción no fue posible disponer la inhumación de los restos; era tal la afluencia de público que un doctor en Teología que intentó pronunciar la oración fúnebre, no pudo conseguir hacerlo y tuvo que bajarse del púlpito sin haber empezado su sermón.

Un romano llamado Lucio de Connarola padecía una enfermedad que los médicos habían declarado incurable. Tenía en tales condiciones la cadera y una pierna que ni con ayuda de muletas conseguía caminar sino unos pasos. Se arrastró con suma dificultad hasta la iglesia y, una vez aquí, consiguió que lo llevaran hasta el santo cuerpo. Con gran devoción puso una mano de Catalina sobre la pierna enferma e instantáneamente estuvo curado.

Una jovencita llamada Ratozzola estaba tan horriblemente enferma de lepra que tenía la nariz y parte del labio superior roídos por la enfermedad. Tras grandes esfuerzos, pues no le permitían acercarse, logró llegar hasta el cuerpo de la Santa y en cuanto aplicó al rostro una de sus manos, desapareció la lepra sin dejarle la más ligera cicatriz.

Un habitante de Roma, llamado Antonio Sello, que estaba empleado en la iglesia de San Pedro, estaba enfermo por exceso de trabajo y caminaba con gran dificultad. Inspirado por lo que oía acerca de la Santa, se encomendó devotamente a ella y le hizo un voto, si curaba su enfermedad. Apenas había pronunciado la fórmula del voto, se vio completamente libre de sus sufrimientos y caminó sin dificultad hasta donde estaban los restos de la Santa, para llevar a cabo la promesa que le había hecho.

Vivía en Roma una piadosa dama, llamada Paula, que llegó a intimar mucho con Catalina. En el momento en que ocurrió la muerte de esta, se encontraba cruelmente atormentada por la gota y tenía además un dolor agudo en el costado. Como estas dos dolencias exigían distinta clase de tratamiento médico, la pobre señora sufría lo indecible y se encontraba además en peligro de muerte. Después del deceso de Catalina, pidió encarecidamente le llevaran algo que hubiese tocado el cuerpo de la Santa. Se lo llevaron esa misma tarde y a la mañana siguiente pudo levantarse del lecho donde había permanecido durante meses a causa de sus dolencias. Ella misma me informó acerca de este milagro.

Después que el cuerpo de Catalina fue inhumado, el poder de realizar prodigiosas curaciones que el Señor había otorgado al mismo, en lugar de disminuir, acreció. Un romano llamado Neri o Veri tenía un niño que no podía permanecer erguido sobre sus pies. Le llevó a la tumba de Catalina, apenas lo puso sobre ella, la criatura caminó sobre sus pies como si siempre hubiese disfrutado de una salud perfecta.

Juan de Tozo tenía una terrible y repugnante enfermedad en los ojos: estaban infestados de gusanos. Hizo un voto a la virgen de Siena y al instante quedó curado. Una señora alemana que llegó a Roma en peregrinación y cuyo nombre olvidaron anotar, había casi perdido la vista sin esperanzas de curación. Se encomendó piadosamente a Catalina y gradualmente fue recobrando su poder visual sin necesidad de ningún medicamento.

Una mujer romana, llamada María, padecía de tan terribles dolores en la cabeza que llegó a perder un ojo a pesar de los esfuerzos realizados por los médicos para detener el mal. Habiendo oído hablar de los milagros realizados por Catalina, se encomendó devotamente a su intercesión. Esa misma noche la Santa se apareció a la sirvienta de la enferma y le dijo -Recomiende a su ama que no se aplique más medicinas; que vaya todas las mañanas a oír la santa misa y se curará-. La criada cumplió el encargo y la patrona obedeció la indicación de Catalina, perseverando en el piadoso ejercicio recomendado hasta que se curó por completo.

Un adolescente llamado Jacobo, hijo del ciudadano romano Pedro de Niccolo, estaba enfermo de gravedad; todas las medicinas habían fracasado, y los médicos dictaminaron que, de acuerdo con las leyes naturales, su fin estaba próximo. Se encomendó fervorosamente a la



bienaventurada Catalina, y desde ese mismo instante empezó a mejorarse hasta reponerse por completo a los pocos días.

Una noble y piadosa dama, llamada Juana Ilperni, había estado relacionada con Catalina durante mucho tiempo. Los milagros que vio realizarse por su intercesión le inspiraron la idea de aconsejar a todos sus conocidos que se encomendasen a la intercesión de la Santa. Un día, el hijo de esta señora estaba corriendo en la terraza de la casa y se cayó de ella sin que hubiese nadie que pudiera prestarle auxilio. La madre, al verle en tales condiciones, gritó con todas sus fuerzas: *Santa Catalina, protege a mi hijo*. Cuando la madre llegó donde estaba el niño, este no solamente estaba vivo, sino que no tenía la menor señal de herida o contusión.

Había también en Roma una mujer que se ganaba la vida dedicándose al servicio de los demás. Se llamaba Buona Giovanni. Un día, mientras estaba lavando ropa a la orilla del Tíber, fue arrastrada por la corriente, viéndose en inminente peligro de ahogarse. Entonces se encomendó a Catalina; su plegaria fue oída, porque milagrosamente se sintió sostenida sobre la superficie del agua y llegó a la orilla sin dificultad.

Estando yo en Roma, un amigo mío médico, llamado Jacques de Santa María de la Rotunda, me informó que un joven de la ciudad, yerno de Cintio Yacancini, estaba tan gravemente enfermo que su muerte era segura. También supo esto Alesia, la amiga de Catalina, quien, sabedora de que toda la familia del paciente había sido muy devota de nuestra Santa, se fue sin tardanza a la casa donde vivía el ya desahuciado joven llevando un diente de la sierva del Señor, al que ella consideraba como una preciosa reliquia. Halló al enfermo en sus últimos momentos; la inflamación de la garganta le impedía respirar. Alesia le aplicó el diente a la garganta e inmediatamente se percibió un ruido semejante al que produce una piedra al ser removida de un lugar. El absceso se abrió y el enfermo arrojó por la boca gran cantidad de materia corrompida, encontrándose después completamente restablecido.

A los casos relatados podría agregar innumerables más, de los que son prueba los exvotos que se ven sobre la tumba de la Santa. Por otra parte, declaro en la presencia de Dios que muchas personas me han buscado para comunicarme los grandes favores que han recibido de Dios por intercesión de Catalina, y ha sido descuido mío el no haber anotado debidamente los nombres de las personas favorecidas y los detalles de cada milagro. Es cierto que designé a una persona para que los anotase, pero no se cumplieron mis indicaciones.

Ocurrió por aquella época un hecho que quiero consignar aquí. Es el siguiente: Cuando la reina Juana envió contra Roma a Rinaldo de los Ursinos al frente de cierto número de hombres de armas con el fin de arrestar al Soberano Pontífice Urbano VI, algunos de los habitantes de la ciudad fueron tomados prisioneros por el enemigo. Algunos de ellos fueron atados a sendos árboles y abandonados así a una muerte cruel; otros fueron conducidos al campo, donde se les retuvo bien custodiados con la esperanza de conseguir que sus deudos pagasen rescate por ellos. Me contaron los que recobraron la libertad que en el momento en que invocaron el nombre de Catalina, las cadenas que los sujetaban cayeron hechas pedazos. Uno me informó que inmediatamente después de haberse encomendado a la Santa, se encontró libre de las ligaduras que lo tenían sujeto al árbol y que volvió a Roma sin encontrar a ninguno de aquellos forajidos que tenían infestada la región.

Recuerdo haber oído referir muchos milagros de esta naturaleza; pero la memoria me falla con los años y no recuerdo bien los detalles.

Antes de dar fin a este libro, deseo hablar acerca de la paciencia de Catalina. La Iglesia militante admira más en sus santos esta virtud que los milagros. Dedicaré, pues, un capítulo a este asunto. Catalina en recompensa de mi trabajo, obtendrá para mí una gracia de su divino esposo que reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

## Capítulo VI

*De la gran paciencia que Catalina manifestó en todas sus acciones desde la infancia hasta la muerte. Este capítulo será una especie de resumen de su vida.*

La eterna Verdad encarnada para nuestra salvación dice: *Qui in corde bono et optimo audientes verbum retinent, et fructum afferunt in patientia* (San Lucas, VIII, 15). «Aquellos que son de buen corazón y escuchan la palabra con paciencia, la conservan y la hacen fructificar». En su libro de los Diálogos dice San Gregorio: *Ego virtutem patientis signis et miraculis puto majorem*. «Considero que la virtud de la paciencia es superior a los prodigios y a los milagros». El apóstol Santiago en su epístola canónica asegura que la «paciencia es una obra perfecta»: *Patientia opus perfectum* (Santiago, I. 4).

La paciencia no es la principal y la reina de las virtudes, pero según el testimonio del Apóstol, es la compañera inseparable de la más grande de las virtudes, que es la caridad. Cuando habla acerca de la caridad, San Pablo dice: «La caridad es paciente, es bondadosa; no envidia» (I-Cor. XIII, 4). De aquí que cuando la Iglesia examina la vida de los Santos, no aplica su principal atención a los prodigios que han realizado, por dos razones. La primera, porque los malos también realizan cosas prodigiosas que parecen milagros, y que no lo son, como hicieron los hechiceros de Faraón y como hará el Anticristo y sus secuaces cuando llegue el tiempo. La segunda razón es que algunos han llegado a hacer milagros, pero luego han sido reprobados, como le ocurrió a Judas y a aquellos que según dice el Evangelio, exclamarán en el día del Juicio Final: «Señor, ¿no hemos realizado milagros en tu nombre?», y a quienes el Señor contestará: «Apartaos de mí, hacedores de iniquidad».

Por consiguiente, los prodigios y los milagros no pueden dar a la Iglesia militante la seguridad de que disfrutaban de la gloria eterna aquellas personas que los realizaron, aunque indudablemente constituyen un fuerte indicio de santidad, especialmente cuando ocurren después de la muerte; pero ni aun en este último caso constituyen una prueba absoluta, pues Dios puede recompensar la fe de quien ora sin intención de sacrificar a aquellos en cuyo nombre se hace la oración.

Cuando la Iglesia quiere comprobar los méritos de un santo, se informa acerca de su vida y de las acciones que ha realizado en la tierra, de acuerdo con aquellas palabras del Evangelio de San Mateo: «Por sus frutos lo conoceréis, porque un árbol malo no puede dar buenos frutos, ni un árbol bueno puede dar fruto malo» (San Mat. VII, 18). Los frutos buenos son las obras de caridad para con Dios y el prójimo. Estas obras son agradables a Dios y, por consiguiente, insoportables para Satanás, quien hace incesantes esfuerzos para contrarrestarlas bien por sí mismo, bien por las personas que le pertenecen en el mundo. Los Santos que han sido fieles y han perseverado, han practicado necesariamente la paciencia que les mantenía en el amor a Dios y a su prójimo, a pesar de todas las persecuciones imaginables. Nuestro Señor dijo a sus discípulos: *In patientia vestra possidebitis animas vestras*. «En vuestra paciencia

poseeréis vuestras almas» (San Lucas XXI, 19). Ella es, según el Apóstol, la primera condición para la caridad. *Charitas patiens est*. «La caridad es paciente» (1 Cor. XIII, 4). Esta es la causa de que se insista sobre este punto en la canonización de los santos. Sus «obras» son examinadas con más detención que sus «milagros», y entre estas obras se buscan de una manera especial los frutos de su paciencia, porque ellos son prueba de la caridad y de la santidad mucho más que todos los demás.

La paciencia se ejercita sufriendo las cosas que nos son adversas; el nombre lo indica, pues se deriva del verbo latino *patiri*, que significa sufrir.

Los bienes que posee el hombre se dividen en tres clases, de acuerdo con la Filosofía: los *agradables*, los *útiles* y los *honorables* o sea, los que producen agrado, los que dan utilidad y los que proporcionan honor. La paciencia se ejercita por la privación de cualquiera de estas tres clases de bienes.

Los *agradables* comprenden la salud, los placeres de la mesa, cualquier cosa que halaga a la naturaleza y, en particular, la sensualidad. Los *útiles* abarcan las riquezas, los lujos, la casa, las comodidades, los criados y, en general, todo lo que sirve para la existencia material. En el grupo de bienes *honorables* se comprende todo lo que da al hombre consideración entre sus iguales, como ser la reputación, la fama, los amigos distinguidos, etc.

Entre las cosas que acabo de enumerar, algunas son culpables y debe renunciarse a ellas; otras son obstáculo para la perfección, y es preciso evitarlas; otras son permitidas y aun a veces resultan necesarias, y su privación debe ser soportada con paciencia. Consideremos la manera cómo se condujo Catalina en estas.

La Santa comprendió que la paciencia no sirve de nada cuando desde el primer momento no nos abstenemos de todo lo que está prohibido, como lo están todos los placeres sensuales; de aquí que se apartase de ellos desde su más tierna edad con prudencia y fortaleza. Esto fue consecuencia de una notable visión con que fue favorecida cuando tenía seis años de edad. Entonces se le apareció el Señor acompañado por sus principales apóstoles, la bendijo y le dirigió una mirada de tierno afecto. Su alma quedó entonces llena de tan perfecto amor que abandonó los hábitos de la infancia y se consagró, no obstante sus cortos años, a la meditación y la penitencia. Sus progresos fueron tan rápidos que al año siguiente, o sea al cumplir los siete, hizo voto de perpetua castidad en presencia de la Virgen María después de haberlo pensado con detención y haber orado mucho.

Como la piadosa niña comprendía que nada era tan necesario para conservar la virginidad que la sobriedad y la mortificación, se aplicó a estas virtudes y terminó por practicarlas con maravillosa perfección. Comenzó por acortar la cantidad de carne de su alimento y terminó por suprimirla completamente. El vino, que bebía mezclado con agua hasta el extremo de hacerle perder el sabor, lo dejó del todo a la edad de quince años, y lo mismo hizo con toda clase de alimentos que no fuesen el pan y los vegetales. A la edad de veinte suprimió el pan y se sostuvo con hierbas sin cocer, continuando así hasta que Dios le concedió el favor de vivir sin tomar ninguna clase de alimento. Esto tuvo lugar, si la memoria no me falla, a la edad de veinticinco o veintiséis años. Ya he hablado acerca de las murmuraciones a que dio lugar este extraordinario y milagroso estado de Catalina, murmuraciones que ella sufrió con admirable paciencia.

Habiéndose acorazado en esta forma, por la abstinencia y la pureza, contra los placeres de los sentidos, Catalina se privó también de otras cosas permitidas y aun deseables. Algunas

pruebas le dieron verdadera alegría, pero otras la afligieron profundamente. Muchos de sus parientes y amigos fueron para ella ocasión de dolor desde la infancia hasta la muerte. Su madre y hermanos, con el fin de obligarla a que se casase, la privaron de su habitación, y la obligaron a realizar los oficios más viles de la cocina para privarla de sus horas de oración y meditación. Ella permaneció fija e inmovible en su resolución, ya que no sólo no abandonó sus oraciones sino que estas aumentaron en fervor y duración. El demonio excitó contra ella a su madre, Lapa, en tal forma que algunas veces llegó a enfurecerla contra su hija; pero esta, armada con su invencible paciencia, aplacó las asperezas de su madre y perseveró en sus penitencias.

El enemigo del género humano buscó todos los medios imaginables para privarla de los consuelos y favores de su divino esposo, pero ella triunfó de sus ataques con el fervor; desconcertó sus artimañas con sabiduría y le confundió con su perseverancia. El espíritu maligno intentó inducirla a que olvidase su voto valiéndose de su cuñada, quien consiguió inspirarle el deseo de cuidar particularmente su cabello y su arreglo personal. Dios permitió esto para su bien, como he demostrado en el capítulo cuarto de la primera parte de este libro. Posteriormente el demonio la atormentó con tentaciones y hasta con visiones falsas.

Un día, mientras estaba orando delante de un crucifijo, se le presentó el demonio trayendo un vestido de rica seda con el cual intentó cubrirla. Ella le rechazó con desprecio y se armó contra él con el signo de la cruz; el demonio desapareció, pero dejó en su espíritu la tentación a la vanidad, cosa que la afligió intensamente. Recordó entonces el voto de virginidad que había pronunciado, y dijo a nuestro Salvador: «Amado esposo, tú sabes que yo nunca he deseado tener otro esposo que no seas tú; ayúdame a triunfar de estas tentaciones. No te pido que las suprimas, sino que no permitas me deje vencer por ellas».

Apenas había terminado de decir estas palabras cuando se le apareció la Santa Madre de Dios y Reina de los cielos, quien tomo del costado de su Hijo crucificado un magnífico vestido que ella había bordado con sus propias manos y en el que brillaban magníficas piedras preciosas, y se lo puso a Catalina diciéndole: «Sabe, hija mía, que los vestidos que provienen del costado de mi Hijo sobrepasan a cualquiera otro vestido en esplendor y belleza». La tentación se desvaneció inmediatamente, y la Santa quedó llena de celestial consuelo.

Viendo el demonio que por sí mismo no conseguía apartarla del cumplimiento de sus resoluciones, buscó a otras personas que le ayudasen en su infernal tarea. Se valió de la madre de Catalina, quien la llevó a la casa de baños para inducirla a suspender sus austeridades; pero Catalina supo encontrar aquí mayores mortificaciones que en su propia habitación exponiendo su cuerpo a la acción del agua hirviendo. La falta de luces de sus directores espirituales y de la superiora de la Tercera Orden, le causó igualmente muchas aflicciones. Intentaron apartarla de la frecuente confesión, y refrenaron sus ejercicios de piedad, que ella amaba tanto. Su corta inteligencia era incapaz de comprender estas cosas; condenaron la luz porque estaban en tinieblas y trataron de medir la altura de las montañas inaccesibles sin dejar las sombras de los humildes valles.

El siguiente hecho demostrará la amplitud de su paciencia. Redundará en vergüenza de algunos religiosos, pero es preferible publicarlo a dejar en silencio las extraordinarias gracias que el Espíritu Santo derramó sobre esta alma fiel.

No podía Catalina practicar públicamente ningún ejercicio de piedad sin dar pábulo a la calumnia y atraer sobre sí misma las persecuciones de algunas personas, precisamente las que debieran defenderla y alentarla. Esto no debe causarnos asombro, pues los religiosos que no

han conseguido vencer su amor propio, suelen llevar su envidia hasta un extremo al que no llegan por lo general las personas que viven en el mundo. Como las «hermanas de Penitencia» vieses que Catalina, a pesar de ser tan joven, sobrepasaba a las demás en la austeridad de su vida, en la severidad de su moral y en el fervor de sus oraciones, algunas de ellas, seducidas por Satanás, empezaron a censurar su conducta y la denunciaron a los religiosos de la Orden. Si algunas ensalzaban sus virtudes, otras, en cambio, sostenían que obraba por instigación del espíritu del mal. Estas mujeres, genuinas descendientes de Eva, obraron de manera tan hábil que consiguieron seducir a Adán, o sea a los superiores del convento de Santo Domingo, hasta el extremo de negarle la santa comunión y hasta de privarla de su confesor. Ella lo sufrió todo con paciencia y sin murmurar y nadie la oyó jamás formular la más ligera queja.

Si le permitían recibir la comunión, era con la condición de que diese fin inmediatamente a sus oraciones y saliese de la iglesia, cosa que era imposible, pues comulgaba con tanto fervor que perdía el uso de los sentidos, su cuerpo quedaba insensible y permanecía así durante varias horas. Los religiosos a quienes las «hermanas» habían prevenido en contra de la Santa, se ponían furiosos al ver esto; se dirigían a ella durante sus éxtasis, arrastraban de una manera brutal la alfombra donde estaba arrodillada y la ponían a la puerta de la iglesia como si se tratase del más despreciable de los seres. Sus compañeras, derramando lágrimas, permanecían en torno de ella como si quisieran protegerla con sus cuerpos, expuestas a los rayos ardientes del sol de mediodía, esperando el momento en que volvía en sí. Algunos le aplicaban furiosos puntapiés mientras estaba en éxtasis, y sin embargo, ella jamás mencionaba estos malos tratamientos a no ser para disculpar a los que la hacían sufrir. Pero cuanto más paciente se mostraba ante estas injurias, más excitado se veía su divino esposo contra sus perseguidores, a quienes castigó con severidad. Yo he sabido esto por el confesor que me precedió y por varias personas que me merecen entero crédito.

Una mujer que le aplicó un puntapié mientras la Santa se encontraba en éxtasis, fue acometida por terribles dolores al regresar a su casa, y murió sin haber recibido los últimos sacramentos. Un malvado que también le dio de puntapiés y la arrastró hasta la puerta de la iglesia profiriendo los más groseros insultos, fue acometido algunos días después por un ataque de rabia tan fuerte que parecía poseído por el demonio. Gritaba continuamente: «¡Auxilio! ¡Auxilio! Ahí viene un verdugo para cortarme la cabeza». Las personas de la casa donde vivía el desdichado estaban deseosas de ayudarle, pero pronto se convencieron de que había perdido por completo la razón, y le vigilaron porque daba muestras de intentar suicidarse. Algún tiempo después pareció estar un poco aliviado y le descuidaron un tanto. Entonces encontró la manera de escaparse y, como Judas, se ahorcó. Este caso lo ha referido una persona digna de todo crédito.

Catalina sufrió mucho en su reputación y en este terreno fue donde más demostró su admirable paciencia. ¿Qué cosa más preciosa que la reputación de una doncella y qué más delicado que el honor de una virgen consagrada al Señor? En consideración a esto quiso Dios que su Madre, la reina de las vírgenes, estuviese protegida ante los ojos del mundo por un esposo, y en la cruz él confió la virginidad de María a la virginidad de San Juan.

Tres hechos que ya he referido demuestran la paciencia de Catalina y sus continuos progresos en la senda de la virtud. El primero es el caso de Tecca, la leprosa, a quien la Santa cuidó cuando todos se apartaban de ella horrorizados. También referí lo ocurrido con Palmerina, quien vestía el mismo hábito religioso que nuestra Santa y concibió un odio tan intenso como injusto contra ella. La caridad triunfó en este caso; la oración perseverante destruyó el mal que el demonio había fomentado en esa pobre alma y la gracia difundida en el corazón y en los labios de Catalina fue tan poderosa que salvó a Palmerina de las llamas de

perdición. Aunque en estos dos casos, y especialmente en el segundo, la paciencia de Catalina se manifestó de manera admirable, esta virtud brilló más brillantemente en el de Andrea, la mujer atacada por el cáncer.

Después de haber recordado algunos de los prodigios de paciencia llevados a efecto por Catalina, me parece conveniente consignar aquí algunos detalles que todavía no he mencionado.

Casi todas las personas que se acercaban a ella con el fin de recibir sus consejos y seguir sus ejemplos, la afligían de una manera o de otra, pues el demonio siempre trataba de afligirla valiéndose de las personas que le eran más queridas. Catalina sufrió más vejaciones de parte de las personas a quienes dirigía espiritualmente que de los extraños. De todas ellas triunfó por medio de la paciencia.

Un religioso se dejó seducir hasta tal extremo por Satanás, que insultó a Catalina de la manera más grosera en presencia de sus compañeras. Ella recibió sus palabras con tan gran paciencia que en su exterior no apareció la menor señal de haber sido molestada por ellas. Ella no pronunció una sola palabra, limitándose a pedir después encarecidamente que no se hiciese el más ligero reproche al culpable. La humildad de la Santa le ensoberbeció en tal forma que llegó hasta apoderarse del dinero que ella había recibido para hacer limosnas. La Santa no cejó en su caridad y no permitió que ninguno de los que estaban en conocimiento del robo dijese o hiciese algo en contra de quien lo había cometido.

Sería imposible describir la paciencia que Catalina demostró en las enfermedades corporales a que estuvo sometida... Sufría de un dolor continuo y violento en un costado; mediante él libró al alma de su padre de las llamas del purgatorio. También tenía continuamente un fuerte dolor de cabeza y un dolor agudo en el pecho. La tortura últimamente mencionada comenzó el día en que Nuestro Señor le permitió que participase en los sufrimientos de su sagrada pasión. Este dolor continuó durante toda la vida de la Santa y era, según manifestó, el que más la hacía sufrir.

A estos dolores hay que agregar las fiebres frecuentes y violentas. Sin embargo, ella jamás formuló una sola queja ni mostró encontrarse enferma. Su aspecto no daba la impresión de tristeza; todo lo contrario: siempre recibía con la sonrisa en los labios a cuantos se le acercaban en demanda de consejo o consuelo.

¡Cuántas persecuciones sufrió esta alma santa de parte de Satanás! Voy a referir un caso del que fui testigo. Regresábamos a Siena después de un viaje cuando de pronto Catalina fue arrojada bruscamente del asno que montaba, yendo a dar con su cuerpo en un barranco. Corrí, invocando a la Santísima Virgen, y la encontré riendo mientras decía: «Este ha sido un golpe que me ha asestado la mala bestia». Se refería al demonio. Sentose de nuevo sobre el lomo del asno, y apenas había avanzado este unos pasos cuando el espíritu maligno la hizo rodar nuevamente por tierra de tal manera que esta vez cayó debajo del animal. Entonces ella rió de nuevo y nos dijo: «Este buen animal me calienta el lado donde tengo el dolor». Así se burlaba de Satanás. Seguimos nuestro camino, pero no le permitimos que volviese a cabalgar en el asno; estábamos ya cerca de la ciudad; fuimos caminando llevándola en medio de nosotros. Pero su enemigo no estaba satisfecho y obró de tal manera que si no la hubiésemos sostenido, habría rodado por tierra repetidas veces. Ella continuó burlándose del espíritu malo, echándole en cara su impotencia para causarle daño. Era por esta época cuando Catalina hacía tanto bien a las almas, y el demonio demostraba con sus persecuciones el furor que esto le ocasionaba.

Los increíbles sufrimientos que la caridad impuso a Catalina poco antes de su muerte la hacen, a mi ver, acreedora al título de mártir. El bienaventurado San Antonio estaba sediento del martirio y se lo pidió a Nuestro Señor, y este escuchó su ruego permitiendo que los demonios le maltratasen cruelmente, pero sin quitarle la vida. Catalina fue maltratada con frecuencia, y hasta encontró la muerte en los últimos tormentos que el infierno le infligió. Esto sólo sería suficiente prueba para demostrar su santidad, y para convencimiento de aquellos que duden citaré un hecho que demuestra lo semejante que fue Catalina a su divino esposo, al menos en la causa de sus sufrimientos. Así daré fin a este capítulo para gloria de la Verdad Encarnada y honor de la virgen Catalina, su esposa.

Allá por el año 1375, bien fuese por la maldad del sembrador de iniquidades o por defección de las personas que estaban a cargo de la Santa Sede, la ciudad de Florencia, que hasta entonces había figurado entre las hijas más devotas de la Iglesia, hizo los mayores esfuerzos para destruir la unión existente entre esta y su poder temporal. El Soberano Pontífice, que extendía su poder temporal sobre sesenta ciudades episcopales y un millar de plazas fortificadas, vio reducidos sus dominios a unos cuantos territorios sin importancia. Gregorio XI fulminó a los florentinos con terribles decretos por los que autorizaba a apoderarse de sus bienes a los gobernantes de todos los países con los cuales comerciaban. Las consecuencias de este castigo obligó a los florentinos a pedir la paz al Sumo Pontífice por intermedio de personas que ellos sabían le eran gratas. Se enteraron de que Catalina sería muy bien recibida por el Papa y resolvieron enviarla a Roma para que intercediese por ellos ante el Santo Padre. Para llevar a cabo este propósito consiguieron que la Santa fuese a Florencia, y, una vez aquí, los principales ciudadanos la visitaron para pedirla que se trasladase a Aviñón y tratase en su nombre con la Santa Sede. Catalina, deseosa del bien de la Iglesia, aceptó el encargo y emprendió el viaje a dicha ciudad, donde yo me encontraba en aquel entonces. Yo actué como intérprete, pues el Santo Padre hablaba el latín y ella el dialecto de Toscana, y afirmo ante Dios y los hombres que el Papa, en mi presencia y por intermedio mío, confió el tratado de paz a la decisión de Catalina, diciéndole: «Para probar que deseo la paz, pongo en las manos de usted todas las negociaciones; sólo le impongo una condición, y es que vele por el honor de la Iglesia».

Pero algunas de las personas que entonces gobernaban a Florencia, al mismo tiempo que pedían la paz conspiraban contra ella y trataban de destruir el poder temporal de la Iglesia. Obraban como verdaderos hipócritas, y esta fue la conducta que demostraron en sus tratos con Catalina.

Cuando la Santa emprendió el largo viaje, le prometieron enviar en pos de ella diputados, que llevarían la orden de no hacer nada sin consultar previamente con ella. Como tardasen mucho en enviarlos, el Sumo Pontífice dijo a Catalina: «Créame, esa gente la ha engañado y seguirá engañándola; esos embajadores no vendrán, y si vienen su mandato será inútil».

En efecto, cuando por fin llegaron los embajadores a Aviñón, Catalina los hizo llamar y les dijo en presencia mía cuáles eran los poderes que los magistrados de Florencia le habían conferido a ella; les anunció que el Soberano Pontífice había puesto en sus manos la negociación de la paz, y que por consiguiente, si ellos lo querían conseguirían condiciones favorables. Contestaron que no habían recibido órdenes para tratar con ella. Catalina descubrió entonces su falta de honestidad y comprendió lo acertada que había sido la predicción del Papa. Sin embargo, no cesó de interceder por ellos ante el Pontífice, y de pedirle que emplease a su respecto la clemencia de un padre más que la severidad de un juez.

Cuando el Vicario de Cristo volvió a establecerse en Roma, nosotros retornamos a Italia. Catalina me envió entonces a él llevando varios proyectos, que de haberse llevado a cabo, habrían sido beneficiosos para la Iglesia. Durante mi estada en Roma fui obligado por mi Orden a aceptar el cargo de Prior del convento de dicha ciudad y me fue imposible, por consiguiente, volver adonde estaba Catalina.

Antes de salir de Toscana tuve una entrevista con un ciudadano de Florencia llamado Nicolás Soderini, hombre temeroso de Dios, amante de la Iglesia y que tenía gran afecto por Catalina. Hablamos de los asuntos de la república y de la mala voluntad de aquellos que fingían desear la reconciliación con la Iglesia y al mismo tiempo hacían todo lo posible para impedir la paz. Como yo me quejase de esta manera de conducirse, el hombre me dijo: «Esté convencido de que en Florencia todas las personas honestas desean la paz, pero algunos obstinados entre los que gobiernan ponen obstáculos». Yo repuse: «¿No habrá algún remedio para este mal?». Él contestó: «Sí, si algunos ciudadanos respetables toman en sus manos la causa de Dios y llegan a un acuerdo con los güelfos con el fin de apartar del poder a cuatro o cinco de los más intransigentes, que son enemigos del bien público. Bastaría con eso». Cuando me entrevisté con el Sumo Pontífice en cumplimiento de la comisión que llevaba le referí la conversación que había tenido con Nicolás Soderini.

Llevaba ya varios meses cumpliendo con mis obligaciones de Prior del convento, cuando un domingo por la mañana llegó un emisario del Papa para comunicarme que Su Santidad me esperaba a la hora de la comida. Obedecí a esta orden, y una vez que estuve en presencia del Papa, este me dijo: «Me han informado que si Catalina de Siena va a Florencia, la paz se firmará pronto». Yo contesté: «No sólo Catalina, sino todos nosotros estamos dispuestos a obedecer a Vuestra Santidad y sufrir, si fuese necesario, el martirio». El Santo Padre me dijo entonces: «Yo no deseo que usted vaya a Florencia, porque lo maltratarían, pero ella es mujer y además la veneran. No creo que corra ningún peligro. Piense qué poderes convendría darle; preséntemelos mañana para que los firme, de manera que este asunto quede terminado lo más pronto posible».

Yo obedecí y envié las «letras» de Su Santidad a la Santa, quien inmediatamente se puso en camino. Llegada a Florencia, fue recibida con grandes honores por aquellas personas que habían permanecido fieles a Dios y a la Iglesia. Con la ayuda de Soderini conferenció con algunos ciudadanos bien dispuestos, a quienes persuadió para que no se opusiesen a los buenos deseos del Pastor de las almas y se reconciasen directamente con el Vicario de Cristo. También habló con los güelfos en forma tan elocuente que el jefe del partido y gran número de adherentes al mismo se rindieron a sus consideraciones y pidieron a los dirigentes de la ciudad que laborasen por una paz que no solamente lo fuese de palabras sino en los hechos.

La oposición fue violenta, especialmente de parte de aquellos que habían declarado la guerra a la Iglesia -eran ocho en número-. Los jefes de los güelfos exoneraron a uno de ellos de su puesto y consiguieron también separar de los negocios públicos a algunos otros ciudadanos. Pronto se produjeron serios trastornos y el número de los exilados creció en tal forma que toda la ciudad empezó a murmurar, creándose un clima de irritación en contra de Catalina, que era extraña a todo lo que estaba ocurriendo. En diversas oportunidades se quejó amargamente de estos procedimientos diciendo que no era justo que con el pretexto de la paz se diese rienda suelta a la satisfacción de odios y venganzas personales.

Los sucesos aumentaron día a día y el desorden tomó proporciones insospechadas, hasta el extremo de originarse una verdadera guerra civil de la que fueron víctimas no pocos



inocentes. Catalina, que había ido a Florencia con el fin de promover la paz, fue considerada por muchos como la causante indirecta de tales trastornos y se vio seriamente comprometida. Los jefes de los revoltosos la desprestigiaron ante el pueblo hasta el extremo de oírse por todas partes los gritos de: «Hay que quemar viva a esta mala mujer; hay que cortarla en pedazos». Las personas que la habían recibido en su casa se atemorizaron y la pusieron en la calle juntamente con los que la acompañaban.

Catalina, segura de su inocencia, no perdió la tranquilidad, y después de haber alentado a sus compañeros, se refugió en un lugar donde había un jardín y se entregó a la oración. Mientras estaba orando, llegaron tumultuosamente los satélites de Satanás, armados con espadas y palos, gritando: «¿Dónde está esa mujer maldita? ¿Dónde está?». Catalina los oyó y se preparó para el martirio como si se tratase de un delicioso banquete. Salió al encuentro de una de aquellas furias, que estaba armado con una espada, y arrodillándose delante de él, le dijo valerosamente: «Yo soy Catalina; haz de mí lo que Dios te permita hacer, pero en nombre del Todopoderoso te ordeno que no toques a ninguno de los míos».

Al oír aquellas palabras, aquel hombre perdió toda su fortaleza y dijo a la Santa que se retirase; pero ella, que ansiaba el martirio, contestó: «Estoy bien aquí; ¿adónde quieres que vaya? Estoy dispuesta a sufrir por Dios y por su Iglesia. ¿Por qué huir ahora que se han cumplido mis deseos de dar mi vida por él? Si tienes el encargo de darme la muerte, obra sin tardanza; no haré el menor esfuerzo para huir, pero no hagas mal alguno a las personas que están en mi compañía».

Dios protegía visiblemente a su sierva, y el hombre que la había amenazado se alejó confundido acompañado por los suyos. Entonces los hijos espirituales de Catalina la rodearon felicitándola por la buena suerte que había tenido; pero ella estaba muy triste y les dijo llorando: «¡Qué desdichada soy! Yo creí que Dios accedería a mis deseos y me concedería la gracia del martirio. Pero, ¡ay!, mis esperanzas han sido vanas; mis pecados me han privado de la dicha de derramar mi sangre por el amor de Aquel que me redimió al precio de la suya».

Aunque el tumulto se apaciguó por el momento, Catalina y sus acompañantes estuvieron expuestos a muchos peligros. No había nadie que quisiera recibirlos en su casa. Sus amigos le aconsejaron que volviese a Siena; ella contestó que no abandonaría el territorio de Florencia hasta que no estuviese restablecida la paz entre el padre y sus hijos, porque ella había recibido esa orden de parte de Dios. Los que la rodeaban no se atrevieron a contradecirla, y por fin encontraron a un hombre temeroso de Dios que la ocultó en su casa.

Algunos días después se calmaba la efervescencia popular; Catalina fue conducida fuera de la ciudad, aunque sin salir del territorio de Florencia, refugiándose en un lugar solitario habitado por un eremita.

La Divina Providencia puso fin a la tormenta; los que la habían provocado fueron castigados por la justicia y obligados a dispersarse en todas direcciones. Entonces Catalina regresó a Florencia, donde al principio vivió ocultamente a causa del odio que aún existía contra ella. Luego ya se mostró en público y permaneció en dicha ciudad hasta la muerte de Gregorio XI y la elección de Urbano VI. Entonces se hizo la paz entre la Santa Sede y Florencia, y la bienaventurada Catalina dijo a sus hijos espirituales: «Ahora ya podemos dejar la ciudad de Florencia, porque, con la gracia de Dios, ya he cumplido las órdenes de su Vicario. A los que encontré alzados contra la santa Iglesia, ahora los dejo sujetos a tan tierna y bondadosa madre. Regresemos por consiguiente a Siena».

Así escapó Catalina de las manos de los malvados; así consiguió la paz que tan ardientemente deseaba, y esto mediante el poder de Nuestro Señor Jesucristo, cuyos ángeles realizaron lo que la maldad de los hombres inspirados por Satanás intentaba impedir. ¡Cómo no admirar a Catalina en la perfección de su paciencia, en la rectitud de su prudencia, en la confianza con que llamó a las puertas del Rey pacífico hasta conseguir para la Iglesia y para Florencia la paz que con todas las fuerzas de su corazón ansiaba!

Permítaseme ahora hablar de la suprema paciencia que demostró Catalina en la larga y cruel muerte que sufrió por el amor de Nuestro Señor Jesucristo y de su santa Iglesia. Con ello no sólo igualó los merecimientos de los demás santos, sino que sobrepasó los de algunos de ellos. Los mártires fueron torturados por *hombres*, quienes a veces atenuaron sus sufrimientos o cansados de verlos sufrir abandonaron su cruel tarea; Catalina fue atormentada por *demonios*, cuya crueldad era insaciable y que jamás se dieron un momento de reposo en la obra que por divina permisión realizaban. Algunos mártires lucharon durante un corto espacio de tiempo y entregaron el alma a Dios en medio de las torturas que les eran infligidas; Catalina sufrió durante un lapso de trece semanas, desde Sexagésima hasta el último día de abril. Sus tormentos fueron increíbles y su angustia aumentó día a día. Ella lo soportó todo con paciencia y santa alegría; daba gracias a Dios por sus sufrimientos y le ofreció su vida para aplacar su justa cólera y preservar a la Iglesia del escándalo. De aquí que para la perfección de su martirio no faltaron ni la causa ni los sufrimientos y que el proceso de su canonización pudiera haber sido tan corto como es el empleado por la Iglesia cuando se trata de los confesores de la fe. Los testigos de que he hablado en el primer capítulo de la segunda parte de este libro pueden servir también para los capítulos segundo y siguientes.

Todo lo que he escrito demuestra que Catalina, virgen y mártir, es digna de ser inscripta por la Iglesia Militante en el catálogo de sus santos. Que la felicidad de la vida eterna me sea concedida a mí y a sus demás hijos espirituales por Aquel que vive y reina en la Unidad y la Trinidad por los siglos de los siglos.

*Fin*